EL DESFILE MACABRO



ALEJANDRO MURILLO

Nova Casa Editorial

Publicado por:
NovaCasa Editorial
www.novacasaeditorial.com
info@novacasaeditorial.com
© 2022, **Alejandro Murillo**
© 2022, de esta edición: Nova Casa Editorial
Editor
Joan Adell i Lavé

Coordinación
Edith Gallego Mainar

Corrección
Naiara Philpotts

Diseño de cubierta
Sara Nyca y Gustavo Arenas

Fotografía de autor
Norberto Zavarce

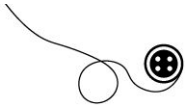
Diseño del mapa
Antonia Le-Feuvre B.

Maquetación
Jara Villanueva Peñas

Impresión
PodiPrint

Primera edición: agosto de 2022
Depósito Legal: B 12765-2022
ISBN: 978-84-18726-90-3

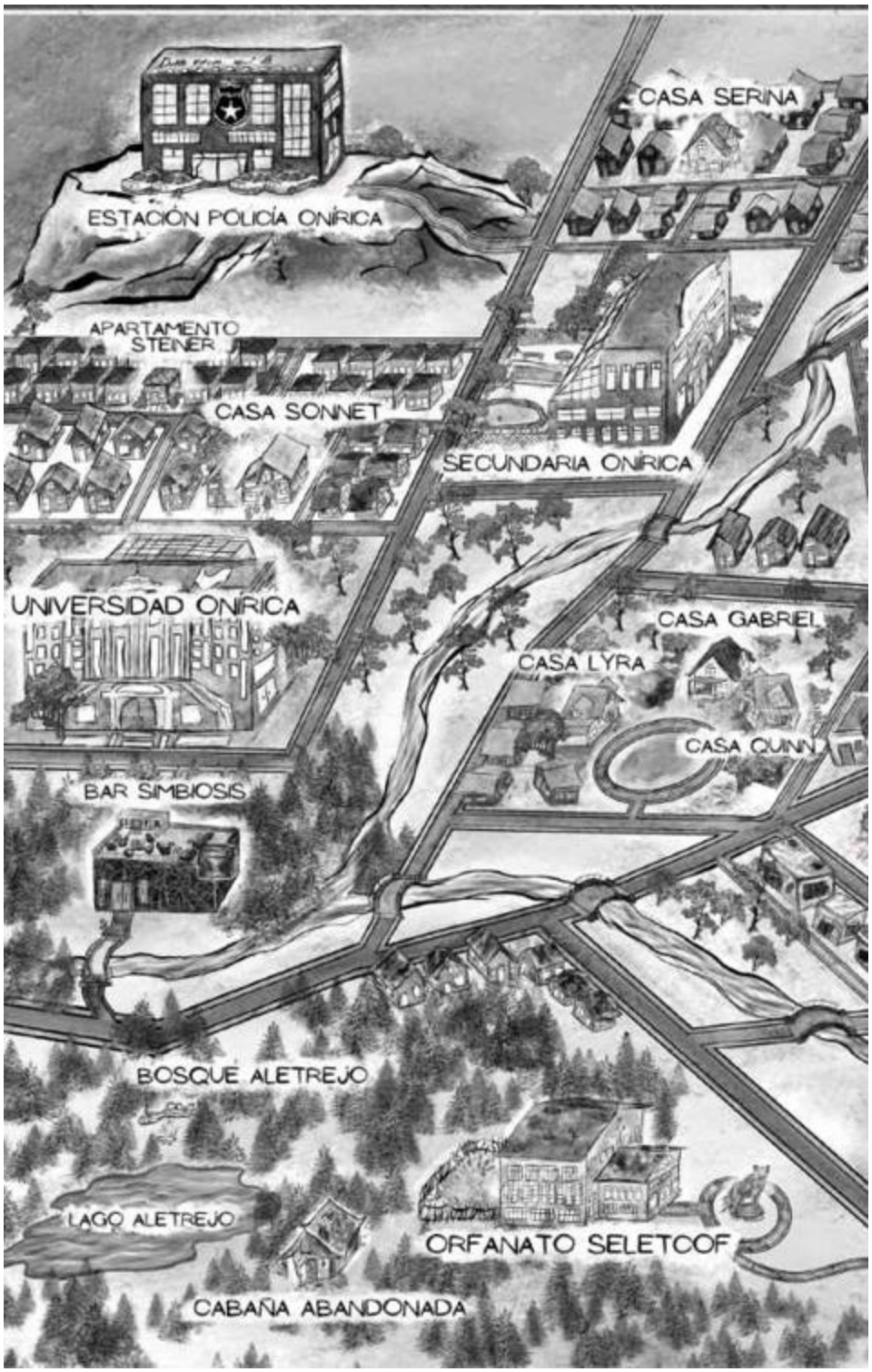
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).

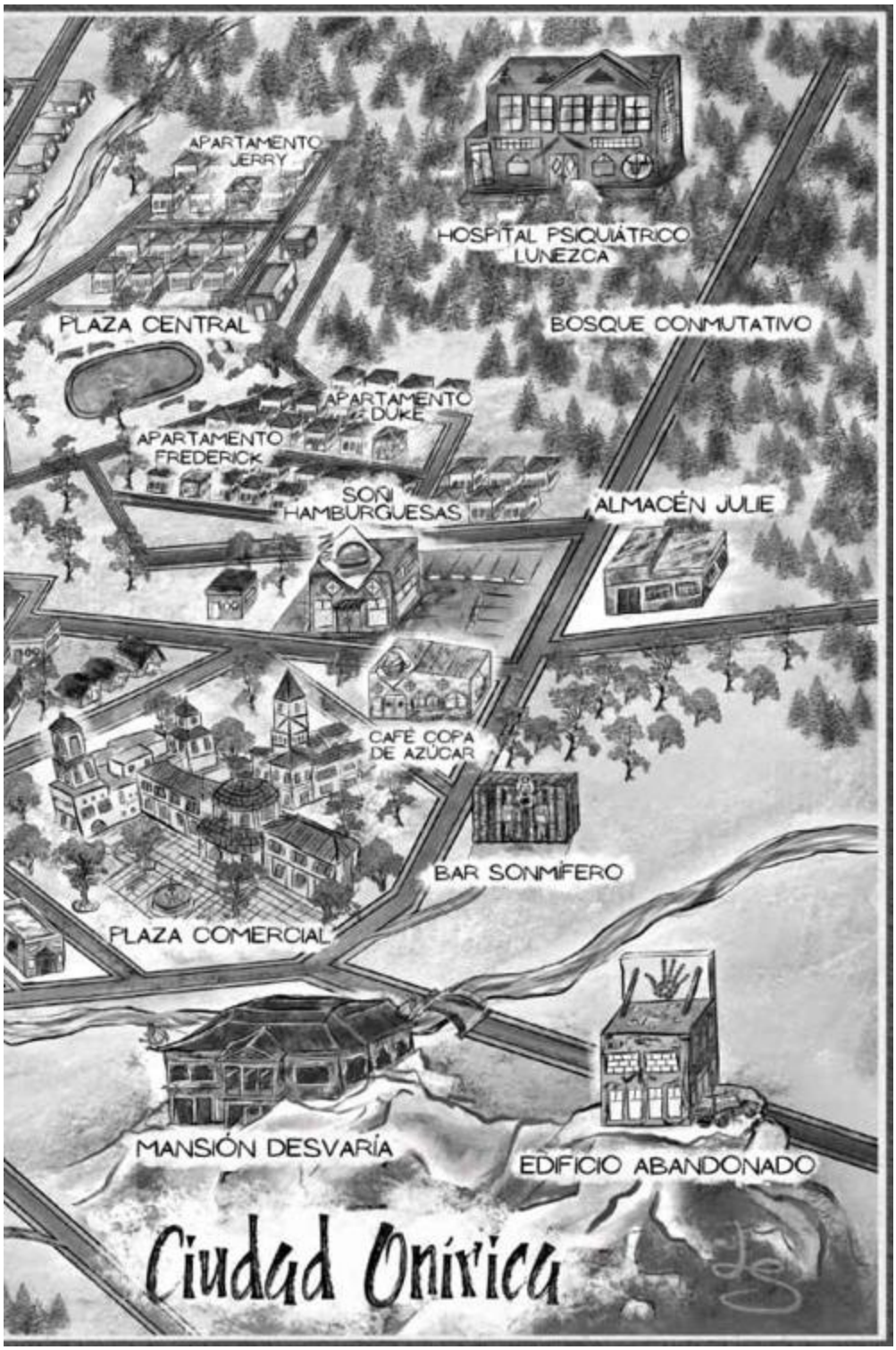


EL DESFILE MACABRO

ALEJANDRO MURILLO

NovaCasa | Zelá


CASA SERINA
ESTACIÓN POLICÍA ONÍRICA
APARTAMENTO STEINER
CASA SONNET
SECUNDARIA ONÍRICA
UNIVERSIDAD ONÍRICA
CASA GABRIEL
CASA LYRA
CASA QUINN
BAR SIMBIOSIS
BOSQUE ALETREJO
LAGO ALETREJO
ORFANATO SELETCOF
CABAÑA ABANDONADA


APARTAMENTO JERRY
HOSPITAL PSIQUIÁTRICO LUNEZCA
PLAZA CENTRAL
BOSQUE CONMUTATIVO
APARTAMENTO DUKE
APARTAMENTO FREDERICK
SONI HAMBURGUESAS
ALMACÉN JULIE
CAFÉ COPA DE AZÚCAR
BAR SONMÍFERO
PLAZA COMERCIAL
MANSIÓN DESVARÍA
EDIFICIO ABANDONADO
Ciudad Onírica

Nota de advertencia de contenido: este libro posee escenas fuertes y situaciones que retratan temas delicados y podrían herir la susceptibilidad del lector. Contiene también lenguaje inapropiado, contenido sexual, violencia explícita, consumo de alcohol y de sustancias ilícitas. Se mencionan, además, diversas condiciones mentales que se han tratado con sumo cuidado y con el respeto que merecen. Recalcamos que varios de los personajes de esta novela piensan y actúan de forma éticamente incorrecta y que ninguno de ellos, ni nada de lo aquí detallado, representa la moral del equipo editorial o del autor. La historia tiene como único propósito ser leída para entretenimiento y para reflexión. Gracias por leer.

A quien quiera contar una historia y no se ha animado.
A quien no se ha atrevido a dar el primer paso en cualquier ámbito de la vida.
A quien tiene mucho que ofrecer y no lo ha sacado a la luz.
A quien no ha aceptado su esencia por completo y está en proceso de hacerlo...

PRÓLOGO

Cada decisión tomada te puede llevar a la superficie, o un poco más profundo. Hasta que no haya nada que puedas hacer.

Lo bueno, lo malo, todo es gris aquí abajo: modelo, representante, víctima, secuestrador.

¿Y tú?

¿Qué bando tomarás para el Desfile Macabro?

capítulo 1

Lyra Coppens



Reviso mi celular de nuevo. No hay ningún mensaje, aparte del «hola» que me ha dejado mi mejor amigo, Sonnet. Lo lanzo a la cama mientras enciendo la televisión y me acomodo. Mi vida ha sido aburrida últimamente. Siempre camino a la universidad y regreso; no hay emoción. De vez en cuando, salgo con amigos a comer, a pretender que me importan sus vidas cotidianas; pero la mayoría del tiempo espero algo diferente.

En la televisión están hablando sobre los casos policíacos más famosos en Ciudad Onírica. Hablan sobre la antigua leyenda del Asesino Astral; es uno de esos documentales que ya he visto antes, pero no tengo nada más qué hacer en esta tarde aburrida de verano. Me inclino en la almohada, incómoda por mi búsqueda de actividades. Sin embargo, me rindo luego de varios intentos de buscar entretenimiento.

Observo por la ventana que está no muy lejos de la cama. Es un día soleado, el viento mueve las blancas cortinas con suavidad, mientras el tiempo sigue fluyendo y el silencio bochornoso quiere opacar los sonidillos de los pájaros en la calle. Siento que no estoy siendo productiva. Es un sentimiento al que me he acostumbrado, pero hoy no estoy con ganas de batallar.

Una llamada se hace presente en mi celular. Es Sonnet de nuevo, siempre me llama cuando no le contesto sus mensajes en sus días libres.

—¡Hola! ¿Hacemos algo hoy? Estoy aburrido —dice con un tono perezoso y siento un bostezo. Hace eso desde que estuvimos juntos en la secundaria.

—¿Hoy? Hmm... ¿algo como qué? —cuestiono. La verdad es no tengo ganas de salir, pero tampoco quiero quedarme en casa y no hacer nada.

—¿Vamos a ver una película y a comer, como siempre? Hay una nueva, ¡dicen que está buena! —expresa con emoción, su energía es contagiosa—. Es de terror... a ver si esta vez sí te asustas.

—¿De terror? —mofo, pero muestro más interés—. Está bien, vamos. ¿Ya sabes a qué hora está?

—Nos vemos a las ocho en el centro comercial. ¡Lleva pañales! —ríe y cuelga.

—Nos vemos —pronuncio con una sonrisa y vuelvo a lanzar el celular de nuevo en la cama.

Vuelvo a mirar la televisión. Noto que hay algo interesante; es un anuncio.

Hablan sobre una nueva aplicación para el móvil que sirve para conocer personas de tu ciudad. Es uno de esos típicos anuncios de mala calidad, mal narrados y con malas cámaras. Pero me llama la atención.

Levanto las cejas. Habla sobre tener citas y hacer

«amigos». Tomo el celular y la descargo, quiero experimentar algo nuevo, a ver qué sale.

«¿Qué más da?», pienso.

Siempre vi estas aplicaciones para hablar con desconocidos, pero nunca les di una oportunidad. Mis padres me educaron con alta restricción respecto a las redes sociales, me han advertido de sus peligros, pero ya soy una adulta y sé que podré manejar la situación.

Me creo un perfil y coloco la foto que siempre uso en mis redes. Es la mejor que tengo. Resalta mi cabello café oscuro y mi piel blanca, se me ven las mejillas ligeramente ruborizadas y mis cejas gruesas. Al fondo, aparecen unas montañas de cuando fui de paseo a Ciudad Evocativa, conocida por sus llanuras y valles verdes y frondosos.

Ahora estoy disponible para conocer a personas en línea, para hacer nuevos amigos y llevarme, con suerte, alguna sorpresa.

Apenas subo mi perfil, me llega un mensaje. Un tal «Robert» quiere conocerme. Veo su foto y me río.

No sé qué es peor, la gente que muestra fotos hermosas pero falsas o la gente «fea» que pone sus verdaderas fotos. No le respondo a su saludo, y empiezo a buscar chicos que, por sus perfiles, parezcan reales. Observo varios fotografías, pero ninguno me llama la atención. Tomo un largo respiro y me decido por eliminar la aplicación.

Nuevo mensaje de [Duke]

Lo abro.

¡Hola! ¿Cómo estás?

Leo el mensaje y me emociono; el chico de la foto es guapo, pero no resulta un modelo increíble.

Bien. ¿Tú?

Le respondo, aunque odio las conversaciones que empiezan así de superficiales. Algo hace que quiera seguirla.

Reviso su perfil mientras conversamos. Tiene veinticinco años y yo, veintitrés. También es de Ciudad Onírica. Estudia teatro y, al parecer, es muy feliz, pero... ¿quién no aparenta ser feliz en sus redes sociales?

Hablo con él toda la tarde. Nos mandamos fotos para ver si somos quienes decimos ser. Le pido fotos de su cara y que haga muecas, como sacar la lengua o cierre los ojos con fuerza. Él me pide las mismas. Es alguien simpático.

Observo con detenimiento los alrededores de sus fotografías. El lugar en el que está parece ser una casa normal, como la mía. Sonrío. Ambos estamos satisfechos con el resultado, o, al menos, eso me parece. Es amigable y creo que es alguien a quien sería interesante conocer...

Algo que definitivamente necesito en mi vida.

❁ ❁ ❁

Se me hace tarde mientras me alisto para salir de casa. Al bajar las escaleras, observo que la mesa de la sala está llena de papeles. Mis padres todavía están buscando la manera de pagar sus deudas. Sé que se han ido a una reunión con algún milagroso prestamista, de los tantos que los han intentado salvar. Decido no pensar en la situación; no quiero arruinar mi noche.

Salgo de casa y camino hacia el centro comercial por la fría calle. Llevo puesta una larga bufanda negra, pero eso no logra cubrirme del gélido clima.

Tardo aproximadamente quince minutos en llegar, pues no se encuentra tan lejos.

Sonnet se encuentra sentado en una banca, esperándome. Al verme, su mirada se ilumina. Sus profundos ojos me reciben con cariño, seguido de un cálido abrazo. Está vestido de verde oscuro, un color que contrasta con su blanca piel y su cabello café. Su sonrisa constante es

reconfortante, siempre lo ha sido.

—¡Vamos! ¡Se hace tarde! —exclama y se mueve para tomarme del brazo.

Compramos las entradas y entramos justo antes de que empiece la película. Nos acomodamos y leo el título en la pantalla de la tenebrosa producción: **Secretos macabros.**

—Justo a tiempo, como siempre. —Sonnet guiña su ojo. Río y le lanzo una palomita en la cara.

La película empieza. Trata temas muy fuertes y se concentra en la **deep web**, la parte de internet que pocos conocen. Esa que contiene atrocidades, como la compra de drogas, armas ilegales, venta de documentos, pornografía infantil, órganos, carne humana y un extenso etcétera.

El protagonista es un muchacho que es reclutado por miembros de una secta, un culto secreto, o algo por el estilo. Él tiene que seguir su juego hasta el final, ocultando los secretos macabros, los cuales son cada vez peores de soportar. En un punto, no puede más y, por algunos sucesos, tiene que envolver a más gente para terminar por salirse de control.

Me parece una trama impactante. Ha sido muy gráfica en cuanto a la trata de personas, las escenas sexuales y hasta las de asesinato. Me quedo pensando mientras veo los créditos pasar luego del cortante final.

—Bueno, eso me traumó. —Sonnet ve hacia el vacío, luego suelta una risa—. ¿Vamos a comer?

—Ver esas tripas hicieron que las mías empezaran a sonar. Vamos. —Sigo su sarcasmo y me levanto.

Caminamos hacia el salón de comidas y nos sentamos en la mesa de siempre tras ordenar lo que ya es costumbre.

Sonnet toma mi teléfono y lo desbloquea, sabe la contraseña y siempre lee mis mensajes. Le parece entretenido. Es nuestra forma de comentar las novedades

del día.

Abre la aplicación de citas y levantas las cejas:

—¿Y esto? —se burla mientras limpia con una servilleta el refresco que ha regado en la mesa—. ¡No pensé que estuvieras así de desesperada!

—Oh, vamos. Es para ver qué me encuentro, no planeo hacer nada —digo al reírme y tomar un sorbo de mi refresco.

—¿Ah, sí? ¡Dile eso a «Duke»! —ríe y mueve el celular.

—Como sea, tal vez lo vea y tengamos una noche de sexo apasionado. —Parpadeo con coquetería—. Mi nuevo príncipe azul, el que me hará saltar de alegría.

—¡Ja! Suerte con eso. ¿Cómo sabes que no es un violador o un viejo de cincuenta años? La película no te enseñó mucho, ¿cierto? —cuestiona y se toca la cabeza.

—Mira las fotos. Le pedí unas con muecas específicas, y ahí están. —Se las muestro con orgullo—. Soy experta en esto.

—Está bien, después te diré «te lo dije» en la cara. No digas que no te lo advertí. —Le pega un mordisco a su hamburguesa.

—Como sea, luego te contaré qué tal.

Terminamos de comer tras varias conversaciones amenas. Siempre la paso muy bien con Sonnet.

—En tu casa pediré un taxi. ¡Me está saliendo caro venir siempre! ¿Cuándo vendrás tú a mi casa? —pregunta al ver hacia arriba a la enorme luna en el cielo despejado.

—Algún día, no pronto, pero algún día —río y le golpeo el brazo. Ambos sabemos que no pasará, me da mucha pereza salir.

Charlamos mientras caminamos por las calles nocturnas. Él va pisando todas las líneas de la calle. No hay autos a esta hora de la noche en mi vecindario que es muy

tranquilo la mayoría del tiempo.

—¿Cómo te va con Serina? —pregunto; siempre me interesa saber cómo le va con su novia, quien también es mi mejor amiga.

—Todo va muy bien —comenta y sus ojos se iluminan al pensar en ella—. Últimamente todo ha sido perfecto.

—Bien, tengo pendiente verla. Hace algún tiempo que no hablamos. —Reviso mi celular con esperanza, pero no hay ningún mensaje nuevo de Duke.

Llegamos a mi casa, Sonnet espera el taxi sentado junto a mí en la grada de la entrada.

—Ya casi llega. —Se levanta al verlo—. ¡Nos vemos! Espero que te vaya bien en la universidad mañana. Nada de andar faltando a clases, como has estado haciendo, vagabunda.

—Claro, claro. Nos vemos, Sonnet, buenas noches. ¡Te quiero mucho! —Me despido con un largo abrazo.

Él se sube al taxi y se va en segundos. Entro a mi casa mientras pienso en lo refrescante que ha sido verlo.

Si hubiera sabido lo que ocurriría en el futuro,
le hubiera dicho tantas cosas más...

capítulo 2

Algo inquietante



Entro a casa después de despedirme de Sonnet. El frío sigue presente; es tarde y mis padres no han llegado. Camino a la cocina y lavo los platos antes de que ellos vengan.

Siento el agua en mis manos conforme veo por la ventana hacia las tres casas que se encuentran frente a la mía. Hay una diagonal hacia la derecha, en donde vive una viejita, y otra justo en el lado opuesto de la calle, en donde vive mi vecina de quince años, Quinn, a quien no veo desde hacer algunos días. Por último, en la diagonal izquierda, vive un hombre de unos cuarenta años.

Escucho los grillos que cantan en la oscuridad. El vecindario es realmente tranquilo a estas horas de la noche, más cuando no están mis padres discutiendo sobre sus cuentas pendientes, o cuando Quinn no está viendo películas románticas a todo volumen.

En la oscura calle observo que dos figuras se acercan con lentitud. Frunzo el ceño hasta que logro definirlas: son los padres de Quinn, quienes caminan hacia mi hogar. No me saludan por la ventana como siempre suelen hacer. Noto una expresión de angustia en sus caras, por lo que me quito los audífonos, me seco las manos y camino hacia la puerta al escuchar que llaman.

—Buenas noches —digo algo inquieta por la hora que es —. ¿Cómo están?

—¿Podemos pasar? —pregunta en seco la madre de Quinn, una señora rubia y con facciones cansadas.

—Sí, señora, pero mis padres no se encuentran — menciono, por si acaso es con ellos con quienes desean hablar.

—No importa —dice ella y ambos entran. Caminamos hacia la sala, donde hay unos sillones de color marrón muy cómodos. Recojo el desorden de los papeles antes de que los vean.

—¿Quieren tomar algo? —pregunto tras terminar de acomodar.

—No, gracias. —Él es un señor de cabello café y ojos verdes. Es fornido y, al igual que su esposa, empiezo a notar que está muy desanimado—. Venimos porque no encontramos a Quinn.

—¿A qué se refieren? ¿No regresa a casa? —pregunto, preocupada, y me siento frente a ellos.

—No la vemos desde hace dos días —revela él, angustiado.

—¿Ya preguntaron en la secundaria? ¿A sus amigas? — cuestiono, intrigada.

—Hablamos con todos, nadie sabe nada. Simplemente se esfumó... —dice su madre con los ojos vidriosos—. Hablamos a la policía desde el primer momento en que no

llegó.

—Sabemos que a veces hablas con ella... —Su padre levanta la mirada.

—Sí, pero cuando ella regresa a casa y yo salgo hacia la universidad. Las únicas veces que nos vemos es cuando estamos por entrar o salir de casa —explico, algo desanimada.

—Sus amigas dicen que no va a estudiar desde hace dos semanas —revela ella—. ¿Sabes algo sobre esto?

—No la veo desde ese tiempo —aseguro—. Durante la última conversación que tuvimos, ella me contó que estaba planeando ver a alguien, no me quiso decir a quién, pero se veía feliz...

—Alguien... —Su padre pone la mano en las de su madre.

—Lo siento, no sé nada más respecto al tema. —Pienso, preocupada, y muerdo mi labio con intriga.

Ambos se levantan y caminan hacia la salida. Sé que los invade un torbellino de emociones. El miedo, el enojo, la tristeza... yo también estaría así en momentos así de terribles.

—Buenas noches. Si puedo ayudar con lo que sea, no duden en avisarme. Estaré al tanto —digo con honestidad.

—Gracias, Lyra. —La mujer está casi llorando, pero ni una lágrima cae por sus ojos. Al parecer, ya las ha gastado todas y ahora busca una solución en medio de la desolada realidad.

Sé que no descansarán, no hasta encontrar a Quinn. Cierro la puerta y suspiro pensando en ella. Es una chica llena de alegría, siempre dispuesta a ayudar a los demás, quien apenas empieza vivir nuevas experiencias y salir con sus amigos. ¿En qué momento le pudo haber sucedido algo?

Le escribo a Sonnet y le cuento lo sucedido. Él reacciona

entre sorprendido y temeroso.

Será que...

Sé que con su mensaje se refiere a la película.

No seas tonto.

Eso no pasa aquí...

Se fue con algún amigo o novio que vive lejos.

Pronto aparecerá.

Aseguro por escrito mientras subo las escaleras de mi casa.

Llego a mi dormitorio. Enciendo la luz en el momento en que escucho el auto de mis padres. Oigo que la puerta principal se abre y, pronto, suben. Los espero en la puerta de mi cuarto.

Al verme, mi madre me da un abrazo.

—¿Cómo te fue hoy, linda? —pregunta ella.

—Muy bien. ¿Y a ustedes? ¿En dónde estaban? —cuestiono y le doy otro abrazo a mi padre.

—Estábamos viendo las cuentas, eso es todo... —Él se ve cansado, me da un beso en la frente—. Me voy a dormir, mañana trabajo desde temprano.

—Vengan, un momento —digo con tono más serio—. Siéntense.

—¿Qué pasa? —consulta mi madre, intrigada. Su cabello café oscuro le llega hasta el hombro y su mirada es oscura, al igual que la mía, contrastando con los ojos celestes y el cabello castaño de mi padre.

—La vecina, Quinn, no aparece —revelo. En el fondo, la verdad, es que sí me preocupa.

—Con razón tengo llamadas de sus padres. Los llamaré de inmediato —dice mi padre, intranquilo—. ¿Habrán hablado con la policía?

—Sí, lo hicieron. Ellos vinieron a preguntar si la hemos visto o sabemos algo, les dije que pueden contar con nosotros para lo que sea —expreso—. No sé qué pensar...

—Esperemos que aparezca pronto, mañana iré a visitarlos. Tenemos que estar juntos en estos momentos de angustia. —Mi madre me acaricia la mejilla y corre un mechón de cabello—. No sé qué haría si te perdieras, Lyra.

Ya es la una de la mañana y mis padres se van a su dormitorio. Cierro la puerta de mi cuarto y apago la luz. La ventana da hacia las casas de enfrente. Una luz está encendida en la casa del hombre; es la habitación principal. Observo su silueta, está acomodándose para acostarse. Pero se levanta de la cama y, en lugar de apagar la luz, observa hacia mi casa, justo hacia mi ventana. Pienso en lo imposible que es que me vea, la luz de mi dormitorio está apagada...

Él me saluda al mover su mano.

«Es extremadamente normal lo que está pasando... no tengo por qué ser paranoica», me digo y lo saludo de vuelta. Él va y apaga la luz para dormir. Me quedo pensando, observando hacia la luna por mi ventana...

Un sonido me asusta de repente.

—¡Mierda! —grito y arrojo el celular. Lo reviso.

Nuevo mensaje de [Duke]

¿Estás despierta?

Carajo, ¡me asustaste!

Y sí.

¡Perdón! Supongo, jaja.

¿Nos vemos mañana?

Me emociono. ¡Al fin lo podré conocer! ¡Qué buena idea es vernos mañana! Además, ya he faltado a la universidad varios lunes. Uno más no hará una gran diferencia, es solo una materia de relleno la que tengo.

Le respondo, emocionada:

Claro, ¡perfecto!

¿Nos vemos en el café llamado Copa de Azúcar a las seis?

Así será.

Nos despedimos y me alisto para dormir. Me lavo los dientes, me pongo la pijama y me adentro en mis cobijas. Tomo un respiro porque estoy realmente emocionada por el día de mañana... de salir de la monotonía de mi vida, a conocer gente nueva y... ¿quién sabe? Puede que esta persona llegue a ser especial para mí.

Esas cobijas, esa cama... ¿quién diría que llegaría a extrañar algo tan simple como eso?

capítulo 3

El encuentro



Una notificación me despierta. Estiro la mano y tomo el celular. Me ha escrito Serina.

¡Hola! ¿Vamos a comer algo hoy?

Ella siempre ha sido una excelente amiga, incluso desde antes que se volviera la novia de Sonnet éramos muy unidas. Los tres íbamos a la Secundaria Onírica, lugar al que actualmente va Quinn. Me restriego los ojos y me estiro. Esta vez negaré la invitación.

Hola, lo siento... ya tengo planes hoy.

¡Oh! Lástima... ¿qué vas a hacer hoy?

Tengo que ir a la universidad a la tarde,
todavía debo hacer un proyecto.

Entiendo, tranquila, nos veremos en otra ocasión.
Además... ¡Te tengo que contar algo!
¡Estoy pensando en adoptar un cachorro!

Seguimos hablando por el celular un rato más, nada

importante a pesar de mi mentira. No quiero decirle que saldré ya que ambas siempre hemos criticado estas aplicaciones para citas. Después de todo, no hay necesidad de andar contándole al mundo lo que haré.

Bajo a la cocina, mis padres están en la sala con las cuentas. Han estado avanzando, se ve todo más ordenado y lo van organizando, poco a poco, en programas de computadora. Además, llevan asesorías con contadores y son pacientes.

—Buenos días. —Camino hacia la alacena, la cual está medio vacía.

No hay nada para desayunar.

—Hola, se me ha olvidado ir a comprar pan. —Mi padre se rasca la cabeza—. Dame unos minutos e iré.

El olor a café abunda en la cocina. El amargo y cálido líquido es lo que calma el hambre en las mañanas y engaña al estómago hasta el almuerzo, la mayoría de los días. Me sirvo un poco y camino hacia ellos, sentándome en silencio.

El sol entra por las grandes ventanas y los únicos sonidos presentes son el de los papeles que se mueven con el aire y el tecleo de mi madre en la computadora.

Ella levanta la mirada.

—Llamé a los padres de Quinn hace un rato y anoche también hablamos un largo rato —dice, pensativa—. Tal vez vayamos a ayudarlos a hacer afiches con fotografías en la tarde.

Muy dentro de mí siento que algo malo, realmente malo, está sucediendo. Siempre intento parecer desinteresada y evito que los movimientos inesperados de la vida me desestabilicen, pero en el fondo me afectan.

Veo por la ventana mientras termino mi café. Es un día hermoso, pero algo no se siente bien. Quinn está desaparecida todavía. ¿En dónde se encontrará en estos

momentos?

Mi celular vibra.

Nuevo mensaje de [Duke]

Lo leo y siento mariposas en el estómago. Sonrío, pensando en el momento que pasaremos.

¿Al final nos veremos hoy?

Sí, el plan sigue en pie.

Es hora de que mis padres se vayan a trabajar. Él es mecánico automotriz y ella, profesora de primaria.

—¿A qué hora llegas hoy? —interroga mi madre.

—No lo sé, tengo que trabajar en un proyecto hasta tarde... —miento.

—Está bien —dice ella—. ¡Nos vemos!

—Nos vemos, te amo. —Nos damos un abrazo, y por alguna razón, se dura más de lo usual. Siento su aroma floral, sus cálidos brazos protectores y su honesto cariño.

—Yo te amo más —afirma tras subir al auto.

—¡Adiós! Mucha suerte en la universidad. —Mi padre me besa la frente al igual que la noche anterior.

Lavo la taza al fregadero mientras observo las casas del frente. Mi vecino está entrando a su hogar con algunas cuerdas.

«¿Para qué necesitaría eso? Acaso...».

Mi corazón late con rapidez. Él siente mi mirada y voltea a verme directo a los ojos. Sonríe y me saluda con la mano. Miles de pensamientos pasan por mi mente, pero intento calmarme. No puedo empezar a hacer teorías estúpidas como en las películas cliché en las que un vecino es el secuestrador.

Lo saludo. Él sigue su camino y entra a su casa. Tengo una constante batalla de pensamientos y sentimientos. Ese señor, Gabriel, como he escuchado a otros vecinos llamarlo, oculta algo.

Subo a mi habitación en lo que me llega un nuevo mensaje de Serina.

Oye, Lyra, ¿y si voy a visitarte ahora?
¡Así podemos estar juntas un rato, al menos!
Antes de que te vayas a la universidad.

Claro, ven.

Me siento en la cama y veo por la ventana... Tengo algo de ansiedad.

Me da miedo empezar a obsesionarme y pensar que mi vecino tiene a Quinn encerrada en el sótano o algo parecido. ¿Qué tan posible sería el hecho de que eso estuviera pasando? Sería algo estúpido tener a Quinn en su casa, más cuando es la de al lado...

¡Qué estupidez!

Dejo de lado estos pensamientos, aunque me moleste la asquerosa intriga no podré hacer nada al respecto. ¡Qué ridícula me vería si intento entrar a esa casa!

Sigo hablando con Serina mientras en lo que llega a casa. Pienso en el gran alivio que me da el hecho de que ambas vayamos a universidades diferentes.

Empiezo a hacer una tarea e intento alejar mis pensamientos de la cita de hoy y de la desaparición de Quinn.

Tocan el timbre.

Corro hacia abajo y me fijo antes de abrir. La paranoia me está afectando. Serina está afuera, con una pequeña bolsa rosada.

—¡Traje pastel! —grita—. ¿Desde cuándo te fijas por ahí quién es?

—¡Hola! —Saludo tras abrir la puerta, y le doy un abrazo a mi amiga.

Tiene ese olor a lavanda fresco de siempre. Es una chica de cabello lacio, de color café claro y ojos almendrados.

Caminamos a la cocina y comemos el delicioso pastel de pistacho. Ella se limpia las migajas de la boca y empieza a hablar.

—Lyra, cuéntame. ¿Es cierto lo de Quinn? —pregunta, preocupada, y me da una pincelada de la empatía que siempre la ha rodeado.

—Sí... —respondo

—Tal vez el fin de semana podamos ir a ayudar a poner carteles, he visto varios en la calle el día de hoy. —Está pensativa, es muy susceptible a las energías tanto positivas como negativas.

—Sí, tenemos que ayudar como podamos.

Evito contarle que mi vecino está actuando de forma sospechosa. No es buena idea crear chismes innecesarios, tengo que evitar la paranoia.

Serina pasa en casa el resto del día, charlamos de la vida, comemos, y salimos a caminar un rato, como siempre.

Regresamos y nos ponemos a ver una serie. Ella está concentrada en la trama junto a mí. Pienso en cuándo me llegará un nuevo mensaje de Duke, o si estará igual de emocionado que yo por nuestro encuentro.

Serina se sostiene la cabeza y parpadea.

—¿Te duele? —consulto.

—Un poco, sí... me han dado un nuevo medicamento. A veces me duele la cabeza o me mareo ligeramente. —Ella tiene una media sonrisa y se encoge los hombros—. Pero bueno, me siento mejor.

—Ya veo. —Camino a traer vasos con agua—. Si necesitas algo, me avisas.

—Gracias. Por cierto, ¿no te volvió a hablar Frederick? —pregunta.

—Hmm... no. ¿Por qué preguntas?

Me molesto. Mi exnovio no tendría por qué hablarme de

nuevo, y menos después de lo sucedido.

—Pensé que te seguía buscando —concluye Serina—. Qué bien que no, no te acerques a él.

—No planeo hacerlo —confirmo—. Ya todo acabó...

Reviso mi celular.

Nuevo mensaje de [Duke]

Lo abro sin que Serina vea.

¡Hola! Ya me estoy alistando. ¿Tú?

Yo también.

Le respondo y veo la hora. ¡Se hace tarde!

—Serina, ya casi me tengo que ir.

—Está bien, yo debo ir a la universidad también —comenta y se levanta. Voy con ella hacia la puerta principal.

—Nos vemos. —Sonrío y le doy un abrazo.

—Este día fue muy entretenido, me hacía falta tener este tiempo juntas —exclama, feliz.

—Me encantó —expreso con una sonrisa—. ¡Nos vemos pronto!

Veo a Serina alejarse mientras reflexiono sobre nuestros momentos juntas desde la secundaria. Ella ha sido muy buena amiga, siempre me ha brindado apoyo en las buenas y en las malas. Está en todo tipo de situaciones, como la dificultad económica de mis padres, o por todos los complejos inconvenientes que he tenido con Frederick.

Camino rápidamente hacia mi dormitorio para empezar a alistarme. Busco ropa y opto por ponerme una blusa de color violeta y una falda blanca con negro: mi favorita. Me arreglo un poco y me coloco una ligera capa de maquillaje. Sonrío al espejo y siento la energía positiva de la situación.

Salgo de casa. Las calles están algo solitarias y la incertidumbre de la desaparición de Quinn se desvanece lentamente con la presencia del inicio del atardecer. El firmamento se llena de un color naranja espectacular. Me

siento libre: hacía tiempo que necesitaba salir sola, sin pensar en el presente, en el pasado o en el futuro.

Le escribo a Duke cuando estoy por llegar a la cafetería.

Ya voy a llegar. ¿Tú?

Ya casi.

Entro al lugar. Mi corazón se acelera progresivamente. Mis ojos lo buscan por doquier, aunque mi intranquilidad no se disimula con facilidad.

Me siento en una pequeña mesa para dos personas, con vistas hacia la calle. El café se encuentra al este de la ciudad, algo cerca de la plaza comercial. La puedo ver desde la ventana. Más allá, hacia el sureste, observo algunas de las lejanas montañas, las cuales adornan el horizonte y le dan personalidad a la ciudad.

Fijo mi vista en el menú, pero no lo leo. Mi mente está deambulando en otro lugar, las dudas inundan mi corazón y, sin querer, mis pensamientos me guían al qué pasará con nosotros en el futuro cercano.

Alzo la mirada hacia adelante: ahí se encuentra. Camina directo hacia mí. Siento su mirada directa, inteligente, seguida de su sonrisa maliciosa. Su cabello negro, casi azulado, está peinado hacia atrás de forma diagonal. Su ropa es de muy buen gusto; se ve limpio, guapo, e incluso audaz.

—Al fin nos conocemos —dice y me muestra una cálida sonrisa. Sus dientes son blancos y perfectos.

Esa sonrisa es la misma que vería
cientos de veces en el futuro...

capítulo 4

Malas decisiones



Lo saludo con un beso en la mejilla.

—¿Cómo estuvo tu día? —pregunta. Su voz es un poco grave y me encanta.

—¡Muy bien! —exclamo, emocionada, me gusta lo que veo —. ¿Fuiste a la universidad hoy?

A diferencia de mí, supongo que él va a la universidad de día, como casi todo el mundo de nuestra edad lo hace.

—Sí, estuvo bien —comenta, relajado—. Nada nuevo.

Ambos pedimos un café. Él lo toma negro y sin azúcar, el mío es con leche. La mesa de madera se calienta suavemente gracias a los disipados rayos del atardecer que entran por la ventana. Veo a la gente pasar a lo lejos. Es una tarde hermosa.

—¿Y tú? ¿Cómo te fue en la universidad? —consulta.

—Muy bien, no estuvo cansada para nada —miento.

La mesera se acerca. Lo ve y sonríe, a ella le debe de

parecer guapo también, o eso asumo.

Nuevo mensaje de [Sonnet]

Lo ignoro. Este momento es importante, Duke sentiría que es una falta de respeto que yo me ponga con mi celular en medio de la cita. Tomo un sorbo de café. Él me ve y se ríe.

—Tienes bigote de espuma —mofa, me río y lo limpio.

—¿En dónde vives? Eres de esta ciudad, al igual que yo, pero nunca me has dicho —digo mientras juego con una servilleta.

—Al oeste, no muy lejos del Bosque Aletrejo —responde.

—¡Muy bien! No estamos lejos, entonces. —Me conformo porque en auto no es una distancia extensa.

—Exacto —afirma—. Así que... cuéntame. ¿Por qué estudias enfermería? Creo que me contaste ayer.

La mesera trae la repostería a la mesa. Tomo un mordisco de mi tartaleta antes de empezar a hablar. Un poco de mermelada roja se desliza por mi boca. Él la observa y me limpia con una servilleta.

—Porque me encanta ayudar a los demás. Además, me apasionan todos los procedimientos útiles que se pueden aprender. Inicié hace algunos años y tomé unos cursos, pero decidí tomarme esto en serio y sacar la carrera en la universidad —explico.

—¿Le temes a las heridas? —pregunta Duke, viéndome directo a los ojos.

—Para nada, tampoco a la sangre. Sería todo un caos si le tuviera miedo —respondo y suelto una risilla.

Él come un pedazo de pastel. Traga.

—Perfecto. —Toma otro sorbo de café.

Seguimos dialogando sobre temas casuales, nada profundo ni importante. Supongo que así es la primera cita con un extraño que conoces por una aplicación de citas, así que simplemente le sigo el juego. Pasa una hora, entre

risas, y las distracciones diarias que tanto me hacían falta son materializadas.

—¿Tienes algo que hacer después de esto? —pregunta al poner sus brazos sobre la mesa.

La pregunta me emociona. ¿Acaso estará pensando en acostarse conmigo en la primera cita? Está bien, no soy muy difícil que digamos, en cuanto a tener sexo, pero tampoco soy fácil. Pienso por algunos segundos y observo a los alrededores. Ya se ha hecho de noche. Las estrellas brillan y le dan una atmósfera de soledad a la ciudad: es como últimamente me he sentido. Decido seguirle el juego de nuevo, planeo aceptar, pero no tendré sexo esta noche.

—No, no tengo nada que hacer —contesto.

Él revisa su celular luego de haber recibido un mensaje.

—Quiero que vayamos a mi casa a ver una película o algo así; pero mi tío me acaba de escribir. —Él tiene una expresión de queja en el rostro.

—¿Qué dice? —cuestiono y levanto una ceja.

—Me pide que le ayude con algo. ¿Te importa si paramos por su casa algunos minutos y luego vamos a la mía? —cuestiona, convincente.

—Está bien, no hay problema —afirmo. Él se levanta, empezando a caminar.

—Voy al baño un segundo —avisa.

Saco mi celular y reviso el mensaje que ha dejado Sonnet.

¿Estás en clases? Algo me pasó...

Sí, estoy en clases. ¿Qué pasó?

Frederick me está molestando, quiere verte.

El enojo se hace presente.

¿Qué? Imbécil.

Dile que no te moleste,

no tengo tiempo para esto.

Nada más ignóralo.

Hablamos mañana, ¿sí?

Guardo el celular en mi bolso al ver que Duke se aproxima.

—¿Lista? —Él recoge la chaqueta de la silla.

—Lista. —Me levanto.

Salimos del café. Hace un poco de frío, pero es soportable.

«¡Él tiene un auto!», pienso. No es de último modelo, pero está bien, es un plus tener uno a nuestra edad.

Me subo. Huele a colonia masculina, es su peculiar aroma amaderado.

—Lindo coche —menciono en forma de halago.

—Gracias, trabajé duro para obtenerlo. He dado muchas clases de actuación —dice, orgulloso.

Seguimos hablando mientras él conduce cuando, de repente, me doy cuenta de que nos dirigimos hacia la parte de la ciudad en la que vivo. Suelto una risilla.

—¿Tu tío vive por aquí? —cuestiono y pienso en las coincidencias.

—Así es —contesta. Mi sonrisa se detiene al ver que estamos frente a mi casa, pero del otro lado de la calle... justo donde vive mi vecino.

Siento una mala vibra de todo esto.

—Aquí... ¿vive tu tío? —interrogo y trago en seco.

—Sí, vamos. —Sale del auto.

Me desabrocho el cinturón, mi corazón está latiendo con fuerza. Salgo y siento el viento en mi piel. Observo hacia mi casa, mi madre está lavando los platos, pero no me ve.

—Tengo una amiga que vive cerca y me ha mandado un mensaje, creo que mejor podemos vernos otro día —digo con incomodidad.

—¿En serio? Tranquila, puedo dejarte en su casa luego de esto. —Él se queda esperando por mi respuesta—. Mi tío necesita ayuda, será rápido.

Muerdo mi labio, sé que no puedo ir a casa o mi mamá me matará si sabe que falté a la universidad... ¿Cómo puedo no ir a clases cuando veo la necesidad económica que tienen mis padres? No quiero decepcionarla de nuevo.

—Está bien. —Camino hacia Duke antes de que mi madre me pueda ver.

Ese momento, el momento en el que decidí entrar a esa casa, cambiaría mi destino por siempre.

capítulo 5

Lo inesperado



Estamos frente a la puerta. Observo a los alrededores con cuidado, está oscuro y veo las cosas desde una perspectiva diferente. Me doy cuenta de que se ve la ventana de mi habitación. Gracias al ángulo de la luz, la cual proviene de un poste de la acera, se ve el interior de mi casa. ¡No sabía esto!

Duke toca el timbre. Respiro profundo. ¿En serio estoy haciendo esto? Podría simplemente fingir un gran dolor de cabeza o pedirle a Serina que me llame llorando... todavía no es muy tarde.

Mi vecino abre la puerta. Tiene una expresión seria, seca. Sus ojos oscuros e indiferentes son los mismos que he visto desde lejos, pero de cerca llegan a ser un tanto intimidantes. Él se sorprende un poco al verme ahí.

—Buenas noches —saluda.

—Hola, tío. Traje a mi amiga para ayudar también. ¿Está

bien? —cuestiona Duke con amabilidad.

El hombre sonríe algo forzado.

—Claro. Adelante. —Nos invita a pasar.

Entramos a su casa. Duke cierra la puerta detrás de mí. El lugar tiene una estructura parecida a la de mi hogar y, justo después de la entrada, hay un pasillo. La locación es un poco oscura y no me da buena vibra... siento que no pertenezco aquí y me causa inseguridad.

—Así que... ¿en qué te podemos ayudar? —pregunta Duke.

Entramos a la cocina, es mucho más grande que la de mi casa. Observo que el piso está hecho de cuadros blancos y negros.

Hay una pequeña mesa blanca con cuatro sillas, además de un mueble grande frente a al refrigerador. La estufa está a la derecha. Parece ser relativamente normal, pero está sucio y huele a humedad. No es muy agradable.

Más allá, hay una puerta, igual a la que está en mi casa. Supongo que da al sótano. Me fijo en ella y me pierdo en los detalles. Mi vecino interrumpe mis pensamientos con un golpe seco en su tabla de picar, al parecer, quiere cortar una zanahoria para la cena.

—Lo que necesito es que me ayuden a transportar algunas cosas que tengo fuera de la casa, cerca de la cochera. Están algo pesadas... necesito meterlas al sótano, estoy por trabajar en algo importante. —Continúa picando.

—Claro. ¿Vamos ya? —pregunta Duke al caminar hacia la cochera.

—Sí, vamos. —Gabriel deja de cocinar.

Veo la estufa. El agua hierve al punto de casi desbordar. Mi vecino está sudando. No sonríe y no me siento bienvenida. La ansiedad va en incremento.

Al caminar por la sala, observo unos sillones viejos que

están algo descuidados. Empiezo a pensar y noto que nunca lo he visto con alguna mujer ni con hijos ni con nadie. Es la primera vez que veo a un familiar o que, al menos, tenga algún contacto fuera de los otros vecinos.

Salimos por un ventanal que hay en la sala y da hacia el jardín trasero, donde se encuentra lo que él quiere meter a la casa. Se trata de unas cajas de cartón que contienen varios instrumentos: barras de cobre, pinzas y guantes que soportan altas temperaturas.

Aparte de todo, veo una caja más liviana que está medio abierta. Me fijo en ella rápidamente, sin tocarla. Dentro hay ropa, o algo por el estilo..., ¿acaso es un tipo de vestido? Es celeste. La combinación me parece muy extraña.

—¿En qué vas a trabajar? Se ve complejo —comenta Duke al hacer fuerza y levantar una.

—Otra de mis esculturas. No eres el único artista en la familia —responde mi vecino al cargar otra—. Todavía no empiezo. Será algo duro, pero gracias a ustedes lo haré esta noche.

Tardamos unos diez minutos en mover todo. Él nos pide que lo vayamos dejando en la entrada del sótano.

—No hay problema en ayudarte a bajar las cosas, en serio —dice Duke.

—No. —Mi vecino interrumpe en seco—. No necesito ayuda, yo lo haré a partir de acá.

De repente escucho un golpe o algo parecido que proviene del sótano. Gabriel abre sus ojos y camina hacia la alacena; enciende la licuadora.

—¿Y eso? —interroga Duke. Él también lo escuchó.

—¿Quieren tomar algo? —El señor pone fresas en la licuadora.

—Está bien. —Duke se sienta, me siento inquieta. Mi corazón palpita rápidamente.

—Estas fresas son las mejores de la ciudad —asegura Gabriel. Una gorda gota de sudor cae en el líquido rojo.

—Creo que ya es suficiente, tío —avisa Duke—. Así estará bien, solo somos tres.

—Sí. —Él apaga la licuadora. Escucho otro golpe.

—¿Qué tienes ahí? —insiste Duke intrigado.

—Mi proyecto. Todavía no se los puedo enseñar —dice y camina hacia mí—. Creo que es hora de que se vayan, no puedo esperar para empezar.

Mi corazón se congela al escuchar un espeluznante grito que proviene del sótano. Es el alarido de una muchacha. Mis ojos se ponen llorosos, tengo los pies anclados al suelo. ¡No puedo reaccionar!

—¡¿Qué demonios?! —exclama Duke con igual sorpresa.

De inmediato, la expresión de mi vecino cambia por completo y se convierte en la de un psicópata. Sus ojos penetrantes ven a Duke con una profunda indiferencia. Es más grande que nosotros y su cuerpo está ligeramente encorvado.

—No tenían que saber de esto... —concluye y se lanza encima de Duke para empezar a golpearlo.

Mi primera reacción es ayudarlo. Intento quitar al corpulento hombre de encima de Duke, pero Gabriel me golpea en la cara de forma contundente. Caigo al suelo, siento sangre en la nariz y la adrenalina está al máximo.

—¡Lyra! —grita Duke y señala los cuchillos de la cocina.

Me levanto y tomo uno. Mi vecino lo está asfixiando y observo que las venas del cuello y su cara se tornan azules. Sus ojos están desorbitados y su mirada agonizante es difícil de aguantar. Empujo al agresor con todas mis fuerzas, le pego una patada y le doy el cuchillo a Duke tan pronto como puedo.

Mi acompañante toma el cuchillo y lo clava en el corazón

de su tío, sin pensarlo dos veces. Jadea y se lo clava una y otra vez. Su mirada se ha transformado; está lleno de sufrimiento, algunas lágrimas salen de sus ojos.

La sangre me salpica la cara y el cuerpo. ¿Qué estoy viendo? No lo puedo creer, no lo quiero creer. Caigo al suelo de la impresión, mis piernas no dan para más.

—¡¿Qué acabas de hacer?! —exclamo entre sollozos.

Duke está en silencio por unos segundos. Se levanta y se resbala con la sangre. Se endereza de nuevo. Los gritos en el sótano se siguen escuchando. La escena es grotesca.

Los cuadros blancos y negros están siendo opacados progresivamente por la sangre, la cual avanza de forma lenta. Mi vecino está muerto.

Me levanto, estoy temblando. No sé qué está pasando por la mente de Duke, quien se encuentra quieto y observa el cadáver de su supuesto tío. Me muevo con lentitud y tomo mi celular para llamar a la policía.

Duke toma mi mano.

—Espera. —No puedo correr, los nervios y la vulnerabilidad no me dejan avanzar. ¡No puedo gritar! Las lágrimas no salen, mi voz es inútil.

Él toma mi celular, todavía no había presionado el botón para llamar.

—Suéltame, por favor. —Son las únicas palabras que puedo pronunciar.

—¡No seas estúpida! —vocifera a centímetros de mi cara. Me siento diminuta: es impredecible, terrorífico, inestable.

No me suelta la mano, camina junto a mí y mete el celular en la licuadora. La enciende.

—No podemos llamar a la policía, Lyra… —se calma, baja la voz y me suelta la mano—. Acabas de ser cómplice en un asesinato. Mira, te doy las gracias por salvarme la vida. Si no me hubieras dado el cuchillo, él me hubiera asesinado y

luego a ti… pero lo hiciste, y ahora él está muerto.

Estoy muda. No tengo ni idea de cómo funcionan las leyes en cuanto a defensa propia, no sé hasta qué punto fui culpable, no sé qué diablos sucederá ni cómo probaré que soy inocente, que él quería hacernos daño.

—Tenemos que ir a ver quién está ahí. —Él camina y espera que lo siga—. Vamos, Lyra.

Hay varios seguros en la puerta del sótano. Mi corazón late a mil por hora. Hemos dejado el cadáver de mi vecino atrás y los gritos se han disminuido con el tiempo.

¿Acaso Quinn se encuentra ahí?

¿Tuve razón todo este tiempo?

Abrimos el sótano. Hay unas tétricas escaleras de madera que suenan con cada paso que damos. El sótano es mediano y hay luz, pero no mucha. Apenas puedo ver lo que hay a los alrededores. Duke va detrás de mí. Un olor a heces y orina me impacta en la cara.

Levanto la mirada al escuchar los gemidos de una muchacha. Lo que veo me deja perpleja.

¡Es Quinn!

Está atada a una silla con cuerdas. Se ha caído al suelo, como si hubiera intentado escapar. Tiene cinta en su boca, la cual se ha movido un poco por lo que ha podido gritar, mas no hablar.

—¡Quinn! —exclamo con fuerza—. Tranquila… ¡Ya estás a salvo!

Ella está llorando. Empieza a negar con todas sus fuerzas mientras ve lo que hay detrás de mí.

Un golpe me deja inconsciente.

A pesar de las señales, del terror, de los intentos…

no pude escapar a tiempo.

capítulo 6

Alto impacto



Estaba en una clase aburrida de la universidad, mientras hacía garabatos en mi cuaderno, cuando me llegó un mensaje de Frederick, el exnovio de Lyra.

Necesito hablarte.

Me incliné a pensar. ¿Para qué querría hablarme?

Decidí ignorarlo y seguir en lo mío. Frederick ya había intentado hablarle a Lyra a través de mí varias veces. Tuvieron muchas discusiones, las cuales se incrementaron con el tiempo. Me pareció tonto que lo siguiera intentado después de haber terminado algunos meses, sin embargo, me dejó algo intrigado.

Recibí varios nuevos mensajes de él.

¿Qué quería?

Decidí escribirle un mensaje a Lyra.

¿Estás en clases? Algo me pasó...

Sí, estoy en clases. ¿Qué pasó?

Frederick me está molestando, quiere verte.

Contesté y esperé por su típica respuesta enojona. Odiaba que Frederick fuera un tema de conversación.

¿Qué? Imbécil.
Dile que no te moleste,
no tengo tiempo para esto.
Nada más ignóralo.
Hablamos mañana, ¿sí?

Apenas recibí el mensaje, ella se desconectó. Levanté los hombros y seguí prestando atención a la clase. Había quedado de verme con Serina cuando saliera de las

lecciones. Minutos más tarde, salí a su encuentro.

Tomé el autobús hacia la universidad de mi novia. El atardecer era majestuoso, de un naranja potente. El vehículo avanzaba por las transitadas calles reflejadas en el mismo color.

Llegué antes que Serina y me senté en unas bancas frente al parque, fuera de la universidad. Mientras esperaba, algo aburrido, decidí mandarle otro mensaje a Lyra. Para ese momento, Frederick había dejado de molestar.

¿Qué haces?

La noche se empezaba a hacer presente y el frío incrementaba con lentitud. Entré a la universidad para sentarme en uno de los sillones de la recepción. Revisé mi celular de nuevo; el mensaje de Lyra no se había entregado. ¿Se había quedado sin batería? Ella siempre estaba disponible.

Serina llegó unos minutos después.

—¿Cómo estás? —preguntó al darme un beso y un cálido abrazo—. Mira, te traje un trozo de pastel que sobró.

—¡Gracias! —Lo tomé y me senté junto a ella—. ¿De dónde sobró?

—Hoy estuve con Lyra, y nos comimos el resto —me contó al acomodarse el cabello con un pequeño espejo en forma de flor. Se recostó junto a mí—. Hace un poco de frío.

—¡No sabía que se habían visto! Qué dicha que la pasaran bien. —Revisé mi celular y miré el mensaje de Frederick y el no entregado de Lyra—. Frederick me escribió.

—¿En serio? Qué molesto. ¿Para qué quería hablarte? —cuestionó Serina al fruncir el ceño.

—No tengo idea. Lyra lo bloqueó luego de aquel escándalo y, desde entonces, ha recurrido a mí —comenté —. Espero que al ignorarlo, se calme.

—No es para menos. Fue muy extraño ese pleito con

aquellas personas, al final, no logré entender el motivo de la situación. —Serina se tocó la barbilla y chasqueó su lengua—. Hasta salió en las noticias.

—Lo recuerdo. Al parecer fue un intento de asalto hacia Frederick, quien se encontraba solo, según dicen. Llegaron tres sujetos, empezaron a pelear y, cuando la policía llegó, dos de ellos escaparon. El tercero sacó un arma y se suicidó en el lugar.

Comencé a buscar la noticia en internet, desde el celular.

—¡Esa es! —Señaló Serina—. Exacto. En el reportaje explicaron que el que se suicidó tenía tatuado una espiral negra en la parte trasera de la mano. ¿Habrá sido parte de una pandilla?

—Que yo sepa, los oníricos no tienen un tatuaje que los identifique… lo que los distingue es el color rojo, pero eso ha sido así desde siempre.

Siempre me intrigó mucho el comportamiento de las calles, de las pandillas y, hasta cierto punto, de Frederick.

—Nadie supo nada de los que sobrevivieron. Hay rumores de que son parte de algo llamado la «**deep web**» —dijo Serina.

Abrí los ojos al escuchar eso:

—¿En serio? —exclamé—. Eso es muy peligroso.

—La verdad no sé qué tan cierto sea, son solo chismes después de todo. —Ella me tomó la mano.

—No lo sé… ¿Cómo es que dejaron a Frederick libre luego de evaluar si pudo estar ligado a algo tan serio? —cuestioné.

—No se pudo probar nada, ¿recuerdas? Igualmente, si él nunca le hizo nada a nadie, aparte de lo que ocurrió con Lyra, no creo que sea peligroso —explicó Serina.

—Ahora muero de intriga. —Terminé de comer el pastel—. Igualmente, no le responderé hasta que ella vea el bendito

mensaje que le mandé.

—¿No le llega? —preguntó Serina al tomar mi celular.

—No... ella está en la universidad. ¿Verdad? —interrogué.

—Sí... vine temprano porque ella tenía que ir a la de ella.

Serina se levantó y estiró sus brazos. Comenzamos a caminar mientras seguimos hablando:

—Ella me dijo que estaba en la universidad cuando estaba contigo..., o un poco más tarde que eso.

Me fijé en las horas de los mensajes.

—Pues sí, ya iba de camino. Tenía un proyecto o eso me explicó.

Serina cambió el fondo de su celular por uno de un paisaje distinto, le encantaba hacer eso.

Levanté la mirada y fruncí el ceño. La inquietud se incrementó al ver a la persona que se acercaba rápidamente hacia nosotros.

—¿Qué haces aquí?

Frederick corría hacia nosotros. Se veía agitado. Olía mal, estaba despeinado y tenía la cara pálida. Estaba sudado y tenía ojeras muy marcadas.

—¡¿Dónde está Lyra?! —vociferó, descontrolado.

—¡¿Qué te pasa?! —Me interpuse entre Serina y él.

Frederick tenía una contextura más musculosa que yo, era más alto y fornido. Me agarró de la chaqueta y me jalo hacia él. Serina se acercó e intentó separarnos. Los estudiantes de los alrededores se empezaron a acumular para ver el suceso.

—¡¿Dónde está?! ¡Dime en dónde se encuentra! —vociferó al empujarme

¿Por qué Frederick la buscaba con esa desesperación? Le gritó a Serina, y ella también respondió que no lo sabía. Un guarda de seguridad trotó hacia nosotros luego de ser alertado por varios estudiantes.

Algo inesperado sucedió. Se escuchó un balazo.

El guarda cayó al suelo con una herida en la espalda. La gente empezó a correr. Tomé la mano de Serina y huimos de la escena. ¡¿De dónde diablos había salido el disparo?! El caos se incrementó mientras Frederick se quedaba paralizado.

—¡Frederick! —exclamé al esconderme en una oficina cercana. Mi visión no me dejaba analizar lo que él veía hasta que alguien se acercó lo suficiente.

Había una persona, con un casco de motociclista negro y un revólver, que caminaba lentamente hacia Frederick. Los gritos constantes de los estudiantes horrorizados hacían a la escena aterradora. ¿Acaso acabaría con todos? Serina cerró sus ojos con fuerza y sostuvo mi mano mientras sus lágrimas caían.

—Frederick... —pronuncié entre dientes. ¡Estaba petrificado por el miedo!

El chico del casco negro apuntó sin pronunciar palabra alguna. Frederick se hincó ante el extraño. Lloraba y tenía una expresión de impotencia, de desesperanza e, incluso, de remordimiento.

—Por favor... ¡Por favor! ¡No les he dicho nada! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡Lo suplico!

Un disparo.

Abrí mis ojos con lentitud y vi cómo caía el cuerpo sin vida de Frederick al suelo. Tenía un enorme orificio en su cabeza.

El disparo me dejó escuchando un pitido por varios segundos. Abracé a Serina con todas mis fuerzas, sin creer lo que estaba presenciando.

Los gritos se descontrolaron. Todos estaban aterrados por haber visto dos muertos en la entrada de la universidad. Muchos buscaban hacia dónde escapar, otros simplemente

le pedían al cielo que nada les pasara y se ocultaban en cualquier sitio.

El chico del casco negro caminó hacia afuera de la universidad, como si nada hubiera sucedido. Un escalofrío me agitó con agresividad. Empecé a hiperventilar.

La policía no tardó en llegar. Las luces azules y rojas se reflejaban en las caras perdidas de los que presenciaron las muertes.

—No... ¡Oh, no! Lyra... ¡Lyra! —exclamé. Estaba perdido y aturdido. Le di un enorme abrazo a mi novia.

—Sonnet... Frederick... —Ella no lo podía creer.

—Cuídate, por favor, mantente a salvo. —Esas fueron las únicas palabras que salieron de mi boca.

No pude más. Corrí fuera de la universidad, con lágrimas en los ojos. Tenía un presentimiento tan lóbrego como la más oscura noche de invierno. Sentí un hueco en mi corazón que jamás se saciaría hasta encontrar a mi mejor amiga. Necesitaba saber que ella se encontraba a salvo.

Esa noche sería de las más largas de mi vida...

capítulo 7

La reina y la payasita



El peso de mi cabeza contra mi cuello me despierta. Estoy muy tensa. Abro los ojos e intento enfocar lo que tengo a mi alrededor. La jaqueca punzante consume mi mente, no me puedo concentrar. Me arden los ojos y me duele la nariz gracias al golpe de Gabriel. Me tortura el trauma que ha sufrido mi cabeza al impactar contra el suelo.

Estoy en una silla. Intento moverme, pero estoy incapacitada. Las toscas cuerdas me raspan la piel y no tengo capacidad de reacción. En el sótano hay un solo bombillo viejo que está suspendido por un cable. Se mueve gracias a las brisas fantasmales del frío y decaído lugar en el que me encuentro.

Quinn está a mi derecha. La veo dormida y noto que está amarrada al igual que yo. El olor desagradable sigue en el lugar y un malestar envuelve mi cuerpo constantemente.

—Quinn... —pronuncio. Mi garganta está seca.

Ella todavía tiene la cinta adhesiva en el rostro y hay rastros de vómito en su vestimenta, además, veo saliva seca a los alrededores de su boca. Los moretones adornan fríamente su cuerpo. Sus manos, sus brazos, sus piernas: ha sido molida a golpes.

Con el pasar de los segundos, despierto un poco más. Doblo mi cuello en un intento de investigar lo que hay en la habitación. Hay una vitrina empolvada llena de extraños instrumentos metálicos y también están las cajas que ayudamos a mover. No puedo ver a mis espaldas ni tengo la valentía o la energía para hacerlo en este momento.

Diagonalmente, hacia la derecha, se encuentran las escaleras que dan hacia la cocina de la casa, en donde sucedieron los hechos del... ¿día anterior? No tengo idea de cuánto tiempo he estado aquí, inconsciente.

La luz del bombillo me marea. Tengo sed, hambre... Mi madre debe de estar muy preocupada por mí. Empiezo a mover la silla hacia Quinn al dar pequeños saltitos. Las fuerzas me alcanzan. Voy a paso lento, pero seguro.

De repente, la puerta del sótano se mueve. Siento mi corazón palpitar, las venas de mi cabeza también lo hacen. No sé cómo reaccionar. No sé si hacerme la dormida, no sé si intentar gritar... ¿Qué se supone que debo hacer en una situación así?

Escucho sus pasos. Está bajando por las viejas escaleras. No puedo hacer nada... Estoy a la deriva del destino, mi vida está en sus manos. Duke se acerca a nosotras. Quinn despierta y lo observa. Está muy decaída. Su rubio cabello rizo está despeinado y deteriorado.

—Buenas. —Toma una silla que hay detrás de mí y la arrastra. El sonido metálico contra el suelo me perturba.

—¿Por... por qué? —cuestiono con angustia. Los sollozos

empiezan involuntariamente. ¿Qué nos sucederá?

—Te explicaré poco a poco el porqué, Lyra. No te preocupes por eso. Primero lo primero. —Se pone cómodo en la silla.

—¡Ayuda! —exclamo con todas mis fuerzas. Desgarro mi garganta, el sabor a sangre se hace presente. Siento que estoy muy deshidratada.

—¿Duele? —pregunta y se acerca—. Tranquila, luego te traeré agua. En fin... de lo que quería hablar. —Se rasca la cabeza, se levanta y camina—. Esto de mi tío me tomó por sorpresa.

—¿De qué hablas? —pregunto. Me siento terrible.

—¿Quién diría que mi tío secuestraría a una chica? —Hace un gesto de sorpresa y señala a Quinn—. ¡Eso sí que es de psicópatas!

Guardo silencio e intento entender la razón de su comportamiento. No entiendo su razonamiento ni su manera de actuar.

¿Por qué?

—Resulta ser que mi tío tenía planes con mi querida muchachita. —Él le acaricia la mejilla, pero le arranca agresivamente la cinta que tenía pegada en la boca.

—¡Lyra! —grita Quinn, sus labios sangran mucho, su boca está reseca.

—¡No la toques! —sostengo con furia.

Él se aparta. Se sienta de nuevo y lanza el adhesivo al suelo. Pone una de sus manos en su sien, como si pensara.

—Verán. Mi tío era un cerdo —dice sin compostura y sin asco—. De seguro secuestró a Quinn para violarla, torturarla y complacer sus deseos carnales, banales, humanos, efímeros, caprichosos y más. ¿Yo? Yo no hago eso. Yo hago arte.

—¿Arte? —pregunto, intimidada.

—Supe que mi tío tenía una enorme cantidad de dinero guardada en alguna parte de esta casa. Hace algunos días, me metí con mucho cuidado y, mientras buscaba en todos los posibles lugares, sin éxito, ¿qué encontré?

»Lo más macabro, retorcido, interesante, artístico y perturbador que he visto. ¡Encontré lo que tenía planeado hacer con Quinn! —Su manera de expresarse parece «artística». En serio, delira sobre sus confusos ideales—. Resultó ser que mi tío estaba planeando concursar en el mismo evento que yo. ¡¿A quién se le hubiera ocurrido?! Competir en el prestigioso Desfile Macabro. ¡No me habría dado cuenta hasta el gran día!

—¿Desfile? —pregunto—. ¡¿De qué carajos hablas?! ¡Estás loco!

—Varias personas estamos concursando en un evento de alto prestigio: el Desfile Macabro —explica—. En este, tenemos que hacer arte con el cuerpo de nuestros modelos, y así ver cuál es el más exótico.

—¡¿Eres estúpido?! ¡Eso es extremadamente enfermo! —grito, le escupo la cara.

Él retrocede. Se limpia con su camisa. Me observa a los ojos. Su mirada es penetrante, el detalle más intimidante que veo es que no existe brillo alguno en sus ojos... No es el mismo hombre al que conocí.

—El caso es que —él ignora la agresión que he generado — Quinn sería la modelo de mi tío y tú, la mía. ¡Ahora ambas me pertenecen! Tendré más posibilidades de ganar. Solo debo preguntar a la coordinadora si es posible tener a más de una modelo conmigo.

—Por favor... —Quinn está muy débil—. Déjanos ir. ¡No le diremos a nadie!

—Oh, vamos... ¿no quieres ser famosa? —Él se inclina y levanta sus arqueadas cejas—. ¡Mi tío dejó todo un plan

para ti! Sería un desperdicio no efectuarlo. ¡Tenemos los materiales! Con mi ingenio y tu belleza ganaremos fácilmente.

Duke saca unos papeles arrugados de su bolsillo, los pone en el piso y se sienta con las piernas cruzadas. Parece meditar mientras los descifra.

—Mi familia va a llamar a la policía. Los padres de Quinn ya lo hicieron. —Mi furia va en incremento—. Vas a caer.

—Qué lástima que la policía ya vino a esta casa. ¿No? —encoge su boca y vuelve a levantar las cejas—. Tuve una gran entrevista con ellos, son eficientes, pusieron mis habilidades de improvisación a prueba.

—Úsame a mí para los planes que tengas. —Me siento atrapada, sin opción alguna. No creo que Quinn aguante mucho más en estas condiciones deplorables—. Deja que ella se vaya.

—Oh, pero claro que no. Para ti tengo otros planes. Tú eres mi idea original desde que te vi por primera vez, en la universidad. —Me observa con fijeza.

—¡¿Cómo dices?! —Tiemblo del miedo. ¿Acaso me había estado espiando desde antes?

—Esa es una historia para otro día, mi querida Lyra. Ahora...

Su móvil empieza a sonar. Su expresión cambia a una de seriedad. En sus ojos hay una chispa de miedo, la manera en la que está atento, la posición de sus manos, el movimiento que hace de vez en cuando con sus piernas lo delata.

—¿Sí? —dice—. Sí. Tengo dos modelos ahora. Te llamé el otro día para preguntar por las inscripciones. ¿Ah? ¿No son todavía? Bien... esperaré entonces. Tengo un plan hermoso, participaré con una reina y una payasita.

Cuelga.

—¿Reina y payasita? —pregunta Quinn. Tiene los ojos rojos, hinchados.

—Oh, sí. Apuesto a que adivinas quién tendrá cada papel. ¿Te doy una pista? Combina con tu nombre, Quinn.

Una siniestra sonrisa se arquea en su sudada cara.

Tantas historias, tantos secretos por descubrir.

capítulo 8

Ni cerca ni lejos



No sentía el frío. El peso del cansancio se hacía presente luego de aquella enorme distancia. Llegué después de diez minutos a la universidad de Lyra. Sabía su horario y en qué clase estaba en ese momento.

Fue la hora de la verdad.

Me encontraba frente a la puerta de su salón. Era la clase número cuatro. Si ella se encontraba ahí, sentiría el alivio más grande de la vida. Si no, no sabía lo que pasaría en el futuro.

La puerta era de madera. La universidad era algo vieja, formal y prestigiosa. Los pasillos tenían el piso blanco y el vacío se sentía por doquier. Entré al aula, de golpe, mientras aguantaba el aire, sin saber qué esperar.

Todos voltearon a verme. La busqué desesperadamente con mis ojos; estos poco a poco se llenaron de lágrimas. El profesor me observó en silencio, con una mirada reprobatoria. Los estudiantes no quitaban su vista de mí; no pude aguantar, salí de la clase.

A pesar de que el clima estaba bien, la pesadez en el aire y el pasar del tiempo se hacían insoportables. Veía las luces de los postes empezar a iluminarse conforme la noche dominaba las calles de la ciudad. Mi celular no paraba de vibrar, Serina llamaba con constancia.

—Esto no puede estar pasando... —pronuncié en voz baja.

Mis lágrimas no dejaban de caer, los nervios hacían que mis manos y mis piernas no pararan de temblar. Un escalofrío de enojo e impotencia atravesó mi cuerpo. Tomé

el primer autobús que iba hacia el vecindario de Lyra.

Miles de pensamientos agitaban mi cabeza como una colmena de abejas. Sentía los fríos tentáculos de la realidad asfixiarme, estrangularme y probar hasta dónde llegarían mis límites. ¿En dónde diablos estaría Lyra? ¿Se encontraría bien?

Llegué a la parada. Corrí a toda velocidad por el tranquilo vecindario de Lyra. Estaba por llegar a su casa. Sin embargo, cerca, al otro lado de la calle, hubo algo que me llamó la atención.

Había un chico de mi edad, de cabello arreglado y negro, compostura atlética, hoyuelos y mirada muy inteligente. Estaba sentado en una silla, en el jardín de la casa de enfrente a la de Lyra. Estaba tomando un batido de fresa.

Me pareció conocido, pero no recordaba de dónde carajos sabía de su existencia. No lograba conectar... ¿Dónde había visto aquella cara tan peculiar?

Sin embargo, no disponía de tiempo para pensar, tenía que llegar a casa de Lyra y hablar con sus padres.

Una vez ahí, su madre abrió la puerta.

—¡Sonnet! —saludó con una sonrisa.

Conforme cada segundo pasaba, su sonrisa se apagaba más y más... hasta que se transformó en una profunda cara de preocupación.

Entré a la casa.

—¿Dónde se encuentra Lyra? —interrogué, las lágrimas ya se habían secado.

Su expresión cambió de nuevo al darse cuenta de que la situación tendría que ver con su hija.

—¿Qué pasa Sonnet? ¿Qué pasa con mi hija? —consultó y se acercó rápidamente hacia mí.

Dejé de buscarla con mis ojos. Era evidente que no estaba en casa. Hice una pausa; no sabía qué sucedía con Lyra.

¡No podía responder a su pregunta! La mujer empezó a llorar al ver mis lágrimas presentes de nuevo.

—¡Dime qué pasa! —exclamó y me agitó.

—No lo sé... ¡No sé dónde se encuentra ella! —revelé.

La televisión en la sala, no muy lejos de nosotros, estaba encendida. Tenía el volumen alto, por lo que podía escuchar de qué se hablaba. Nos acercamos al ver una cara conocida. Serina se encontraba mientras era entrevistada. De fondo estaban algunos estudiantes conmovidos. La policía les hacía preguntas.

—¿Puedes decir lo que sucedió exactamente? —preguntó el entrevistador y acercó el micrófono agresivamente a Serina, quien seguía en **shock**. Ella tenía los ojos rojos, estaba temblando.

—Frederick... él vino... y...

La madre de Lyra se acercó a la televisión.

—¿Frederick? ¿El exnovio de Lyra? —cuestionó, agresiva.

Tuve que guardar silencio. No podía hablar recordar lo que había visto hacía algunos minutos. El grueso nudo en mi garganta no me dejaba pronunciar palabra alguna. No hacía más que crecer y crecer.

Serina describió lo que había sucedido. La madre de Lyra se sentó en un sillón, como si hubiera perdido toda energía. Luego de unos segundos tomó su celular y llamó a su esposo de camino a la cocina.

Yo... yo simplemente estaba sentado con la vista perdida hacia los píxeles de la pantalla. Me sentía mareado y tenía unas terribles ganas de vomitar. Me encontraba en uno de los sillones de la casa de mi amiga, uno de los sillones en los que habíamos pasado por tanto cuando éramos más jóvenes y cursábamos en el colegio. Sin embargo, en ese momento, todo se sentía vacío y ni siquiera sabía si ella se encontraba viva o muerta.

Estar lejos de mis amigos y de mi familia, pero tan cerca, ese sería un nuevo tipo de tortura.

capítulo 9

Diferentes perspectivas



Sigo escuchando a Duke hablar. Está completamente loco. De eso no hay duda.

—Necesito agua... —pronuncio casi al punto del desmayo.

—¡Mierda, qué maleducada! Ya vengo —dice, molesto.

Sube las escaleras de dos en dos, al parecer está emocionado.

—Volveré en diez minutos. Si hacen ruido, les cortaré las lenguas. No son necesarias para lo que las usaré —comenta en el último escalón.

Hablo con Quinn mientras él no está. Aunque tengo mucha sed, es algo que puedo soportar por diez minutos más. Ella está muy débil... se ve incluso más flaca que la última vez que la vi.

—¿Te hizo daño el señor? Lamento mucho todo esto, Quinn... —digo en voz baja, ella enfoca su mirada en mí. No logro leer sus expresiones, parece que tiene sueño de

forma constante.

—Me golpeó mucho y, cuando intenté gritar, me quemó con cigarrillos en las piernas. —Ella mueve un poco su cuerpo y deja ver las asquerosas marcas infectadas.

—Necesitamos salir de aquí. No dejaré que nos pase nada malo.

Observo a los alrededores; tengo que aprovechar la ausencia de Duke.



Subo las escaleras con rapidez. Tengo que empezar a moverme conforme los planes que tengo para mis modelos. ¡No puedo desaprovechar la oportunidad de ganar el desfile! Al llegar arriba, observo el cuerpo sin vida de mi tío.

—Hablarle a un cadáver... hablarte a ti, sin tapujos. —Me inclino en cuclillas ante él y observo su fría cara. Sus manos están atrofiadas y sus ojos abiertos en una mueca de desafío constante—. ¿Quién diría que terminaríamos en estas circunstancias?

Empiezo a moverlo, es algo pesado. Lo suelto y dejo que la sangre salpique a los alrededores. Está relativamente coagulada, algo que no será bueno para limpiar.

—Mierda... —digo al caminar hacia la cochera y veo que él tiene una sierra perfecta para la ocasión.

Vuelvo hacia la cocina y lo parto en pedazos. Su carne es pesada y noto que, al parecer, se había estado ejercitando. No me gusta el olor a sangre, se siente sucio al contacto con la nariz y tampoco me gusta el tufo de los órganos cuando se exponen al aire.

Voy colocando todo en bolsas de basura negras y bolsas

de jardín, hasta que me doy cuenta de un estúpido detalle... ¡No cerré las cortinas de la casa! Corro a cerrarlas y sigo con mi trabajo.

Las partes ensangrentadas se resbalan de vez en cuando y, luego de media hora, logro tenerlas en las bolsas. Es evidente que no podré tirarlas en el basurero de afuera. El olor me delataría y no soy idiota. No me expondría tan fácilmente a una eventual investigación.

Dos personas desaparecidas en la misma ciudad. Es obvio que la policía llegará a hacer preguntas en el vecindario. La policía llegará, no como la mentira que le dije a Lyra para causar desilusión.

Muerdo mis uñas, aún con ciertos rastros de sangre.

«¿Qué hago?», pienso.

Corro y pongo las bolsas en mi auto. Manejo hacia el suroeste. Es obvio que le he mentido a Lyra sobre el hecho de vivir por estos lugares. Sin embargo, hay un sitio especial para mí en esta parte de la ciudad, uno que me ha servido de escondite en varias ocasiones y que ha sido parte de mi vida.

Me adentro con el coche en el Bosque Aletrejo, el cual es denso y tenebroso. Sobre él existen varias leyendas creadas por jóvenes sin destino aparente, creadas por mentes sin propósito y en donde algunos encontraron su camino en tiempos lejanos.

Llego al lugar, un enorme lago que hay en el centro, y estaciono frente a él. Como siempre, hay algunas luciérnagas que vuelan a los alrededores y nada más. Puedo sentir el crudo silencio, la oscuridad camufla mis acciones como niebla cómplice.

Recuerdo una parte del lago en la que el lodo es casi como arenas movedizas. Nada que caiga ahí podrá salir jamás. Tomo las bolsas con el cadáver y avanzo. Antes de

adentrarme, me quito la ropa porque no quiero que se me arruine.

Avanzo. Siento el gélido material viscoso consumir mis piernas. El agua está helada y la brisa me tensa los músculos de las extremidades y de la espalda. Lanzo las bolsas lo más lejos que puedo y veo cómo son consumidas en su totalidad por el lago.

El frío me ha empezado a dormir las piernas, ya no siento que las ramas cortan mis pies. Veo el vaho salir de mi boca. ¿Lo había logrado? ¿Después de tanto? No era el sentimiento que esperaba tener... la satisfacción carece.

—Descansa, pero no en paz. —Escupo al lago—. Ya qué, no importa.

Tomo un baño rápido en la parte limpia de las aguas y camino hacia el auto. Mis pies tienen varias heridas a causa de las ramas, pero no es algo que no pueda soportar. Me seco con la camisa y me visto. Manejo de regreso.

De camino, veo varias ambulancias y autos de policía que van hacia el lado contrario al que voy yo. Actúo normal. ¿Qué habrá pasado en aquel lado de la ciudad?

Llego a casa de mi tío. No me alcanza el tiempo para bañarme. Además, tengo que limpiar la sangre antes de que termine de coagular. La riego con desinfectante, me pongo guantes y agarro una esponja de la cocina. Los cuadros blancos y negros empiezan a verse de nuevo luego de algunas raspadas. Todo está quedando muy bien, muy limpio; así es como me gustan las cosas.

Termino de limpiar. Levanto los trapos que usé y los meto en la lavadora. Tomo la esponja y la lavo. Observo que el líquido rojo se va disipando y desaparece por los tubos oscuros de las cañerías. Los recuerdos me invaden.

Tomo los planes de mi tío, los que tienen las instrucciones para la transformación de Quinn. Estoy por regresar al

sótano cuando que veo el batido de fresa: sigue ahí, intacto, y mi sed es demasiada para resistirme. Le agrego hielo y agarro una silla de la cocina mientras que en la otra mano llevo el batido. Me siento afuera para relajarme por unos minutos. Mi corazón no ha parado de latir, siento la boca muy amarga. Además, huelo a sudor y al agua pantanosa.

A pesar de todos los nervios, sé que tengo todo bajo control. Ellas están en el sótano sin posibilidad alguna de escape. Tomo un trago del batido y... escupo un par de trozos del celular. ¡Qué molestia! ¡Nada me va a arruinar este maldito momento! El pasto está húmedo; puedo sentir el agua mojar mis pies desnudos y el frío trepar por mis piernas.

Después de un minuto de estar en el exterior, veo a un muchacho casi de mi edad. Tiene ojos negros como el ónix, está muy pálido y se ve terriblemente cansado. Su cabello café está húmedo gracias al sudor que baja por su cuerpo. Se ve terrible.

Él me ve directo a los ojos, pero su profunda mirada está en otro lugar. Parece estar sufriendo. Corre hacia una de las casas que están enfrente y le abre una mujer. Ella lo recibe.

Yo me adentro en la casa de mi tío, mi nuevo lugar de proyectos, y enciendo la televisión para ver qué ha sucedido con la policía.

Lo que veo me deja algo confundido.

Ni las víctimas ni los familiares de las víctimas ni los secuestradores... nadie esperaba el suceso de Frederick, el suceso que cambiaría las reglas del juego.

capítulo 10

¿Complicaciones?



¿Cómo te secuestraron? —pregunto, necesito mantener a Quinn despierta y activa, no quiero que pierda las esperanzas. Por mi parte, es algo que no haré. No dejaré que ambas muramos en este lugar. Su vestido turquesa está roto y sucio, como su piel.

—Él logró arrastrarme a casa. Intenté escapar, pero sus manos eran enormes y tenía un revólver. No podía gritar, no podía hacer nada más que esperar a que sucediera un milagro. ¿Fui estúpida al no haber gritado? ¿Qué hubiera hecho en aquel momento para evitar esta situación? —Empieza a sollozar, pero de sus ojos ya no caen más lágrimas—. Cuando desperté, él me estaba amarrando. Intenté patearlo y empezar a correr. Cuando iba por las escaleras... —Ella las observa—. Cuando iba por las escaleras, él me agarró de nuevo y me arrastró por ellas.

—Hablé con tus padres —revelo.

—¿Qué dicen? ¿Cómo se encuentran? —pregunta, un chispazo de esperanza brilla en sus ojos.

—Ellos están muy preocupados, llamaron a la policía y te están buscando con todas sus fuerzas. Estoy segura de que vendrán por nosotras. Ellos me comentaron que habías dejado de ir a estudiar hace algunos días. ¿Qué pasó? ¿Por qué dejaste de ir? —cuestiono.

—Verás… —comenta—. Hay una aplicación de citas…

Mi piel se eriza.

—Ahí conocí a un chico mayor que yo por dos años. Su nombre es Ledalí. Falté a clases para poder hablar más con él. Vive en Ciudad Cursiva. El día de mi secuestro, iba a verlo. Él debe de estar muy preocupado por mí, no puedo imaginar lo que estará sintiendo luego de hablarme casi todos los días, a todas horas, y saber que ya no le contesto. Estoy segura de que él también me está buscando —habla con seguridad.

—Estoy segura de que así será. —Tengo que pensar en un plan, pero estoy muy débil, necesito el agua que le he pedido a Duke. No aguanto el dolor de cabeza—. Vamos… necesitamos escapar en este instante. No planeo morir aquí.

—¿Cómo lo haremos? ¡Es imposible! —exclama Quinn, desesperada—. Ya he intentado todo.

Observo a los alrededores. Doy pequeños saltos con mi silla y me muevo para ver qué es lo que hay detrás de nosotras. Me topo con un horno muy grande, pero no es uno normal. ¡Nunca había visto algo así!

Le comento a Quinn lo que he descubierto.

—¿Para qué querrá eso? —pregunta, preocupada y asustada.



No entiendo lo que hay en la televisión. Hay una chica hablando de que en su universidad asesinaron a un tal Frederick. Un hombre con un casco negro lo hizo frente a todos.

Hay algo que no concuerda de todo esto: la chica empieza a hablar de nuevo.

—Mi amiga Lyra ha desaparecido —dice, tiene los ojos rojos—. ¡Su vecina Quinn también lo hizo!

Escucho las sirenas de los automóviles de la policía. Siento como si una mano de piedra tomara mi corazón y lo estrujara con todas las fuerzas del mundo.

Cierro los ojos.

—Van a seguir... van a seguir... —susurro y escucho que se acercan más y más. Mi corazón se detiene al ver que paran justo frente a la casa de mi tío.

Trago saliva, abro los ojos y no me muevo. Me asomo hacia las afueras por una ventana. Noto que no han frenado aquí, sino en la casa de los vecinos.

Empiezo a atar cabos. Esto es más peligroso de lo que pensaba. Mi corazón late con fuerza de nuevo.

La zorra de Lyra me ha mentido... ¡dijo que vivía en otro lugar de la ciudad!



La policía llegó. La madre de Lyra no paraba de llorar. Yo ya me había calmado, pero las preguntas de los oficiales me abrumaron. Les di toda la información que tenía en mis

manos. Mi mente estaba hecha un completo desastre.

Hablamos con ellos por cuarenta minutos. Al menos empezarían la búsqueda de mi amiga pronto, al igual que habían hecho con Quinn.



Apago la televisión de golpe y corro para revisar que todas las cortinas y las puertas estén cerradas. Ojeo de nuevo la cocina y busco que no haya quedado ni una sola mancha de sangre. Estoy por bajar al sótano cuando recibo una llamada en mi celular.

—Otra llamada... —digo en voz baja. Contesto.

—Duke —dice ella.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Ese muchacho... Frederick —menciona Alice—. Eso que acaba de hacer, ha desatado una cadena de eventos que nos perjudica.

—No fue mi culpa —digo al levantar los hombros—. ¿En qué diablos me afecta?

—No seas imbécil, no estoy culpándote de ello —menciona, enojada, como siempre—. Estás en peligro de que te delaten. Hay ciertos rumores presentes entre los representantes.

—¿Rumores? Yo también soy un representante y tengo a dos modelos. ¿De qué hablas? ¿Quién dijo algo? —interrogo molesto.

—Sé que tienes dos modelos, por lo que estás en doble peligro —dice ella—. Como sea, te llamaré para actualizarte sobre lo que sucede. No hagas nada de lo que te puedas arrepentir.

—Adiós.

«Esa Alice…», pienso. Está bien que sea famosa entre las personas de la oscuridad, y tenga cierto poder sobre nosotros, pero nadie me dice qué hacer ni cómo actuar.

Guardo el celular en mi bolsillo.

Sostengo los planes de Quinn en la otra mano. Me parece algo complicado, pero no imposible. Camino hacia la cochera porque me hacen falta las pinzas que aguantan temperaturas extremas. Bajo las escaleras del sótano y veo que Lyra está volteada hacia el lado del horno.

—¿Jugando a la turista? —pregunto entre risas. La agarro y la pongo en su posición inicial.

Muevo las pinzas encima del horno.

—¡¿Qué mierda planeas hacernos?! —grita Lyra—. ¡Dime de una vez!

—Primero que todo, quiero hacerte unas preguntas, mi payasita… —Me siento frente a ella—. ¿Quién es Frederick?

Ella frunce el ceño e intenta disimular su terrible sorpresa y confusión.

—Nadie importante —dice en seco.

—Oh. Qué bien… porque está muerto —revelo.

Todo se empezaba a derrumbar en mi mundo. Poco a poco, cada fragmento de mi pasado se rompía, como un viejo espejo, en medio de un abandonado y sucio sótano. Sabía que todo iría de mal en peor.

capítulo 11

Pulso constante



La revelación me agita como una oleada de agua helada. Cientos de ideas pasan por mi mente: es algo impactante, confuso, incomprensible.

—¿Cómo... cómo murió? —Es lo único que sale de mi boca temblorosa.

Tantos recuerdos buenos y malos. La culpabilidad, en cierto modo, me empieza a carcomer por dentro.

—Eso ya no importa. —Duke sonríe—. Pero si tanto quieres saber, le pegaron un balazo en los sesos.

Siento un dolor profundo en mi corazón. Las amargas lágrimas salen sin poder contenerlas. ¿Por qué Frederick? Acaso... ¿tendría que ver con sus conexiones con la **deep web**? Los pensamientos cruzan como dagas por mi cabeza y cada uno es más doloroso que el anterior. Pensé que había dejado eso detrás desde que habíamos terminado...

Si empiezan a investigar sobre su pasado, eventualmente llegarán a mí... eso en caso de salir viva de esta situación.

—Como sea. No nos desanimemos... —dice y mueve todo para que quede perfecto. Toma las pinzas y las pone en la mesa. Agarra un cubo de bronce y lo aparta. Finalmente, pone el molde; se ve de alta calidad.

—Diablos. Debo admitir que eres una modelo consentida... no todas tienen la dicha de que su representante hubiera tenido tanta dedicación en cuanto a la belleza.

El molde, de lo que noto es una corona, es perfecto, siniestro.

—¿Qué diablos es eso? —Quinn intenta soltarse de su silla.

—Ahora que lo pienso. ¿La belleza será evaluada? Hmm. —Camina por los alrededores—. No lo creo, el concurso se llama el «Desfile Macabro». ¿Tendrá mejor calificación una transformación aterradora? ¿Debería usar un maquillaje terrorífico? No me dieron instrucciones claras. Esa perra de Alice...

—Es un concurso. —Empiezo a dialogar—. ¿Cuánto dinero ganarás? Si es que ganas.

—Mucho. —Él se sienta y revisa su celular—. ¿Por qué? ¿Me pagarás más?

—Te pagaré el doble —aseguro—. Nuestros padres tienen muchísimo dinero.

—¿En serio? —cuestiona—. ¿Y por qué quisiste ir a trabajar a una tienducha de pésima calidad en el **mall**? ¿Y por qué siempre te quejas de que no tienes dinero en redes sociales? ¿Y por qué vas a la Universidad Onírica?

—Mis padres tienen mucho dinero guardado, me hacen ganar todo con mi propio esfuerzo, para aprender. —No podré seguir mucho más con esta máscara; él sabe

demasiado de mí.

—¡Lo hubieras dicho antes! —Se me acerca; está por cortar las cuerdas con una tijera de la mesita. Mis ojos acarician la posibilidad de tomarla en un futuro, pero por el momento será imposible—. Pero es tarde. Muy dramático, es casi como una obra.

»¿Sabían que yo jugaba con muñecas cuando era niño?

Quinn cierra los ojos, está temblando del miedo; pero intenta mantener su tranquilidad. Es lo único que puede hacer por el momento. Las cuerdas no se soltarán.

—Me gustaban mucho. Había una casita de muñecas en mi habitación, la compartía con mi hermana menor. ¿Por qué les cuento esto? Nunca se lo he dicho a nadie, a decir verdad, puede que me sienta cómodo con ustedes, de cierta manera. ¿Será un reflejo psicológico? ¿Qué sé yo de psicología? Me importa un pepino. —Él levanta los hombros —. No es tiempo de historias.

Sigue con su celular, manda mensajes y revisa aplicaciones. ¿Habrá más gente como él esperando? ¿Será parte de algo más grande? La ansiedad me domina conforme el silencio me adormece.

—¿Jerry? —contesta una llamada y se levanta—. ¿Cómo estás, amigo? Sí... mira, es que quería ver si lograste tener el pedido que hice el otro día. ¿Yo? Estoy por ahí, por allá... qué importa. ¿Los oníricos andan en problemas? No puedo ir ahorita.

—Oníricos... —digo en voz baja. Así se llaman los de la banda criminal que ha estado dando problemas en la ciudad, aquellos muchachos violentos de los que he escuchado hablar. ¿Acaso... él es parte de ellos?

—Lyra. —Quinn señala con sus ojos las tijeras, la mesa no está lejos de mí, pero si él me ve intentando moverme, no habrá escapatoria

—No estoy tan cerca y ahora estoy un poco ocupado. Claro que, si fueras tú el que está en problemas, saldría corriendo; pero ese no es el caso. —Duke camina impaciente por todo el sótano, es como si no existiéramos —. Entonces... ¿te llegó aquello?

—Paciencia —susurro. No puedo dejar de pensar en Frederick, en nuestro pasado y en lo mucho que lo quise en algún momento...

—Bien, me alegro. Creo que podré ir mañana, de todos modos, me queda un poco. No la venderás a otros, ¿cierto?

»Claro que iré mañana, no me queda mucho. ¡Espera! Te diré cuánto me queda y podrás apartarlo entonces, te haré una transferencia. Diablos, Jerry, no todo son negocios, dame un poco de ayuda aquí. Claro, ayuda entre tú y yo, nadie más. No, nadie más tiene que saber que estamos haciendo este trato.

Él sube por las escaleras, perdido en la llamada.

—¡Lyra! —grita Quinn con los nervios de punta—. ¡Vamos!

Empiezo a moverme rápidamente, doy saltitos para llegar a la mesa. Las tijeras están mal posicionadas, casi al borde. ¡Tengo que llegar!

—¡Sí, ya voy! —Duke baja con prisa. Por suerte, no me he movido tanto. Él me ve de reojo, sin dejar de estar atento a su llamada—. Espera Jerry, se me olvidó la tarjeta...

Rebusca entre sus pertenencias.

—Espera, tengo que dejar algo haciendo, no tardaré. —Deja el celular en la mesa. En la foto de la llamada veo a un muchacho con una sudadera roja, pero no logro distinguir bien su cara. Es moreno y está lejos de la cámara.

Duke toma los papeles que ha dejado su tío. Los lee rápidamente y los arruga mientras camina hacia el horno y lo enciende.

—Según esto, tengo que esperar a que llegue a

ochocientos treinta grados Celsius. ¡Qué tedioso! —Él toma su tarjeta y el celular, y vuelve a subir—. Como decía...

No espero más. ¡El horno se ha empezado a calentar a toda velocidad! Tenemos que movernos, antes de que Duke siga con su plan. Ejecuto la misma técnica que la vez anterior. Con los saltos, llego pronto a la mesa en donde las tijeras están casi a nivel de mis manos. No puedo fallar o las consecuencias serán terribles.

Tengo que voltear la silla, poco a poco, hasta que mis manos estén lo suficientemente cerca de las tijeras. Con mucho cuidado, logro tomarlas. Estoy sudando y el dolor de mi cabeza ha ido en incremento. Quinn tiene una llama de esperanza encendida en sus ojos y salta hacia mí.

Ya es muy tarde para arrepentirnos, si Duke llega al sótano, sabrá que hemos intentado escapar. Abro la tijera y, con una de las partes filosas, empiezo a moverla para cortar la cuerda. Mis manos tiemblan y el sudor se hace más que presente. El calor a nuestras espaldas sigue subiendo; el horno se está empezando a poner rojo.

El tiempo corría, el pulso era constante, el tiempo era oro, y el terror no hacía más que incrementar.

capítulo 12

Salvaje



Me libero por fin. Mi corazón no deja de latir, estoy desorientada y veo **flashes** al levantarme. Mareada, sin fuerzas, confundida, y con terror; pero no dejaré que Quinn sufra más junto a mí.

¡Tengo que moverme!

—¡Ven, rápido! —exclama ella con algunas lágrimas.

Giro para cortar sus cuerdas con rapidez. Logro romper un lado y libero su mano derecha. Sin embargo, escucho que Duke baja las escaleras. ¡No tengo tiempo! ¡Necesito hacer algo ya!

Corro y me posiciono como antes. Tomo la cuerda y la acomodo detrás de mí mientras la sostengo con las manos junto a la tijera. Cierro los ojos con todas mis fuerzas, espero que él no note su ausencia. Ya no está hablando por celular. Está callado.

—Tengo que esperar a que caliente más —comenta mientras se pone unos guantes blancos. Luego, revisa un viejo maletín de herramientas.

Se encuentra parado detrás de mí. Si se le ocurre mirar, sabrá que tengo las tijeras y que ya no tengo las cuerdas a mi alrededor.

¡Es tiempo de actuar!

Me paro en silencio, sin que él se dé cuenta. Los sonidos metálicos de las herramientas, mientras busca en el maletín, me ayudan a cubrir mis pasos. Estoy a punto de liberar a Quinn, pero él levanta la vista y me ve. Corre hacia mí, pero yo subo la tijera y lo apunto con mis manos temblorosas.

—¡Eh! Tranquila. —Duke muestra sus manos. Tengo la posibilidad de escapar si quiero, pero no traicionaré a Quinn. No puedo dejarla aquí.

Él se abalanza hacia a mí a toda velocidad. Sé que no podré hacerle nada con la tijera así que se la arrojo a Quinn, quien la atrapa con su mano libre.

Grito con todas mis fuerzas. ¡Quinn tiene que ayudarme! Él está encima de mí y sostiene mis brazos y piernas con su cuerpo.

Cuando Quinn logra liberarse, le intenta clavar las tijeras a Duke, pero él logra y le pega un puñetazo en la cara. Ella cae al suelo, casi inconsciente.

—¡Quinn! —exclamo. Intento levantarme, pero él sigue sin dejarme hacer algo.

Quinn está a punto de desmayarse. Con sus pocas fuerzas, se arrastra hacia el horno con su cuerda. ¿Qué planea?

—¡No van a escapar de aquí! ¡Son mis modelos y ganaré el desfile! —grita Duke y muestra una sonrisa siniestra—. ¡¿Cómo creen que hubieran ganado esta pelea?!

Quinn mete un extremo de la cuerda en el horno, haciendo que se encienda en llamas. Duke no se da cuenta de esto ya que estoy forcejeando con él para distraerlo. El rastro de fuego se esparce hacia el pantalón de mi enemigo, pero tengo que ganar más tiempo. Lo muerdo en el brazo y él me pega en la cara. El golpe impacta en mi cráneo y soy enviada contra el duro cemento del piso del sótano, lo que me crea una gran contusión.

Estoy muy herida, pero veo que, de repente, los pantalones de Duke se encienden. Él se quita de encima de mi cuerpo y Quinn me ayuda a levantarme como puede tras correr a mi auxilio. Extiende su mano mientras Duke sigue rodando en el suelo. Ella me ayuda a subir las escaleras, las cuales en las condiciones actuales son un enorme obstáculo. Ponemos las manos, las rodillas, los pies y avanzamos con lentitud. Yo voy de primero, mi vecina me sigue de cerca.

Pero... ¡Duke se ha librado del fuego!

Él corre a toda velocidad hacia nosotras y agarra a Quinn por las piernas y la arrastra con agresividad. ¡Tengo que escapar! Estoy muy cerca de la salida. Doy dos pasos más, Quinn forcejea y grita para evitar que Duke siga por mí, pero él logra interceptarme a tiempo.

Caemos juntos por las escaleras, le intento rasguñar la cara, pero ya mis fuerzas no dan. Me golpeo aún más la cabeza, y también las costillas, las piernas y la cara. Él parece estar en perfecto estado. Todo se empieza a volver negro.

Escucho los sollozos de Quinn en la lejanía hasta que me desmayo.

Despierto con menos fuerzas que nunca. Veo borroso, pero logro enfocar a mi vecina. El calor en el sótano se ha hecho casi insoportable, el horno sigue calentándose.

Ambas estamos en nuestras posiciones iniciales. En el suelo, no muy lejos de mí, se encuentra el pantalón de Duke medio quemado.

Él baja las escaleras con un **short**. Veo que tiene una quemadura en la pierna derecha, la cual se ha vendado. En su mano trae una máquina para cortar cabello. Es roja y se ve de terrible calidad.

—No más interrupciones, estúpidas. —Él camina hacia Quinn—. ¿Empezamos?

—¡Aléjate de ella! —exclamo, aterrorizada.

Quinn no habla, está petrificada y tiene los ojos abiertos.

—Será rápido, compórtate, Quinn. —Duke le acaricia la cara—. Quedarás hermosa.

—Por favor... —Ella llora—. Te prometo que no diremos nada...

—Intenté confiar en ustedes y me quisieron matar. ¿Qué lógica tiene eso? No más. —Duke enciende la máquina y empieza a cortar los rubios rizos de Quinn.

Veo que los trozos de cabello caen en el frío suelo mientras ella llora y clama por ayuda. ¡No puedo hacer nada para ayudarla! Ella se retuerce con todas sus fuerzas. Duke se mueve mucho y la máquina de afeitar le ha desgarrado el cuero cabelludo. Veo que la sangre mancha las manos de nuestro secuestrador.

—¡No te muevas, lo arruinarás todo! —grita, furioso—. Si te quedas quieta, terminaré en un instante. ¡Ni siquiera es todo tu cabello lo que estoy cortando!

Él sigue el proceso hasta que, por fin, termina. Quinn está agitada, la veo. Tiene su cabello intacto excepto por un enorme parche en el centro de la cabeza, en donde las rasgaduras se hacen presente y la sangre es notoria.

«Ahí irá la corona», pienso.

—Mierda. ¿Tan complicado era? ¡Qué llorona del carajo

eres! —Él lanza la máquina de cortar; está más agresivo que antes—. Todo iba bien, pero decidieron cagarla. ¿Quieren sufrir? No saben lo que les espera.

Él camina hacia mí. Me toma la cara de las mejillas y las estruja. Me voltea hacia Quinn.

—No se ve mal. ¿Cierto? —pregunta mientras me ve directo a los ojos. Quinn no deja de sollozar—. Responde.

Ignoro lo que dice, ver a Quinn en ese estado me duele en el alma.

—¡Responde! —exclama y me da una cachetada.

—¡No se ve mal! —grito con miedo.

—El horno ya está caliente... pero aún le falta. Ya vengo, traeré el agua que me pidieron.

Siento que su energía tiene picos muy extraños, con episodios maníacos, o algo por el estilo.



Llego arriba. Voy directo hacia la cocina a buscar lo que he guardado en la alacena. Rebusco hasta que encuentro la pequeña bolsa transparente. Una línea de cocaína es justo lo que necesito en este momento...

—Estas dos están locas, igual que mi tío. —Suspiro y meto los dedos en la bolsa casi vacía, espero que Jerry tenga piedad de mí y me guarde un poco para después—. ¿Qué diablos haré con todo el plan que tengo?

Inhalo y pongo el resto en mi boca. Siento que las fuerzas llegan con rapidez a mi organismo. Mi ánimo se ha levantado, la energía fluye.

Tomo un vaso y lo lleno con agua; tengo que darles algo de tomar o se deshidratarán.

La actitud de Duke debía tener una explicación.

¿Por qué actuaba de maneras tan impulsivas?

capítulo 13

Cadenas del pasado



Terminé de hablar con la policía.

El padre de Lyra llegó a su casa luego de haber recibido las malas noticias. Serina llegó también, después de un rato. Todos estábamos en la sala. Los policías seguían interrogando a familia de mi amiga.

—Lyra... —Serina estaba muy triste.

Observé los adornos de la mesa que estaba en el centro de la sala cuando empecé a recordar algo. Traté de evocar alguna pista que me indicara qué era lo que estaba mal. Sentía como si me hubieran succionado toda la energía del cuerpo de un solo golpe. Estaba cansado, tenía hambre, pero, sobre todo, estaba preocupado por mi amiga, más que nada en la vida.

Revisaba una y otra vez los mensajes que intercambiamos con Lyra, buscaba alguna pista sobre qué era lo que había sucedido. Era imposible que escapara. ¡Todo estaba bien en su vida! Tal vez... todo estaba muy normal en su vida. Ella solía quejarse de lo aburrida que estaba, decía que quería algo nuevo, diferente. Ella antes no era así, no antes de haber conocido a Frederick.

Lyra lo conoció en la universidad, hacía tres años. Él estudiaba Microbiología, y ella asistía a cursos de Enfermería. El día que Lyra me lo presentó, habíamos ido a comer los cuatro: Lyra, Frederick, Serina y yo. Me pareció un muchacho energético, de cara amable, pero con una sombra oscura. Siempre había podido sentir una vibra extraña a causa de su presencia.

Frederick y yo salimos varias veces a tomar un par de cervezas y hablar de la vida. Superficialmente, se veía normal. Un chicho común, inteligente, incluso, hasta gracioso. Sin embargo, nunca supe nada de su vida privada: evitaba hablar de ella a toda costa, haciendo comentarios sobre algún asunto del día a día. Nunca quise hacerlo incomodar con más preguntas.

Después de un tiempo, Lyra y él comenzaron a actuar muy raro. Se veían mucho en sus casas y no salían de sus habitaciones en todo el día. Desde que eso empezó a suceder, Lyra comenzó a comportarse un poco más fría con sus amigos y su familia.

Estaba un poco aparte, siempre lo había estado; pero en esos momentos lo hacía de una manera más expresiva. Se alejó de nosotros más que nunca. Luego, pasó un tiempo en el que empezaron a desarrollar una extraña relación codependiente. Ambos peleaban en secreto, y se arreglaban, pero la tensión seguía presente en la relación.

Llegó un punto en el que Frederick quiso obligar a Lyra a hacer algo. Ella no quiso y me lo contó. No especificó qué diablos había sido lo que él le pidió ni las razones de sus peleas. No quiso profundizar nada, y lo respeté. Pero sabía que algo malo estaba sucediendo entre ellos... Ella terminó con él y él la empezó a buscar de nuevo.

Siguieron con su tóxica relación; tuve que intervenir. Hablé con Frederick mientras tomábamos una cerveza. Aquella noche, él estaba sudando, tenso. Por más que le pedí que me contara qué era lo que sucedía, nunca me dijo. Siempre veía hacia los alrededores, hacia mis espaldas, como si hubiera alguien vigilándolo en todo momento, estaba muy distraído y distante. No pude sacar información alguna de la conversación.

No hasta que me puse «serio».

Empecé a demandar que no siguiera buscando a Lyra. Él exclamó que yo no entendía nada del asunto, que me quedara lejos de sus problemas. Le dije que estaría bien, que me quedaría lejos, así como siempre lo había hecho, pero que dejara a Lyra en paz. Ella nunca haría algo que no quisiera, por más que otra persona la obligara o la chantajeara.

Frederick sabía eso muy bien, al igual que todos los que la conocieran. La conversación terminó; nunca supe si él reflexionó sobre el asunto, pero dejó a Lyra en paz. Meses después, sucedió la pelea entre él y las personas que Serina mencionó.

Al día siguiente de ese conflicto, tomé el celular de Lyra y, junto a ella, lo bloqueé. Ella estaba dispuesta a darle fin a esa relación. Todo estuvo bien hasta que, dos semanas después, ella lo desbloqueó.

«¿Por qué lo había hecho?», pensé.

Supuse que era parte del «perdón». Aunque el perdón era gris, pues yo nunca supe cuál había sido el detonante de todo el problema. Nunca supe si aquel perdón había sido digno de darse; pero, al parecer, no había funcionado. Empezaron a discutir de nuevo. Ella lo volvió a bloquear y todo fue bien hasta que recibí los nuevos mensajes de Frederick.

Ese mismo día, él murió y ella desapareció.

—Sonnet... ¿estás bien? Necesitas descansar. —Serina habló al notar que me había perdido entre los pensamientos.

—¿Crees que Lyra está descansando en este momento? Creo que puedo ser mejor que esto. —Me levanté—. No quiero que te sientas mal, Serina, pero no puedo hacer nada más que intentar saber en dónde se encuentra.

—Sonnet... —Ella veía hacia mis ojos—. Lo entiendo.

—Nos vemos mañana, descansa. Te quiero. —Le di un abrazo.

—Adiós, Sonnet, gracias. —La madre de Lyra se despidió.

Caminé hacia las afueras. Me paré justo frente a la casa de Lyra.

—Pase lo que pase... te encontraré. —Suspiré e inicié el camino hacia mi hogar.

Tenía algo planeado para hacer esa madrugada. Pensaría en absolutamente todas nuestras últimas conversaciones. Había algo que estaba olvidando y estaba decidido a recordarlo.

La esperanza se tambaleaba entre la oscuridad.

¿Qué traería el destino?

capítulo 14

Delirios de esperanza



Duke trae un vaso de agua para nosotras.

—Hora de tu preciada agua. —Se acerca.

Está distinto, tiene aún más energía. Sus pupilas jamás se quedan quietas y habla más rápido que antes. Él me acerca el vaso y tomo. Luego le da a Quinn, quien la recibe con muchas ganas. Observo las gotas de agua caer por sus mejillas, limpiando la suciedad acumulada.

—¿Suficiente? Bien, que empiece lo bueno. —Él se aleja.

Camina, y pone el metal en un crisol. El calor del horno está en su máxima potencia y se siente aún más al abrirlo. Nuestro miedo incrementa, mi corazón late ininterrumpidamente. Cada movimiento que hace Duke causa sonidos que me espantan. Estoy en constante estado de defensa.

Luego de un tiempo, se empieza a escuchar el sonido de un artefacto con un motor, el cual no es la cortadora de

cabello. Me paralizo, no puedo voltear, no quiero hacerlo. Quinn grita al ver una sierra eléctrica pequeña que nuestro enemigo está cargando en la mano derecha.

—Esto va a doler un poco... —dice él—. Tendremos que abrir espacio en tu cráneo para poder poner el molde.

El impacto de sus palabras me marea por unos segundos. Quinn está anonadada, todo esto se va convirtiendo más y más en una pesadilla irreal.

—¡¿Estás loco?! —exclamo con todas mis fuerzas—. ¡Ella morirá si haces eso!

—La belleza cuesta. Aquí tengo una guía de cómo hacer el proceso sin que Quinn muera. Si ella coopera, todo saldrá perfecto. —Él sostiene los papeles arrugados. Está sudando. Su sonrisa tiembla y su mirada no deja de moverse de manera hiperactiva.

Quinn grita y lo único que puedo hacer es cerrar los ojos con fuerza mientas me aferro a la horrible realidad. Escucho el cráneo de Quinn ser perforado por la sierra. Es un sonido terriblemente tétrico. El sonido de la sierra se fusiona con los espeluznantes alaridos de la chica.

Duke continúa el proceso por treinta minutos más. Le limpia el cráneo con agua tibia y un poco de sal para que no se infecte. Además, sopla con una máquina de aire para que esté seco y listo para el resto del proceso.

Quinn ya no grita, simplemente se ha desmayado del dolor. Mis lágrimas y alaridos no han servido de nada. Duke desconoce la piedad y está absorto en el proceso. Él está cansado y sudoroso; su pierna se ve fatal. Decide sentarse en las gradas unos minutos. Está en silencio.

—Ella no va a aguantar este proceso... —intento convencerlo; no es demasiado tarde. ¡Quinn podría sobrevivir!

Él ve hacia el vacío, hacia el horno. Las luces naranjas se

reflejan en sus ojos negros, sin ánima, sin presencia alguna de identidad, de empatía, de humanidad...

—Ella es fuerte, puede que sí. ¿De qué me sirve si no aguanta? Esto del desfile no se ganará solo. —Él revisa el horno—. Queda media hora más...

Sube las escaleras, lentamente. Su energía se ha acabado. Estoy sola con Quinn de nuevo. Ella despierta a mis llamados, pero está demasiado mal, ya no es ella misma.

En la mesa, veo el molde de la corona. La sangre sigue saliendo por las grietas de su cabeza.

El molde es negro, con medio centímetro de espacio, justo el mismo que le ha hecho a Quinn en su cráneo. El pensar en los posibles escenarios para el futuro me perturba. Es imposible que él piense en poner primero el molde y luego el metal fundido en él. Es la idea más estúpida que a alguien se le podría ocurrir, a menos que quisiera matarla.

Quinn tiene los ojos idos. Ya no está llena de vida, de ilusiones, de sonrisas... Está por rendirse. Ella voltea su cabeza hacia mí, pero el brillo en su mirada se ha perdido. Empieza a balbucear.

—¿Ledalí? Perdóname... por no llegar a tiempo a... a nuestra cita. —Sonríe con una tenue mirada. Su cabeza cae, no puede mantenerse consciente.

—Quinn. Tienes que seguir luchando, mírame, soy Lyra. —Mis lágrimas siguen cayendo, no soporto verla de esta manera.

Duke baja por las escaleras. Sus ojos están rojos. Está más loco que nunca. Lo observo bien, tiene un polvo blanco en su nariz. Es evidente que ha consumido cocaína.

—Ya terminó el recreo. —Toma más agua y nos da un poco a nosotras. Quinn no puede siquiera abrir la boca. Él la tira en su ropa.

—¡Por favor! ¡La vas a matar!

Ya no hay retorno, no puedo dialogar con alguien tan agresivo en este estado. Él se acerca. Sus ojos están llorosos y su sonrisa es involuntaria, afirmativa, insegura, descontrolada. Sus hoyuelos se pronuncian conforme sonríe.

—Yo soy quien tiene el control aquí. ¿Entiendes? Yo sé lo que hago. Mi tío dejó estos planes para Quinn, y los ejecutaré a mi manera.

Se aleja. Toma las pinzas metálicas y, con ellas, el crisol del horno. Lo pone en la mesa de metal. Quinn está en el limbo de la consciencia. Duke toma el molde y lo pone en la cabeza de Quinn, haciendo un poco más de espacio en el proceso. Los gritos de mi amiga parecen ser del inframundo, algo tan surreal que jamás he escuchado en la vida. Cierro los ojos con todas mis fuerzas, no puedo seguir viendo.

El molde está puesto. Tiene una figura perfecta y da una idea acertada de cómo se vería la corona.

—Lyra... —Quinn habla—. No quiero morir...

—Quinn... ¡Quinn! —exclamo y empiezo a saltar hacia Duke.

—¡Eh! —Él me quema con el crisol en mi brazo derecho.

El sonido al contacto suena de manera agresiva. Siento la furia en todo el cuerpo y escucho cómo mi piel se quema, aunque a no esté en contacto con el recipiente. Es muy posible que pierda las fuerzas que me quedan para seguir despierta.

—Gracias por ser tan buena amiga, Lyra... —dice ella tras aceptar su futuro.

Ella se mudó hace cuatro años a la casa de enfrente. El primer día, trajo galletas horneadas por sí misma. Las comimos en mi casa con vasos de leche mientras veíamos dibujos animados. Quinn me empezó a pedir consejos al

entrar a la misma escuela a la cual yo fui por algunos años. Siempre que tenía algún secreto, me lo contaba, al igual que yo a ella, aunque conforme pasó el tiempo, nuestra amistad perdió fuerza. Ya no teníamos tanto tiempo para la otra, además, la diferencia de edad nos hacía tener distintos intereses.

Yo le empecé a dedicar mucho tiempo a Frederick, tiempo que debía de haber enfocado en mis amistades, tiempo perdido y lleno de remordimiento. Actualmente, solo nos hablábamos al encontrarnos cuando salíamos o entrábamos a nuestras casas. Charlas superficiales y casuales, de las que no me llenan en absoluto.

A pesar de todo, sabía que Quinn se había desarrollado para ser de las personas más empáticas, honestas, tiernas y llenas de luz que jamás había conocido. ¿Por qué alguien así terminaba en una situación como esta?

—Vas a ser transformada en una hermosa reina —mofa Duke al cargar el metal fundido—. ¿Algunas últimas palabras antes de tu coronación?

—Lyra... —Quinn llora, pero balbucea con sus fuerzas restantes. La saliva sale de su boca y sus ojos ya no se abren—. Si sales de aquí, dile a Ledalí que lo amo y que espero que algún día me perdone...

Intento decir que lo haré, pero sus gritos me interrumpen.

¡Duke está vertiendo el metal sobre su cabeza! El olor a piel quemada se hace presente. Es asqueroso. Los gritos no son humanos, son tan reales. Vienen de dentro de su ser, que parecen los gritos de un animal que es enviado al matadero.

Él está de espaldas a mí, cubriendo la terrorífica escena que se desenvuelve entre las cuatro frías y sucias paredes del sótano, el sótano de mi vecino.

Este lugar ha atestiguado demasiado sufrimiento del se

ha desprendido aquella agonía que ha llegado a su clímax.

Duke termina de verter el metal en la cabeza de Quinn y le lanza agua encima. Él se mueve, y puedo verla. Está pasando por lo inevitable, por lo que sucede a cualquier ser efímero en el mundo...

Está agonizando.

Tiene los ojos cerrados. Ya no está consciente, está casi muerta. Sin embargo, a causa del calor que ha ocasionado el metal en su cerebro y de las quemaduras graves, los nervios de su sistema nervioso se activan. Es como si tuviera tics en todo el cuerpo. Se mueve de a ratos y hace algunos sonidos involuntarios...

Pero la Quinn a quien conocí ya no está presente con nosotros en la habitación.

Lloro sin poder evitarlo. Jamás hubiera imaginado que me tocaría ver la muerte de una de mis mejores amigas, y menos de una manera tan horripilante. Duke observa con cuidado la escena. Se tapa la nariz con su antebrazo para cubrirse de la pestilencia que ha soltado la quemadura en el cráneo. Está disgustado, asqueado.

Quinn deja de moverse.

Ella fallece al fin.

Duke camina hacia el cadáver. Le quita el molde. La corona se ha terminado de formar de manera perfecta. Es una escena terriblemente tétrica, sin embargo, no puedo evitar desbordar de sentimientos extraños. Sé que ella encontró la paz. Sé que ha ganado la pelea, en cierta manera, es una reina ahora y está lejos de todo sufrimiento.

Intento hablar, pero ninguna palabra sale de mi ser. El nudo en mi garganta es tan grande que siento cómo me entierra más y más. El peso atraviesa mi esófago y llega a mi estómago. El cuerpo sin vida de Quinn está ahí, el peso de la corona hace que su cuello se doble hacia la derecha.

Parece como si estuviera dormida, calmada...

Duke camina en círculos. Patea el horno. No dice palabra alguna y sube las escaleras. Escucho un estruendo arriba, en la cocina. Suena como si estuviera golpeando las sillas, la mesa y todo lo que se interponga en su camino.

Me encuentro sola en el sótano, con el cadáver de Quinn sentado a mi lado. Siento que la esperanza de salir con vida se aleja poco a poco, junto al calor del horno que está detrás de mí. Cierro los ojos y, al fin, me desmayo.

«Desmayarme». Ese empezaría a ser mi nuevo escape para lo que el futuro traería.

capítulo 15

Suspenso agonizante



Llegué a mi casa aproximadamente a las dos de la mañana. Estaba exhausto. Encontré a mi madre despierta, leía un libro en su cama.

Me asomé por la puerta de su habitación.

—¿Qué pasó, Sonnet? —preguntó al verme así.

La fui a abrazar. Algunas lágrimas salieron de mis ojos y le conté lo sucedido. Mientras hablaba, miraba la foto de mi padre quien aparecía sonriendo en la mesita de noche. El agujero en mi corazón crecía cada vez más.

—Lyra... —pronunció, preocupada.

De inmediato, llamó a la madre de Lyra, con quien habló un gran rato. Me dirigí hacia mi habitación a las mismas cuatro paredes de siempre, en donde habían sucedido tantas situaciones, tanto buenas como malas.

No me había bañado y olía mal. Caminé hacia el baño y encendí la luz. El reflejo en el espejo mostraba lo hecho trizas que me encontraba por fuera y por dentro. Aquel ente, despeinado, sucio, y sin motivación alguna, me volvía a ver.

Los recuerdos de las depresiones pasadas se hicieron presentes. ¿Y si Lyra no volvía? ¿Y si estaba muerta? ¿Cómo me irían a dar la noticia? ¿Cómo podría afrontar un duelo tan duro?

«Otro duelo...».

Los viejos tentáculos de los recuerdos me atraparon. El sentimiento de pérdida, como un hilo metálico, me cortaba el cuello con lentitud. La vieja promesa en el espejo había

dejado sus huellas en mi corazón y, esta vez, estaba a prueba.

Me metí a la ducha. Me sentía culpable. Mi cuerpo dolía, estaba pesado, y mis pulmones se sentían como dos bloques de concreto. ¿Quién me daba derecho a sentirme relajado? ¿Cómo se sentiría Lyra? La realidad era tan distorsionada como el espejo nublado al que me encontré a la salida.

Luego del baño, recuperé ciertas energías. Eran las dos y media de la mañana. Tenía mucho trabajo por delante.

Abrí mi computadora y conecté el celular a ella para poder ver los chats con mayor detalle y en un espacio más grande. No me sirvió de absolutamente nada. Los fantasmas de los recuerdos danzaban a mis alrededores como viejas burlas del pasado, de incompetencia, de impotencia...

Fui por una enorme taza de café. Me senté de nuevo e intenté no pensar en las viejas tentaciones de dejarlo todo atrás y de dormir sin querer despertar. No podía dejarme caer, no ahora. Las esperanzas seguían vivas y cada segundo contaba.

Me metí a las redes sociales para ver si alguna idea me rebotaba en la cabeza cuando, de repente, apareció un anuncio sobre una aplicación para citas. Se me paralizó el corazón al verlo.

Recordé todo: Lyra había descargado la aplicación y había comenzado a hablar con un muchacho. ¿Acaso él pudo haber sido su secuestrador?

Él tenía un nombre fácil, pero simplemente mi mente lo tenía bloqueado. Tampoco recordaba su cara. Sabía que estaba en algún lugar de mi mente, pero no la podía descifrar. Supuse que, si me lo encontrara en la calle, lo identificaría sin duda alguna.

De inmediato, descargué la aplicación. Me creé un perfil falso y tomé fotos de una chica cualquiera que encontré en internet, que pareciera guapa, e inicié mi cacería. Pasé toda la madrugada hablando con chicos y chicos, buscaba de perfil en perfil. La mayoría quería fotos de chicas desnudas.

Obviamente, si alguien quisiera secuestrar a una, no empezaría por eso. Iniciaría por conquistarla.

Eran las seis de la mañana. El alba empezaba a asomarse por la ventana. Me sentía cansado, sin embargo, no planeaba frenar. Me traje la cafetera, de la cual empecé a beber sin siquiera ponerle azúcar. Ya había perdido el miedo a lo amargo.

Continué revisando perfiles hasta que lo encontré. Su nombre era Duke. ¡Era el de las fotos! ¡Era definitivo! Mientras seguí viendo sus fotos, recordé algo.

¡Era el chico que estaba anoche frente a la casa de Lyra! Eran demasiadas las coincidencias. ¿Qué estaba haciendo él justo frente a la casa de ella, justo el día en que desapareció?

Tomé mi bicicleta. No tenía tiempo para nada, necesitaba llegar al lugar lo más pronto posible. Sabía cuál era la casa, sabía que era la casa de Gabriel, aquel extraño señor del que Lyra y yo hablamos alguna vez, aquel de las actitudes raras.

«¿Y si Quinn también había sido secuestrada por ellos?».

«¿Y si llamaba a la policía?». Aquellos inútiles, aquellos grandísimos corruptos, aquellos que me fallaron en el pasado... ¡No! ¿Qué harían ellos? Archivar el papeleo para dentro de unos meses. ¡No había tiempo para pensar nada!

Las ideas saltaban en mi cabeza sin cesar. No podía concentrarme. Un auto casi me atropelló en el camino, pero logré llegar a la casa. Me bajé de la bicicleta y toqué la

puerta con firmeza.



Me acomodo en la cama de mi tío. El amanecer se pronuncia, el sol se asoma por las viejas cortinas llenas de polvo. Abro los ojos con fuerza, me arden mucho y tengo una jaqueca terrible gracias al día anterior. Las líneas de cocaína y el sonido del taladro han logrado plantar en mi cabeza un dolor que me aturde con facilidad.

De repente, y sin aviso alguno, suenan tres golpes firmes en la puerta principal. Me siento, mis sentidos se han aguzado y mi corazón palpita rápidamente.

Escucho tres golpes más que hacen que mi corazón se encoja agresivamente. Salto de la cama para alistarme.

—¡Ya voy! —grito con mi mejor voz. Corro a mojarme la cara con agua del baño, me miro al espejo. Me veo bien, pero mis manos tiemblan. La debilidad se hace presente, ha de ser por falta de un desayuno o la cena de ayer. Respiro hondo, me tranquilizo. Bajo las escaleras y camino hacia la puerta.

La abro.

Sonnet estaría a punto de concluir y de encontrar nuevas incógnitas.

Se encontraba tan cerca de mí...

capítulo 16

Campo de guerra



Duke abrió la puerta. Ahora que sabía que estuvo hablando con Lyra, lo veía de una manera diferente. Tenía conocimiento que antes no. ¡Él podía ser su secuestrador! Tenía un cuidado diferente. Le enseñé mi mejor apariencia amigable.

—¡Hola! —exclamé y le di la mano, apretando con más fuerza que él.

—Buenos días. ¿Te puedo ayudar en algo? —preguntó. Se veía muy cansado, al igual que yo.

—Pasaba por acá. Es que, como habrás visto en las noticias, mi amiga Lyra desapareció... —comenté e intenté observar hacia los adentros de la casa.



Mantengo mi sonrisa a pesar de mi sorpresa. ¡Este será un estorbo más!

—Sí, pude ver en las noticias de ayer que ella desapareció. También la vecina de al lado, si no me equivoco... —digo y trato de no torcer la cara con mis pensamientos internos.

—Sí. Hay algún asesino o secuestrador suelto —comenta él. No deja de intentar ver hacia adentro de la casa—. ¿Puedo pasar?

Un tic se me escapa en el ojo izquierdo. Sonrío con cautela.

—Claro. Pasa. —Camino junto a él por la sala de estar.



Me senté en uno de los sillones, todos estaban llenos de polvo. Tenía que ganar tiempo con la conversación para explorar las posibilidades de que Lyra o Quinn se encontraran en el lugar. Por si acaso, llevaba una cuchilla pequeña en mi bolsillo en caso de que algo malo sucediera.

—¿Dónde se encuentra el vecino de Lyra? Era él a quien venía a visitar —mentí.

—Oh. ¿En serio? —preguntó, interesado—. Carajo. ¿Mi tío no mencionó nada respecto al irse de vacaciones? Por eso estoy acá, me pagará por cuidar su casa mientras no está. ¡Dinero fácil!

—No, no me dijo. —Solté una risilla falsa—. Pero... ¿por qué está su auto afuera, entonces?

—Se fue en tren. Es una distancia muy larga y quería ahorrarse el tiempo con el que hubiera ido manejando —explicó Duke.

—Entiendo... —reflexioné.

—¿Quieres algo para comer o tomar? Justo iba a hacer el desayuno. —Se dirigió hacia la cocina—. Tengo jugo de naranja, al menos.

—Está bien. —Accedí y observé cada detalle de la casa.



Él se sienta en la silla que está justo al lado de la puerta del sótano. Camino hacia la refrigeradora. Mis manos tiemblan de nuevo. Respiro hondo, me tranquilizo y busco el jugo de naranja.

—¿De qué querías hablar con mi tío? —pregunto al fingir interés.

—Nada especial. Quería saber un poco sobre su trabajo —explica.

Su respuesta me confunde.

—¿Trabajo? —cuestiono.

—Gabriel trabaja para el periódico, y para mi reporte de biología, necesito que me ayude a revisar unos periódicos viejos —dice.

Me tranquilizo.

—Ya veo... —Sirvo el líquido en su vaso y veo una diminuta gota de sangre seca en la mesa. Es negra y la mesa, blanca.

—En fin. —Él aclara su garganta—. Sé que estuviste hablando con Lyra.

Siento un bajonazo en el estómago.

—Claro, nos conocimos en un sitio de citas —explico, tengo que empezar a decir verdades.

—Exacto. —Él levanta la mirada—. Ella dijo que se reuniría contigo.



Lo tenía atrapado. Si él era el secuestrador, estaba dispuesto a detenerlo a como fuera en esa cocina. Acerqué mi mano a la cuchilla en mi bolsillo, por si acaso.

—Sí... ella me dijo que nos viéramos, todo estaba planeado. Yo llegué al lugar, pero dejó de contestar mis mensajes en la tarde. Cuando vi las noticias, no lo pude creer —suspiró al ver hacia el suelo, algo triste—. Si la hubiera logrado ver ayer, nada de esto hubiera sucedido...

—Diablos... —Analizaba lo que me decía.

Empezó a quitar una mancha negra de la mesa con su

camisa y saliva.



La risa de mi interior es casi incontrolable. Se ha tragado mi fachada de manera impecable. Tenía que ganármelo.

De repente, algo suena en el sótano. Es como un golpe o algo parecido.



—¿Qué fue eso? —demandé con adrenalina y me levanté de inmediato.

—No lo sé —dudó Duke y empezó a caminar hacia el sótano—. He estado escuchando esos golpes por las noches; no sé qué será.

—Vamos a ver —comando con la mano cerca de mi bolsillo, en constante alerta y el corazón inquieto.

Si él fuera el secuestrador, las tendría en el sótano, ¡desde allí no se podrían escuchar los gritos! Me encontraba en un campo de guerra en el que el error más pequeño me costaría la vida. Dejé que Duke entrara primero y bajara las escaleras.

Lo seguí. No había luz en el sótano. Me quedé esperando a mitad del camino para que él encendiera la luz. Al hacerlo, mi corazón se detuvo.

No había nada.

Se escuchó otro golpe que provenía de un gran horno que estaba en la esquina del sótano.

—Pero claro... es el horno de mi tío. —Duke se acercó y lo abrió—. A veces, el metal se aclimata y por eso suena así. A

mi tío le encanta hacer esculturas de arcilla, mira esas que están por ahí.

Señaló unas cuantas miniaturas perturbadoras. Aparte de eso, en el sótano había varias cajas, el piso estaba húmedo y olía mal. No había nada más; no tenía pruebas de absolutamente nada. Me sentía más confundido que nunca.

Subimos a la cocina de nuevo. Un aura de desesperanza pasivo-agresiva me carcomía. El haberme aferrado a la esperanza de que él fuera el secuestrador se estaba disipando con rapidez. ¿Tan fácil?

¿Y si realmente ocultaba algo?

—Mira... —Duke se acercó—. Lamento lo de tu amiga... Si puedo ayudar en algo, en lo que sea, ya sabes dónde encontrarme.

—Gracias.

El silencio de la incertidumbre era debilitante.

Tenía que buscar nuevas opciones, no podía quedarme de brazos cruzados y aceptar esta mofa del destino. Caminé hacia afuera, hacia mi bicicleta. Me detuve en la puerta.

—Nos vemos. Iré a la estación de policía.

Salí en silencio.



Abro los ojos.

¡Estoy en una habitación totalmente distinta!

Me encuentro en el dormitorio en el que Duke durmió, o eso es lo que sospecho al ver la cama destendida. Intento gritar. ¡Mi boca tiene cinta adhesiva! No puedo hacer nada, intento saltar con la silla, pero está entre la cama y la pared. La silla está justo frente a la ventana, con cortinas muy oscuras.

¡Nadie podría verme!

Pero lo que veo, destroza mi corazón. Sonnet está saliendo de la casa en la que me encuentro.

Las ilusiones no eran otra cosa más que un arma de tortura, una tortura de las más dañinas en el mundo.

capítulo 17

Adrenalina



Sonnet se va por las calles de la vecindad y con él se van alejan mis esperanzas. Empiezo a escuchar los pasos de Duke. Sube las escaleras de manera intercalada y rápida, igual que como subía las del sótano. Llega con una sonrisa plena en el rostro y suelta una carcajada traviesa.

—¡Ja! No te imaginas lo que acaba de suceder. —Se da una palmada en la pierna y se lanza en la cama para abrazar una almohada.

No puedo hablar. Empiezo a gemir llena de dolor y rencor. Él deja de reír y se acerca a mí.

—Te quitaría la cinta, pero ambos sabemos que eres una perra traicionera. Además, ¡te ves mejor así!

Está en un episodio de euforia; es peligroso. Camina hacia el clóset y lo abre. El olor que sale del mismo llena el dormitorio. Huele a cabello y piel quemada. Él se tapa la cara con su brazo. El cadáver de Quinn cae como si fuera

de trapo. El olor se hace insoportable.

—Qué mierda... —dice él al arrastrarla—. A ver... ¿Qué debería hacer? ¿Qué opinas, Lyra? —pregunta y se sienta en la cama. Ve hacia la ventana un rato.

Quinn tiene los ojos abiertos, los cuales me ven directamente. Quito los míos de los suyos, por más respeto que otra cosa. El hambre que tenía se me quita por completo al ver la situación.

—No quiero esperar más a que Quinn se pudra, carajo, pero no puedo hacer nada de día tampoco.

»¿La meto al refrigerador? No... me puedo enfermar. ¡Qué mierda! Era obvio que el plan de mi tío iba a fallar —refunfuña.

Intento moverme de nuevo con todas mis fuerzas. Es imposible. Dejo de tensar los músculos, las cuerdas no están tan talladas como para cortar mi circulación; pero se ajustan si intento moverme.

—Bueno. Ya sé qué hacer. —Él se levanta—. Despídete de Quinn, es hora de que vaya con mi tío.

Arrastra el cuerpo por las escaleras. Lloro con amargura al escuchar los golpes en seco. Él regresa y me mueve. Intento patalear con todas mis energías, pero son muy pocas. Lucho con todo lo que tengo y, pese a eso, no es suficiente.

—Si luchas, es posible que te quiebres. Déjate llevar, será un paseo interesante. —Duke me arrastra con la silla.

Llegamos a las escaleras y empieza a bajarme. Sé que esos son los últimos momentos en los que podré ver los pisos de arriba de la casa. Estamos en los últimos escalones para llegar a la planta de abajo.

Es ahora o nunca.

Empujo con mis piernas hacia la escalera y me impulso. Caigo con Duke, pero aterrizo encima de él y luego en el

suelo. La silla de metal se tuerce y deja un espacio un poco más grande por donde puedo soltarme.

Me retuerzo entre las cuerdas y me libero. Él está tirado en el suelo y se sostiene la cabeza. La caída lo ha golpeado mucho. Se levanta a los pocos segundos después de mí.

Corro a gran velocidad por el enorme pasillo, siento calambres en mis piernas y pies de tanto que he estado sentada y atada. Caigo, y él me arrastra. Le pateo la cara y me levanto mientras recupero algo de fuerzas.

Hay un adorno de plata en la mesa de la sala. Lo lanzo hacia él, pero no lo logro detener. Él se aferra a mi ropa y la rasga con agresividad.

Estoy por tocar el picaporte de la puerta, pero él me golpea la cabeza con el mismo adorno. Tirada en el suelo, toco mi cabeza y la siento húmeda... La sangre está presente y mi desesperación incrementa. La adrenalina se ha disparado. Me arranco la cinta de la boca, destrozando mis labios, y grito con todas mis fuerzas gritos ahogados. ¡Alguien tiene que escucharme!

—¡Cállate! —se enerva y se lanza encima. Obtiene la cinta de nuevo, llena de sangre, y me la pega con agresividad.

Sigo pateando, aunque no tenga fuerzas. Respiro, agitada, e intento golpearlo, rasguñarlo, pero nada funciona... Él me carga:

—¡Si te mueves, te mato!

Lloro mientras él me lleva a través del frío y oscuro pasillo. Veo que la puerta principal se aleja entre las sombras.

Llegamos a la cocina y observo el cadáver de Quinn. Está tirado; parece acostada de espaldas.

Cierro los ojos.

Siento que el ambiente cambia al entrar al sótano. Escucho los tétricos crujidos de las escaleras y pienso lo

peor. Me lanza al gélido suelo. Alista la silla en la que Quinn estaba sentada y luego agarra un balde para ponerlo en la esquina del sótano.

Busca papel higiénico y me lo da.

—Toma. Esta es tu oportunidad de hacer lo que tengas que hacer, y no después —informa.

Me observa. Mueve sus pies de maneras inquietas y sus expresiones son difíciles de comprender. Me resigno y me siento inhumana por lo que estoy por hacer. Camino hacia la esquina, adolorida, sin esperanzas. Veo el balde y a Duke.

—No veré —anuncia—. Si no te escucho hacer tus necesidades en veinte segundos, me voltearé.

Tomo el balde y me inclino para orinar y defecar. Me siento sucia, impura, siento que todo se pone cada vez más sombrío. Termino y me limpio con el papel.

—Lávate las manos y toma agua. —Señala un pequeño lavatorio que está detrás de unas cajas de cartón.

Es agua de las más heladas que he tocado, o es mi cuerpo sin defensas, sin energía por no comer nada. Estoy temblando y no sé si es del miedo o por la debilidad. Acerco mis manos a mi boca para intentar quitarme la cinta.

—Espera. —Él corre a cerrar la puerta del sótano—. Ya te la puedes quitar.

Siento la sangre en mi boca y los labios inflamados y agrietados. Tomo agua; mi estómago está vacío y me duele mucho...

Pronto escucho el sonido de un envoltorio de aluminio y me tiende una barra energética. Nuestras manos están temblando.

—Come y siéntate. —Duke alista las cuerdas.

No tengo opción ni fuerzas. Como la barrita; es la primera vez que mi estómago recibe algo en el tiempo en que llevo

secuestrada. He perdido la noción del tiempo, pero no puedo preocuparme por eso ahora, no importa ahora.

Termino de comer y él me observa con cuidado. Me ata de nuevo, esta vez con más precisión. No me duele lo que hace, ha bajado su estado de excitación y agresividad.

Modelos, representantes, víctimas, secuestradores... Esas palabras empezarían a tener más relevancia a partir de ahora.

capítulo 18

La punta del iceberg



Llegué a la estación de policía. Había varias oficinas para los distintos oficiales y, al fondo, una gran oficina para el jefe. Me dirigí sin pensarlo dos veces al lugar. Abrí la puerta y me encontré con una sorpresa.

Reunidos con el jefe de policía de Ciudad Onírica, estaban los padres de Lyra y los de Quinn. El hombre tenía una cara larga, vieja; se veía increíblemente inteligente e intimidante. Su edad lo delataba por algunas canas, tenía aproximadamente sesenta y cinco años, pero se veía fornido.

La oficina era de color blanco, y él se encontraba sentado en una gran silla negra. Su escritorio era muy lujoso. Frente a él había cuatro sillas, una con cada padre. Discutían sobre sus hijas desaparecidas.

—Buenos días. —Entré sin previo aviso.

—¿Disculpa? ¿Quién eres? —Él se levantó de su asiento, leí el rótulo de su escritorio: Robert Gammel.

—Sonnet, el mejor amigo de Lyra... —respondió la madre de mi amiga.

—Siéntate, entonces. —Él apuntó a una silla en la esquina —. En resumen, lo que hemos estado hablando la última hora: ya mandamos equipos a revisar toda la vecindad. También mandamos a buscar en el Bosque Aletrejo para ver si encontramos alguna posible pista.

—¿Eso es todo? —refuté.

—¿Disculpa? —interpeló.

—Ya hicieron eso antier. ¿No? —demandé.

—Esto es un proceso, muchacho. —Él se recostó en la silla—. Debemos tener paciencia.

—No se puede solo «buscar» por encima de las cosas, señor. Tenemos que ir a cada casa de esta ciudad y rebuscar entre cada pequeño rincón si es necesario. No es una, sino dos vidas las que están en peligro. ¿Acaso no es un asunto urgente? —Me levanté.

El padre de Quinn se levantó. Su madre estaba llorando.

—No causes más desorden del que ya hay. —Él me empujó con una mano—. Estamos dando todo nuestro esfuerzo.

—Todos cálmense. —El padre de Lyra se levantó—. Hay que ver qué se puede hacer. Todos estamos afectados, no pensamos con claridad.

—¡Está bien, está bien! —Levanté mi tono—. Adelante, siéntanse cómodos aquí. Me largo. Yo sí quiero encontrarlas.

—¡Sonnet! —La madre de Lyra intentó seguirme.

Azoté la puerta. No quise escuchar ni voltearme. Estaba molesto con el mundo entero, hasta que alguien me tocó el hombro.

—¿Necesitas ayuda? —cuestionó. Era un viejo policía de unos cincuenta años: cabello café, cara dura y seria, mirada inteligente, y una pizca de empatía emanante, indescriptible. Me dio su tarjeta.



—Nadie me puede ayudar aquí señor. Disculpe. —Me moví con rapidez.

—¿Es sobre el caso de Lyra? ¿La chica del exnovio y la **deep web**? —curioseó.

Me detuve de inmediato. Me abrió los ojos con solo esa oración y las chispas de esperanza se encendieron de nuevo. ¡**Deep web**! Las palabras claves que había olvidado... ¡Tenía un nuevo trazo que seguir!

—Sí. Gracias.

Salí corriendo, tomé mi bicicleta y me dirigí a casa tan veloz como pude. Llegué rapidísimo. Ese día tenía universidad, pero no me importó nada. Me senté en el escritorio, abrí la **laptop** y empecé a investigar. Si Frederick y Lyra estaban ligados a la **deep web**, no habría otra opción. Tenía que adentrarme en ella también.

En blogs, busqué guías sobre cómo meterme en ese mundo oscuro del que tanto había escuchado mencionar. Mientras miraba los artículos, leía que hablaban del internet que todos usábamos como «la punta del iceberg», y que más profundo se encontraba la **deep web**.

Pensé en la ironía del caso. Habíamos visto una película sobre el tema y me estaba lanzando sin paracaídas a lo que muchas veces me advirtieron que no hiciera, además, había visto morir a Frederick ante mis ojos, por razones aún desconocidas, que muy posiblemente tuvieron que ver con el tema.

Los blogs también tenían miles de advertencias de todo tipo. Nadie quería hacerse responsable si el lector decidía adentrarse en los tentáculos tecnológicos de la **deep web**.

Cerré todo y descargué «Tor», el navegador que me dejaría entrar sin que los cientos de **hackers** que existían ahí descubrieran mi dirección IP.

Me levanté. Cerré las cortinas de mi dormitorio. Cerré la puerta con seguro, traje un vaso con agua y me senté de nuevo.

Me metí en Tor y empecé a navegar. Las direcciones electrónicas de la **deep web** usaban números y letras bastante desconcertantes; no eran como las del internet normal. Las páginas tardaban muchísimo en cargar a pesar de que mi internet era bastante rápido.

Apenas cargaron, presencié atrocidades. No las veía directamente, no se mostraban imágenes explícitas. Todo era bastante limpio y solo aparecían las descripciones. Había servicios para contratar sicarios, pornografía basada en parafilias extremas y hasta venta de órganos. La enorme lista seguía. No había un lugar concreto en el cual buscar, no sabía qué era lo que estaba buscando siquiera.

De inmediato, me empezaron a llegar mensajes en otros idiomas. Mi corazón se aceleró, pero sabía que no podrían detectar ni saber mi ubicación o mi identidad. Los ignoré. Seguí navegando y encontré una opción para buscar ciudades específicas en las que se podía saber qué era lo

que ofrecían.

Empecé a escribir.

«Ciudad Onírica».

Toqué la tecla de «**enter**» y la lista de páginas disponibles se actualizó. En mi ciudad pasaban cosas realmente violentas y asquerosas, muchas de ellas tenían que ver con los estúpidos bandos de pandillas: Desvaría y Onírica. Seguí bajando hasta que algo me llamó la atención.

Jamás hubiera imaginado lo que sucedía en la parte de abajo del iceberg.

«El desfile macabro. ¡Inscripciones abiertas, pronto!».

—¿Un desfile macabro? —pronuncié, las dudas en mi cabeza crecían cada vez más.

Sonnet se metía cada vez más profundo en algo que consumió a Frederick por completo. Y era algo que me hacía sentir una culpa terrible por las consecuencias de lo que alguien más hizo.

capítulo 19

Atorado



Bueno... —Duke se sienta frente a mí.

Me siento más desprotegida y sola que nunca. La cabeza me sigue sangrando.

—Por favor...

Estoy realmente cansada.

—Resulta que me hice amigo de Sonnet. Él aprueba nuestra relación, o eso parece. —Una sonrisa siniestra se dibuja en su cara.

—No le hagas nada a él... no a él... —La tristeza se apodera de mí.

—Me cae bien. Es todo lo que un amigo debería tener. Buena persona, ingenuo, de buen corazón..., bueno, qué sé yo. Solo lo vi por unos minutos —dice al caminar a sus alrededores—. En fin. ¿Te parece si empezamos tu transformación?

—¡No! —grito.

—Hmm... Cierto, todavía no. Quinn se está pudriendo arriba. No te muevas... ¿Entendiste el chiste? —mofa.



Llego a la cocina y me impacta el asqueroso olor a piel y cabello quemado. Es la segunda vez que tendré que partir el cuerpo de alguien, y me está resultando cansador. Esta vez será más simple porque no hay sangre por todo el lugar. Además, tengo más bolsas de basura de jardín, Quinn cabe en ellas.

La parto en trozos y la coloco dentro de las bolsas para no hacer todo un desorden. Tomo descansos conforme avanzo, el olor de su cuerpo no es lo que apesta, no está en un estado de descomposición, pero su cabeza realmente hiede de forma horrible.

Tomo un aromatizante del baño e infesto el lugar con él. Además, encuentro algunas velas con olor y las enciendo tras repartirlas por toda la casa. Abro las ventanas, pero no las cortinas.

Me doy cuenta de que sus músculos están mucho más tensos que los de mi tío. Ella estuvo más tensa antes de morir que él. Me da cierto pesar, pero no fue mi culpa, sino la de mi tío por haber hecho ese estúpido plan de transformación.

No fue homicidio, no tenía razón para asesinar a la chica; fueron errores de cálculos, fue su desobediencia, los factores que no estuvieron a su favor y yo... ¡yo no tengo la culpa de ello!

Mientras parto a Quinn, de repente, alguien llama a la puerta.

—¡Ya voy! —tartamudeo con el corazón en la garganta.

Casi ni puedo tragar. Agarro todas las bolsas y las meto en una gaveta de la cocina. Me quito los guantes y los lanzo también. Paso al baño, me veo al espejo. No tengo rastros de sangre en el cuerpo; todo está bien.

Abro la puerta.

—¡Buenos días, señora! —digo al peinarme.

Es una viejita, supongo que será una vecina de por aquí.

—Hola, joven. —Sonrío—. Venía nada más para ver si todo está bien.

—¿A qué se refiere? —cuestiono y veo hacia los adentros de la casa. Espero que no huela la pestilencia de Quinn.

—Es que, no sé..., creo que escuché un grito muy fuerte —explica.

—Oh. ¡Pero claro! —comento entre risas—. Disculpe, es que estaba viendo una película de terror. Estaba estrenando el gran audio de la sala que compré con mi tío. ¡No le cuente! Prometimos estrenarlo juntos... —susurro de manera cómplice.

—¿Está seguro, joven? Se sintió muy real; si pasó algo, no dude en que yo pueda ayudar. ¿Dónde se encuentra su tío? —curiosea.

Por alguna razón, a todos los que pasan por la puerta de esta bendita casa les encanta ojear los interiores.

Le doy la misma excusa que a Sonnet.

—Entiendo... —confirma, desconfiada aún—. ¿Y qué es ese olor tan fuerte?

—¡Ah! Sí... Se llama aromaterapia —indico—. Si quiere, un día de estos puedo pasar a su casa a mostrarle.

—No gracias, está bien. —Ella levanta los hombros—. Dígale a su tío que le mando saludos.

—Claro que sí, señora. Con muchísimo gusto. —La sonrisa de mi cara no se ha borrado, y una gota de sudor baja por mi frente.

—Nos vemos entonces. —Ella camina de regreso.

Quito la sonrisa de mi cara. Me estoy cansando de estos vecinos y de los amigos de mi modelo, sin embargo, sería estúpido empezar a matarlos a todos...

Además, ¡odio partir cuerpos!

Termino de alistar a Quinn en lo que recibo una llamada en mi celular; es Alice.

—Hola —hablo.

—Duke —contesta ella.

—¿Qué sucede? —cuestiono.

—¿Cómo vas con tus modelos? —pregunta sarcásticamente amistosa, con una voz creída.

—Una murió —revelo. Ella suelta una risa.

—¿En serio? ¿Por qué? —Finge interés.

—Mi tío planeó mal su transformación, debes saber que está muerto ahora. No concursará. Pero supongo que eso ya lo sabías —referencio.

—Lo sabía. Como sea. ¿Te vas a querer inscribir? —pregunta.

—Sí, me inscribiré con la restante —anuncio y veo hacia la puerta del sótano mientras juego con los guantes que tengo puestos.

—Manda el dinero entonces. Serían... —A continuación, menciona la cifra.

Hago silencio. ¡Jamás tendré esa cantidad de dinero en la vida! Me asusto y empiezo a buscar por toda la casa el dinero en efectivo que sé que mi tío había estado guardando mientras sigo en llamada con Alice.

—Hmm... sí... —Intento ganar tiempo—. Así que... ¿ya estás lista tú?

—Estoy lista desde hace tiempo. —Se jacta—. Ya quiero que nos conozcamos al fin en persona.

—Yo también, lo deseo con toda el alma —comento.

Entro al dormitorio de mi tío, rebusco bajo la cama y en la mesa de noche. Reviso dentro del clóset y noto que hay una pequeña compuerta medio entreabierta. Detrás de ella me encuentro con varios bolsos. Uno de ellos está repleto de dinero.

Sonrío.

—¿Me harás la transferencia o qué? —pregunta, enojada.

—Ya voy Alice. Para esta noche la tendré —afirmo.

—Está bien. Adiós. Adjunta con el dinero la información de tu modelo. Guarda los detalles de su transformación para el día del evento. Yo guardaré los míos también, tal vez...

Cuelga.

Estoy exhausto. Bajo las escaleras, abro la refrigeradora y como un yogur. Mi estómago no ha recibido nada bueno desde ayer y he usado demasiada energía para todo. Paso por el baño de nuevo, me veo algo pálido, sin energía. Se me hace agua la boca al imaginar lo que necesito.

Corro hacia la cocina, abro la gaveta y saco un poco del precioso polvo blanco. Lo inhalo. Mi cerebro lo agradece mucho. Me siento mejor, con fuerzas, pero se me está acabando. ¡Qué pereza! Tendré que salir a buscar más y es algo que odio hacer.

Bajo las escaleras del sótano y veo que Lyra está en el suelo: ha intentado escapar de nuevo.

—Tienes que aprender de una vez que no saldrás de aquí. ¿Sí? —La levanto y le doy un poco de yogur—. Encontré la llave de la puerta del sótano. Se puede cerrar desde afuera, y eso es lo que haré a partir de ahora. Ya sabes, por si acaso.

Ella solo guarda silencio. No hace más que verme con ojos de odio.

—Ya vengo. Mejor ni te digo lo que te haré si me doy

cuenta de que intentaste moverte de nuevo. —Subo las escaleras.

Espero un rato. No puedo trabajar en Lyra sin antes ir a mi casa por los instrumentos. Tampoco puedo sacar a Quinn hasta que se haga de noche... Me duele la cabeza por el golpe que Lyra me ha dado y los olores tan intensos que rodean la casa.

Camino hacia el auto y saco mi computadora. La llevo dentro y me siento para meterme a la **deep web**. Observo las actualizaciones en el grupo del Desfile Macabro. Las inscripciones se van llenando; necesito apurarme y meter el dinero de mi tío al banco para hacer la transferencia a Alice.

Navego por la web, hablo con varios oníricos, de aquí y de allá, y en eso se me pasa el tiempo.

Se ha hecho de noche y tengo que apurarme para deshacerme de Quinn de una vez. Repito el procedimiento que hice con mi tío. Manejo hacia el mismo lago y, como siempre, no hay nadie.

Abro las puertas de atrás del auto y saco las bolsas. Respiro el aire puro del lago y observo la luna. Ella ha sido la fiel testigo de mis acciones. Sonrío. Lanzo las bolsas como puedo hacia los interiores del lago. Están cerca de las que dejé la primera vez, pero las de Quinn se atoran entre las ramas, y no bajan por el frío lodo. Espero por diez minutos y no bajan.

—Mierda... —digo.

Esta noche el frío está más intenso que la otra vez. Sé que tendré que adentrarme de nuevo.

Las ramas que me incrusto en las piernas son más agresivas y dolorosas. Muevo las bolsas y me doy cuenta de que estaban chocando con las de mi tío. El espacio se iba a llenar. Empujo hasta que la corona de Quinn rompe la bolsa

a centímetros de mi cara. El olor me patea y mis ganas de vomitar son incontrolables.

—¡Mierda! —exclamo, enfadado. Las partes se han salido de la bolsa. Tengo que sumergirlas bajo el denso lodo.

Repito el ritual de la noche anterior y me sumerjo para limpiarme el cuerpo. Manejo a mi casa con rapidez. Tomo una ducha y guardo el maquillaje que le he comprado a Lyra, unos instrumentos para empezar, y regreso de nuevo a casa de mi tío.

Todo sucedía más y más rápido. Era como una montaña rusa...

¿Hasta qué punto llegaríamos?

¿Hasta que descubrieran a Duke o... hasta mi muerte?

capítulo 20

Ocultos



Hace cinco meses

Terminé mi turno de día. No había sucedido algo muy pesado. Capturamos a dos oníricos que estaban causando estragos, pero nada más aparte de ello.

Apagué la computadora y caminé para salir del edificio, pero Vincent me detuvo.

—Tenemos algo pendiente, una misión. —Él habló.

—¿Una «misión»? ¿Una de día o de noche? —cuestioné, interesado.

Había una enorme diferencia entre ambas. Desde hacía varios años que, como agentes especiales, las ejecutábamos infaliblemente.

—Una de noche. —Sonrió.

De nuevo, caminamos hacia mi oficina. Cerré la puerta con llave tras nosotros.

—Mira. —Él abrió su computadora portátil. En ella estaba toda la información del caso.

Como agentes especiales de Ciudad Onírica, teníamos una enorme responsabilidad. Estábamos bajo las alas del gobierno, pero podíamos doblar ciertas reglas para poder ponerle nuestro «toque» a las situaciones.

El nuevo caso hablaba sobre un club nocturno donde, supuestamente, se reunirían varias personas relacionadas a la **deep web**. Sería de suma importancia lograr mezclarnos en el entorno para sacar información de utilidad que podría servirnos en el futuro.

—Así que... ¿estás conmigo? —preguntó Vincent,

emocionado por la misión.

—Claro que sí. Nos vemos en el Bar Somnífero a las doce en punto —respondí.

Salí de la oficina con rapidez. Conduje hacia mi apartamento, al noroeste de la ciudad, un tanto cerca de la comisaría. Siempre tenía cuidado al observar a los alrededores en caso de que alguien me estuviera siguiendo. Esa vez, por suerte, no había nadie.

Mi apartamento era simple, ordenado, limpio y acogedor al mismo tiempo. Me gustaba tener las cosas en orden, me daba cierta sensación de seguridad. Vivía solo. Mi trabajo no me dejaba tener esposa o hijos. Además, no quería nada de eso. Alguna lejana vez, tuve ciertas ilusiones respecto al tema, pero concluí que este proceso, que el deber, que todo... tiene un precio. Las vidas idealizadas no son para todo el mundo.

La noche anterior no dormí nada por trabajar y esta noche tampoco lo haría. Decidí entonces quitarme la ropa y dormir un rato. Encendí la televisión, me tiré a la cama y me dispuse a descansar.

Me levanté a eso de las diez de la noche. Estaba cansado, pero tenía que levantarme, así como siempre lo hacía. Me bañé con agua helada para despertar y tomé ropa de fiesta. Una camisa negra de botones y unos **jeans**. Guardé el arma.

Tenía cuarenta y nueve años. Me veía joven todavía, pero elegante y serio cuando lo deseara.

Salí de casa y pasé por Vincent. Ambos fuimos al Bar Somnífero, el cual quedaba al este de la ciudad. El lugar era muy reconocido y, desde lejos, se diferenciaba por tener luces amarillas y diseños egipcios en el exterior. El detalle que más llamaba la atención era el enorme escarabajo egipcio en su entrada.

Desde el aparcamiento se podía escuchar el tipo de

música característico del lugar. Era algo de estilo disco industrial, electro, oscuro, algo definitivamente original, aunque con solo el hecho de pensar en estar ahí con el máximo volumen me mareaba.

Concluí que por eso se llamaba así el bar, el cual era enorme. Muchísimos jóvenes iban todas las noches; el lugar perfecto para el consumo y venta de psicotrópicos ilegales. Todo lo que cualquiera deseara, lo encontraría en el sitio.

Caminamos hacia la entrada. Había una fila de unas diez personas. Pagamos y entramos.

El humo era intenso, la música me aturdía y el movimiento de las personas era sofocante. Había luces de todos los colores, además de las blancas que parpadeaban de forma intermitente, haciendo que sintiera un ligero mareo.

Había algunas chicas muy borrachas que se movían como trapos al ser empujadas por ...el resto de las personas que bailaban en trance. Algunos estaban sin pantalones, sin camisas, había otros que lanzaban licor por todo el lugar. Olía a alcohol por doquier.

—¿Qué es exactamente lo que buscamos? —interrogué al gritar a su oído.

Él señaló hacia arriba. Había un cuarto con suelo y paredes transparentes. Ahí había varios sillones negros y dos tubos en los que bailaban dos mujeres semidesnudas.

Llegamos hacia las gradas para poder subir ahí. Era evidente que no lo lograríamos así como así. Un enorme guardia nos detuvo.

—¿Hacia dónde van? ¿Quién los invitó? —preguntó.

Hicimos silencio. Un joven estaba caminando tras nosotros. Iba de camino hacia el mismo lugar.

—Están conmigo. —Nos tomó de los hombros y sonrió—. Vamos.

Vincent y yo lo seguimos. Las escaleras eran largas, y llegamos al segundo piso. Había un enorme pasillo negro, y después dos puertas rojas. Una de ellas era el cuarto transparente, y la otra el baño.

No intercambiamos ni una palabra en el camino. Entramos al gran cuarto y lo que vi fue cada vez más interesante. Había cuatro sillones grandes. Uno de ellos con una señora castaña, de avanzada edad, que se veía realmente elegante. Tenía un vestido y joyas impresionantes, su maquillaje estaba hecho a la perfección y sostenía un martini. En el segundo sillón se encontraba un señor muy distinguido, de cabello oscuro y varias canas. Su traje se veía carísimo, al igual que sus zapatos. Él sostenía vino tinto.

El tercero estaba en una esquina donde casi no llegaba la luz. En él se encontraba una chica cuya cara no logré ver en lo absoluto; lo único que podía ver era su colorido vestido, algo que no calzaba para nada con el lugar en el que se encontraba.

El cuarto sillón estaba vacío. El joven nos invitó a sentarnos junto a él. Se podían ver cientos de personas bailando en éxtasis debajo de nosotros, con el DJ justo enfrente, al otro extremo de la disco.

El muchacho sirvió vodka con una gaseosa genérica para nosotros. Aceptamos el trago y seguimos el protocolo de no tomarlo, por obvias razones.

Las dos chicas bailaban en los postes de manera sensual, como si dominaran la noche, consumían su enorme feminidad con las luces, con el ambiente onírico que se empezaba a desarrollar.

Llevaban poca ropa. Una de ellas tenía cabello largo, de color azul oscuro, y sus pestañas y labial eran del mismo color, al igual que su ropa interior. Tenía la piel de color

bronce. Esporádicamente, soltaba una mirada nerviosa, insegura, pero volteaba a ver a su compañera y reafirmaba su postura. La segunda, tenía una peluca negra y opaca, perfectamente peinada; le llegaba hasta los hombros. Su maquillaje era de color negro, con sus labios, pestañas y delineado a juego. Su oscura mirada era tenuemente insinuante y creaba poses aún más sensuales con invitaciones de caderas evidentes y sonrisas tentadoras. Su piel blanca resaltaba con su ropa.

—Así que… ¿qué los trae por acá? —cuestionó el joven.

Fiestas nocturnas. El lugar perfecto para reunirse a hablar de lo prohibido, de lo oscuro, de lo oculto…

capítulo 21

Material de modelo



Hace cinco meses

Venimos a disfrutar. —Vincent respondió tras acomodarse y actuar peligrosamente al tomar de la bebida recién servida.

—Vinieron al lugar indicado. —El muchacho señaló a la chica de cabello largo.

Ella se acercó a Vincent y se sentó en su regazo. Lo masajeaba con sus glúteos, al son de la música, tocando sus piernas y su pecho.

—Así que... —Empecé a intentar sacar información—. ¿Qué es este apartado de la disco? ¿A qué vienen a este lugar?

—Somos cazadores de talentos. Venimos a evaluar a posibles candidatos, modelos, para nuestro desfile —explicó y tomó un trago de su bebida.

¿Modelos? ¿De qué hablaba? Vincent se veía incómodo con la presencia de la mujer, pero por alguna razón, actuaba más relajado de lo usual. No seguía el protocolo de siempre o no quería hacerlo. Tomó un sorbo real de su bebida. No podía acercarme a detenerlo. ¡Qué estúpido!

—Entiendo.

Observé a las personas en la habitación: todos me intrigaban, pero la más misteriosa, sin duda alguna, era la chica de la esquina, oculta en las sombras.

—¿Y ustedes? —Él se levantó—. ¿Son material para posibles modelos?

La chica de cabello largo se levantó. Tomó a Vincent de su

corbatín y lo invitó a bailar con ella. Él accedió. La mujer tomó una botella de color azul con una equis blanca en ella, la cual representaba una poción de bruja. Ella bebió un trago directo de la pócima y le dio un sorbo a Vincent, quien accedió sin problema alguno.

—¡Aryl! —exclamó el joven y llamó a la muchacha de la peluca negra.

Ella se acercó a mí. A diferencia de la otra, no quiso bailar. Se sentó entre nosotros. Tomó la botella de la otra chica y tomó de ella. Me dio la botella y, para lograr disimular, fingí de que tomaba un poco, pero ella siguió empujando hasta que tuve que tragar de verdad. Se detuvo; era amargo y me ardió la garganta hasta llegar al estómago. El aroma frutal era intenso y empalagoso.

—Eres interesante. —Ella me empezó a besar sin dudarlo. No pude negarme, tenía que seguir con el juego, no podía detenerme ahora. ¿Qué información tenía esta gente? ¿Qué tan peligrosos eran?

—Suficiente, ven. —Él la tomó de la mano y le pidió que se sentara a su otro lado. Ella sonreía maliciosamente, sin enseñar sus dientes.

—No sé si tenemos lo que buscas. ¿Para qué quieres modelos? —cuestioné.

La señora elegante se acercó a nosotros y se sentó junto a mí. Irradiaba un aura de alta sociedad, su manera de hablar era distinta, con ornamentos, si se pudiera decir así. Su olor era oscuro, venenoso, ácido.

—Es algo que pocos comprenden —explicó—. Mi esposo y yo hemos sido parte de los patrocinadores de este concurso desde hace cuatro años. Este será el quinto.

—¿Es un concurso para ver quién es la mejor mula de drogas? —mofé al intentar sacar algo más. El tamaño de su ego era tan nefasto que una respuesta psicológica fue más

que esperada.

—No exactamente. —Ella me miró con disgusto—. Para ser alguien que hace esas bromas, le falta arte, del puro, del que solo se encuentra en eventos tan exclusivos y exhaustivos como el que se presenciará. Las personas que no pertenecen a los círculos de este tipo se pierden de lo real excéntrico y puro.

—Es algo muy íntimo entre los modelos y sus representantes. —Aryl soltó una risilla y acarició la mejilla del joven.

—¿Concurso de prostitución? —solté otra carnada para analizar sus reacciones.

Aryl tomó una botella del mismo tipo, pero roja. Me empujó otro sorbo sin previo aviso. Intenté escupir el líquido, pero este se regó en mi ropa. Tragué un poco, no pude evitarlo. El sabor era tres veces peor que el primero y pude sentir que el alcohol empezaba a hacer efecto.

—Relájate, diablos. —Ella rio.

—No, no es un concurso de prostitución, ni nada de eso. —El muchacho me pasó un pañuelo negro—. No te puedo explicar si no estás en nuestra red de contactos privados.

—¿Qué tengo que hacer para estar ahí? —cuestioné.

—¿Sabes qué es la **deep web**? —preguntó él al acercarse mucho a mí mientras Aryl le acariciaba la pierna.

Empecé a sentir un ligero mareo. ¡Imposible que estuviera así de borracho! ¿Dónde estaba Vincent?

—Sí. Sé que es —respondí algo seco.

—¡Perfecto! —Aryl me tomó la mano de forma agresiva y bailó conmigo. No sabía qué estaba sucediendo, las luces empezaron a verse borrosas y la música sonaba lejana. Mis sentidos se perdían cada vez más, podía sentir el caliente cuerpo de la mujer y cómo se frotaba mis manos en sus pechos y piernas.

Vincent tomaba más y más de manera voluntaria. Me acerqué a él mientras Aryl me jalaba hacia ella. Él caminó hacia mí.

—Es de las mejores noches que he tenido en mucho tiempo —declaró en un tono no muy feliz—. Pasé tanto tiempo sin disfrutar, sin poder sentir calor.

—Vincent...

Quise acercarme a levantarlo del sillón. Estábamos en peligro.

—¡Quédate conmigo! —Aryl me jaló—. Te haré feliz.

Mi cabeza pesaba cada vez más y mis piernas temblaban. ¡¿Qué diablos tenía esa estúpida botella?! Las caras se mezclaban. Los labios negros de Aryl, la peluca azul de su amiga, las sonrisas de Vincent... y vi algo nuevo.

De repente, el señor elegante había regresado con una hermosísima joven de cabello negro y ojos verdes. Tenía una contextura atlética y estaba vestida a la perfección. No proyectaba timidez. Se veía segura de sí misma e, incluso, retadora. ¿Quién era ella?

—Vamos. —Aryl me tomó del brazo. No podía sostenerme y no quería dejar a Vincent solo.

—Espera. —Me detuve de golpe, pero ella siguió insistiendo. Intentó darme más del líquido rojo, aunque yo me negué con todas mis fuerzas.

—¡Estás aquí para disfrutar! —gritó.

Conforme salíamos de la habitación vi algo terrorífico. No supe si era parte de mi imaginación o si eran los efectos del exótico alcohol que había ingerido. La oscuridad alrededor de aquella muchacha misteriosa, la que estaba en el sofá de la esquina, desapareció por unos segundos.

Ella me vio directo a los ojos. La parte baja de su cara estaba destrozada. No tenía labios: su sonrisa llegaba hasta la mitad de sus mejillas. Además, su nariz era rosa y

puntiaguda, como si fuera de metal. Aparte de su vestido colorido, tenía botas altas de color rojo, y su maquillaje era blanco y rosa. Al parecer, vestía como algún tipo de payasa.

Me restregué los ojos, pero la oscuridad había regresado.

Aryl me guio hacia afuera de la habitación. Caminamos por el oscuro pasillo hasta llegar al baño. Ella abrió la puerta y la cerró tras nosotros con seguro. Tenía momentos de claridad en los que notaba que ella intentaba sacar mi miembro y bajarme los pantalones, y momentos de total neblina.

El baño era igual que el pasillo. Negro en su totalidad, con un enorme espejo, un lavatorio y un excusado. Ella me sentó y se empezó a quitar la ropa. También la mía. Me besó con intensidad hasta que se detuvo de repente.

—Espera. —Caminó hacia el lavatorio con cuidado, atenta.

—¿Qué sucede? —consulté mareado y excitado.

—¿Qué es eso? —Señaló algo en el suelo, era muy pequeño.

Me acerqué a mirar con detalle y sentí que me dieron un enorme golpe en la cabeza con algún objeto de metal. La contusión me dejó en el frío piso del baño. La miraba. Sus negros labios, la peluca y el contorno de sus ojos; todo daba vueltas sin cesar. Podía sentir la humedad en mi cabeza por la sangre derramada. La música sonaba cada vez más lejos; estaba perdiendo la conciencia.

—¿Sabes qué? Creo que, después de todo, sí tienes material para ser modelo. ¿Lo averiguamos?

A continuación, todo se puso negro.

El desfile se planeaba despacio, y la cacería de posibles modelos empezaba a organizarse.

capítulo 22

Intenso secuestro



Hace cinco meses

Intentaba abrir los ojos y mantenerlos en un lugar fijo, pero el intenso mareo causado por esa terrible sustancia me mantenía atontado. Sentía mi espalda en el suelo. Aryl me arrastraba por unos oscuros pasillos, soltando una que otra risa eufórica.

Detrás de ella caminaba el joven que nos había llevado a la habitación transparente. Él estaba arrastrando un cuerpo también. ¡Era el de Vincent! Mi compañero estaba inconsciente.

Mi cabeza dolía gracias al golpe proporcionado con el objeto metálico y, ahora, estaba chocando contra las irregularidades del suelo.

—Está pesado... —se quejó Aryl.

—¡Ey, Ey! —Gritó él al patearme la cara—. Déjate llevar. ¿Sí? Será divertido.

—¡Ayuda! —Empecé a gritar, mi nariz ahora sangraba también.

Escuché que abrieron unas puertas de metal y me arrastraron hasta que sentí un cambio brusco en el suelo. Llegamos a una especie de estacionamiento en el exterior del edificio. Hacía muchísimo frío y tenía la vista muy nublada. Las luces de los postes se veían borrosas, al igual que mis dos nuevos enemigos.

—¿Quién trae el auto? —preguntó él.

—Tú. —Aryl tomó su arma. Era una barra de metal, no podía ver bien su forma—. Yo puedo con ambos.

El aparcamiento estaba completamente vacío. Al parecer, era uno distinto y especial, VIP, para aquellos que disfrutaran de la habitación transparente.

Ella me soltó la pierna. Estaba parada ahí, quieta, y nos observaba. Yo aún tenía mi arma en la cintura. Ellos no la habían visto. Sin embargo, no la podía usar en esas condiciones. Si ellos la obtenían, serían capaces de asesinarnos con ella.

No quería preguntar los motivos de sus acciones, era obvio lo que estaban haciendo y lo que pretendían conseguir. No quería saber nada más de lo que sucedía. Simplemente necesitaba largarme de ahí lo más pronto posible, con mi compañero, a salvo.

Detrás de nosotros se abrieron de nuevo las puertas metálicas del club. El señor elegante estaba arrastrando del cabello a aquella chica de ojos verdes. Ella peleaba con todas sus fuerzas contra él.

—¡Déjame! ¡No te metas conmigo! —exclamaba con todas sus fuerzas.

Ella se resistía a seguir sus órdenes. Lo pateó en los testículos y se intentó levantar. A pesar de que parecía muy mareada, empezó a correr a como pudo. Él sacó de su bolsillo un arma negra y le disparó un dardo en el cuello. Cayó rendida a los pocos segundos.

—Vamos, Stephine. —Él levantó el cuerpo de la muchacha.

La metió en un auto lujoso y se fueron. Me sentía inservible. Estaba en una misión encubierta para descubrir lo que pasaba y habían secuestrado personas delante de mis narices. ¡Tenía que actuar de manera rápida, si no quería terminar igual que Stephine!

—¿Cuánto te están pagando para esto? —demandé con los nervios de punta, con ganas de vomitar, y la presión del

mundo entero en mis hombros.

—¿A mí? Nada, todavía... —dijo y pateo una piedrilla del parqueo.

—Te pagaré mucho si nos dejas ir. Nadie tiene que saber nada. —Mis habilidades de convencer a alguien estaban muy distantes, por las sustancias que rondaban mi cuerpo.

Ella se agachó. Estaba en cuclillas.

—El problema es que sí quiero hacer esto... no me gusta el dinero fácil. —Levantó las cejas.

El automóvil del joven se acercó a nosotros.

—¿Lista? —preguntó el chico, quien caminó hacia Aryl y la besó.

—Eso mismo te pregunto a ti. —Se dirigió a Vincent y lo arrastró hacia el auto.

De inmediato, intenté levantarme; pero caí de lado. Me costaba mucho mantener el equilibrio.

—No quieres sufrir, ¿o sí? —curioseó, molesta—. Ven.

—Ya está este —avisó su aliado tras haber metido a Vincent en el auto.

Apenas dijo esto, mi compañero despertó y empezó a pelear contra él. Aryl corrió con la barra metálica y el agente la pateó con todas sus fuerzas en el estómago, haciendo que ella cayera al piso, sin aire. Él intentó salir del auto, pero el muchacho recogió la barra y le pegó a en la cabeza. Vincent quedó de nuevo inconsciente.

Luego de ayudar a su compañera a levantarse, lo metieron de nuevo en el coche. Acto seguido, forcejearon conmigo para meterme junto a Vincent.

Lo lograron.

A continuación, nos pusieron de inmediato esposas policíacas de color blanco. No podía moverme bien y me costaba hasta parpadear. La puerta se cerró. Estaba en el asiento de atrás, a la izquierda, y Vincent en el de la

derecha. Aryl viajaba en el centro, entre ambos.

Sentí el motor del auto encenderse.

—Vamos a dar un paseo —susurró Aryl a mi oído.

Conducía por las calles de Ciudad Onírica a gran velocidad. A pesar de haber manejado por cada calle existente, no lograba ubicarme. Mi corazón estaba agitado y sentía una jaqueca punzante, exponencial.

¡No me rendiría con tanta facilidad! El revólver estaba en un sitio accesible a pesar de tener las esposas puestas. Solo tenía que esperar al momento perfecto.

Empezaría a asfixiar a Aryl y, cuando él abriera la puerta para salvarla, la soltaría, tomaría mi arma y les dispararía. El plan formulado en mi cabeza no era tan difícil de concretar. Lo que no tenía en cuenta era lo que sucedería a continuación.

Pequeñas partículas de caos juntas pueden ser capaces de crear catástrofes. Pequeñas catástrofes juntas pueden empezar a causar una cadena irrompible de sufrimiento...

capítulo 23

Flamante



Hace cinco meses

¿Hola? —contestó Aryl su celular—. ¿Alice? ¿Qué pasa?

—Si quieren lograr lo que quieren, apúrense. Por accidente, llamé a alguien —escuché decir a la otra muchacha por el celular, estaba en altavoz.

—Alice... ¡Mierda! —exclamó Aryl, se veía asustada—. ¡Vamos, más rápido! ¡Ahora!

—Ya voy Aryl, carajo, relájate. —Él presionó el acelerador.

—¿Qué... sucede? —pregunté con confusión.

—No tengo idea, pero esa perra de Alice siempre arruina todo. ¡La odio! —se quejó.

Sentí la velocidad en las vacías calles de la ciudad. Veía todos los postes de luz pasar y uno que otro auto con rapidez.

—Oh... —Aryl veía hacia atrás, hacia la calle.

—¿Qué pasa? ¡Dime! —preguntó el conductor con angustia.

—¡¿Y ese quién demonios es?! —preguntó ella y señaló a alguien que estaba justo detrás de nosotros.

Ella movía su mano conforme él iba avanzando hasta que se posicionó a nuestro lado derecho, justo junto a nosotros. Lo que vi me dejó en estado de shock. Mi corazón empezó a latir a toda capacidad. Sentí un olor a sangre, de esos olores que me llegaron pocas veces en la vida, de los olores cuando la muerte está cerca, cuando los segundos se hacen años y cuando todo lo que se haga cuenta.

Un motociclista, con un casco totalmente negro en el que se reflejaba todo lo que había a sus alrededores, manejaba a toda velocidad al igual que nosotros.

Se acercaba cada vez más.

—¡¿Qué mierda?! —exclamó el conductor.

—¡¿Qué hago?! —gritó Aryl, despavorida. Movió a Vincent de su asiento para ella estar en la ventana e intentar pegarle con su barra de metal.

Su idea parecía buena, pero el chico del casco sacó una ametralladora pequeña.

—¡Dobla ya! —comandó Aryl. El sujeto empezó a disparar.

Los disparos sonaban muy fuertes. Chocaban en todo el auto. Me agaché junto a Aryl, quien arrastró a Vincent para que no le pegaran los disparos.

El conductor dobló con todas sus fuerzas y se metió al estacionamiento de un restaurante de comida chatarra. El auto estuvo a punto de volcarse, pero no lo hizo. El desconocido y amenazante motociclista bajó la velocidad y dobló junto a nosotros.

Era imposible empezar a manejar de nuevo. Él se encontraba muy cerca y podía empezar a disparar de nuevo. Se bajó de su vehículo sin quitarse el casco. Caminó sin titubeo alguno.

Aryl se quejó. Una bala le había rozado gran parte de su espalda y había dejado una larga herida en línea horizontal.

El conductor tenía ambas manos alzadas. Sabía que ya no podría hacer nada contra el motociclista.

—¡Tenemos que hacer algo! ¡Es imposible que perdamos así como así! —replicó Aryl.

—No podemos hacer nada. No hagas nada estúpido. —Él la miró. Sus ojos estaban llorosos.

Se acercaba mi momento de actuar. Tenía que ser preciso. El motociclista apuntó su arma al conductor.

—Bájate ya —ordenó. Él lo hizo.

Caminó hacia mi puerta. La abrió. Me observó en silencio por unos segundos. Dobló su cabeza para ver a Aryl y luego a Vincent. Me arrastró hasta tirarme del auto e hizo lo mismo con la muchacha mientras nos seguía apuntando.

—¡¿Quién eres?! —gritó el joven.

—No te incumbe. Lo que debes saber es que a ambos les falta inteligencia. Han mostrado sus caras. Sé quiénes son y, si me siguen o intentan hacer algo..., están muertos. Ambos. —Su voz era cortante, directa—. Tomaré este auto y a mi nuevo modelo.

Cerró las puertas.

—¡No! —gimoteó Aryl y corrió hacia el auto.

—¡No seas estúpida! ¡¿Quieres que nos maten?! —reprochó él al sostenerla del brazo.

—¡Vincent! —vociferé al levantarme con las últimas fuerzas.

Un nuevo secuestrador estaba llevándose a mi compañero y se estaba robando el auto de mis captores.

—Nos vemos en el desfile.

Se fue. Nunca se quitó el casco negro. Una nube de polvo se levantó ante nosotros. ¡No podía creer lo que sucedía!

Aryl se rascó la cabeza y luego lanzó su barra al suelo, lo que causó un eco en el estacionamiento.

—¡Mierda! —chilló, enfadada.

—Aléjense de mí —dije mientras sostenía mi arma.

Ambos se quedaron quietos, con los ojos muy abiertos. El viento movía suavemente nuestras ropas y el cabello de la muchacha.

—Tranquilo. —Él se acercó—. Dame eso.

Disparé hacia el suelo. Mi vista estaba muy nublada; estaba más estresado que nunca en la vida.

—¡Aléjense! ¡Hablo en serio! —exigí.

Gente que estaba en el restaurante empezó a asomarse para ver qué era lo que sucedía. Las luces amarillas y verdes del rótulo iluminaban la escena y me mareaban en el intenso proceso.

—Está bien, está bien. Nos iremos. ¿Sí? —Empezó a retroceder—. Déjanos ir y jamás sabrás de nosotros.

—Lárguense —dije. Quería disparar a sus piernas apenas se voltearan.

Empezaron a correr con todas sus energías. La nube de polvo, las luces del rótulo, la sustancia de mi cuerpo, la herida en mi cabeza, las esposas en mis manos, el estrés soportado, la incertidumbre de Vincent y la desesperación de supervivencia: gracias a todos estos factores, empecé a disparar muchas veces, pero ninguna fue certera.

Pronto, llegó la gente a ayudarme al ver que caí al suelo. Ellos llamaron a la ambulancia y me metieron en ella.

❁ ❁ ❁

Desperté en el hospital y un doctor se acercó:

—Veo que eres afortunado. —Él me hablaba en un tono directo, casual.

—¿Por qué? —cuestioné con un gran dolor en todo mi cuerpo.

—No todos los días se ve a alguien que sobreviva un balazo en el estómago. —Apuntó a mi abdomen. Noté que tenía cientos de vendajes.

La estadía en el hospital transcurrió sin complicaciones. Salí una semana después. Usé ese tiempo para meterme en la **deep web** para averiguar del «desfile», pero no logré encontrar nada relacionado a ello. Ni de secuestros ni de representantes, ni de modelos ni de Vincent.

Caí en una enorme desesperación. Tuve que explicar a mi jefe, Robert, lo sucedido. Él inició varias operaciones para

encontrar a Vincent y Stephine, quien no había sido siquiera reportada como desaparecida. Además, tuve que dar la noticia de Vincent yo mismo.

Cada noche pensaba en dónde estarían ellos, en quiénes eran aquel muchacho, Aryl, la chica vestida de payasa y el chico del casco negro... Tenía pesadillas que no me dejaban dormir, que me obligaban a levantarme y seguir investigando, todo el día y noche, sin parar.

Era imposible encontrar algo, así que me dediqué a trabajar. Iba a esperar por nuevos secuestros. Necesitaba un indicio que me llevara hacia Vincent o Stephine.

La conquista de posibles modelos, los potenciales representantes que se convertían en una amenaza para la competencia... todo llevaba a una guerra en la oscuridad. Una guerra silenciosa y lenta...

capítulo 24

Preparaciones



Presente

Manejo al banco que está abierto las veinticuatro horas del día, el único en la ciudad con este maravilloso servicio. Es un edificio grande, pero sus puertas están cerradas para la mayoría de los trámites. Solo hay sitio para hacer una fila, en la cual hay dos personas. Una de ellas es la viejita, la vecina de mi tío, y el otro es un señor muy elegante que posee una mirada prepotente, seria, con expresiones burguesas que me disgustan. Intercambiamos miradas. Él observa el maletín que llevo.

—Buenas noches. —Hago la fila tras ellos.

—Buenas noches. —La mujer sonríe. Él no responde.

Ella tarda unos minutos en hacer su trámite y se va. Sigue el turno del señor, quien me parece algo sospechoso. Observa hacia sus alrededores, pero sin perder su compostura. Luego camina y se aleja del lugar.

Sigo yo. Tengo que actuar lo más normal posible, tengo que meterme en la película... debo ejercitar mi imaginación, como las frías calles de Ciudad Onírica me entrenaron durante años. Pongo mi mejor sonrisa y alzo el maletín al ponerlo sobre la mesa. La chica que atiende se sorprende.

—Uff. ¡Al fin podré poner todos mis ahorros en una cuenta! —exclamo, alegre.

Ella inclina la cabeza, dudosa.

—Puedo meter este dinero a una cuenta existente. ¿Cierto? —cuestiono con una sonrisa de éxito.

—Claro... pero es muchísimo dinero. —Empieza a contar los billetes.

—Ah, sí. Es que, estuve ahorrando en efectivo. Son muchos meses de paga. Mi madre se enteró de que lo tenía todo en mi habitación, debajo del colchón, y me ha regañado terrible. «¿Qué pasa si hay un incendio?». Bueno, esa es la historia... —Suelto una risilla nerviosa—. Le prometí que lo metería en una cuenta que compartimos.

—Comprendo... —Ella sigue contando el dinero.

—Oh. Casi lo olvido —comento—. Junto con el dinero necesito dejar una información al remitente de la cuenta.

—¿Cómo dices? ¿No eres tú el dueño de la cuenta? —cuestiona.

—Es complicado, la verdad... —Me acerco y susurro a pesar de que no haya nadie a los alrededores. Me pongo la mano cerca de la boca para secretear—. La verdad es que voy a inscribir a una amiga en un concurso de modelaje... Soy su representante, y mi madre dice que eso de modelar es de homosexuales.

—Oh... —suspira, sorprendida.

—Pero no lo es. ¿Cierto? A mí también me gusta la moda y eso está bien... ¿cierto? —expreso con dramatismo.

—Claro que lo es, amigo —responde, empática.

—¡Perfecto! —grito—. Entonces, ¿me das una hoja y un lapicero?

—Sí. Toma. —Me los da.

Empiezo a escribir la información que Alice me ha pedido. No puedo poner los apellidos de ninguno, no sé si esta chica sospechará más de lo debido, así que tengo que ser sutil.

Modelo: Lyra Coppens
Representante: Duke Cornet
Modelaje: payasita, colores, drama, ideas en proceso

Ella toma el papel, lo lee y frunce el ceño, confundida.

—¿A qué número de cuenta sería? —interroga, preparada para escribir en la computadora.

Le digo el número, ella lo digita y lo envía. Respiro aliviado y sonrío.

—¡Muchas gracias, señorita! —exclamo, alegre.

—Con gusto. Espero que llegues lejos —comenta con una sonrisa y, tras despedirme, me voy del lugar.

No hay problemas con que dé mi verdadera información. Alice me ha dicho que tienen un sistema especial en el que la transferencia desaparecerá apenas reciban el dinero, además, la gente del desfile ya sabe todo de mí. No sucederá nada con la policía ni con los mismos integrantes de la **deep web**. No podrán encontrar la transacción ni la información.

«No, no hay problema, yo no estoy haciendo nada malo. Para todo hay excusas, no debo preocuparme», pienso.

Sigo manejando y paso por un restaurante de comida rápida llamado Soñihamburguesas. Creo que es un nombre terrible para un restaurante que no es la gran cosa. Paso al autoservicio y pido dos hamburguesas con queso; tras un segundo de pensarlo, ordeno una extra para Lyra.

Me voy del lugar, el cual tiene un gran estacionamiento que nunca se llena. Las luces amarillas y verdes son muy llamativas, pero encandilan a quien sea que las vea por mucho tiempo.

Empiezo a comer una de mis deliciosas hamburguesas. No me he alimentado en mucho tiempo y siento que sabe a gloria. La energía fluye por mi cuerpo, pero hay algo que me falta. Busco en mis bolsillos la pequeña bolsa que contiene mi preciado polvo.

No está. Pienso y... sé que la dejé en casa de mi tío, pero me da pereza buscarla. De inmediato, tomo el celular para llamar a Jerry, mi gran amigo.

—Jerry —digo, apresurado. Tengo el celular en altavoz en mi regazo, media hamburguesa en una mano y el volante en la otra.

—Hola, Duke. ¿Cómo estás? ¿Qué pasa? ¿Se te acabó la carga? —pregunta, amigable, como es usual.

—Exacto, se me ha acabado —confirmo.

—Bien, estoy en la calle de siempre. Corre, que esto se va como pan caliente. —Cuelga.

Reviso mi billetera. El dinero es suficiente como para comprar cocaína para tres días. Manejo hasta donde Jerry se encuentra y, al llegar, me bajo del auto.

Hace mucho frío, pero no me importa. Vale la pena salir de la zona de confort a cambio de un poco de energía que sé que luego necesitaré.

—Hola —saludo. Está negociando con un muchacho muy flaco y decaído, a quien ya he visto varias veces comprar.

—Hola, Duke. —Me saluda con un cálido abrazo. Noto que está vestido con su clásica sudadera rojo vino—. ¿Por qué andas a estas horas en la calle?

—Las vueltas de la vida. Estaba cerca, y dije... «¿por qué no saludarlo?». Y, bueno, aquí estoy. —Le doy una palmada

en la espalda.

—Me alegra. ¿Cuánto necesitas? —pregunta.

—Lo que me alcance con esto. —Le doy los billetes en la mano. Lame un par de sus dedos y se dispone a contar el dinero. Su piel morena resalta con las luces de los autos que pasan por el lugar.

—Te veo algo cansado —nota al levantar la mirada.

—Para eso tengo esto. —Le arrebato el producto.

—¿Estás bien? —pregunta, honesto.

—Sí. ¿Por qué? —interpelo.

—Nada más pregunto. Está bien, ¡nos vemos luego! —dice.

Me alejo, mientras escucho las voces de él y el muchacho distanciarse poco a poco. Entro al auto, y no aguanto más. Necesito una pequeña línea para calmar la ansiedad. La inhalo y todo se transfigura hacia su normalidad.

Minutos después, siento que un poco de líquido comienza a molestarme dentro de la nariz. Otra vez se me ha abierto. Me limpio la sangre con el brazo. Es realmente molesto cuando sucede, me arde mucho.

Me rasco por fuera y me froto la cara. Me sale más sangre. Tengo que esperar a que salgan los granos de nuevo y, luego, sacarlos con lentitud para así poder volver a consumir más tarde. Si no lo hago, me arderá como los diablos.

Por último, llego a casa de mi tío. Se ve tal cual la dejé y, apenas entro, recibo una llamada de Alice.

—¿Te llegó la transferencia? —pregunto al atender la llamada

—Correcto —responde, satisfecha—. No pensé que en serio fueras a meterte en esto.

—Ya estoy dentro. ¿Se llenaron todos los cupos? —consulto.

—Sí. Tú fuiste el último —informa—. ¿Cómo vas con la transformación?

—Estoy por comenzarla —comento mientras camino hacia el sótano—. ¿Tú?

—Ya te dije que estoy lista desde hace tiempo... —burla—. Más te vale apurarte. Todavía no sé la fecha exacta del desfile, pero será en menos de dos meses.

—Gracias por informarme, Alice.

Me quedo algo pensativo.

—Adiós —saluda ella—. Oh... y cuidado con los otros representantes —advierte y cuelga.

«¿A qué se refiere?», pero no le doy importancia.

Entro al sótano para empezar a trabajar, por fin, con Lyra.

Tarde o temprano, él bajaría por esas escaleras.

El proceso más doloroso de todos empezaría su ciclo.

capítulo 25

Lágrima de cristal



Duke abre la puerta y empieza a bajar las escaleras. Trae una bolsa blanca que está llena de objetos. Además, me llega un olor delicioso. Huele a comida, a hamburguesa. Mi estómago suena y la boca se me hace agua. Trago en seco. Su nariz está sangrando demasiado y tiene rastros rojizos en su brazo. De vez en cuando, él inhala haciendo un sonido característico que interrumpe los silencios.

—¿Quieres comer? —pregunta.

—Sí —suplico.

—Bien. —Saca la hamburguesa de su envoltorio y me alimenta. Muerdo, y mi estómago pide más.

Tras devorarla en segundos, me quedo en silencio.

Él retrocede y, de pie, saca cosas de la bolsa. Hay pinturas y maquillaje. También hay arena o algo parecido; no logro identificar qué es. También saca algunos

instrumentos quirúrgicos... me asusto al verlos.

—¿Estás lista para empezar? Ya no puedo retrasarlo más. Mi tío y Quinn nos atrasaron lo suficiente. —Se sienta frente a mí.

—¿Acaso eres estúpido? ¡Jamás estaré lista para esto! —exclamo con fuerza.

—Lástima. —Él toma las pinturas y el maquillaje. Acerca otra silla y pone todo en ella para poder tenerlo a mano.

—¡¿Qué me vas a hacer?! —Grito desesperada.

—No lo sé, la verdad. Es la primera vez que concurso en esto —explica y levanta los hombros.

—Por favor, Duke... —trato de convencerlo; tengo que tocar sus emociones, tengo que lograr que se ablande, aunque sea un poco—. Ambos sabemos que tú no eres así...

—Oh, Lyra... Tú no me conoces para nada —mofa.

Se acerca, toma pintura blanca y un pincel.

—En la escuela de actuación, tomé un curso de maquillaje. Por dicha para ti, fui a todas las clases y aprendí mucho. —Sonríe mientras pone el pincel en mi piel.

Está pintando mi cara. Me intento mover y él se enfada mucho. Me agarra la pierna y me la aprieta tanto que lastima.

—Quieta. ¿Sí? No quiero que quedemos como ridículos en el desfile —replica, molesto.

Siento la fría pintura y el pincel deslizarse por mi frente y mis mejillas. Estoy llorando suavemente. No puedo hacer nada y mi destino se ve cada vez más oscuro.

—¿Puedes dejar de hacer eso? —Se levanta—. ¿Puedes dejar de cagarla? ¡Cállate!

Cierro los ojos con fuerza. Él pinta mi cara de blanco. Hace una cola de caballo con mi cabello para que nada interfiera con la pintura, la cual huele a que es duradera y de alta calidad. Espera a que se seque mientras camina de

manera inquieta. Toma agua y me ofrece un poco. Luego, se detiene frente a mí y me observa en detalle. Parece pensativo

—¿Qué haré...? Maquillar no es suficiente —comenta, disgustado.

Pasa su mano de forma agresiva por mi cara para comprobar que la pintura esté seca. Toma el color negro para pintar mis labios y mis mejillas. Además, me dibuja triángulos debajo de mis ojos.

Sonríe, satisfecho. Corre hacia la bolsa y rebusca entre los objetos. De ahí, saca un espejo redondo y lo acerca.

—¿Lista para verte? —inquiere.

No respondo.

Él lo coloca delante de mí. Mi reflejo hace que tenga una mezcla muy extraña de sentimientos. Me duele la cabeza y una jaqueca me domina. Los labios y triángulos negros me causan una terrible impresión. Me veo hermosa, pero atada, reprimida...

Un odio se enciende en mi ser.

—Oh, espera. Tengo que retocar con negro el labio —menciona.

Vuelve a tocarme el rostro y yo me enfurezco por su actitud. Le muerdo la mano con todas mis fuerzas. Siento que su carne se abre entre mis dientes y mi mandíbula duele por la presión causada.

—¡Ah! —grita y se tira al suelo. Siento que el sabor de la sangre llena mi boca. Él sangra muchísimo, el líquido está en el suelo, en mi ropa y en mi cara.

Él se levanta.

—Ya sé qué te voy a hacer —confirma con los ojos abiertos y su respiración agitada.

Cierra su puño y me pega un golpe en seco debajo de mi ojo, como ningún otro. Es un golpe tan firme y fuerte que

hace que la silla caiga hacia atrás. Siento que me ha abierto la piel de la mejilla y que la sangre sale de la herida. Se me inflama con rapidez; estoy en **shock**. Hiperventilo mientras lloro.

Él me levanta de la silla. Mis lágrimas caen junto con la sangre. La zona del golpe está inflada y siento un dolor caliente y punzante.

—¿Payasita? De payasita no tienes mucho. No eres graciosa ni feliz. Serás una payasita triste y deprimida, un perfecto reflejo de tu vida diaria, de tu maldita vida aburrida, de tu tristeza profunda. ¿Crees que no lo había notado? ¿Crees que no reconozco a alguien con un alma drenada como la tuya? Alguien que sobrevive el día a día, que ya no tiene esperanza alguna... —Camina en círculos y ve al suelo. Está cubriendo la enorme mordida con la tela de su camisa—. Ya verás...

Siento más nervios que nunca. Él sube las escaleras para tratar su herida. Mi mejilla se ha hinchado a tal punto en el que me cuesta ver con mi ojo izquierdo y el sabor a sangre me hace querer vomitar. Las manchas se expanden, despacio, por mi ropa.

Él vuelve a bajar con una toalla blanca en su mano, la cual sigue goteando. Su cara me transmite un odio indescriptible.

—Vamos a seguir con tu puta transformación, y tú me vas a ayudar —amenaza.

—¡No... no lo haré! —grito. Estoy colérica.

—Oh, claro que sí —dice—. O me ayudas o te mueres de una infección o algo así. ¿Crees que te elegí porque sí? No tengo conocimientos de medicina. Tú sí, y me ayudarás.

—¡Maldito! —chillo. El hecho de que me haya agredido físicamente de tal manera hace que ya no me importe nada.

—Ya te abrí el espacio en la mejilla y, como serás una

payasa triste, necesitas una lágrima. ¿No? La cosa es que... ¿de qué material la hago? Silicón es muy barato y feo —duda—. Creo que lo mejor será hacerla de vidrio.

Se pone a revolver entre sus cosas. Aunque su mano deja de sangrar, le tiembla demasiado. Me asusto por lo que dice. ¿Acaso planea meterme un trozo de vidrio en la mejilla?

Duke saca un adorno de cristal, es una sombrilla de color naranja decorada con gotas transparentes que bajan del interior de la misma, las cuales parecen medir unos dos centímetros cada una.

—Esto sirve, ¿verdad? —Hace fuerza para arrancar una. Cuando lo logra, el adorno cae al suelo y se quiebra mil pedazos.

—¿Sirve o no sirve? —pregunta de nuevo—. Dime si sirve o, si no, veremos qué más puedo meter en ese hueco.

—Sí... —respondo con terror.

Ya era muy tarde para lo que fuera,
ya no habría vuelta atrás.

capítulo 26

Sincronización



Pasé toda la noche investigando. Al parecer, la página del Desfile Macabro se bloqueaba cada cierta cantidad de tiempo. Solo desaparecía, sin dejar rastro alguno, tras aparecer por un minuto. Cuando reaparecía, sus secciones estaban en un orden distinto.

Era la única página que hablaba de secuestros, sin embargo, no hablaba del tema directamente. Argumentaba sobre la necesidad de que hubiera un «representante» y un «modelo». Decía algo sobre obtener a tu modelo, ya fuera voluntario o por la fuerza.

Seguía intentando leer, intenté tomar capturas de pantalla, pero cuando las revisaba aparecían en negro. Era casi imposible leer un párrafo completo porque, incluso, aunque encontrara al mismo, cambiaba lo que decía.

Saqué el celular para tomar fotografías, pero las letras se veían borrosas. Me acerqué a la pantalla para observar, no lograba entender qué tipo de tecnología estaban usando o cómo es que era imposible sacar prueba alguna. En uno de tantos intentos, leí un rótulo que habían subido a la página. Era blanco, con letras rojas y negras, de estilo elegante.

«Inscripciones abiertas».

Estaba por tocarlo justo cuando Serina comenzó a llamarme. Puse el celular en silencio y lo lancé a la cama. En ese momento solo necesitaba leer las reglas de las inscripciones. Toqué el botón y leí el monto de la inscripción.

La cifra me sorprendió. ¿Quién diablos poseía esa

cantidad de dinero y lo gastaría para inscribirse a un estúpido concurso? Era claro: se trataba de gente con suficiente poder como para quedar impune.

Leí también que los modelos podían ser cambiados físicamente, siempre y cuando las modificaciones no intervinieran con su habilidad para caminar o correr.



Fui a mi apartamento como cada noche, a consumirme en los rincones más recónditos de la **deep web**. Tenía que encontrar alguna pista sobre lo que había pasado esa noche.

Desde que había logrado escapar de las garras de mis secuestradores, no podía dormir bien. Me costaba conciliar el sueño: sabía que Vincent se encontraba en las manos de aquel muchacho del casco negro.

Las terroríficas e inquietantes imágenes se repetían en mis sueños y la culpa me drenaba la vida a cada hora que pasaba. Vincent no tenía una familia que lo buscara ni compañeros de trabajo. Su vida había sido un tanto solitaria. Éramos amigos desde niños y completamos juntos nuestros estudios de agentes especiales. Lo hicimos al lado de otras personas que han quedado en el pasado, con el doloroso avanzar del tiempo.

Pensé mucho sobre la actitud que tuvo esa noche. ¿Acaso estaba tan solo? ¿Acaso no supe estar ahí para él? Sabíamos que ambos contaríamos incondicionalmente con el otro, hablábamos abiertamente de todos los temas y, desde nuestra niñez, intentábamos reconfortarnos en nuestros tiempos más oscuros.

Su sexualidad nunca fue un problema para mí. Cuando

éramos jóvenes, llegamos a hablar en concreto del tema solo una vez. Lo único que esa conversación hizo fue afirmar nuestra profunda amistad. Sin embargo, sabía que su vida no había muy cómoda y que había tenido bastantes problemas que jamás llegó a contarme. Siempre intenté estar ahí, pero supuse que para él había ciertos temas que no se podían tocar con algunas personas, temas que abrían heridas que no eran necesarias de alimentar.

Me dediqué, además, a investigar sobre la chica llamada Lyra Coppens y su vecina, Quinn Lindhand. No había información importante ni nada más por saber.

La policía de Ciudad Onírica estaba haciendo su trabajo, como siempre. Ineficiente y lento. Me metí a todas las páginas posibles hasta que, en la madrugada, se habilitó una que nunca había visto.

«El Desfile Macabro».

Al leer esto, un mareo agitó mi cuerpo. Sentí una patada en el estómago.

¡Era lo que había estado buscando este tiempo!

Empecé a trabajar para rastrear la página, para saber desde dónde estaba siendo transmitido el movimiento, pero ellos la cerraban, la cambiaban y volvían a abrir otra nueva. Era imposible hacer un rastreo efectivo.

La impotencia comenzó a inundarme, no tenía tiempo de hacer nada más. Tenía que leer toda la información que pudiera, no podía perder la oportunidad de conocer más sobre el concurso en el que meterían a Vincent.



Era imposible saber de qué se trataba el misterioso concurso. Me daban ganas de vomitar al seguir leyendo. Era imposible que Lyra y Quinn no estuvieran involucradas

con todo el tema. Frederick estaba enredado también; por eso aquel muchacho del casco lo asesinó frente a nosotros.

No sabía dónde se encontraban Lyra o Quinn. Frederick ya no me podía dar respuestas y la policía era demasiado lenta. Mi cabeza estaba por explotar. No tenía pruebas de lo que estaba viendo. ¡No tenía una historia que la gente fuera a creer! Empecé a llorar mientras la página se cerraba otra vez. Intenté meterme de nuevo, pero ya no funcionaba.

Golpeé el teclado con todas mis fuerzas. Serina no paraba de llamar. Atendí.

—¿Qué? —pregunté, seco.

—Hola, estoy en la puerta. ¿Me abres? —preguntó.

—Voy...

Me tomé un momento para limpiarme la cara. Apagué la computadora y abrí la puerta de la casa.

—Sonnet... —Ella me dio un gran abrazo.

—Tengo que contarte algo. —Caminamos hacia mi dormitorio, y le ofrecí sentarse—. Encontré algo en la **deep web**.

—Espera. ¡¿Qué?! —exclamó al saltar de la silla.

—No me podía quedar así. Tenía que meterme —expliqué.

—Sonnet, ¡jamás vuelvas a hacer eso! —gritó, enfadada.

—¿Qué dices? —cuestioné, enojado—. ¿Acaso no quieres encontrar a tu mejor amiga?

—Sonnet... —Ella volteó su mirada hacia el suelo—. Encontrar a Lyra es igual de importante para mí como lo es para ti.

—No se nota. —Me volteé—. ¿Acaso no sabes que a nadie más le importa esto? Quinn lleva desaparecida varios días más que Lyra y... ¡nadie la está buscando!

—Podemos buscarla nosotros. No hay necesidad de ir a meterse en el peligro que la alejó en primer lugar —replicó

con delicadeza—. No podemos exponernos. ¿Acaso no viste lo que sucedió con Frederick? No quiero que nada te pase, a ti no...

—Puedes buscarla a tu manera, Serina. Ya sé lo que está sucediendo. ¡Están secuestrando gente para hacerlas concursar en un desfile macabro! —grité.

—«Desfile macabro...». —Serina frunció el ceño—. No es buena idea seguir metiéndonos en este tema.

—¡Cambiarán los cuerpos de las víctimas! —Exclamé al golpear la mesa con todas mis fuerzas, mis nudillos empezaron a sangrar.

—Necesitas descansar. —Estaba asustada—. Mañana podemos planear mejor las cosas y me enseñarás lo que encontraste. Me meteré a la **deep web** contigo. ¿Sí?

—Sabes que cada minuto cuenta... —bajé la voz, me sentía débil.

—Mañana hablaremos con la policía, si quieres —dijo—. Todo estará bien.

—No sé qué quiero hacer con esta información todavía. —Me senté en la cama.

—Intenta dormir y, apenas despiertes, me llamas. Tengo que lidiar con algo que sucede en mi casa... —sugirió y caminó hacia afuera de la habitación.

—¿Qué pasa?

Mi pregunta la detuvo.

—Es sobre mis «problemas psicológicos» —comentó, desganada—. No lo sé, no me siento muy bien en estos momentos; pero tranquilo, estoy estable. No es una crisis ni nada parecido.

—¿Tus padres siguen paranoicos con el tema? —cuestioné, molesto.

—Están peor de exigentes y me están volviendo loca. Es debatible si tengo algo o no, pero la confusión que me

hacen sufrir me está matando. No sé muy bien cómo lidiar con esto, y no quiero ser una carga. Sé muy bien que Lyra nos necesita a ambos. Quiero estar ahí para ella, y eso haré. —Una lágrima se mostró en su tierna mejilla—. Odio sentirme débil y expuesta..., me siento culpable por ello. Sé que querrás reconfortarme, pero puedes estar tranquilo, simplemente he pasado por mucho en poco tiempo.

—Serina... —susurré y me levanté para darle un profundo y largo abrazo.

A pesar de tener una idea de lo que pasaba, Sonnet no tenía conciencia de la profundidad del asunto...

capítulo 27

Proximidad



Amaneció. A pesar de haber estado tan estresado por lo que ocurría, había logrado dormir, al menos, un par de horas. Necesitaba estar con fuerzas para lograr encontrar a mi amiga.

Eran las cinco de la mañana y tenía hambre. Mi madre aún dormía. Me puse un abrigo y salí de casa para comprar pan caliente que vendían en la panadería de la esquina.

Mientras caminaba, me percaté de algo que me incomodó al instante, algo que me puso los pelos de punta: el chico del casco negro estaba en el tramo que había entre mi casa y la panadería. Restregué mis ojos con fuerza, quizá solo era una asquerosa ilusión...

No lo era.

Empecé a caminar con rapidez. Él revisaba su celular, pero a veces volteaba a verme. Corrí hacia el negocio. ¡No estaría seguro en ningún lugar! Dentro de la panadería, revisé mi pantalón. Entre los rincones de los bolsillos toqueteé algunas monedas, una bola de pelusa y, en un tanteo, toqué la tarjeta que aquel agente me había dado.

Intenté llamarlo mientras, en la otra mano, sostenía la cartera. Las campanillas de la puerta sonaron. Miré hacia la entrada del lugar: él había entrado. Me paralicé, era como si tuviera tornillos en los pies. Estaba plantado al suelo. No podía respirar, parecía que el tiempo había sido puesto en pausa.

Él caminó hacia mí. El pasillo era algo angosto y me chocó. Mi billetera cayó y él se agachó para recogerla y

entregármela.

—Disculpa —dijo. No podía ver su cara. Solo veía la mía reflejada en la infinita oscuridad que envolvía a aquella intimidante persona.

—No puedes usar el casco aquí dentro. Son las reglas. —El dueño de la panadería se hizo presente. Él muchacho se volteó, tomó un paquete cualquiera de frituras y fue hacia el dueño.

—Solo venía por esto —explicó—. Ya me voy.

—Bien —el hombre respondió con un tono conformista.

El extraño pagó y salió de la panadería. Yo estaba sudando, pálido, con ganas de vomitar. Miré a mi celular: la llamada estaba en curso.

—¿Hola? ¿Hola? ¿Quién habla? —preguntaba el agente.

—Yo... —intenté hablar, pero no podía creer que había dejado escapar al asesino de Frederick, alguien que posiblemente tenía información de Lyra.

—¿Sonnet? —cuestionó.

—Sí. Yo... necesito hablarte. —Tuve que terminar la llamada, no sabía si aún estaba en peligro.

—¿Te sientes bien? —preguntó el dueño de la panadería.

Corrí a mi casa; no me encontré al sujeto del casco en el camino. Cerré las puertas detrás de mí, agitado y asustado. Sostenía la puerta de madera, tocando la textura que ofrecía protección ante alguna eventualidad.

Mi celular empezó a vibrar y me llevé un gran susto. Era Steiner. Contesté, más calmado.

—¿Dónde nos vemos? —consultó, directo—. ¿Esta noche? He estado investigando sobre unos movimientos bancarios, creo que tengo la manera de localizar a un posible sospechoso.

—En Simbiosis, el bar, a las ocho —confirmé—. Necesito revisar algo antes de vernos.

—Nos vemos entonces. —Él estaba por colgar.

—Steiner —dije.

—¿Sí? —preguntó.

—¿Quién es el sospechoso? —cuestioné, con el corazón en la garganta.

—No puedo dar esa información todavía —explicó—. No puedo hasta que lo logre confirmar.

—Está bien. —Tragué seco—. Nos vemos.

Terminó la llamada. Al menos ya tenía un camino que seguir el día de hoy. Respiré hondo y me senté a comer algo rápido.

Mientras iba hacia mi habitación, mi madre apareció:

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí. Estoy avanzando en encontrar a Lyra —expliqué con una sonrisa, a pesar del gran dolor punzante por dentro.

—Si necesitas algo de mi parte, avísame. ¿Sí? —Me dio un abrazo.

—Gracias. —Caminé hacia mi cuarto.



Pasé toda la madrugada intentando planear una estrategia. ¿De qué manera podría encontrar un descuido por parte de los secuestradores?

Entre los tantos pensamientos fugaces llenos de niebla, apareció uno que me dio un poco de luz. La cantidad de dinero utilizado para las inscripciones no sería fácil de pasar por alto... y yo tenía el permiso de Ciudad Onírica para poder revisar las transacciones de los bancos, sin restricción alguna.

Después de haber hablado con Sonnet, me dirigí a varios bancos de la ciudad. Le pedí a los empleados que me dieran

acceso a los registros con cantidades semejantes, pero no encontré nada.

Llegué al último banco con la esperanza de hallar algo. Fui directo a la oficina del gerente y le pedí acceso.

—¿Me enseña su placa de agente especial junto con el permiso firmado por el gobierno para hacer este tipo de investigación, por favor? En nuestro banco tomamos la seguridad de nuestros clientes muy a pecho —explicó.

—Claro.

Saqué los documentos, siguiendo el protocolo. A continuación, me dio acceso con la condición de que él estuviera presente en todo momento.

Accedí a la base de datos de las transacciones de las cifras que buscaba. Después de haber tachado a tres sospechosos y confirmando que ellos no tenían relación alguna con el caso, llegué a un chico joven, de veinticuatro años, llamado Duke Cornet.

Al parecer, él había hecho una transacción justo con las cifras que yo buscaba. Era muy sospechoso porque había venido a altas horas de la noche y enviado el dinero a una cuenta que desapareció sin dejar rastro.

El gerente se sorprendió al ver esto último:

—Nunca ha sucedido algo parecido —aclaró con seguridad.

—Creo que tengo a mi sospechoso —admití al mirar la pantalla con fijeza.

Los secuestradores eran astutos, pero las personas que intentaban ayudar también hacían movimientos eficaces y certeros.

¿Cuánto más durarían estas estrategias bien ejecutadas?

capítulo 28

Un juego macabro



Quise meterme de nuevo a la página del desfile porque, luego de varios intentos, me di cuenta de que estaba activa. Tenía los ojos bien abiertos para captar toda la información que pudiera.

No había nada nuevo...

De repente, mi celular empezó a vibrar. El corazón se me agitó al verlo.

Era una llamada desconocida.

Atendí.

—¿Hola? —contesté.

—Hola. ¿Hablo con Sonnet Bleus? —preguntó una chica, sonaba amable.

—¿De parte de quién? —cuestioné, rápido. Luego de unos segundos de silencio, ella habló.

—Mira... mi nombre es Alice y quiero saber algo —dijo.

—¿Qué quieres saber? —demandé.

—Bueno, en realidad, quería preguntarte algo. Y, además de eso, quería dejar algo en claro —corrigió.

—Dime —ordené, seco.

—Primero, noté que has estado buscando algo llamado el Desfile Macabro. ¿Hay algo en especial que quisieras saber sobre el evento? —preguntó, atenta.

—¿Quién eres?

La tensión estaba incrementando con velocidad.

—Alguien con información —respondió—. Entonces... ¿qué quieres saber?

—No confío en ti. —No sabía qué más decir, no podía

jugar, ella tenía más información de mí que yo sobre ella.

—Sí, bueno... —Chasqueó la lengua—. No quisiera que me la pongas tan difícil, Sonnet. Suenas algo alterado. ¿Pasó algo reciente en tu vida? ¿Algo que quisieras arreglar?

—Sabes en dónde está Lyra —concluí—. ¿En dónde la tienen?

—¿Lyra? ¿Así se llama? Entiendo. —Ella hizo silencio. Luego habló—. Déjame ver las inscripciones...

Tenía el corazón en la garganta. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Acaso ella tenía esta información?

—Sí. Aquí está. Lyra Coppens. Su representante se llama Duke Cornet —comentó con amabilidad.

Sentí un bajonazo en todo el cuerpo. Estaba por desmayarme.

—Ese maldito... ¡Desgraciado! —grité con todas mis fuerzas.

—En fin, ya te di la información que buscabas. —Ella aclaró su garganta—. Ahora, vamos a dejar algo en claro.

—¿Qué? —Mi vista estaba nublada. Quería salir de mi casa e ir a asesinar a Duke.

—Si ves al agente Steiner hoy, o si intentas hacer algo en contra del Desfile Macabro, te prometo que me aseguraré de que asesinen a tu familia, maten a Lyra y... luego iré a eliminarte con mis propias manos. ¿Entiendes lo que digo? —preguntó con un tono totalmente distinto.

—¡¿Qué dices?! —exclamé, desesperado.

¿En qué momento todo se había tornado tan oscuro?

—Pero tranquilo —soltó una risilla—, sé de una manera en la que puedes salvar a Lyra...

—¿Cuál? —cuestioné.

—Hoy en la noche te llamaré de nuevo, y más te vale que estés solo. Ya sabes las consecuencias de no cumplir con lo que te pida. Supongo que ya conoces a mi amigo del casco

negro. ¿Verdad?

Ella tenía control absoluto sobre mí. Podían haberme asesinado a sangre fría, tal y como hicieron con Frederick. Me habían estado vigilando y, cuando el sujeto tomó mi billetera del suelo en la panadería, obtuvo el nombre de mi identificación y se lo dio a Alice para contactarme.

—Sí... —respondí con lágrimas en los ojos.

—Estoy feliz de que nos entendamos, amigo —admitió de manera amigable—. Bienvenido al mundo de abajo.



Duke introduce el pedazo de vidrio, rodeado por el pegamento más fuerte que pudo encontrar, en mi mejilla. El contacto entre mi herida abierta y el tóxico causa una terrible quemadura.

—¡Detente! —grito—. ¡Se me va a infectar si lo haces así!

Él se detiene. Quita la lágrima y, al hacerlo, me arranca un pedazo de piel.

—¿Qué tengo que hacer, entonces? —pregunta mientras camina y lava la lágrima de vidrio.

—Tienes que limpiar la herida y... luego aplicar agua tibia con sal —explico. Si no hay vuelta atrás, al menos no quiero poner mi vida en peor riesgo.

—Cierto. —Camina hacia la bolsa blanca y saca un tarro lleno de alcohol y algodones. Limpia mi herida y luego corre hacia la cocina para traer desinfectante casero—. Creo que la pintura se va a quitar, pero te puedo repintar después.

La herida me arde mucho. Es un dolor ácido y punzante al mismo tiempo; hace que me retuerza.

Cuando termina el doloroso proceso, Duke llena nuevamente la lágrima con pegamento y la acerca.

—Voy con cuidado, relájate —dice. Puedo ver el brillo y la ilusión en sus ojos.

Empieza a introducir el vidrio. A pesar de arderme, no me duele tanto como hace un momento. Además, tengo la piel tan inflamada que casi no siento nada. Los tejidos se mueven y él los moldea con sus dedos desnudos.

A pesar de que el orificio creado es profundo, no me ha perforado la mejilla. Respiro hondo e intento aguantar el horrible proceso que debo afrontar. No quiero disgustar a la persona que tiene a cargo mi vida.

Tras diez minutos tormentosos, él termina.

Mi cara está muy maltratada después de todo lo que ha pasado. Él sostiene el espejo frente a mí: la delicada lágrima es ahora una parte permanente de mí. La carne empezaría a crecer por sus alrededores, pero jamás la cubriría. Siempre estaría ahí, como un recuerdo del miserable momento que estaba viviendo.

—Bueno, no se ve tan mal. —Está contento—. Ese fue el trabajo de hoy. Quedo satisfecho.

—¡Aléjate, ahora! —grito con rencor.

—Ya puedes dormir. —Antes de irse, me da agua y otro

pequeño trozo de hamburguesa fría y añeja.

Minutos después, trae un cepillo de dientes y me lava la boca. Antes de salir, observa con detalle las cuerdas que me tienen cautiva. Esta vez no tengo fuerzas para tratar de escapar...

Me duermo sentada en segundos.



Despierto con el sonido de mi celular. Es media mañana.

Contesto la llamada, es Alice.

—Buenos días. ¿Cómo amaneciste? —pregunta y trata de fingir amistad.

—Bien. ¿Tú? —respondo igual de amigable.

—Bien, gracias. Oye... estuve revisando tu inscripción, la acabo de ver con detalle... —empieza.

—¿Sí? —Estoy atento.

—La cosa es que ya hay alguien inscrito con una payasa, tienes que cambiar tu idea.

Es una perra.

—¿Qué? ¿Por qué me dices hasta ahora? —cuestiono, molesto.

—Si no quieres cambiarlo, está bien. Cuando sea el día del evento y lleguen, les meteremos un balazo a los dos. No tengo ganas de discutir en este momento —articula, fría.

—Está bien. Lo cambiaré —me obligo a bajar mi tono de voz.

—Perfecto entonces —contesta, feliz—. Oh, otra cosa, Duke...

—¿Qué? —pregunto, desganado.

—Alguien sin querer le dijo a un tal Sonnet sobre tu modelo, y él se le dijo a un agente especial. Dicen por ahí

que se dirigen directo hacia donde te encuentras. En fin, nos hablamos luego.

Cuelga.

Todas las piezas del juego se empezaban a mover. ¿Qué caería primero? ¿La ambición de Alice, las esperanzas de Sonnet o las máscaras de Duke?

capítulo 29

El gato y el ratón

El silencio domina la escena. Soy interrumpido intermitentemente por el pitido del celular por el que Alice ha terminado la llamada.

Sé que ella es una perra despiadada, pero jamás hubiera imaginado que fuera capaz de intentar sacarme del desfile e, incluso me delataría con los amigos de mi modelo y la policía.

Llamé a Steiner de inmediato. Necesitábamos llegar a la casa del tío de Duke lo más pronto posible. Teníamos que rescatar a Lyra. Las estúpidas amenazas de Alice no me importaron, ella no tenía manera de saber en dónde me encontraba ni qué haría a continuación.

—¡Steiner! —exclamé.

—Dime dónde vives —contestó, directo—. Estoy manejando, voy en camino.

—¡Vamos! —grité luego de mandarle la dirección. Con las manos temblorosas, tomé un gran cuchillo de la cocina y esperé.

Llegó cinco minutos después.

Me metí en su auto y empezamos nuestro recorrido en busca de nuestro enemigo.

—Duke hizo una transacción bancaria a una cuenta. Suponemos que ha sido la del desfile —informó sin mover sus ojos del camino.

—Un hombre con un casco negro me persiguió. —Estaba por seguir hablando, pero él me interrumpió.

—¿Cómo? —balbuceó—. Si lo ves de nuevo, tienes que correr. Tienes que correr lo más lejos que puedas. ¿Entiendes?

—Sí, sí —asentí. Íbamos muy rápido.

Por mi cabeza pasaban cientos de pensamientos. Sentía una esperanza ardiente en mi pecho, una adrenalina intensa navegaba por todo mi ser, pero un veneno recorría mis venas. Tenía que encargarme de Duke fuera como fuera.



—Mierda... ¡mierda! —grito y respiro con desesperación. Parpadeo para despertarme, y pienso.

Salgo del dormitorio y corro hacia el baño. Debo buscar una solución rápida que me ayude a evaluar mejor esta situación crítica.

Rebusco entre las gavetas y, tras la puerta del espejo,

logro ver un líquido: cloroformo. Tiene una gran advertencia escrita, pero no la leo. Corro a la cocina y tomo un trapo. Luego bajo al sótano, agitado.

Enciendo la luz y despierto a Lyra mientras embarro el trapo con el líquido. Mi mano ya no duele tanto, la herida no se ha infectado.

—¿¡Qué!? —exclama ella al ver lo que hago.

—¡Cállate y coopera! —grito.

—¡Con esa cantidad de líquido, me matarás! ¡¿Qué pasa?! —pregunta. Noto que su cara se ve peor que antes, está mucho más inflamada.

—¿Ah? —cuestiono, mis manos están temblando.

—¡¿Qué está pasando?! —pregunta de nuevo, no puedo pensar bien... Mi nariz ha comenzado a sangrar de nuevo. Siempre ocurre en el peor momento.

—Descubrieron nuestra locación, gente del desfile. Quieren matarnos en este momento. ¡Vienen en camino! —alarmo.

—¡¿Y qué haremos?! —ella se lo ha creído por completo, puedo ver el terror en sus ojos... el mío no es tan actuado como quisiera.

—¡Dime qué cantidad usar! ¡Pero dime ya! —grito en su cara.

—Cloroformo... —ella titubea, está perdiendo el control. Se pone a llorar—. Cinco gotas.

Mojo un nuevo trapo con las gotas exactas. Ha empezado a delirar, no es normal que coopere y responda de esta manera.

—Por favor, tengo que sobrevivir... —llora muchísimo.

Le toco la frente. Tiene mucha fiebre.

—Cállate. Cállate y déjame ver qué diablos haré ahora.

Le pongo el trapo en la nariz, pero ella intenta quitárselo. El químico quita una parte de su maquillaje. Sostengo de

manera más fuerte, directo en su boca y nariz. Tras inhalar dos veces, se desmaya; su cuello cae de lado.

¡Me queda poco tiempo! No tengo ni idea de qué hacer. Salgo y empiezo a alistar el auto. Meto la computadora de mi tío, la mía, la cocaína y la bolsa con mis instrumentos. Me detengo y, con cuidado, veo a mis alrededores. Encuentro que hay una señora que está lavando los platos. Está seria y parece cansada. Me ve de reojo por la ventana y, luego, frente a frente. Le sonrío, aunque por dentro estoy hecho mierda.

Me volteo, no puedo meter a Lyra en el auto mientras esa señora me está viendo. Tengo que hacer algo rápido. ¡En este segundo! Nunca he estado tan estresado; tengo que poner mis habilidades de improvisación más drásticas a flote.

Pienso mientras estoy apoyado en el auto. No soy un asesino, jamás mataría a alguien: lo de Quinn ha sido un accidente y lo de mi tío tiene su enorme justificación.

Regreso a la casa y corro al sótano para soltar a Lyra de sus cuerdas. La tomo entre mis brazos y la dejo en un sillón de la sala. Parece muerta, está pálida y no reacciona. Le pego una cachetada para ver si reacciona al dolor de la lágrima, pero no lo hace. Está inconsciente. Mi plan empieza a tomar forma.

Vuelvo al auto y guardo las sogas, el cloroformo y el trapo. Luego corro hacia una de las otras casas. Logro llegar a la parte trasera de los dulces hogares citadinos.

Agarro una roca de tamaño mediano y la lanzo con todas mis fuerzas hacia la habitación de arriba de la casa de la señora. El vidrio de la ventana se rompe en mil pedazos. De inmediato, corro hacia la casa de mi tío.

En efecto, la mujer ha dejado de lavar los platos y ha desaparecido.



—¡Ya casi llegamos! ¡Es ahí! —grité al encontrar la casa.

Steiner se detuvo y ambos salimos del auto. El día era soleado y hacía un calor bochornoso. Él sacó su revólver y yo tomé el cuchillo con todas mis fuerzas. El pulso me temblaba. Abrimos la puerta, la cual estaba sin seguro, y subí las escaleras. Llegué a un dormitorio que estaba muy desordenado y tenía rastros de un olor asqueroso.

Encontré una mancha de sangre en la cama. Sentí ganas de vomitar al pensar que él había cometido violado, o algo por el estilo, a mi mejor amiga. Bajé las escaleras, me encontré con Steiner a punto de entrar en el sótano.

Lo que vi me partió el corazón en cientos de trozos.

Había una silla, manchas de sangre, olor a químicos, cristales en el suelo y más. Steiner caminaba, inspeccionando todo con rapidez. Luego subió las escaleras y buscó por el resto de la casa.

Caí de rodillas. Duke me había ganado por segunda vez. Me quedé en el lugar, con el corazón sangrante y un nudo en el estómago, boquiabierto.

Las lágrimas, más amargas que nunca, salían de mis ojos. Había desaprovechado la única oportunidad de rescatar a Lyra; había sido muy lento.

Una persona puede tener esperanza por mucho tiempo; pero al ser lo último que se pierde, esa persona se puede quebrar.

capítulo 30

Callejón sin salida



Manejo a toda velocidad. Lyra está tirada en el suelo de la parte de atrás del auto. No tengo idea de qué pasará con mi vida. Estoy en caída libre y los recuerdos me agitan de forma salvaje. La adrenalina, el escape, deambular sin rumbo, el hambre, la sed, la falta de significado alguno...

Mis pensamientos son zumbidos que aturden cada célula de mi ser; no estoy dispuesto a dejar que la vida me gane de nuevo, no esta vez. Los sueños se cumplirán y, aunque la justicia no exista, mantengo la fe en el significado final, el que sigo buscando, el que me tiene con vida, el que hará que todo esto valga la pena, el que me mencionaron algunas personas en el pasado, y al que distintas señales de la vida me han guiado.

La radio suena de fondo. Está puesta la emisora de las noticias de Ciudad Onírica.

—Noticia de última hora. Se ha descubierto al secuestrador de Lyra Coppens, quien lleva desaparecida varios días. Él se encuentra a la fuga en este momento. Su nombre es Duke Cornet y tiene varias causas pendientes. Se escapó hace algunos años del Orfanato Seletcof, en el año... —No puedo aguantar esto. Destrozo la radio con mis manos mientras grito con todas mis fuerzas.

«¿Escapar del orfanato? ¿En serio es esa la versión que dieron?».

¡No puedo aguantarlo ni creerlo! Me están buscando. Ya

no estoy a salvo aquí ni en ningún lugar. No tengo escondite. Aprieto el volante y siento que la piel se tensa. La mano con la mordida empieza a sangrar de nuevo.

El auto en el que conduzco está a mi nombre. Lo primero que tengo que hacer es cambiarlo, pero... ¿Cómo? Estoy a plena luz del día.

Inhalo un poco de cocaína para pensar mejor. No me importa que me arda, no me importa nada. Necesito moverme más rápido que nunca. La policía y el imbécil de Sonnet me están buscando, todos mis conocidos están lejos de mí, y Lyra despertará pronto.

Tengo que cambiar de auto, llegar a un nuevo destino, y quedarme ahí por un rato hasta que las cosas se calmen de nuevo.

La radio todavía suena, con cierta interferencia, pero sigue viva. Han contactado a la madre de Lyra para que hable en público:

—Duke... sé que me estás escuchando. Fuiste tú quien quebró la ventana. Tienes que parar, por favor. ¡Por favor! ¡Ella es mi hija, no me la puedes arrebatar! —exclama, llorando.

Me quedo frío. Apago la radio y reflexiono. Estaciono cerca de un restaurante. El calor es intenso, el sol está en su punto más alto. El sudor baja por mi frente, siento asfixia por la camisa húmeda y el hedor es bastante fuerte. Abro las ventanas.

Me muerdo el labio mientras pienso en qué carajos hacer. Veo que una señora está caminando sola. Se dirige a su auto, es imposible que haya escuchado la noticia; en este restaurante solo ponen deportes y caricaturas estúpidas.

Se ve feliz, alegre, llena de vida...

Me limpio el sudor. Siento la boca reseca, los labios agrietados y el calor me está matando.

Salgo del auto. En mi mente hay un choque de pensamientos. La mujer se aproxima cada vez más a su auto, el cual es verde y grande. Necesito pensar algo rápido.

La energía empieza a fluir de nuevo por mis venas y la valentía es palpable otra vez. Justo cuando vamos a llegar a su auto, lanzo unos billetes al suelo.

—¡Señora! Se le cayeron —digo al juntarlos y me acerco a ella. Veo que lleva una bolsa con comida en las manos.

—Gracias, joven. —Ella está por recibir el dinero.

Lagrimeo, pero no tengo opción. La tomo del cuello y la tiro al piso. Comienzo a asfixiarla, quiero terminar con esto de la manera más indolora posible. Cierro los ojos con fuerza y tenso mi mandíbula.

Me siento en el ardiente pavimento. Siento cómo convulsiona. Me intenta rasguñar la cara, pero no le quedan fuerzas. Sus manos se tuercen de maneras horrendas y sus dedos se ponen tiesos. Luego de algunos segundos se calma, relaja la nuca; el resto de su cuerpo se queda contraído.

No tengo expresiones, no puedo sentir culpa con todo lo que está sucediendo. Ha sido necesario y le ha tocado a ella. La meto en la cajuela del auto.

Nadie ha visto nada, hay autos vacíos por doquier que tapan la vista. Corro hacia mi auto; Lyra sigue inconsciente. Conduzco hacia el auto verde y transporto todas mis pertenencias.

Tomo la comida del suelo. Es un burrito y muero de hambre. Lo como con rapidez y guardo unas papas fritas para Lyra.

Entro al auto. Es un modelo mucho más lujoso, espacioso y cómodo. Huele muy bien y tiene aire acondicionado.

La señora tenía una botella de agua. Me tomo la mitad de

un trago.

Saldo de inmediato del aparcamiento. Los vidrios del auto están polarizados; me siento más seguro ahora. Tengo un nuevo vehículo, pero con él, viene un nuevo problema: deshacerme de la mujer.

No tengo a dónde ir, me siento atrapado, como en un callejón sin salida. Hay alguien que me ha ayudado antes, por lo que voy hacia esa dirección. No hay otra opción: si esa persona se niega, será el fin…

En el camino, me encuentro con varias patrullas que rondan la vecindad. Volteo mi mirada al acercarme, no puedo cambiar mi camino, es muy tarde para eso ahora.

Sin embargo, llego a mi destino.

Él está ahí, con su sudadera de siempre, apoyado en una esquina. Estaciono el auto, tomo el cloroformo y le doy un poco más a Lyra, por si acaso.

Corro hacia él.

—¡Jerry! —exclamo. Él está impactado de verme—. Hola.

—Duke… ¿en qué te has metido? —cuestiona, serio, y me ve directo a los ojos.

No le puedo sostener la mirada.

—Mira, necesito un lugar donde quedarme. ¿Sí? ¿Recuerdas aquella vez que me diste posada? Será solo por dos días máximo —suplico y le hablo con rapidez.

—Es cierto que ambos hemos cometido actos cuestionables, pero no confundas la oscuridad con la maldad. ¿Es cierto lo que dicen? —pregunta—. ¿Secuestraste a esa chica?

—¡No entiendes! —grito—. Necesito que me ayudes. ¡La policía me está buscando!

—Ya lo sé. —Voltea sus ojos color canela—. Estoy hablando en serio, carajo. No seas estúpido; no has matado a alguien, solo la secuestraste. Si te rindes, podrás salir de

esto sin pagar consecuencias grandes.

Se me eriza el cabello. La gente nunca entendería las razones por las que he estado actuando de esta manera. La desesperación me está ganando... ¡No tengo opciones!

—No puedo darme por vencido —concluyo—. ¿Qué? ¿Ahora me vas a delatar?

—No. —Ve hacia el suelo y patea una piedrilla—. No haría eso.

—No me ayudarás tampoco, y dices que eres leal... —burlo—. Eres un chiste.

Él saca una navaja y me apunta. Entrecierro los ojos, no puedo creer lo que veo.

—Podemos ser amigos, puedo apoyarte, pero no cruces la línea con tu estupidez. Lárgate, que apestas a persecución policial, y eso arruina mi negocio —advierte y empieza a contar unos billetes.

—Está bien, me alegra que estemos claros. —Estoy molesto—. Al menos, déjame comprarte algo de eso.

—¿Cuánto quieres? —cuestiona.

—Ya vengo. —Corro hacia el auto.

Tomo el bolso de la señora y noto que está lleno de efectivo. Lo tomo todo y voy hacia Jerry.

—Quiero todo esto —aclaro y le doy el dinero.

—Veo que estarás escondido algún tiempo —comenta, contándolos.

Guardo silencio. No me interesa simpatizar con alguien a quien no puedo usar.

—Listo, sería esto. —Me da los paquetes.

—Gracias... amigo. —Camino de regreso.

—Duke —llama y yo volteo—, piensa bien en lo que haces. Nos vemos.

—Nos vemos, Jerry.

Me meto al auto. No tengo un lugar al cual ir, a menos

que...

Hago una llamada con mi celular. El timbre suena por mucho tiempo. Estoy dudando, no sé si debí de haber llamado, pues, nuestro pasado no ha sido el mejor.

Contesta.

—¿Hola? ¿Julie? —saludo.

Cada quién tenía sus choques y conflictos internos. ¿Qué lado ganaría de cada uno? ¿El benévolo o el malévolo?

capítulo 31

Límites



¿Para qué me llamas? —cuestiona Julie, cortante.

—Hola... sé que pasó mucho antes, pero ahora necesito ayuda —explico mientras la trato con mucho cuidado.

—Entonces los rumores deben ser ciertos. —Ella ríe—. ¿Qué te hace pensar que te ayudaré, después de que me dejaras botada como a un perro?

—Perdón —digo con voz temblorosa. Es la única opción que tengo de salvarme de esta—. Te pido que me perdones, por favor.

—Ya veremos. Ven al almacén, hablaremos.

Cuelga.

De inmediato, dudo sobre esa decisión. Puede que sea una trampa y esté llamando a la policía en este momento. Un escalofrío recorre todo mi cuerpo, pero no importa, no tengo otra opción.

Manejo hacia el almacén de Julie, al oeste de la ciudad.

«Julie...», pienso. La conocí en las calles de Ciudad Onírica. Es una onírica muy influyente, inteligente, hermosa y, sobre todo, talentosa para los negocios. En cierto punto, ella me atrajo y empezamos a salir.

No tenía familia, solo a su padre, quien, según escuché, murió en un conflicto con los desvaríos, unos estúpidos parásitos que han intentado tomar el control del negocio de la cocaína en nuestra ciudad. Él le heredó un viejo almacén en el que se guardaban productos alimenticios para las

distribuidoras de los supermercados de la ciudad.

Consumíamos cocaína juntos en el almacén, en aquellas tardes de verano en las que nos sentíamos libres y podíamos andar desnudos, fumar y disfrutar en una vieja piscina que había construido con el dinero que había sobrado de la herencia. Aquellos tiempos de euforia terminaron una tarde en la que estábamos comprando droga y la policía llegó.

No pude ayudarla, llevarla conmigo... Me iban a capturar también si lo hacía. Escapé y ella pasó algunos meses en la cárcel. Julie cortó la comunicación conmigo.

Terminamos. Solo sabíamos del otro a través de Jerry, nuestro amigo en común. Hubo un tiempo en el que éramos muy unidos, pero en este mundo de incongruencias, no se puede confiar mucho en el entorno.

Me estoy acercando. El terreno está vacío a los alrededores y el edificio es muy grande. En una parte tiene un sótano, es uno pequeño, pero es un lugar que podría habitar perfectamente. En aquellos tiempos, pasamos algunos días Julie y yo.

Ella sale. Está radiante, como siempre. Es de mi estatura. El cabello le llega hasta la cintura, de color rojo, piel negra y labios hermosos. Sus ojos negros observan a los alrededores y, al verme a la cara, no puede evitar una pequeña sonrisa.

—Al fin vienes. —Saluda.

—Julie. —Sonrío—. Me alegra verte así de bien.

—¿Cuál es tu plan? —cuestiona—. No voy a meter a una secuestrada sin saber qué vas a hacer. Habla.

—Estoy concursando en un desfile en el que tengo que inscribir a Lyra, así se llama ella —explico y señala el auto.

—Ajá... —Pone su mano en su mandíbula—. ¿Y?

—Necesito cambiarle el cuerpo —explico—. Todavía no sé

de qué manera lo haré, pero no la voy a matar, eso tenlo por seguro.

—¿Y qué me darás a cambio? —pregunta al verme directo a los ojos.

—Lo que pidas, lo que sea —ruego—. Solo necesito que me dejes estar aquí un tiempo.

—Luego se me ocurrirá algo... —Chasquea la lengua—. Está bien, pero si algo sucede, tú estuviste ahí, sin mi permiso, todo el tiempo.

—¡Claro que sí! ¡Tienes mi promesa! Sé que para este punto no vale mucho, pero he cambiado, lo prometo. —Sostengo su mano y le doy un beso en la parte trasera de la misma.

—Pasa entonces. Trae el auto —habla.

—Necesito hacer dos cosas antes —explico.

—¿Qué? —pregunta.

—Necesito meter a Lyra, amarrarla, y luego quemar el auto —contesto—. Tuve que robarlo para venir aquí.



Despierto con lentitud, siento un calor sofocante. Miro lo que me rodea. ¡Estoy en un auto! Parpadeo rápido y me asomo por la ventana.

No tengo idea de en dónde estoy, pero a lo lejos veo a Duke hablar con una muchacha de cabello rojo. Mi corazón corre a velocidades extremas. Intento abrir las puertas, pero no sirve. ¡¿Qué diablos?! Busco la llave del auto, pero él se la ha llevado.

Veo hacia la parte de atrás y me aterrorizo por completo.

—Dios mío... —Me tapo la boca.

Estoy temblando del miedo. Tendré que romper alguna ventana para salir, pero no es el momento. ¡Si lo hago, el ruido los atraerá!

Encuentro una botella de agua y me la acabo. Mi estómago suena, necesito comer algo...

Localizo un puño de papas fritas y lo trago en un segundo.

Un muchacho se acerca a Duke y a la chica. Tengo que aprovechar la distracción, pero debo medir el momento exacto. No tengo muchas fuerzas y correr será difícil, necesito que estén distraídos y que me dé el suficiente tiempo como para salir y alejarme mientras pido ayuda...

Sin embargo, el lugar en el que estamos es enorme, calculo que no habrá nadie en un kilómetro a la redonda.



—Disculpe. ¿Es usted Julie Redniss? —pregunta él, tiene una caja grande en la mano, y viste un uniforme blanco y rojo con una gorra blanca.

—Sí. ¿Es el encargado de galletas? —Ella revisa la caja.

—Es de parte de la distribuidora para dar gracias por el eficiente trabajo —explica, sonriente, y ella toma la caja.

Sonrío, forzoso; estoy impaciente. Volteo para ver hacia el auto. Lyra está sentada, y me mira con fijeza. ¡Abro los ojos con sorpresa y empiezo a tener tics por todo el cuerpo!

Niego con la cabeza y aprieto los dientes con una mirada penetrante. Tiene en su poder el delatarme en un segundo. Ella empieza a patear la ventana con todas sus fuerzas y la quiebra en pedazos en un instante.



Mis piernas tienen varios vidrios incrustados, pero no importa. ¡Estoy escapando! Salgo del auto y grito al tope de mis pulmones. ¡Alguien tiene que escucharme! Duke me ve y el muchacho nota mi presencia.

Él empieza a correr a mí, pero Duke lo taclea. Ambos comienzan a forcejear en el suelo. Corro sin ver atrás, tengo que salir de esta. ¡Tengo que lograrlo! El calor es insoportable y el piso es de tierra y tiene piedrecillas.

Cada mínimo detalle es capaz de cambiar el destino en su totalidad.

—¡Julie! —exclama Duke mientras pelea con el chico.

La muchacha se hace cómplice de mi secuestrador y me persigue a toda velocidad. Logro entrar a una bodega y cierro la puerta metálica. Pido ayuda a gritos, pero nadie me escucha. El forcejeo entre Duke y su nueva víctima se oye cercano...

—¡Por favor! —grito—. ¡No lo ayudes! ¡Es un monstruo!

Ella no responde. Empuja la puerta. La gravilla del suelo, mis piernas lastimadas y mi falta de fuerzas evitan que aguante mucho más. La joven entra a la bodega y me toma del cabello, arrastrándome. La rasguño, la pateo, pero no es suficiente.

Me saca de la bodega y nos quedamos a unos cuantos metros de ambos chicos. Ella me sostiene la cara contra el suelo y siento que el vidrio se incrusta más y más en mi mejilla. Mis alaridos de desesperación causan que empiece a tragar polvo. Mi cara apunta directo hacia Duke, quien pelea contra el inocente muchacho.

Un cúter se cae del bolso que lleva el repartidor, y Duke lo toma del suelo. Se lo clava en la garganta sin piedad alguna. Abre los ojos tras ser salpicado en la cara y la ropa. Es la misma cara que he visto antes, la misma de cuando asesinó a su tío, el mismo silencio en el que contempla sus acciones, el inmenso miedo que se ve reflejado en sus pupilas, en sus expresiones involuntarias... es indescriptible.

—¡Duke! ¡¿Estás loco?! —exclama la pelirroja, perpleja al ver la escena.

—¡Asesino! —sulfuro con desesperación.

El muchacho intenta gritar, pero pronto se ahoga con su propia sangre. Sus ojos quedan viendo hacia el cielo, perdidos. Los movimientos involuntarios de su cuerpo cesan con lentitud. La sangre baja por ambos cuerpos y el líquido en los pantalones cortos de Duke llega a

acumularse con el polvo, creando pelotas de asquerosidad en sus rodillas.

La chica está asustada; yo lloro. Duke se acerca a nosotras y me levanta del cabello. Tiene el cúter en la otra mano. Noto que el tic de sus ojos se descontrola y solo veo un lado de su cara. El otro está totalmente cubierto con la sangre y el paisaje se refleja en ella.

—¿Ves lo que me haces hacer? ¡Tú eres la asesina! ¡Tú eres quien me hace hacer todo esto! —vocifera y se mueve con agresividad.

—¡Duke, suficiente! —chilla la chica.

—Ayúdame a meterla, Julie —ordena y él me suelta—. Terminemos con esto.

¿Hasta qué punto alguien podría autoengañarse para justificar sus acciones, sus atrocidades...?

capítulo 32

Paralizado



Salí de la casa en la que Duke tuvo a Lyra secuestrada y corrí a la casa de mi amiga. Su madre no estaba en la planta baja, por lo que subí las escaleras. Cuando llegué arriba, vi que la mujer juntaba los vidrios de una ventana quebrada.

No dudé en contarle lo que había sucedido y que Duke era el secuestrador de su hija. ¡Lyra había estado en una de las casas de enfrente! Mis ojos ardían al pensar en que yo había entrado en ese lugar... con ella allí.

La señora cayó al suelo. Sus lamentos eran crudos y desesperantes. Los vidrios la rodeaban, estaba totalmente quebrada, al igual que la ventana por la que la luz del sol entraba y calentaba superficialmente la complicada situación.

El padre de Lyra minutos después de enterarse de la noticia. Ambos se dieron cuenta de lo cruel que el destino se comportaba, de que no había descanso alguno, de que la lucha no se detendría. Juntos bajamos a la sala.

Steiner se quedó un rato fuera de la casa. Encendió un cigarrillo mientras realizó varias llamadas telefónicas.

Luego entró para charlar con nosotros:

—Hablé con varios contactos. Transmitirán la noticia en todos los medios de comunicación posibles. La madre de Lyra puede ir conmigo para hacer declaraciones públicas sobre lo que sucede. Quizás, al ver el gran daño que está causando, Duke reaccione y deje ir a Lyra —hablaba con rapidez mientras mandaba más mensajes y veía su celular.

Por primera vez, me sentía apoyado. ¡Así era cómo debía de sentirme con la policía! Steiner no era alguien solo de palabras, él también ejecutaba lo que fuera que dijera y, al parecer, lo hacía de una manera eficiente. La madre de Lyra se levantó junto a su esposo. Él estaba llorando. Lo había visto triste a causa de la situación económica, pero nunca llorar.

—Sonnet... muchas gracias por lo que has hecho por mi hija. Gracias por ser como eres, una persona de alma pura. —Él me vio a los ojos—. Es todo lo que puedo decir.

—No hay por qué agradecer —aseguré—. Tenemos que trabajar duro hasta encontrarla.

Un momento después, nos dirigimos hasta el auto de Steiner.

—Mantengámonos informados. —Él se despidió—. Tenemos que prestar atención a cualquier evento.

❁ ❁ ❁

Caminaba por las aceras del vecindario. Me sentía perdido. Pensaba que tenía que empezar de cero a recaudar nuevas pistas de los eventos sucedidos cuando, de repente, mi celular empezó a sonar.

Atendí.

—¡Sonnet! —Serina gritaba—. ¡Tienes que venir, por favor! ¡Mis padres están locos! —Se escuchaban golpes en la puerta de su habitación.

—¡Ya voy! —exclamé con miedo—. ¡Ya voy, tienes que resistir!

Luego de diez minutos, llegué. La puerta estaba cerrada con llave. Empecé a golpear con agresividad.

—¡Déjenme entrar! —grité, furioso.

—¡Este no es tu problema, aléjate, Sonnet! —Su madre habló detrás de la puerta.

Troté hacia la parte trasera de la casa, esa puerta no estaba bloqueada. Abrí y subí lo más rápido que pude. Llegué a la habitación de Serina.

Vi que su padre había logrado abrir su cuarto y la sostenía muy fuerte de su brazo mientras le gritaba.

—¡Sonnet! —chilló ella.

—¡No la toques! —grité. Era un señor alto y gordo, de semblante amigable y maduro. Sin embargo, me dio un golpe en la mandíbula. Caí al suelo con un dolor indescriptible. Me sostuve la cara.

—¡Sonnet! —repitió ella y se lanzó hacia mí.

—¡No te metas en esto! —ordenó, colérico—. ¡Serina tiene problemas! ¡Tú lo sabes! Necesita tratamiento profesional.

—¡No necesito que me mandes a ese lugar terrible! —Ella lloraba—. ¡He tomado los medicamentos, he estado mejorando!

—Sonnet, por favor, ven conmigo. —La madre de Serina habló con tranquilidad. Estaba en la puerta del dormitorio.

Serina había estado teniendo problemas y, sí, eran un tanto serios. No sabía exactamente cuál era su diagnóstico, pero sí sabía que afectaba a su vida diaria y que necesitaba ayuda...

De todos modos, nunca me había atrevido a profundizar en el tema. ¿Miedo? ¿Ignorancia? Sí, era culpable de ambos. Nunca me ocupé por preguntarle qué era lo que sucedía ni en ahondar para participar en su red de apoyo.

Me levanté despacio, el ambiente era muy tenso. Tenía un dolor punzante, dulce y penetrante en mi mandíbula y en la zona alrededor de mi quijada. No podía moverla con comodidad. La madre de Serina me llevó a su dormitorio. Se sentó en la cama y me pidió que hiciera lo mismo.

—Sé que quieres ayudar a Serina, pero no comprendes bien lo que sucede —explicó, calma, como siempre.

—Ella no está bien y necesita el apoyo de todos nosotros. Darle medicamentos y dejarla sola no soluciona todo esto. Necesitamos encontrar grupos de ayuda, psicólogos, gente con quien pueda hablar de los temas que le cuestan. ¿No entienden? —Me sentía culpable, había ignorado esa situación durante mucho tiempo y ahora había explotado.

—El medicamento que Serina toma no está teniendo el efecto deseado. Hemos estado hablando con el psiquiatra y tenemos la sospecha de que no lo está tomando o que su problema se está desarrollando de una manera diferente. Ella no está aceptando su situación y no quiere ayuda. Tenemos este problema desde que es pequeña —explicó.

—El hecho de que ella esté en esta situación no les da derecho a agredirla de manera psicológica y física. —Me levanté—. Ella ya no se encuentra segura con ustedes.

—¿Qué harás? ¿Llevártela? —respondió—. Todos tenemos problemas familiares y estamos haciendo lo posible por ayudarla. Tienes que ser fuerte en estos momentos, sé que estás ayudando a encontrar a Lyra: enfócate en ello. Serina estará bien con nosotros. Cada uno tiene sus obligaciones, y cuidarla de esta manera no es la tuya.

Salí de la habitación sin decir palabra alguna. Caminé hacia el cuarto de Serina. Ella se encontraba en su cama y su padre en una silla, junto a un gran clóset blanco.

—Sonnet. —Ella me hizo espacio para sentarme.

—Creo que es tiempo de que te vayas. —Su padre volteó a verme y levantó las cejas.

—Él se irá luego de estar conmigo —Serina respondió seca—. Ya puedes retirarte, padre.

El hombre salió y yo cerré la puerta con seguro. Me acosté junto a Serina. Olí su perfume a lavanda y sentí las frías sábanas bajo nosotros. Juntos vimos los últimos rayos de un atardecer inexistente entrar por las blancas y

depresivas cortinas. El silencio dominaba el lugar, ella se había dormido. No había nada de qué hablar, la confusión e impotencia me conquistaban una vez más.

La culpabilidad seguía estando presente en mi corazón y tenerla entre mis brazos no causaba nada más que hacerme sentir peor. ¿Acaso fui egoísta como para ignorar esta situación durante tanto tiempo? ¿Lo hice para protegerme? ¿Para no ver que alguien a quien amaba le estaban pasando estas cosas? La salud mental no era un juego y yo había sido un hipócrita al hablar de ella y no darle apoyo, la no ser alguien con quien pudiera hablar realmente de lo que le sucedía, sin restricción alguna.

Serina se veía hermosa, frágil y honesta, como siempre. Sus problemas indefinidos, y aún sin explicación científica, sumado al enorme tabú de sus padres habían estado presentes desde que nos conocimos. Ella tenía momentos en los que hablaba sola o decía que tenía amigos imaginarios. Lyra y yo no quisimos hacerle mucho caso y ella reprimió esas cosas por años.

Sin embargo, a pesar de saber que ella tenía esas características, me enamoré de ella. Era una chica profunda y desinteresada por situaciones que para otras personas serían un universo, pero también se preocupaba sobremanera por los detalles pequeños.

Una llamada repentina nos interrumpió. Era un desconocido, me pareció evidente que sería Alice.

—Hola —contesté, directo.

—Hola, Sonnet, habla Alice —dijo, simpática.

—Lo sé. —Mi corazón se empezó a acelerar.

—En fin, sé que viste a Steiner. —Quitó su máscara amigable—. No, no voy a matar a tu familia ni nada de eso, pero te tengo dos opciones. ¿Las quieres escuchar?

—Habla —ordené.

—La primera opción es que puedes dejar absolutamente todo atrás. No tienes que buscar a Lyra y no te volveré a contactar. El Desfile Macabro quedará entre las sombras, así como debe ser. Nunca nada sucedió y acabará aquí —explicó.

—¿Y la segunda? —cuestioné, molesto.

—Oh, la segunda es más atractiva. —Soltó una risilla—. Con esta opción podrías llevar hacia la salvación a tu queridísima amiga.

—Dime —respondí, casi atorándome con la saliva; no podía tragar. Me fijé que Serina seguía dormida.

Me levanté y caminé por la habitación.

—La segunda opción es dejar todo lo de arriba atrás, y sumergirte con nosotros. Tendrás que acceder a ver a Tricia, una representante que todavía no tiene modelo. Tú, mi queridísimo amigo, serías el suyo y podrías ver a Lyra, por fin, en el Desfile Macabro —decretó.

Me quedé con la boca abierta e intenté analizar lo que decía. Tenía que hacer algo, pero no sabía si era el momento indicado. ¡Solo tenía una oportunidad para decidir! El tiempo corría y los nervios incrementaban. ¡No tenía tiempo para pensar con claridad!

—¡¿Cuándo tengo qué decidir esto?! —exclamé, desesperado.

—Si decides ver a Tricia, será esta misma noche —habló Alice—. Espero tu respuesta en el próximo minuto, estoy contando. Si termino esta llamada, olvídate. Desapareceremos entre las sombras, en lo profundo.

La decisión que Sonnet estaba por tomar daría un giro al destino, sería la decisión más difícil de su vida.

capítulo 33

¿Pequeños cambios?



Hace diez meses

Es un lunes por la mañana. Me fijo por la ventana y noto que es un día no tan soleado. Me siento algo cansada por la noche anterior; tengo cierta pereza de levantarme, pero tengo que seguir adelante y avanzar con la vida.

Me alisto y bajo a la cocina. Mis padres ya han desayunado y se están terminando de preparar. A pesar de no tener hambre, me obligo a comer una tostada con mermelada: necesito energías para el día.

Mi padre me deja en la universidad como todas las mañanas, así que puedo charlar con él un rato en el auto.

En la universidad, las clases transcurren de manera usual. Siempre me ha apasionado la enfermería. Nací con esa vocación y es todo un sueño para mí completar esa meta.

Cuando termino de cursar, hablo con unas cuantas amigas y decidimos ir juntas a comer. Allí, conversamos de cualquier cosa y pasamos un cálido momento. Son especiales y, al igual que a mí, les gustan las ciencias.

La universidad es grande, con muchas zonas verdes y varios espacios en los que la comunidad estudiantil puede estar a gusto al usar las instalaciones para actividades recreativas.

Le doy un mordisco a una manzana verde y pienso que tal vez debería estudiar Enfermería como carrera completa, y no solo realizar cursos. Sí, eso es lo que quiero para el futuro.

De pronto, Serina me llama:

—¡Lyra! —exclama con alegría—. ¿Nos vemos hoy?

—¡Claro que sí! Vamos a hacer algo, tengo ganas de verte —admito, no nos vemos desde hace una semana.

—¿Vamos de compras? —consulta.

—Perfecto, nos vemos en una hora en la plaza comercial —confirmo.

Decido quedarme hablando un rato más con mis amigas y, luego de un tiempo, me despido de cada una para dirigirme a casa; no está muy lejos de aquí.



Serina y yo teníamos libre ese día. Ninguno iba a la universidad porque habíamos planeado juntar nuestros horarios de tal manera en la que los lunes tuviéramos tiempo para nosotros. Pasé la mañana en su casa y vimos una película, porque en la tarde tenía que regresar a almorzar con mi madre.

—Te quería comentar... —ella dijo en un momento y alzó su mirada—. Últimamente no me he sentido muy bien, ya

sabes, respecto a aquello que te comenté.

—Entiendo. —No sabía cómo reaccionar o actuar. Tenía miedo de algo desconocido y no era capaz de empatizar con ella, no obstante, intentaba hacerle sentir cómoda—. ¿Hay alguna manera en la que te pueda hacer sentir mejor?

—Creo que el que compartas este tiempo conmigo, y me prestes tus oídos para escuchar en ciertos momentos, es suficiente. —Me abrazó—. Cada vez que siento esta presión en el pecho y escucho suspiros externos, distraerme ayuda bastante.

—Me alegro de que te sientas abierta a expresarlo. —Las dudas retumbaban en mi mente; ella no había sido muy abierta respecto al tema.

Sabía que seguía un tratamiento y entrometerme en esos detalles no era de mi agrado. Además, se trataba de algo personal. Sentía cierto remordimiento por no poder saber del tema. Sabía que debía informarme, pero para mí, en aquellos momentos, con quererla bastaba.



—¿Ya terminaste de trabajar en el caso de anoche? —consulté a Vincent, quien estaba trabajando en su computadora.

Mi amigo vestía siempre con una camisa azul de botones y una corbata celeste con diseños blancos. Sus padres habían muerto, nunca se había logrado reconciliar con ellos, quienes no llegaron a aceptar su sexualidad cuando éramos jóvenes. En aquellos tiempos, estábamos en la universidad y éramos muy unidos. Además, también estaban Maxwell y otra persona que todavía causaba un tenue latido ácido en mi corazón.

Estábamos en nuestra oficina y, gracias a una fuente confiable, nos dimos cuenta de un pequeño distribuidor de cocaína. Teníamos la calle, la descripción física y la información del movimiento que había en los alrededores.

—Mira, mi fuente me ha dicho que se aproximan varias personas a comprar. ¿Los atrapamos? —Se levantó de la silla y se puso un sombrero.

—Adelante —confirmé.

Más tarde, para distraernos de nuestras rutinas, fuimos a comer como solíamos hacer. Comimos en algún bar; sabíamos disfrutar del tiempo. Éramos los mejores amigos y, aunque todo fallara —así como ocurrió en algún punto de la vida de ambos—, sabíamos que estábamos para el otro.

Vincent era la única persona en el mundo en quien sabía que siempre podría confiar.



Manejo el auto de Julie, ella va junto a mí. Hemos planeado vernos con Jerry para que nos dé un poco del polvo, como de costumbre.

Ella me besa y deseo ir a consumir el producto en el almacén.

—¿Tienes el dinero? —pregunta mientras se pinta las uñas de los pies mientras la claridad se refleja en sus lentes de sol color pardo.

—Claro. Di un par de clases la semana pasada y aquí tengo el dinero.

Veo a mis alrededores con inquietud.

—¡Ahí está! —Ella señala la misma esquina de siempre. Jerry va vestido de color rojo vino, con un cigarrillo en una mano y su celular en la otra, desde donde calcula sus

ventas.

Estoy por bajarme, pero Julie me detiene.

—Quiero hablar con él algo en privado. ¿No importa? —pregunta al tocarme la pierna.

—Bien. —Me acomodo en el asiento y enciendo el aire. Saludo a Jerry desde lejos y tiro el respaldar hacia atrás. Escucho la radio en volumen bajo y muerdo mis labios resecos, comiéndome los pedazos de piel muerta que se desprenden.

Pienso en mi pasado, en la manera en la que aprendí actuación. No fue en una universidad y no fue con un título; fue en las calles de Ciudad Onírica y por las malas. Observo una de aquellas esquinas en las que me tuve varias conductas indeseables mientras los recuerdos siguen fluyendo.

Recuerdo a Charlie, a Laila y a Natalia y rememoro el resto de los eventos que llevaron a crear aquel personaje, aquel jovencillo con la máscara blanca y sin detalles, aquella persona que tuvo que adaptarse y sobrevivir.

También pienso en la **deep web**. Comencé a meterme hace algunos meses y he encontrado documentos realmente interesantes. Se ha vuelto una pequeña obsesión, así que de vez en cuando curioseo por ahí nada más para ver qué hay.

Parpadeo rápidamente y vuelo a la actualidad. Estoy por salir del auto hasta que veo que otro coche se acerca. Jerry le da las bolsas a Julie, sin siquiera sospechar.

¡Tengo que hacer algo! Espero dos segundos más y toco la bocina, de golpe. Jerry escucha y sale corriendo a toda velocidad. Julie está por hacer lo mismo, intenta correr hacia mí, pero el auto la intercepta. Ella me ve a los ojos, llena de tristeza. Coloco reversa para alejarme del drama que ocurre ante mí.

Los hombres salen y le apuntan con un revólver, es mejor que me vaya de inmediato. Veo que le colocan esposas. Ella me grita y me maldice con gran furia. Me meto a una calle cualquiera y desaparezco de la escena antes de que ellos me vean.

Respiro profundo: la hemos cagado, pero no puedo arriesgarme por una pelea perdida.

El pasado era demasiado distinto al presente.

¿En qué momento todo empezó a ir mal?

capítulo 34

Día común



Hace diez meses

Estoy por entrar a casa, pero antes de hacerlo, siento que alguien me observa.

—¡Hola, Lyra! —grita Quinn y corre hacia mí.

—¡Hola! Tanto tiempo que no te veo —comento con una sonrisa—. Pasa, ¿quieres comer algo? Estoy hambrienta y veré qué encuentro.

—Claro, gracias. —Ella entra junto a mí.

Camino hacia la cocina y tomo un tarro de galletas que compré ayer. Muerdo una y regreso con Quinn para poner el recipiente en la mesa y ofrecérselas.

—¿Cómo van tus estudios? —pregunto mientras vasos de leche.

—Bien, nada mal, pero hay una tipa que me cae pésimo. Es mayor que yo y le encanta molestar a la gente. Se llama

Amalea. Tiene demasiado dinero y dicen que su padre es narcotraficante o algo por el estilo. —Quinn luce enfadada —. He visto cómo trata a la gente… hay otra chica, Zorika, quien sospecho tiene algún tipo de autismo, y Amalea la molesta de maneras tan desagradables que me dan náuseas.

—¿En serio existe gente así? Asqueroso. —Doy otra mordida a la galleta—. ¿La intentaste acusar o algo?

—Si soy sincera, me da miedo. No he intervenido ni nada porque esa tipa es terrible y, no, gracias, no necesito ese drama en mi vida en estos momentos. —Ella levanta los hombros—. Puede que si un día se mete conmigo, le responda.

—Gente así siempre habrá, pero bueno, cada uno con sus cosas. Yo con mis cursos de enfermería me siento bien; creo que después de todo sí voy a querer estudiar la carrera. —Tomo otra galleta—. ¿Ya sabes qué vas a querer estudiar?

—No, todavía no, pero tengo tiempo para decidir y un largo camino por delante. ¡Qué pereza decidirlo ahora! —ríe.

De pronto, empieza a sonar mi celular. Es mi novio, Frederick.

—Disculpa —digo al atender la llamada.

—¡Buenas tardes! —saluda, alegre.

—¿Cómo estás? —consulto.

—Estoy muy bien. ¿Nos veremos esta noche? —pregunta, feliz.

—Claro que sí —contesto—. ¿Voy a tu casa?

—Sí. ¿Quieres ver una película o algo? —curiosea.

—De hecho… tenía ganas de… —comienzo, pensativa.

—Oh, Lyra… ¿hoy? —pregunta él—. ¿Segura?

—¿Cuándo llegue a tu casa hablamos? —sugiero.

—Bien, nos vemos entonces.

Nos despedimos y la conversación termina.

—¿Y eso? —pregunta Quinn, juguetona—. ¿Ya están bien de nuevo?

—Sí, ya estamos bien de nuevo... —afirmo, pensativa, y bebo un sorbo de leche.

—¡Me alegro! Yo descargué una aplicación de citas. —Me sonríe y me muestra su celular.

—¡Quinn, por Dios! Tienes quince años. ¿Qué diablos haces con eso? —Me alarma—. Se supone que son para mayores de dieciocho...

—Hay mucha gente menor de edad, solo hay que tener cuidado. De todas formas, no conoceré a nadie en persona, es un poco peligroso. Además, no tengo mi nombre ni mis fotos reales. —Ella ríe—. No lo sé, es para divertirme y ver a quién me puedo encontrando por ahí.

—Si eso dices... —respondo, algo impactada.

Un golpeteo nos interrumpe, alguien está en la puerta:

—¡Lyra! —Es la voz de Serina—. ¡Llegué!

—¡Pasa! —grito.

Ella entra y saluda a Quinn. Como siempre, tiene una actitud muy cálida y nos da un abrazo a cada una.

—¿Qué andan haciendo? —pregunta al tomar una galleta y sentarse con nosotras.

—Hablando de novios y eso —comento con una risa.

—Oh, bueno. No tengo mucho qué decir sobre Sonnet, ya lo conoces —dice—. ¿Quinn ya lo conoce?

—¿Sonnet es el chico que viene a veces a tu casa? —pregunta Quinn mientras revisa su móvil

—Sí, bueno..., no. Depende. Es el que no es Frederick —explico.

—¡Ah! Ya veo. Se me confunden a veces. —Quinn se levanta—. Pero bueno, me voy, tengo una tarea.

—Adiós, espero verte más seguido —le digo. Ella se despide de ambas con un abrazo y sale de mi casa.

Serina se acomoda frente a mí, entusiasmada:

—¿Lista para ir de compras? —pregunta con emoción, se levanta y toma su bolso.

—¡Sí! El otro día vi una blusa que quiero comprar.

• • •

Estamos en una tienda de ropa de la plaza comercial y nos probamos prendas que sabemos que no compraremos. Sin embargo, siempre hacemos lo mismo por diversión.

A pesar de que Serina esté alegre, noto que tiene ciertos bajones...

—¿Estás bien? —consulto cuando la veo callada, frente a un espejo del vestidor.

—Algunas veces me siento atrapada —murmura bajando la voz—. Con desánimo, no sé..., no es un buen sentimiento.

—¿Qué dices? —cuestiono al sentarme y observarla.

—De vez en cuando, quisiera escapar de todo esto. De las presiones diarias, de sentirme juzgada. No sé si es paranoia, pero siento las miradas en la calle y no me gustan para nada —confiesa.

Es evidente que está triste y no sé cómo manejar esas emociones. No es algo que me agrade; no me siento muy cómoda.

—Tranquila, no estás atrapada y no tienes por qué sentirte mal. —Le doy nueva ropa para que se pruebe—. Estamos aquí para disfrutar. No pienses en eso. ¿Está bien?

—Tú también a veces te sientes atrapada, ¿cierto? —Me ve a los ojos—. Todos tenemos nuestras luchas internas, esas que no podemos controlar... ¿Hay algo que te aflige, amiga? Últimamente he notado que tienes la mirada un poco apagada.

—¿Yo? No.

Quiero cambiar el tema, aunque quiera mucho a Serina, los sentimientos, y abrirme a otros nunca ha sido algo que me atraiga mucho.

No creo necesario tener que contarle mis problemas a los demás...

—Entiendo. —Ella levanta la mirada, sé que ha notado mi incomodidad—. Está bien. ¿Quieres que mejor vayamos por un helado?

—Sí, vamos.

Salimos del vestidor con la blusa que quiero llevar. Mi amiga también lleva algo que le ha gustado.

Nos acercamos a pagar y le doy mi tarjeta a quien atiende.

—Está denegada —dice al levantar las cejas.

—¿Puede pasarla de nuevo? —pido, intrigada.

—No funciona, señorita. Lo siento. —Me la regresa.

—No importa. Yo pagaré y luego me das el dinero, tranquila. —Serina da su ropa y su tarjeta.

—Gracias... —respondo, algo preocupada.

De inmediato, entra una llamada de mi madre:

—Hola. ¿Sabes por qué no me funciona la tarjeta? —cuestiono, confundida.

—Lyra, necesitamos hablar —interrumpe—. Tu padre está teniendo problemas económicos muy fuertes y las deudas están incrementando. Él me lo ha ocultado: lo acabo de descubrir —explica con seriedad.

Hago silencio unos segundos. Una presión se hace presente en mi pecho y tengo miedo. ¿Qué tan grandes son esas deudas?

—Hablaremos cuando regreses a casa. Él llegó. —Mi madre termina la llamada.

Un secreto, por más pequeño o hiriente, no debía guardarse a nuestros

seres queridos...
Aunque... ¿cuántos de nosotros teníamos algunos
así de profundos?

capítulo 35

Amistad



Hace diez meses

¿Sucedió algo? —pregunta Serina, atenta. Estamos sentadas frente a una hermosa fuente que hay cerca de la tienda.

—Al parecer, mi familia está teniendo problemas económicos —confieso en voz alta y, al hacerlo, el terror se materializa.

—Lo siento mucho... —Serina pone una mano sobre las mías—. Tranquila, esa blusa es un regalo.

Me da un abrazo.

—Gracias... —digo y sonrío un poco—. No esperaba que esto me cagara el día.

—No tiene por qué hacerlo. —Ella mira hacia el cielo—. Si no es algo que puedas controlarlo o cambiarlo en estos minutos, no dejes que te afecte o, al menos, no por el

momento. No puedes hacer nada ahora, pero después sí. ¿Entiendes lo que digo?

—Sí, te comprendo. —Una cálida sonrisa se muestra en mi rostro.

—Ahora, ¿vamos por ese helado? —sugiere—. ¡Estoy con ansias de comer uno de fresa esta vez! Tranquila, y sin pena, yo invito. Tú ya me invitaste muchas veces.

Caminamos por la plaza comercial hacia el puesto de helados. El ambiente es fresco y el gran edificio es de color crema. Hay mucha iluminación y espacios para caminar.

—Quiero uno de fresa, y uno ¿de…? —Ella me voltea a ver.

—Pistacho —respondo.

—Pistacho será. —El heladero ve nuestra amistad y se contagia de la alegría del momento.

Pienso en lo buena que ha sido Serina desde que la conozco. Siempre está en mis momentos críticos y por eso le estoy eternamente agradecida. Además de todo, sé sobre sus luchas internas, las que ha mencionado anteriormente, a pesar de no comprenderlas muy bien.

En el colegio solían molestarla por ser un tanto distinta a los demás. A veces se preocupaba de la nada, se entristecía, o no tenía ganas de hablar... Pero Sonnet y yo jamás la vimos como a alguien diferente. Sabemos que es hermosa por fuera y por dentro.

Hablamos un rato más hasta que su padre llega para recogerla.

—Te podemos dejar en tu casa, si quieres —ofrece mi amiga—. Nos queda de camino.

—Me parece bien, gracias.

Su padre está estacionado en un auto verde. No es muy sonriente, nunca lo ha sido. De cierta manera, su mirada me hace sentir juzgada y sus aires conservadores no son muy amigables.

—Buenas tardes, Lyra. —Se gira hacia atrás, donde nos sentamos.

—¿Cómo está? —saludo y me acomodo.

Él empieza a manejar.

—Muy bien, por suerte —responde—. ¿Cómo les fue? —inquiere.

Las luces de los postes se han encendido, es una tarde medio oscura luego del hermoso día que ha sido.

—Muy bien, tenemos ropa nueva —comenta Serina, feliz.

—¿Te tomaste los medicamentos de la mañana? —consulta al ver por el espejo—. Recuerda los de la tarde.

—Sí, gracias… —Él le pasa una botella de agua y ella saca de su bolso una pastilla. La toma con naturalidad, no es un tema que cause controversia entre nosotras.

He notado la insistencia que tienen sus padres respecto a eso, son realmente estrictos.

Llegamos a mi casa luego de unos minutos. Abro la puerta del auto y Serina me acompaña hasta la entrada.

—Nos vemos, gracias —saludo a su padre, quien se despide con un gesto de la mano.

—Si necesitas lo que sea de mí, solo llámame, ¿sí? Sabes que siempre respondo.

Me da otro abrazo.

—Muchas gracias por todo. Claro que sí —concluyo y me despide. Ella se mete al auto y se va.

Entro a casa. Mis padres están sentados en la sala y discuten en voz considerablemente alta. Están enojados y el ambiente se siente tenso. Estoy incómoda.

—Lyra, bienvenida. Siéntate —pide mi padre.

—¿Qué sucede? —pregunto—. No comprendo, pensé que todo estaba bien.

—Explícale —ordena mi madre; está enfadada y suena preocupada.

—Mi taller está teniendo muchas deudas y han ido incrementando. Los clientes dejaron de ir y no hemos podido pagar lo que gastamos. —Él levanta las manos mientras trata de explicar el problema—. Es una situación que tiene que cortarse de golpe... De los socios solo quedo yo, y no quiero renunciar a esto. No puedo, no luego de tanto. Tampoco puedo dejar sin trabajo a los empleados.

—¿Qué vamos a hacer? —cuestiono, la presión en el pecho se hace cada vez más fuerte.

—Tomé todas las tarjetas de débito y crédito. No las usaremos más. Necesitamos ahorrar. Todo el dinero se irá directo a las deudas. —Él pone una mano en su barbilla—. ¿De acuerdo?

—Pero... —digo con preocupación—. Entiendo. Ya no podremos tener el mismo estilo de vida de siempre. Puedo conseguir un trabajo en vez de empezar en la universidad.

—No, tranquila —interrumpe mi madre—. Sobreviviremos con mis ingresos. Tu padre estará haciendo trabajos extra además del taller y, con el dinero de ambos, podremos salir de esta.

—Está bien... —Me siento inquieta, sé que el futuro siempre es incierto, pero no esperaba una mala pasada de este tipo.

—Ya puedes retirarte, eso es todo —avisa mi padre, quien se levanta a tomar unos papeles y facturas que hay en la mesa de la sala.

Camino a mi dormitorio en lo que Frederick me manda un mensaje. Me informa que se encuentra afuera, por lo que me alisto para salir.



Manejo hacia mi apartamento. Me siento, muy en el fondo, terrible por Julie. Rebusco las llaves en mi bolsillo mientras se tambalean y suenan conforme camino. Abro la puerta. Estoy molesto, muy molesto con todo.

Suspiro y veo hacia los interiores del apartamento. Es pequeño y descuidado, queda al noreste de la ciudad. Se lo alquilo a un señor borracho que vive a unas cuantas casas a la derecha; el viejo no cuida muy bien este sitio desde hace años. No hay agua caliente, el retrete no tiene una tapa para sentarse y las paredes tienen varios orificios causados por algunas fiestas vandálicas de quien fuera que alquilara antes de mí.

El suelo es alfombrado y huele, de vez en cuando, a humedad. El hecho de que sea de color vino no disimula las manchas de extraña procedencia que he intentado quitar en repetidas ocasiones, sin éxito alguno. Observo lo vacío que está todo.

Siento el paladar amargo, no tengo mi cocaína, pues, Julie ha fallado en la misión de obtenerla. Me siento muy extraño.

¿Por qué?

Camino hacia la «sala». Solo hay un sillón viejo y un televisor que a veces funciona: al menos, han venido incluidos con el apartamento. Hay basura y papas fritas en el suelo. Pateo unas bolsas de frituras que he comido hace algunos días y me muevo hacia la única habitación.

Las ventanas están cerradas. Las mantengo así porque la calefacción no sirve y el frío de la noche puede ser muy molesto. Huele un poco a transpiración, suelo sudar mientras duermo porque tengo pesadillas involuntarias e inexplicables en las que una enorme bola de carne me persigue en medio de un laberinto hecho de piedra negra.

Odio pensar en el pasado. Pocas veces la culpa quiere

meterse en mi cabeza y los deseos de haber hecho ciertas cosas de otra manera me quieren dominar; pero sé que lo que pasó es lo único que pudo haber pasado y que con cada paso que se da, no hay más opción que seguir hacia adelante. También sé que cada acción tiene un precio, pero que algunas veces no seré yo quien lo tenga que pagar.

He notado que tengo una verruga plantar. No sé de dónde ha salido y no me duele, pero no se ve muy bien. De vez en cuando, y si camino en cierto ángulo, es molesta. La he estado tratando con un ácido que Jerry me ha conseguido de manera ilegal, pero no sé muy bien cómo hacerlo.

En el baño tengo que cuidarme para no caer, pues, el moho ha estado creciendo y la falta de luz hace que todo se vea confuso.

No hay champú. Me ha dado pereza comprar uno cuando se acabó el que Julie dejó por accidente. Me baño con prisa y me seco con el mismo paño húmedo de hace dos días. Me rocío con un poco de desodorante y me visto.

Camino descalzo y piso una de las tantas cartas que no he abierto. Son del Orfanato Seletcof. ¿Qué más quieren, luego de haberme tirado a la calle hace algunos años? Nadie podría jamás hacerme sentir mejor, no luego de haber perdido a Laila y a Charlie. Ni siquiera pudo hacerlo Natalia en su momento y, aunque lo intentara con todas sus fuerzas, terminó con su corazón roto.

Tomo las cartas y las tiro en la basura; ahí es donde pertenecen. Nadie tiene la culpa de lo que otros hacen, pero las consecuencias siguen formando cadenas de eventos que son inevitables, para bien o para mal.

Charlie, mi mejor amigo de la infancia, de quien jamás me pude despedir.

Laila, el alma más pura nunca antes conocida, quien me dio el amor más sincero que alguna vez sentí.

Y Natalia, alguien atrapado en las circunstancias de la vida, quien vivió en carne propia las injusticias de las que una vez fui víctima... Pero que no deberían de importarnos a ninguno de los cuatro.

¿A quién le importó, en aquellos momentos, cuando no tuve más opción que esconderme en la caja de muñecas? Cuando los gritos se hicieron presentes y los desgarradores alaridos que pude escuchar con el filo del recuerdo sonámbulo que me perturba en la madrugada.

Tomo el celular y llamo a Jerry.

—¿Estás bien? —pregunto.

—Claro que no. ¿Eres estúpido? ¡¿Qué hiciste?! ¡¿No usaste Tor para que no supieran que te metiste a la **deep web**?! Puedo rastrearte por completo, Duke. ¡Quién sabe cuánta gente tiene acceso a tu información! Esos estúpidos policías pudieron haber obtenido la información que quisieran y, si llegan a mí por tu culpa, estarás en graves problemas. —Jerry está muy alterado, no deja de hablar—. Si mis hermanos llegan a estar en peligro por tu culpa, créeme que no habrá nada que no haré para terminar contigo, o con quien sea que se meta con ellos.

—¡Mierda!

Corro hacia mi computadora y la abro. ¡La página sigue activa! La computadora se está manejando sola, completamente sola. Abren archivos, los roban y no logro recuperar el control. Aparecen mensajes, leo carteles en letras rojas y en idiomas que no puedo entender. ¡Tengo que detenerlo!

Tiro la computadora al suelo y la pisoteo varias veces. Los pensamientos dominan mi mente y no quiero ni pensar toda la información que he perdido para siempre.

—Además, metieron a Julie en la cárcel por tu culpa. —Jerry está herido—. ¿Cómo te atreves?

—La cagué, discúlpame. —Estoy muy molesto y agitado.

—No te disculpes conmigo. —Él baja su tono—. ¿Qué harás ahora?

—Bueno... tenía planeado ir a comprarte un poco, ya sabes... —sugiero.

—¡Imbécil! —exclama—. ¡Estoy hablando en serio! ¡Reacciona! No todo es cocaína. Tienes personas a tus alrededor que te necesitan. Tienes que ganar dinero. ¡Debes cambiar tu vida!

—Nos vemos.

Termino la llamada y lanzo el celular al suelo. Tengo una jaqueca enorme y la impotencia no hace más que enojarme peor. No quiero hacer nada.

Cada uno tenía sus propios problemas, sus traumas del pasado y sus constantes dilemas, pero ¿esos problemas justificaban los comportamientos en el futuro?

capítulo 36

Razones



Hace diez meses

Salgo de casa y el frío me golpea con rapidez. Frederick me está esperando en su auto. Subo y lo saludo con un beso.

—Así que..., ¿qué tal todo? —interroga con una sonrisa.

—Bien —respondo, seca—. ¿Vamos?

—Sí —ríe—. Andas algo extraña hoy. ¿Qué pasa?

—Después te cuento. Honestamente, no tengo ganas de hablar de ello ahora —confieso—. No tengo muchos ánimos.

—Está bien, como sea. —Empieza a manejar.

Luego de unos minutos, llegamos a su hogar. Su madre nos recibe, amable como siempre. Ella abre la puerta con una sonrisa.

—¡Lyra! Bienvenida. —Me da un cálido abrazo.

—Buenas noches. —Veo que está por salir; tiene las llaves

de su auto en una mano y, en la otra, su bolso.

—Nos vemos. —Frederick se despide de ella.

Vamos hacia el dormitorio de mi novio y cerramos la puerta con seguro.

—¿Ahora sí quieres contarme? —pregunta él mientras enciendo su computadora.

—Mi familia se está quedando pobre. Eso pasa —suspiro y ruedo los ojos—. Ven a ver si hoy encontramos algo interesante.

—Diablos, lo lamento —comenta, pensativo—. ¿Y para qué te quieres meter hoy?

—Curiosidad, como siempre —digo mientras abro Tor.

—Bueno, a ver, entonces. —Trae una silla y se sienta junto a mí.

Empezamos nuestro recorrido de siempre. Vemos páginas de humor estúpidamente negro y luego nos adentramos en unos videos psicodélicos que nos encantan. Pasan treinta minutos... se hace una hora.

—Estoy algo cansado hoy —habla Frederick—. Estuve estudiando mucho y tuve que ir al gimnasio.

—Duerme —sugiero—. Yo todavía no estoy cansada.

—Bien, pero no te metas a nada peligroso... —pide. Me da un beso en la frente y se aleja para acurrucarse en la cama.

—Claro que no —confirmo—. Pasaré el resto de la noche leyendo algunos artículos «secretos» sobre alienígenas y temas sobrenaturales.



—¡Suéltenme! —gritaba Julie, furiosa.

Ella iba en la parte trasera del auto con Vincent. Yo conducía.

—Vaya, aquel chico distribuidor sí que fue rápido —comentó mi amigo mientras forcejeaba con la muchacha.

—Él será el siguiente objetivo —afirmé—. Pero bueno, ya tenemos a una fiel compradora que nos dará información, ¿cierto, chica?

—¡Nunca! —exclamó y pateó mi asiento.

No habló alguna otra palabra en todo el resto del camino.

La dejamos en la comisaría para que fuera procesada. No la volví a ver después del evento. Supuse que la habían metido en la cárcel. La cantidad de cocaína que había comprado era enorme.

Días después, cuando fui a preguntar por ella, supe que no había dado detalles acerca de quién más estaba en el negocio, incluso, aunque le ofrecieran menos tiempo de sentencia.



He estado en la cama un gran rato, pero me aburro y me siento inquieto. Me levanto y recojo toda la basura que me rodea. Abro más la ventana y las cortinas para dejar que la poca luz que queda en las calles entre. Camino hacia la sala y hago lo mismo.

No puedo aguantar más... ¡Necesito entrar de nuevo en la **deep web**! Debo revisar si no he dejado algún rastro muy peligroso que me pueda perjudicar en el futuro. Saco de debajo de la cama una computadora portátil que todavía funciona. Está llena de polvo, pero me sirve para lo que necesito.

Navego rápidamente hasta que me encuentro con una página interesante. «El desfile», leo. Le doy clic y me encuentro con información sobre un evento que se hace

cada cierto tiempo. Habla sobre el poder expresar el arte en su manera más pura. Arte que muestra la verdadera naturaleza de las personas. Es un evento al que pocos se atreverían a participar. Me parece obvio que no están hablando de un desfile de modas o de alguna actividad recreativa.

Noto que hay un botón que dice «más información».

Una regla de oro cuando se merodea por estos lados del internet es no presionar algo que lleve a una nueva dirección; pero la curiosidad me gana. Necesito saber qué es lo que se encuentra detrás de esa misteriosa invitación.

No es casualidad que Julie haya sido capturada hoy o que Jerry insista en que debo tener un cambio en mi vida. El destino no existe o, tal vez, sí.

¿Acaso estaba escrito en el mismo futuro planeado, irrefutable, incambiable, que debía cambiar mi rumbo? ¿Acaso mis decisiones realmente importaban?

Podría tomar un cuchillo y matarme o correr a la calle para que me atropelle un auto. Eso cambiaría el destino instantáneamente, pero... ¿y si esos eventos estaban planeados desde un inicio?

Me siento como un títere andante; lo he sentido desde pequeño.

«Así que, qué más da...», pienso.

La computadora se ha quedado cargando unos segundos luego de meterme al enlace... y se ha apagado. Estoy observando el espejo negro. Contemplo mi vacío reflejo, atento, confundido, abandonado.

Suena mi celular. Es de parte de un número desconocido, me siento intimidado. Cierro la computadora y la pongo en la cama, junto a mí.

Atiendo la llamada.

—Hola —digo, seco.

—Hola. ¿Quién habla? —pregunta una chica, su voz es amigable.

—¿Con quién quieres hablar? —cuestiono.

—¿Se encuentra Duke Cornet por ahí? —consulta, casual. Un escalofrío pasa por mi cuerpo.

—Él habla. ¿Qué sucede? —carraspeo—. ¿Quién habla?

—Hola, Duke. Mi nombre es Alice —explica—. Hablo de parte del desfile.

Es evidente que ha obtenido mi información gracias a que ha estado expuesta por mi maldita estupidez, pero es imposible que hubiera calculado todo tan rápido.

¿Qué sabía y qué no?

—En fin. ¡Te quería ofrecer unirte al desfile! —expresa—. Sé que amas la actuación, y creo que tienes potencial para participar.

—¿Sí? —pregunto, mi interés no puede ser muy disimulado, más ahora, que estoy dispuesto a explorar nuevas opciones.

—Te comento. Es un desfile famoso y prestigioso, patrocinado por personas realmente importantes. Mi jefe, el presidente del desfile, se encarga de hacerlo cada cierto tiempo. Siempre es en una localización distinta y con diferentes participantes. —Su voz es clara; suena directa e inteligente.

—¿De qué se trata exactamente? ¿Debo tener algún modelo? —curioseo.

—Claro que sí. Sin un modelo, no puedes participar. Incluso, podrías ser tú el modelo, pero necesitarás un representante. No puede haber uno sin el otro —aclara.

—¿Cuál es la trampa? —cuestiono, directo—. Es evidente que no es un «desfile» normal. Ya sabes, por las circunstancias en las que me topé con el anuncio y por la manera en la que me contactas.

—En este desfile, llamado el Desfile Macabro, tienes que cambiar el cuerpo de tu modelo. Puedes hacerlo como quieras, pero tiene que ser tan espectacular a cómo te alcance la imaginación. —Siento la gracia con la que lo dice, es casi como si lo disfrutara.

—¿Cambiarlo? ¿Como cambiarle la cara? —interrogo y arrugo mi expresión.

—La cara o el cuerpo o todo —concluye—. Entonces, ¿te inscribes?

—¿De dónde sacaré a mi modelo? —pregunto, confundido.

—Le secuestras o puede ser un voluntario —explica—. No creo que todo el mundo se quiera hacer cosas en el cuerpo.

—Entiendo. —Miles de ideas pasan por mi cabeza—. ¿Cuál es el premio para el ganador?

—¿El ganador? —Ella suelta una risilla—. El ganador gana no perder. Claro, además de obtener el 80 % de las inscripciones. Cada una vale muchísimo dinero.

A continuación, me dice la cifra y mi boca queda abierta.

¿De dónde diablos sacaré tantísimo dinero?

—Es la oportunidad que estaba buscando... —digo en voz alta y veo hacia el vacío.

—Entonces... —Ella interrumpe mis pensamientos—. ¿Estás dentro?

—Claro que sí.

Estoy decidido. No me importa tener que ensuciarme un poco las manos a cambio de ese dinero que podría cambiar mi vida para siempre.

—Bien. Te llamaré luego para más detalles. Falta mucho para el concurso, pero si tienes una idea buena y elaborada, te recomiendo que empieces desde ya. Yo ya lo hice.

Cuelga y reflexiono un minuto. ¿Ella quién carajos es? ¿Una ayudante? ¿Una representante? ¿Por qué tiene

derecho a contactar al resto de concursantes?

El silencio me domina y mi corazón palpita con preocupación. Pienso en lo profundo que estoy metido esta vez y me da miedo... pero también pienso en el dinero y en que puedo demostrarle al mundo que sí soy capaz de hacer algo, que valgo mucho y que el pasado no me define; que todas aquellas personas que vivieron mi interminable injusticia ya no importan y que el futuro me dará los frutos que siempre anhelé saborear. No importa que tenga que derramar un poco de sangre en el camino, pues, es un precio bajo por lo que busco y obtendré.

Cada quién tenía una razón. Una razón para hacerle el mal a otros, para beneficio propio. Después de todo, de eso se trataba la humanidad... ¿no?

capítulo 37

No ordinario



Hace diez meses

Regreso de una pequeña fiesta en un bar de la ciudad y entro a mi casa a escondidas para que mis padres no se enteren de nada.

Me veo al espejo; no me veo bien sin mi peluca, no soy yo sin ella. Me siento incompleta. La luz tenue de la lámpara en el escritorio ilumina la mitad de mi cara y el poco alcohol que consumí todavía tiene ciertos efectos juguetones en mí, pero quiero más.

Camino hacia el clóset y la saco: mi hermosa peluca negra. También selecciono mi ropa nocturna y me pongo hermosa. Se siente tan bien tener la piel descubierta, es un efecto que me hace sentir libertad y la satisfacción será incrementada con cada toque en el porvenir. De eso no hay duda. La ropa que escojo es negra: pantis con estampados sensuales, una falda corta y una blusa de tirantes. Es todo lo que necesitaré esta madrugada.

Me pongo la peluca y miro al espejo de nuevo. Me veo un poco más completa, pero falta mi maquillaje. Me pinto los labios suavemente y me pongo la sombra de ojos. Sonrío ante mi reflejo. Aquella sensual sombra está siendo completada por las ambigüedades de otra noche vacía en Ciudad Onírica, en donde los sueños que una vez tuve se rompieron y nacieron en caminos torcidos, distintos y más disfrutables. Me sonrío a mí misma por mi propia creación azarosa.

Me lamo los labios, los muerdo y toco al reflejo en el

espejo. Mis curvas no son muy voluptuosas, pero mi sed de vivir, del disfrute máximo, de juguetear al borde del orgasmo es tan grande que lo físico, aunque a veces esto último esté en primer plano, ha sido algo que he aprendido a dejar ir a lo largo del tiempo.

La noche me acaricia con sus interminables y bondadosas mentiras, me he empezado a tocar tras imaginar los miles posibles escenarios de lo que pasará hoy.

Mi celular ha empezado a sonar. Me levanto a contestar para no despertar a nadie con el ruido.

—¿Hola? —respondo. No es normal que alguien, además de Dereck, me llame a estas horas.

—¿Aryl? —consulta una chica.

—¿Sí? —me siento en la cama. Ya me ha bajado la calentura; espero que sea para algo bueno.

—Buenas noches, me llamo Alice —se presenta.

—¡Hola, Alice! —saludo—. ¿Recibiste mis correos?

—Emm… sí. Recibí los cinco, por eso te llamaba —aclara.

—¿Ajá? —Muestro interés.

—Esto no es un juego, Aryl —dice con cautela—. Creo que tienes una gran oportunidad de llegar lejos, se nota en tu actitud.

—Claro que tengo la actitud —menciono, orgullosa—. Ya tengo todas las reglas claras y estoy buscando a mi modelo.

—Veo que te mueves rápido, entonces —concluye Alice con celos—. Espero que consigas el dinero pronto. Ten cuidado, Aryl… —Termina la llamada.

Me río en voz baja. ¡Qué estúpida esa tipa! Piensa que me podrá intimidar con sus misteriosas llamadas y el tonito que usa para dirigirse hacia mí.

Llamo a Dereck tras acomodarme entre las almohadas.

—Hola. ¿Qué pasa? —pregunta, casual.

—Dereck, ¿ya vienes por mí? —cuestiono, alzando las

piernas—. Ya es hora de ir a buscar algo.

—Espera un momento... ¡acabamos de vernos! ¿Ya quieres salir de nuevo? —actúa con arrogancia. Odio que me lleve la contraria.

—Alice me llamó. ¡Podremos estar en el Desfile Macabro! —explico, feliz.

—¿Qué se supone que hagamos? —consulta, pensativo. Camino en mi dormitorio y me veo en el espejo.

—¡Pues vamos de fiesta! No seas aburrido... tal vez ahí logremos encontrar un modelo —sugiero—. ¡Puede que sí!

—Está bien... pasaré por ti en diez minutos —avisa y cuelga.

Me pongo perfume y sonrío al espejo. Acaricio la mejilla de mi hermoso reflejo.

—Sí que sabes salirte con la tuya... —La sonrisa se arquea de manera perfecta y sensual—. Más te vale que sigas así.

Dereck llega después de diez minutos. Él se estaciona una cuadra antes para que mis padres no escuchen el sonido del auto. Salgo de la habitación y camino hacia la puerta principal. El frío es intenso y no tengo con qué cubrirme, pero no es nada que un poco de alcohol no pueda arreglar luego. Corro hacia el auto de Dereck y me siento junto a él tras darle un beso.

—Así que Alice te habló... —dice.

—Sí. Es definitivo, vamos a participar —declaro al acariciarlo—. ¿Estás feliz?

—¿Siquiera tienes idea de lo que tienes que hacer? —cuestiona, dudoso, revisando su celular.

—Pues, ayúdame y aporta ideas. —Ve hacia la oscura calle. Él se recuesta en su mano.

—A ver... eh... no se me ocurre nada, Aryl. —Levanta sus hombros—. No estoy muy seguro de esto.

—Carajo, a mí tampoco se me ocurre nada. Bueno... ¡Se

me acaba de ocurrir algo!

Sonrío.

—¿Qué? —interroga.

Me acerco a él y susurro en su oído:

—¿Quieres ser mi modelo? —inquiero, juguetona, luego de reírme.

—¿Eres idiota? —pregunta, molesto—. No me voy a prestar para tus experimentos. Con mucho gusto secuestraremos a alguien, pero no seré yo.

—Ah, como sea. —Cruzo los brazos—. Está bien...

—Y... ¿cómo haremos esto? —cuestiona, insistente.

—Nada más vamos a pasarla bien. Si vemos que alguien está muy borracho, lo secuestramos y ya. No es necesario todo un plan. ¿Entiendes? —Finjo un tono obvio.

—Oh, Aryl, en serio no sabes nada de esto. —Dereck se ríe—. A ver...

Se baja del auto y me hace señas para que lo siga.

—¿Qué? —pregunto—. ¿Qué traes ahí?

Caminamos hacia la cajuela y él saca una barra de metal. Me la da.

—Esta será tu nueva arma. Lo menos que quiero es que alguien intente defenderse y te haga daño.

—¿Qué se supone que haga con esto? Puedo matar a alguien si lo golpeo —aclaro mientras cierra la cajuela.

—Si no lo golpeas tan duro, puede que lo desmayes, nada más, supongo... No sé, tú eres la que sabe de eso —aclara —. Pero bueno, ya veremos si sirve o no.

—Está bien, gracias...

Sostengo la barra de metal y nos encaminamos a buscar alguna víctima.



Era el cumpleaños de mi madre y habíamos ido a comer. Fue un día hermoso, aunque mi padre no estuviera y ella se sintiera un poco triste por su ausencia. De todos modos, logramos pasar un lindo rato juntos. Luego de celebrar, fuimos a casa y dormí un rato. Quería aprovechar mis momentos libres.

Una llamada de Serina me despertó.

—Hola, Sonnet —saludó. Era aproximadamente medianoche.

—¡Hola! ¿Cómo te fue con Lyra? —pregunté al restregarme los ojos y encendiendo la computadora.

—Bien..., aunque ella la está pasando un poco mal —explicó—. ¿Ya te contó?

—¿Un «poco mal»? —Mi corazón empezó a latir con fuerza—. ¿Está bien?

—Sí, está bien, pero sus padres están enfrentando una crisis económica y ella está algo triste por eso.

Escucho que en el fondo su padre empieza a gritar.

—¡Serina! ¡Ya tienes que irte a dormir! ¡Recuerda las pastillas nocturnas! —exclamó.

—¡Voy, padre! —gritó, enojada—. En fin... ¿por qué no la llamas? Debe estar un poco decaída. Tú siempre le levantas el ánimo, creo que sería un lindo detalle.

—Claro que sí. Voy a llamarla, a ver si sigue despierta —comenté—. Buenas noches, te quiero mucho.

—Te quiero más, nos vemos luego.

Ella terminó la llamada y yo llamé a Lyra.

—Sonnet —saludó.

—Hola, ¿cómo estás? —consulté con amabilidad—. Me contó Serina que la pasaron bien hoy.

—Supongo que también te contó lo que ha pasado —adivinó, desganada—. Es algo increíble; todavía no lo he procesado.

—Sí, me contó. Lo siento mucho. Cualquier cosa que necesites, no dudes en pedir ayuda —avisé. Me importaba mucho su bienestar.

—Claro que sí. Sé que cuento contigo, siempre... —su voz se escuchaba algo decaída.

—¿Estás con Frederick? —consulté.

—Sí, estamos en su casa —respondió.

—¡Mándale saludos al tonto! —gritó en el fondo.

—Saludos, igual —comenté entre risas—. Bueno, espero que la terminen de pasar bien. Ya iré a dormir.

—¡Buenas noches, Sonnet! —Se despidió.

Pasé algunos minutos revisando mis redes sociales en la computadora y luego me tiré a la cama mientras veía hacia el techo. Sentía algo en mi corazón: las cosas no andaban muy bien con Serina y, ahora, con Lyra. Intenté dormir por unas horas, pero no lo logré. Me sentía preocupado, tenía un mal presentimiento. Algo estaba sucediendo y me incomodaba en el fondo del corazón.

Pasaron los días y el sentimiento se fue disipando. Pensé que tenía que ver con la relación entre Lyra y Frederick, quienes empezaron a pelear días después.

Todo empezaba a marchar perfecto: los representantes comenzaron la cacería y los modelos no tenían idea de lo que les esperaba.

capítulo 38

Sin retorno



Presente

Sentía miles de pensamientos pasar por la cabeza, los latidos pesaban en mi sien más que nunca. Tenía el corazón en la garganta, la boca seca y mis manos temblaban: era una oportunidad en un millón.

Veía hacia la ventana, perplejo. Las cortinas se movían con suavidad y el silencio de los segundos restantes me martirizaba.

—Sonnet, ya pasó el minuto. ¿Sigues ahí? —consultó Alice.

Volví a ver a Serina, quien seguía durmiendo tranquilamente. Ella estaba en su mundo mientras yo veía como el mío se derrumbaba pieza por pieza, una vez más. Toda mi vida había intentado esquivar estos momentos y me había topado con una pared de nuevo. Las migajas de lo que quedaba de mis tiempos felices terminaban por desintegrarse y las telas de la oscuridad empezaban a hacer que el futuro fuera imposible de percibir.

Cerré los ojos con fuerza.

—Acepto —informé con dolor.

—Oh, debo admitir que no esperaba que tuvieras tantas agallas. —Ella soltó una risa macabra—. Perfecto entonces. Tendrás que ir al restaurante que te diga en una hora exacta. Ahí te esperará Tricia. No llegues tarde o lo lamentarás.

—¿Cómo sabré quién es Tricia? —pregunté, nervioso.

—Créeme que lo sabrás. Ella es algo... original, diferente a los demás —explicó con sarcasmo—. Oh, y otra cosa,

Sonnet.

—¿Qué? —Mi alma estaba más amarga que nunca, mi sentencia estaba sellada.

—No te pongas a arruinar esto al llamar a tu estúpido amiguito, el policía, ni le digas a tu novia o a tu familia. Desaparecerás, así como así. Es mejor desaparecer que estar muerto. ¿Cierto? —amenazó.

—Sí... —respondí con un dolor inmenso en el corazón.

—Muy bien. Cuando llegues, Tricia te explicará lo que falta. —Alice estaba complacida con mi respuesta—. Puedes llevar ropa, una galleta por si te da hambre mientras te alimenta o lo que sea.

—Está bien —acepté.

—Un «gracias» no estaría de más, ¿sabes? No a cualquiera le hago estos favores —sugirió con hipocresía.

—Gracias, Alice —gruñí entre dientes.

—Oh, ¡pero claro! No es nada —respondió—. Espero que te vaya bien en tu velada. Nos vemos. Por cierto, nada de cartas, nada de notas en las que expliques que te vas, nada de nada...

Colgó.

El peor sufrimiento en esa hora sería tener el secreto más grande de mi vida y no poder hablarlo con mi novia, con mi familia o mis amigos. No sabía qué era lo que estaba haciendo...

La obsesión de salvar a Lyra me había cegado y no estaba seguro de si había tomado la mejor decisión. Lo que sí sabía era que tenía que cumplir una vieja promesa que me hice al espejo. Una promesa de valores insuperables, la que me motivaba día a día.

No habría vuelta atrás luego de encontrarme con Tricia. Me acerqué a Serina y me senté en la cama junto a ella. Acaricié su cabello con suavidad. Una lágrima se deslizó

por mi mejilla.

—Sabía que no era un sueño que estuvieras aquí —suspiró mientras despertaba—. Gracias por quedarte aquí, conmigo.

—Serina… —El nudo en mi garganta era enorme, no podía siquiera hablar. Ella se sentó en la cama a mi lado y me miró a los ojos—. Te amo demasiado y eso no cambiará nunca.

—Eso lo tengo más que claro. Yo también te amaré, por siempre. —Me abrazó. No quería dejarla ir, no quería soltarla. Era una persona demasiado pura, no merecía que la dejara en uno de sus momentos más vulnerables...

Pero no tenía opción.

—Serina… —llamé y me separé con cariño.

—¿Sí? —preguntó.

—Yo… me tengo que ir pronto —avisé.

—Está bien, tranquilo.

Un suspiro se hizo presente.

—Mira, sé que todo este asunto con tus padres es muy complejo... pero vas a salir de esta. Recuerda que la vida está compuesta por altos y bajos, y que nada es para siempre. ¿Entiendes? —La culpabilidad me carcomía a cada segundo. No podía verla a la cara.

—Claro que sí. Además, tengo el mejor apoyo que podría desear. He pensado que no tiene nada de malo pedir ayuda de vez en cuando, cuando no puedo con todo..., y has estado para mí. Te quería decir agradecer por eso —sonrió.

—Eres muy fuerte —aseguré—. Te quiero mucho y sé que vas a salir de esta.

—Gracias, pero ¿por qué actúas así? —cuestionó y frunció el ceño.

—Estoy algo nostálgico, eso es todo. —Otra lágrima salió de mis ojos—. Te amo.

—Entiendo, qué lindo... —Su sonrisa tenue estaba algo apagada, ella sabía que en el fondo algo me afligía—. Nos vemos, te amo mucho.

Nos dimos un gran abrazo y un beso. Luego, salí de su habitación. Sentía algo detrás de mí, como si dejara una especie de aureola oscura, como si supiera que no regresaría a ese lugar en mucho tiempo... o nunca. Sabía que era posible que no tuviera a Serina en mis brazos nunca más o que no volviera a ver su cálida sonrisa...

Sin embargo, era incapaz de retractarme.

Sentía un vacío en mi estómago, un veneno en mi cuerpo que me consumía. Estaba alienado, como si no fuese yo quien movía mis pies, como si todo en mi alrededor no existiera, como si me vigilaran en cada movimiento.

El nerviosismo y la paranoia estaban activos, habitaba en una extraña y eterna agonía en la que vivir no era más que el fluir del tiempo ante la espera de lo desconocido. Se comportaba como si fuera una enorme esfera de oscuridad que me tragaría por completo.

Fui a mi casa. Abrí la puerta; mi madre no estaba. No tendría tiempo de despedirme de ella, quien también me necesitaba. Ella era alguien a quien la soledad la consumía y le comía sus años antes de tiempo, quien siempre me tuvo ahí, de soporte, cuando todo había caído.

Nunca dejé que mis depresiones interfirieran con mis deberes. Estaba acostumbrado a tomar la batuta cuando era necesario y a llorar por las noches sin que nadie jamás me viera.

Caminé por mi dormitorio y reconocí que podría ser la última vez que lo pisaba. Me imaginé a mí mismo no estando en él y lo vacío que se sentiría sin mí. Podía conjeturar también lo vacío que se sentía el hogar de Lyra sin ella...

La sed de cumplir con mi meta latía con fervor.

Tomé mi maletín. Puse ropa, objetos de higiene personal y algunas cosas de la cocina para comer. Me sentía muy nervioso, pero tenía que salir para encontrar a Tricia.

Me dirigí con lentitud a mi destino mientras pensada en lo que ocurría y sentía que mis energías abandonaban mi cuerpo. Estaba aterrado. No sabía cómo sería ella o qué era lo que me esperaba al ser un «modelo» del Desfile Macabro. La zona cerca del restaurante no era muy hermosa, se trataba de una parte de la ciudad en donde no transitaba mucha gente por las noches.

Revisé mi reloj; ya era hora de encontrarnos.

Pasé junto a un callejón oscuro y, al hacerlo, unas enormes manos me tomaron, tapándome la boca. Fui consumido por la oscuridad. Intenté gritar, pero aquellos brazos eran tan pesados que no logré sacar chillido alguno.

Abrí bien los ojos. Me sostenía un chico enorme, con grandes músculos y de contextura gruesa. Tenía un gorro rojo de tela en la cabeza y una camisa del mismo color, con **jeans** y zapatos negros.

Tenía la cara sucia y una mirada seria, sus facciones parecían de piedra. Las cejas eran grandes, su nariz robusta y sus labios parecían resecos.

Me seguía sosteniendo la boca, sujetándome contra la pared.

—Silencio, o moriremos todos —ordenó en seco. Me quitó la mano de la boca.

Volteé a ver hacia mi derecha en dirección hacia el interior del callejón. Ahí había otro chico más bajo que yo. Tenía un **piercing** en la nariz y una sombra de ojos oscura, su cabello era negro como el petróleo. Poseía una sombría sonrisa y dientes muy blancos.

—Vamos, Bucker, ¿ya lo lastimaste? —burló el chico, el

cual era muy delgado. Estaba vestido de negro con una camisa de tirantes.

—Silencio, Jael, carajo. —El primero habló—. ¿En dónde está Tricia?

—Pronto vendrá, o eso dijo. —Él se recostó en la pared cerca de mí.

—¿Quiénes son ustedes? —interrogué, confundido.

—Tú cállate y no hagas nada estúpido. Nos matarán, si nos delatas —dijo Bucker al apuntarme y tocarme el pecho de un empujón contra la pared.

Luego de dos minutos de estar en silencio, se abrió una puerta en el callejón. De ahí salió una chica de piel muy blanca con el cabello negro, pero las puntas platinadas. Tenía los labios pintados de negro, uñas a juego y una sombra de ojos púrpura. Usaba una falda corta, de color negro, y llevaba una blusa morada.

—Así que este es el famoso Sonnet —sonrió y levantó su mano para verme de arriba abajo—. Es un placer conocerte.

—¿Tú eres Tricia? —supuse.

—Tricia Blanks. —Tomó mi muñeca y vio el reloj—. Si te preguntas por qué te hemos arrastrado aquí, en lugar de verte en el restaurante, en un minuto tendrás la respuesta.

Estaba realmente confundido por todo lo que estaba pasando. De repente, Bucker, Jael y Tricia se agacharon detrás de un basurero. Por instinto, hice lo mismo que ellos. Los cuatro veíamos hacia la calle y el restaurante.

El chico del casco negro apareció en su motocicleta. Se bajó y entró al que sería nuestro punto de encuentro.

—Imposible… —Estaba temblando del miedo.

—Así es como juega la perra de Alice —exclamó Tricia, enojada—. Nos quería eliminar juntos de una sola vez.

El chico del casco negro salió y sacó su celular. Lo puso

en altavoz.

—No están aquí, Alice... —dijo—. Eres una perra mentirosa, iré por ti, entonces.

—¡Tranquilo! —exclamó al otro lado del celular—. Al parecer estos insectos son inteligentes. Es algo más entretenido así, ¿cierto?

—No me vuelvas a molestar si no es exacto lo que dirás. No tengo tiempo para tus juegos. Adiós. —Él se fue de la escena con rapidez.

Las supuestas alianzas eran tan delicadas como un cabello. Un paso en falso y terminarías asesinado por quien aparentaba ser tu «amigo».

capítulo 39

Aceptar la oscuridad



¿Ya se fue? —preguntó Jael, quien estaba revisando algo en sus bolsillos.

—Sí, ya se fue. —Tricia volteó a verme—. Bueno, al parecer estamos a salvo en la oscuridad..., por ahora.

—¿Quiénes son ustedes? —cuestioné de nuevo—. Tricia, ¿eres parte del Desfile Macabro?

—Sí. Y tú eres mi modelo —afirmó—. Ellos son Bucker y Jael. Están ayudándome.

—¿Ayudándote? ¿En qué? —pregunté. Empezamos a movernos en las oscuras calles de la ciudad, lugares que jamás había atravesado. Las luces de los edificios entraban por las rendijas de los callejones que cruzábamos y se reflejaban en los charcos del suelo.

—Después responderé a todas tus preguntas —habló—. Estén atentos. Jael, ¿tienes el revólver listo?

—Claro que sí. —Él mostró el arma que sostenía.

Me sentía desprotegido. Estaba caminando con completos desconocidos, con un trato para nada agradable y un futuro incierto... Sin embargo, me sentía mejor que antes. Sabía que, fuese como fuese, estaba con alguien que estaba dispuesta a protegerse a sí misma y a su modelo de amenazas como Alice.

Vi que algunas personas caminaban a nuestros alrededor, personas normales que vivían sus vidas. Se parecían a mí antes de saber lo que sucedía en lo oculto, entre las sombras.

Tricia, Bucker y Jael habían logrado escapar de las garras

de Alice por unos segundos, pero lo habían logrado. ¿Acaso ella no tenía poder sobre mis nuevos acompañantes?

Escuché el silencio del momento, un silencio sin quietud. Uno que, en vez de ser callado, era como si no estuviera presente en el lugar. Escuché mis pasos, los de mis acompañantes y el sonido de los autos en la lejanía.

Solo seguí caminando sin rumbo mientras sentía el frío y la peculiar sensación de cómo la oscuridad empezaba a tornarse mi aliada en vez de ser algo a lo que temer.

De repente, llegó un mensaje a mi celular.

Nuevo mensaje de [Steiner]

Lo abrí.

Sonnet, ¿dónde te encuentras? ¿Estás bien?

Empecé a escribir una respuesta, pero una llamada desconocida me interrumpió. ¡Era Alice!

Tricia me vio.

—¡Eh! —exclamó y me arrebató el teléfono—. ¡No seas estúpido!

Bucker tomó una enorme piedra en el camino y aplastó mi móvil, haciéndolo añicos. Me asusté. Toda posible comunicación con quien fuera había sido cortada. Así era como estaba Lyra desde que la secuestraron…

—¡¿Cómo se te ocurre traer el celular?! ¡Alice podría saber dónde estás! —gritó Tricia—. ¡No puedes jugar con esto!

—Perdón… —dije, desconfiado. No sabía qué tan corta era su resistencia ante situaciones de presión o qué tan indispensable era yo. Tenía que comportarme con mucho cuidado ante estas personas. Además, yo no tenía un arma…

—¿En dónde está el auto? —preguntó Tricia a Bucker.

—Ahí. —Él señaló hacia otra oscura calle.

A pesar de todo, tenía la extraña sensación de que me

hacían ver como parte de ellos. ¿Por qué se comportaban de esa manera? Se suponía que yo era su modelo y, por lo tanto, me tenían que transformar, agredir y cosas de ese estilo. ¿Cuál era la razón de su actuar?

Llegamos a un viejo auto de color café. Bucker se montó en el asiento del conductor y Jael ocupó el lugar del copiloto.

Tricia se quedó afuera, conmigo. En el estacionamiento, la luz de la luna brillaba sobre nosotros. No había nadie más.

—Muy bien, Sonnet. Tú eres mi modelo. ¿Estás de acuerdo con eso? —consultó. Su perfume olía a noche, no encontraba alguna otra palabra para describirlo. Era dulce, frío, pero cálido a la vez—. Si dices que sí, ya no habrá vuelta atrás y me aceptarás como tu representante.

—Sí... —confirmé.

—Que así sea, entonces. —Ella entró al auto—. Quiero que vengas con nosotros, tengo que enseñarte algo importante.

Me adentré al auto junto a ella. Bucker empezó a conducir. Mi corazón seguía con mucha ansiedad. Estaba dejando atrás a Serina, a mi madre... mi vida estaría por cambiar.

¿A qué estaba accediendo? A pesar de todo, sentía una chispa que jamás había experimentado. ¿Cómo podía sentir libertad en una situación así de extraña? ¿A qué tipo de cadenas me estaba aferrando en el pasado?

Luego de varios minutos de conducir, empezamos a subir una enorme colina, hacia el sureste de la ciudad. En la cima, había un gran mirador, muchos árboles y un edificio sin acabar. Parecía una construcción abandonada, de color gris y sin pintar. Jamás había estado en esta parte de la ciudad.

Bucker se estacionó. Se podía ver toda la ciudad desde

allí, miles de luces nostálgicas en la lejanía que parpadeaban... Era hermoso y pacífico, el viento soplaba con gran fuerza. Tricia se bajó junto a mí. Su cabello se movía y el frío era solo un pequeño detalle comparado a lo que estaba por conocer.

—Por aquí. —Tricia caminó hacia el edificio sin decir otra palabra.

El primer piso construido estaba repleto de grafitis, pero no había nada de basura o suciedad. Estaba lleno de palabras que hacían referencia a los desvaríos y eran de color púrpura. Subimos unas escaleras grises hasta el segundo piso, el cual no tenía techo. Las estrellas brillaban en el cielo despejado y en el horizonte se continuaban viendo las lucecitas de la ciudad.

—Esto es lo que quiero que veas. —Ella señaló detrás de mí. Había una enorme pared que brillaba a la luz de la luna. Allí estaba la palma de una mano que medía alrededor de unos tres metros. Empecé a notar los detalles y me di cuenta de que estaba formada por cientos de manos rojas.

—¿Qué es esto? —consulté, desubicado.

—Esta es la pared de Desvaría —explicó—. Y una vez que aceptes este ritual, tú serás parte de nosotros—. Ella sacó un cuchillo—. Es un pacto de sangre.

—¡¿Ah?! —me sobresalté.

—Necesitamos hacerlo. Requiero hacer un pacto profundo contigo, un pacto que sea de sangre para que ninguno le falle al otro, jamás —explicó.

—Pero ¿por qué? —pregunté tras arrugar la cara—. Esto no tiene razón de ser...

—Porque soy tu representante y te lo pido —aclaró—. Estoy tratando de ser una buena representante. Hay dos maneras de ganar el desfile: con tu cooperación o sin ella.

—Se acercó a mi oreja y cuchicheó—. Y te recomiendo que elijas la primera, por mucho.

Tenía sentimientos encontrados. Me sentía impotente, confundido y muy por dentro...

—Bien... —terminé por confirmar.

Ella tomó el cuchillo y me hizo un corte en la palma de la mano. Me ardía muchísimo, pero se trataba de una herida superficial.

—Adelante, Sonnet. —Ella señaló hacia la pared—. Donde quieras.

Caminé hacia el mural. Las gotas de sangre bajaban por mi mano. Las otras estaban un poco viejas, limpiadas por la lluvia y el tiempo. Puse la mía en el centro del enorme mural, dejando una huella perfecta, fresca.

Tricia tomó mi mano con la suya, la cual estaba limpia, y me dio un sincero apretón. Pude sentir su calidez y, al contrario de lo que esperaba, tuvimos un encuentro de los más íntimos que había experimentado jamás.

Ese momento me marcaría de por vida.

—Bienvenido a la familia, Sonnet —dijo y sonrió a pleno. Se sentía como una amiga para mí, incluso, aunque la hubiera conocido hacía unos minutos.

—Bienvenido. —Bucker se asomó por las escaleras había visto todo. A su lado estaba Jael.

—Así que él es parte de nosotros ahora... —comentó al verse la mano. Noté que tenía una marca en la palma y deduje que había pasado por lo mismo.

—Toma —dijo Tricia al acercarse y darme un pañuelo negro para sellar mi herida.

—Gracias...

Cubrí el corte. Me ardía mucho, pero era aguantable.

—Ahora bien, ya que somos cercanos y te he mostrado mi confianza, tienes que cooperar sin miedo. ¿Sí? —sugirió.

—Sí —afirmé de nuevo.

Tenía miedo, pero tenía que seguir con esto. Ya no había vuelta atrás. Caminamos de regreso hacia el auto y, antes de irnos, volteé a ver hacia atrás. La huella que dejé se veía hermosa y solitaria, pero se complementaba con las otras.

Una vez en el coche, Tricia tomó una bolsa negra de tela y me la tendió.

—Ponte esto —pidió—. En la cabeza.

—¿Por qué? —interrogué.

—No puedes saber a dónde te llevaremos —explicó—. No es seguro para ninguno de nosotros que lo sepas.

—No le diré a nadie, rompiste mi celular —refuté.

—¿Qué pasa si te secuestran y te torturan para decir dónde nos encontramos nosotros? Sonnet, esto ya no es un juego. No lo estás viendo desde una pantalla en la computadora, lo estás viviendo en carne propia y, si nos ayudas, te ayudaremos. —Sus palabras tenían mucha razón —. Aquí afuera cada acción tiene su consecuencia.

—Está bien... —accedí; debía participar en su juego de alianzas—. Tricia, confío en ti. No me decepciones, por favor.

Jael apuntó su arma hacia mí. Entendí que debía ganarme su confianza, no podía tener tanta presión encima.

—Jael, no es necesario. Tranquilo. —Tricia bajó el revólver con su mano.

—Como sea. —Jael rio—. Vamos ya, ponte eso.

Puse la bolsa de tela en mi cabeza. Tricia hizo el asiento hacia atrás para que las personas de la calle no me pudieran ver. Podía percibir a Bucker. Olía ligeramente a sudor y a un desodorante de terrible calidad. Jael hedía a colonia barata fresca, era casi como su personalidad.

Escuché el sonido de un celular.

—Hmm... adivinen quién es. —Tricia habló.

—¿No es peligroso que tú también tengas un celular?

—Este teléfono es muy viejo, no se lo puede rastrear, es casi obsoleto —rio Tricia—. Ahora... ¿Le contesto o no? ¿Qué dicen?

—Quiero ver qué tan ardida está. —Jael soltó una carcajada—. Contesta.

—¿Hola? —contestó Tricia con cierto tono de risa en su voz. Estaba emocionada.

—¿Tricia? —preguntó Alice—. Hola...

—¿Qué pasó? —consultó Tricia.

—Umm... solo quería saber si lograste ver a Sonnet —interrogó, casual.

—¡Claro que sí, amiga! —exclamó Tricia, copiándole a Alice sus expresiones—. Aquí lo tengo.

—Oh, qué bien. Felicidades entonces... suerte con él —habló.

—Suerte a ti también, perra. —Tricia colgó.

—¡Oh! —gritó Jael—. Tienes agallas, Tricia.

—Alice no es nada comparada a nosotros. ¿Cierto? —preguntó entre risas.

—Claro que no —aseguró Bucker y apoyó a Tricia. Ellos emanaban una muy buena actitud. Se notaba que eran buenos amigos a pesar de ser oscuros y extraños.

Una de las reglas del desfile macabro: Hay dos tipos de modelos. Secuestrados, o voluntarios. ¿Cuántas personas estarían tan enfermas o desesperadas para ser voluntarias?

capítulo 40

Sentimientos turbios



Después de unos diez minutos de manejar, llegamos al destino.

—Quédate quieto, amigo —habló Jael. Podía sentir el revólver en mi costilla.

Las puertas de Bucker y Tricia se abrieron. Escuché los tacones bajos de la chica contra el cemento de la calle. Pronto, se acercó a mi puerta, y la abrió.

—No te puedes quitar la bolsa hasta que lleguemos a la habitación —explicó y me ayudó a bajar.

Intenté sentir todo lo posible de mis alrededores. Era un espacio abierto y el viento fluía. Tropecé con unas gradas y escuché que un viejo portón se abría frente a mí. Seguí caminando y subí por las escaleras no tan pronunciadas. Caminamos unos diez metros más y oí que Tricia sacó unas llaves.

Bucker y Jael cerraron las puertas del auto y el portón detrás de nosotros. Escuché sus pasos al acercarse mientras la chica abría una puerta de madera que soltó un chillido. Sonó la activación de algún tipo de alarma y, antes de que sonara la sirena, ella presionó unos botones para desactivarla.

Entré a la casa al ser empujado por Bucker, el piso se sentía liso y sin textura. Caminamos por unos pasillos hasta que alguien abrió una puerta. El olor era interesante. No estábamos en una casa vieja y el aire no estaba cargado. El edificio era actual o eso percibí.

Entramos a la habitación.

—Ya te puedes quitar eso —mencionó Tricia.

Me quité la bolsa y pude ver que estábamos en una habitación intrigante. Había una silla metálica muy moderna en el centro además de varios instrumentos de operaciones. Me sentía intimidado. Reflexioné una vez más sobre lo que estaría por vivir. Había luces led largas y rectangulares a lo largo de las grises paredes.

El piso era blanco y todo se veía muy limpio. Había cierto nivel de contraste con mis secuestradores.

—Aquí será donde te transformaremos —explicó Tricia—. Limpio, para que no te infectes.

—¿Qué me van a hacer? —cuestioné.

—Ya tenemos todo planeado. No te preocupes. —Tricia caminó por el lugar—. Si cooperas, nada saldrá mal.

—Ven. —Jael ordenó. Bucker había desaparecido. Volteé a ver hacia atrás. La puerta por la que había entrado era roja y, al final de la habitación, se encontraba otra de color negro—. No salgas hacia la puerta roja. Ahí afuera estarás en peligro y, como habrás notado, Alice buscará eliminar a quien sea. Sin embargo, podrás venir con nosotros por la negra.

—Entiendo... —dije mientras observaba la puerta roja con cautela.

Tricia nos siguió. Al abrir la puerta negra, observé que había un pasillo corto y dos puertas más, ambas también de color negro. Jael abrió la de la derecha y, lo que vi, me sorprendió.

Había una sala de estar donde todo era de color negro. El piso, los sillones y las cortinas eran del mismo tono opaco. Bucker se encontraba leyendo un libro en unos de los sofás. Además, me fijé una radio en la cual sobaba una canción de **rock** a volumen considerablemente alto.

—Aquí puedes pasar el tiempo —dijo Tricia y señaló las

instalaciones—. Es un lugar cómodo.

—¿Qué es esto? —interrogué, no podía asimilar todo lo que ocurría.

—Después te explicaré. Primero, ponte cómodo. Puedes dormir hoy en ese sillón. ¿Alice te dijo que trajeras algo dulce? —Tricia ordenó algunos libros y los colocó en la estantería.

—Sí. —Saqué las galletas de mi bolso.

—Bien. No las comas todavía —pidió—. Puedes poner el maletín ahí. Dormirás en ese sitio. Yo tengo que irme un rato, pero luego vendré.

—Está bien… —Me sentía muy intimidado.

Me senté en la otra esquina del sillón en el cual Bucker, concentrado, seguía leyendo. Jael se sentó entre nosotros. Sus oscuros ojos me seguían. Luego de un minuto de observarme, habló.

—¿Por qué accediste? —interrogó tras levantar una ceja y cruzar sus brazos. Puso sus pies sobre una mesita.

—Porque quiero ver a mi amiga, Lyra —confesé—. Un tal Duke la secuestró y quiero sacarla de esto.

—Duke Cornet, sí… ¡Ese estúpido onírico! Dicen que es de las peores escorias de la calle. —Jael soltó una risa—. Esa es una extraña razón para meterte en todo esto —Vio hacia el techo—. ¿Qué planeas hacer al ver a tu amiga ahí?

—Eso lo pensaré conforme me acerqué más a ella —concluí.

—Bien, suena bien, pero ¿qué pasa si ella no sobrevive a su transformación? —No apartaba su mirada—. ¿Te hiciste ya estas preguntas?

—Claro que sobrevivirá.

Cerré mis puños y tensé mi mandíbula.

—Hmm… ¿Y si tú no sobrevives? —preguntó con una sonrisa.

—Si no sobrevivo, ustedes no ganarán. No son tan estúpidos para dejar que eso pase, ¿no? —aclaré, molesto.

—Eh, en eso tiene razón. —Bucker se rio mientras me señalaba.

Tricia entró a la habitación.

—Bucker, Jael, pueden irse. Esta noche me quedaré yo acá. A partir de mañana, nos turnaremos.

—¿Segura? —preguntó Bucker al cerrar el libro. Vi que se llamaba **Wendy y Alex**, y me percaté de que la portada tenía símbolos interesantes, entre ellos, una guitarra y un violín —. Si te aburres, lee. Te nutre.

Bucker y Jael salieron. Pude escuchar sus voces en el pasillo.

—¿Te llevo a casa? —preguntó Bucker—. ¿O te defenderás con ese arma? Los oníricos andan más locos que nunca por las calles.

—Oh, vamos... ¿Los oníricos? Esos estarán muertos si intentan algo contra mí. De todos modos, no quiero caminar, llévame.

Sus voces se perdieron al atravesar los pasillos y Tricia cerró la puerta de la habitación en la que nos encontrábamos.

—Si necesitas ir al baño, puedes acudir al que está en la sala de transformación —anunció.

—Está bien —dije e hicimos silencio. Vi hacia la alfombra que tenía suaves texturas—. Entonces... ¿me explicarás lo que harán conmigo?

—No urge que lo sepas en este momento, pero por ahora requeriremos de tu ayuda para algunas cosas más —explicó —. Ten algo en mente, podemos precisar de ti para ganar, pero tú nos necesitas para ver a tu amiga.

—¿Quién te habló sobre ella? —cuestioné, molesto

—Alice, por supuesto —confesó—. Siempre quise tener a

un modelo voluntario en vez de a uno secuestrado. De esa manera, el pacto es puro.

—¡Alice...! —me enervé.

—Como decía, lo menos que desearía es que no quieras cooperar y que tengamos que matarte. No nos traicionarás, ¿cierto, Sonnet? Eres inteligente... —Tricia se sentó. Puso sus pies en una mesa cerca de nosotros.

—¿Qué necesitas de mí? ¿Qué necesitas, además de la transformación? —interrogué.

—Todavía no estoy segura de si te necesitaremos para algo aparte de la transformación, pero en caso de que lo hagamos, no puedes retroceder con esta decisión —aclaró. Miró a sus uñas negras, las cuales reflejaban los alrededores.

—Ayudaré —confirmé, pensativo.

—¿Qué hora es? —preguntó. Me fijé en el reloj de mi muñeca.

—Once —respondí.

—Ya puedes comer eso —anunció—. Disfruta... es lo último de ese estilo de comida que ingerirás en algún tiempo.

—¿De qué hablas? —pregunté al levantar una ceja.

—Para la transformación es necesario que lleves un tipo de dieta especial. Claro, no te mataremos de hambre ni nada de eso, solo no podrás comer dulces como ese que tienes en la mano. Esto de las galletas fue un buen gesto que hice para que sintieras que tuviste un... «cierre» ante las comidas que usualmente consumimos —explicó—. Eso es todo.

Tomé un mordisco. La ansiedad se empezaba a acentuar. ¿Qué tipo de dieta me obligarían a llevar?

—¿Cómo está tu herida? —consultó al observarme.

—Bien... supongo. —La destapé. Era una apertura

perfecta y limpia; la sangre había dejado de salir.

Ella se acercó un poco:

—Perfecta. —Ella mostró una sonrisa honesta—. Dame el pañuelo.

Lo tomó y sacó uno nuevo. Sostuvo mi mano de manera delicada. Pude sentir su suave y ligero toque, y su profunda mirada sobre mí. Cubrió mi mano con la tela limpia y la envolvió con cuidado.

—Para mañana estará mejor —aseguró al mirarme a los ojos—. Todo se pondrá mejor, lo sé.

—¿Quiénes son los oníricos? —cuestioné.

—¿No sabes? —rio—. Son unos imbéciles que piensan que dominan las calles de la ciudad. Después te contaré más sobre ellos, ya es hora de dormir. Un día de estos, compraré algo para que estemos comunicados en caso de que algo suceda. No salgas de aquí hoy, mañana te mostraré el resto del lugar.

¿Cuál era la mejor manera de ganar la confianza de tu modelo?
¿Obligarlo a que te ayudara a transformarlo o tratarlo bien sin que supiera lo que le esperaba?
¿Qué método traería menos sufrimiento?

capítulo 41

Insensible



Julie me arrastra hacia el almacén. A pesar de luchar con todo lo que tengo, no es suficiente. Siento que las rocas del suelo raspan mis piernas con agresividad. Intento golpearla, pero ella me proporciona un golpe de vuelta. Estoy muy débil, no puedo seguir luchando.

Duke camina hacia el auto.

—Voy a sacar todo. ¿Puedes meterla al sótano? —pregunta, su figura es terrorífica. Está bañado en sangre y el cuerpo del muchacho sigue en el piso.

—¡Eso intento, Duke!

Ella sigue forcejeando contra mí. No logro comprenderla. ¡Está dispuesta a ayudar a Duke, incluso, luego de ver las atrocidades que ha cometido!

—¡Por favor, Julie! —exclamo entre llantos. El polvo que he tragado hace que mi boca se seque y que mis labios se terminen de partir.

—¡Cállate! —ordena. Me levanta y me mueve de nuevo. Esta vez, me ayudo con mis débiles piernas; no quiero sufrir más en esta batalla perdida.

Entramos al almacén. Es un lugar muy amplio y está desordenado. Caminamos a lo largo del lugar en donde hay muchos productos guardados, listos para distribuir.

Siento las piernas calientes. Veo hacia abajo y noto que están sangrando demasiado al igual que mis brazos. Tengo piedras pequeñas incrustadas en todo el cuerpo.

Llegamos al fondo del lugar, en donde hay una pequeña puerta. Asumo que ese es mi destino.

—Vamos. —Ella me empuja y sostiene la puerta con la otra mano.

Veo las escaleras y recuerdo cuando bajé las escaleras con Duke la primera vez, en aquella otra casa. Retrocedo de forma involuntaria, no quiero entrar ahí. Puedo sentir la presión que hace Julie contra mi cuerpo, pero no puedo dejar que me meta ahí, las probabilidades de que logre salir serán casi nulas. No puedo aguantar mucho y mi agresora es impaciente.

—¡Que te muevas! —replica y me empuja por las escaleras.

Con cada escalón que siento que golpea mi cuerpo, pierdo un poco más de esperanza. Siento los choques en mis brazos, en mis piernas y en mi cabeza. Llego al suelo, llena de dolor. Veo hacia el techo y una lágrima causa un cosquilleo por mi mejilla hasta que se disuelve al llegar a mi oreja.

Cierro los ojos con fuerza. Me falta el aire, sé que es mi fin.

Escucho que Julie baja las escaleras. El sótano es un poco más grande que el del tío de Duke. Veo que hay un viejo sillón, una mesa y varias cajas con productos comestibles a

medio abrir. Ella toma una silla de metal exactamente igual a la que Duke utilizó para tenerme amarrada.

Más tarde, él baja por las escaleras con una bolsa llena y su computadora en el otro brazo. Julie me intenta levantar del suelo, pero ya no tengo fuerzas... Es como si fuera de trapo.

El dolor es demasiado que me cuesta mucho trabajo mantenerme despierta. No puedo hablar, es imposible moverme y las lágrimas siguen bajando junto a la sangre de mis brazos y de mis piernas.

—¿Por qué está así? —pregunta él al acercarse a mi cara —. ¿Qué pasó?

—Se cayó por las escaleras. Puso mucha resistencia. — Julie me suelta el brazo y este cae como si yo estuviera muerta.

—No importa...

Él vuelve a lo suyo y pone las cosas en el sillón. Después, entre ambos me levantan y me ponen en la silla. Duke saca de la bolsa blanca la misma cuerda que ya utilizó y, juntos, me amarran. Ya no me importa nada. Incluso tener los ojos abiertos me duele, tengo miedo de perder la consciencia de nuevo.

«¿Qué más da?», pienso.

—Bueno, vamos a ver... —dice él al sentarse en el sillón—. Tengo que ir a encargarme de ese cuerpo que sigue tirado y también el del auto.

—Apúrate. —Julie ve su celular—. No quiero problemas. Toma la manguera que está afuera y limpia ese desastre de sangre que hiciste.

—Bien. —Duke la ve y tarda unos segundos en hablar—. Gracias por todo, de nuevo.

—Apúrate... nada más, apúrate. —Ella habla de forma preocupada y directa. Duke sube las escaleras de dos en

dos, como siempre.

Julie trae una silla. La pone frente a mí. Camina hacia una de las cajas y toma una soda. Se sienta y la abre.

—Perdón por eso —se disculpa—. Me siento mal por ti...

—Ayúdame entonces... —suplico—. Llama a la policía... ¡No dejes que él me haga esto! ¡Por favor!

—No puedo hacerlo. —Ella toma un trago—. No puedo, lo siento.

—¡Julie! —grito, desesperada. ¡Tengo que encontrar su lado piadoso! Tengo que lograr que me ayude—. ¡Él solo te está usando! ¿No lo ves?

—No soy estúpida. Claro que lo sé. Sé muy bien con quién estoy tratando... —Ella suspira—. No estás en mi posición. No sabes nada de él ni de mí. No entiendes por lo que hemos pasado. Además, yo también podré usarlo en el futuro.

Ella me da un poco de su gaseosa. Puedo sentir que el azúcar me da fuerzas y siento que mis labios partidos arden por el contacto con el líquido.

—Él me va a matar —sentencio con la voz ahogada—. Él me va a matar... y eres alguien que pudo haberlo evitado. ¡Eres alguien que puede evitarlo! Tienes la oportunidad, Julie, no hiciste nada por el momento. Eres solo una testigo. Duke te buscará y te matará cuando me mate. No querrá que nadie sepa lo que ha hecho.

Ella se levanta, caminando a los alrededores.

—Silencio, por favor. —Pone su mano en la barbilla.

—Me secuestró, me quiere cambiar el cuerpo. Me va a mutilar... —No sé qué más decir. ¡¿Con todo eso no es suficiente?!

—No sabes de lo que hablas. Si le sirves, no te hará daño. Así funciona él. —Me ve directo a los ojos—. Sufrirás, pero ese no es mi problema. ¿Qué hubiera sucedido si no te

hubiera sacado del otro sótano? Yo no sabría de esto.

—Ahora lo sabes. Eres responsable de todo lo que me pase aquí, en tu propiedad, Julie.

Ya no me quedan fuerzas para discutir... estoy muy cansada.

—No escucharé más estas tonterías. Si bien no tengo razones para ayudarlo, tengo menos para hacerlo por ti. ¿Juzgarás mis decisiones? ¿Quién te crees? No me conoces, chica, y yo tampoco a ti. A veces pienso que el destino es inevitable, lo ha confirmado en otras ocasiones de mi vida. ¿Qué te hace pensar que eres especial? Puedes decírmelo, adelante. —Ella me ve de pies a cabeza—. Te ves como todas esas típicas estúpidas que creen que por ser de un barrio de esos, con casas lujosas, y que por ir a una buena escuela secundaria y tener un futuro asegurado, se creen más que otros. Me das asco.

Es peligrosa y su rencor es latente. No puedo seguir intentando dialogar y menos ahora que se ha puesto a la defensiva. No debería agitarla más, no sé qué tan violenta pueda llegar a ser.

—Voy a esperar a que Duke haga lo que tenga que hacer contigo y, luego, ambos se irán de aquí —anuncia—. Lamento que te haya tocado a ti, pero así es la vida.

Ella sube por las escaleras.

—Espero que no hagas ruido. Aunque sea la única que te puede escuchar, es muy molesto.

Acto seguido, cierra la puerta.

La indiferencia de Julie sería mi peor enemigo...
¿El pasado de las personas justificaba el
comportamiento en el futuro?
¿Acaso el destino estaba sellado?

capítulo 42

Transformación definitiva



Salgo del sótano de Julie. Me he quedado algo inquieto al ver a Lyra ensangrentada y dañada a causa de tantos raspones y moretones. El cristal en su cara se ve bien, pero estaba sangrando por el orificio. Julie la ha lastimado mucho, y eso no se verá bien en el desfile.

Camino hacia la salida. El cuerpo del chico sigue en el suelo.

—Qué desorden... —digo. El charco de sangre es grande y mi ropa está manchada.

Sin pensarlo dos veces, arrastro el cuerpo hacia el auto. El sol está pegando directo, el calor es sofocante. Siento el sudor bajar por mi frente y la camisa está todavía mojada por la sangre. Limpio mi frente, mi antebrazo está manchado de rojo. Estoy más sucio de lo que pensé.

Tomo al muchacho y lo meto en el auto. Tendré que quemarlo y para eso necesito algunos insumos. Regreso al almacén.

Julie se encuentra en una pequeña oficina y está llorando.

—Julie. —Me acerco.

—Quiero creer en ti... —ella se limpia las lágrimas—, pero me la pones tan difícil...

—No tengo manera de corregir el pasado —hablo con seriedad y suspiro—. No tengo nada en este instante para darle a alguien. ¿Qué te puede dar más seguridad en este momento?

—Nunca me quisiste. ¿Cierto? —Ella se levanta y

acomoda algunos adornos—. ¿Qué hay de Natalia?

—¿Qué tiene que ver Natalia con esto? —cuestiono al alzar la voz—. Eso fue hace años. ¿Debería preocuparme porque hagas algo mal?

—No quiero terminar como ella —sentencia, ha dejado de llorar—. Eso es todo. Mis esperanzas contigo murieron hace mucho, aunque todavía quiero creerte.

—Creo que luego de aquella vez, no puedo arriesgarte a otra traición —aseguro—. De mi parte, que soy quien tiene todo que perder, te prometo que esta vez te voy a proteger.

—No necesito protección —aclara tras recuperar su fuerte postura—. Necesito, de todo corazón, volver a creer en alguien y no me importa que no sea de manera romántica… solo quiero creer y tener confianza.

—Puedes creer en mí —hablo—. No fallaré esta vez.

Ella se acerca.

—Sé que no te gusta el contacto físico, eso lo tengo claro desde hace bastante tiempo, pero quisiera un abrazo, como cuando estábamos juntos. ¿Recuerdas? ¿Crees que fuiste feliz conmigo? ¿Aunque sea un poco?

Sus ojos brillan y, al parecer, no le importa la sangre. Nos abrazamos.

—No puedo sostener mis máscaras contigo. La felicidad ha sido una búsqueda en la que me he dado por vencido, pero el propósito por el que existo es más que el buscar ese concepto. Me sentí cómodo contigo en aquellos tiempos, sí —suspiro—. Pero dejé de sentir la verdadera felicidad hace mucho.

—Eso me basta por ahora. —Se aleja—. ¿Qué necesitas?

—Necesito gasolina —respondo—. Tengo que encargarme de los pendientes.

—Allá. —Julie señala una esquina en donde hay un recipiente con el líquido. La tomo y salgo del galpón.

Afuera, limpio la sangre con agua antes de que termine de coagular. El olor es intenso y lavar el piso me toma unos diez minutos.

Luego entro en el auto. El olor a sangre es muy fuerte y el estar encerrado con ambos cuerpos es inquietante. Puedo sentir el fúnebre silencio de la nada.

Después de algunos kilómetros, llego a un lote baldío. Lleno todo con la gasolina y lo enciendo con un fósforo. Observo las llamas consumir el vehículo con agresividad. Ambos cuerpos se incineran con lentitud y me siento algo extraño.

Sé en mi corazón que no tengo retorno y que no hay nada que pueda hacer para cambiar mi pasado. ¿Por ese motivo ya no me importa lo que suceda? ¿Acaso me dejó de importar en algún momento?

Julie habló sobre Natalia, sobre mi pasado con ella. Sabía que la conocía, pero si entendía en el lugar en el que había terminado Natalia y si suponía que había sido mi culpa, ¿por qué decidió continuar con todo?

Me duele el estómago de pensar en aquellos años, en mi adolescencia atropellada por las máscaras de la actuación y en la transpiración de mis primeras experiencias con la calle, con las personas reales, con los tiburones y con la máscara blanca que bailaba al son de la noche.

Estoy algo lejos de donde está Julie y, aunque el incendio del auto llame la atención, no hay otra manera de lograr deshacerme de todo. Es cuestión de tiempo antes de que llegue la policía y siga recaudando pistas sobre mi paradero.

Empiezo a caminar hacia la casa de Jerry. Quiero bañarme y cambiarme de ropa. Me veo terrible, mi vestimenta se ha vuelto del mismo color por la sangre que se ha secado. Con el sudor me termino de limpiar la cara y

la seco con mi camisa. Camino por el centro de Ciudad Onírica hasta que algo llama mi atención.

Hay unos inadaptados sociales caminando por ahí. Son una chica «gótica», un flacucho emo y un tipo musculoso que lleva un gorro rojo. Antes de seguir, me doy cuenta del lugar en el que estoy: ¡es su territorio! Los desvaríos han tomado cierta parte de la ciudad y, en caso de que sepan que soy un onírico, me cortarán el cuello.

Logro pasar sin altercado alguno y llego a mi destino con éxito, más al norte del centro. Presiono el timbre y mi amigo se asoma por la ventana. Su casa no es muy bonita, pero es lo que ha logrado conseguir. Además, cuida y saca adelante a todos sus hermanos.

—¿Qué mierda haces aquí? —cuestiona al caminar hacia mí. Me toma de la camisa y me empuja hacia el interior.

—Hola. —Camino hacia su dormitorio—. Nada más necesito cambiarme de ropa y me iré.

—Estás lleno de sangre. ¡¿Qué te pasa?! ¡Dime qué te pasa! Estás volviéndote loco —vocifera, enfurecido.

—Estoy bien, Jerry.

Busco en sus cosas. Tomo una camisa y un pantalón.

—¿Qué hiciste...? —pregunta al verme de arriba abajo—. Estás haciendo cosas despreciables. Estoy seguro de que mataste a alguien.

—¿Eso en qué te afecta? —interrogo y suelto una risa sarcástica—. ¿Qué te molesta?

—No vengas a actuar y decir que estás solo en el mundo, de que eres un incomprendido, de que nadie te entiende. —Jerry me empuja hacia la pared—. Sé muy bien quién eres y sé que tienes salvación, imbécil. ¿Por qué no puedes verlo tú también?

—Eso no existe, pero gracias. —Le quito su mano con furia—. Me tengo que ir.

—Algo está pasando con los desvaríos —revela—. Los oníricos estamos perdiendo poder en las calles. ¡Son como una plaga! Un pleito enorme está por suceder.

—Los oníricos mandamos en este lugar. Los desvaríos no son tan poderosos como dicen, es puro ruido y rumores. Como sea —chasqueo la lengua—, cuídate tú también, Jerry.

Decido no prestarle atención al asunto de los bandos. Es algo que me tiene sin cuidado. Los desvaríos no son más que unas escorias parasitarias que no duran mucho en los puntos importantes de venta por la agresividad con la que los oníricos protegemos los lugares.

Camino rápidamente conforme el atardecer se empieza a pronunciar. Pido un taxi para llegar más rápido al destino, no creo que alguien me reconozca, la noticia todavía es algo reciente.

Llego al almacén y abro la puerta. Julie ha pedido comida rápida china.

—Ya le di de comer y ya fue al baño —informa Julie—. Yo me largo de aquí, tengo cosas que hacer.

—Gracias.

Arqueo una sonrisa y tomo un bocado.

—Adiós. —Ella se queda en la puerta, viéndome. Sus ojos quieren decir algo, pero ella no lo pronuncia. Es igual de sentimental que siempre, pero también igual de orgullosa —. Cuídate.

—Nos vemos. —Julie cierra la puerta.

Camino hacia el sótano. Veo que Lyra está dormida. Busco la bolsa y saco los instrumentos. Me quedo quieto y la observo mientras pienso qué podría hacer. La pintura de la cara se ve medio extraña, es como si tuviera la piel sucia.

Ella despierta.

—Ya hice todo lo que tenía pendiente —anuncio y me

siento frente a ella. Apoyo una pierna en el piso y la otra en la parte baja de la silla.

—Eres un monstruo... —pronuncia. Tiene los ojos vidriosos y rojos. Los tiene entreabiertos; se ve terrible.

Me muevo hacia ella. Sostengo sus mejillas con una mano y me acerco aún más a su cara.

—No me llames monstruo, Lyra. No he hecho nada injustificable aquí, nunca. —La suelto con agresividad.

—¡Perdí la cuenta de a cuántos has matado! —exclama.

—No me obligues a hacer algo que no quiero. —Alzo la voz—. No te conviene gritarme, no más.

—Sonnet... —susurra al ver hacia el suelo.

—¿Qué? —rio—. ¿Sonnet?

—Sonnet te va a encontrar. —Tiene la voz temblorosa—. Lo sé.

—Gracioso. Es la primera vez que lo mencionas, aparte de cuando estuvo en casa de mi tío. —Me siento de nuevo—. ¿Por qué?

—No es necesario mencionar algo que siempre está ahí y que siempre lo estará. Él me encontrará... yo haría lo que fuera por él si se encontrara en esta situación; sé que vendrá. —Está retomando fuerzas—. Tengo la certeza de que así será.

—Si él viene, va a morir, Lyra. —Sonrío—. Así que, yo que tú esperaría a que no lo haga.

—Serina también. Ellos vendrán y te destruirán por completo. —Lyra se incorpora en la silla—. No me abandonarán.

—Ya deambulaste suficiente. Aquí estamos para una única cosa y es para alistarnos para el desfile. ¿Qué podré hacer?

Recorro el sótano, pensando. Observo cajas viejas y llego a una pequeña despensa. Ahí hay algo que me ilumina por completo. Sonrío ambiciosamente. Está quieta, sentada, y

me observa a los ojos sin expresión alguna. Su nuca está floja, es como si estuviera muerta, pero es hermosa al mismo tiempo. Me veo reflejado en sus ojos cafés, puestos a la perfección, y soy testigo de su hermoso silencio involuntario, irrompible.

La tomo. Se siente muy suave. Su cabello es castaño oscuro al igual que el de Lyra. Su boca está cosida y sus ojitos de botón son hermosos. ¡Es una muñequita de trapo!

—¡Ya tengo tu transformación definitiva! —exclamo, emocionado—. ¡Mira!

Ella está callada, congelada.

—No me hagas nada, por favor —suplica.

—¡Tú me ayudarás! ¿Recuerdas? Nada de esto te dolerá y no morirás, como Quinn —explico—. Tenemos que averiguar juntos cómo coser la boca... ¿cómo crees que puedas comer con ella?

—¡Aléjate! —grita.

—Ya lo experimentaremos. Como sea, tenemos que movernos rápido porque la fecha del desfile se acerca —anuncio.

Una muñeca de trapo. Ese sería mi destino definitivo a partir de ahora.

¿Qué atrocidades sufriría hasta que mi metamorfosis estuviera completa?

capítulo 43

Los casos de Steiner



Estaba esperando fuera de la estación de radio. La madre de Lyra había dado su mensaje. Ambos padres estaban destruidos y salieron juntos del lugar. La mujer se dirigió hacia mí.

—Agente Steiner —sollozó—. Por favor, encuentre a mi hija.

—Estamos haciendo todo lo posible —aseguré—. Yo... me voy a esforzar al máximo por encontrar a Lyra y a Quinn. Por el momento, sabemos que Duke la tiene viva. Eso es lo más importante ahora mismo.

No podía hablar mucho de Vincent, la culpa me seguía carcomiendo. La debilidad de no tenerlo a mi lado era evidente. Mi más fiel compañero estaba en las garras de algún desconocido, si es que no se encontraba muerto. ¿Cómo afrontar una incertidumbre tan ácida? ¿Cómo dormir sin saber si alguien está vivo o muerto?

—¿Qué podemos hacer para ayudar con esto? —Su padre me miraba atento. Noté que sus ojeras eran enormes y su energía había sido consumida desde la última vez que lo había visto.

—En este momento les pido que mantengan la calma y que descansen. Ante cualquier eventualidad, los necesitaremos fuertes. Recuerden asistir a las citas de terapia psicológica para poder afrontar esta situación de la manera más llevadera posible. Sé que es duro, pero esta investigación está en buenas manos —afirmé—. Los llevaré a casa ahora.

Durante el camino los vi desanimados. La señora lloró y con razones más que justificables.

Luego de dejarlos en su hogar, me dirigí hacia la estación. En mi oficina, tomé la computadora e investigué un rato, pero no pude sacar nada provechoso. Me quedé sentado con la vista perdida y un cigarrillo encendido.

La oficina era oscura, la tarde había estado algo nublada por lo que decidí no encender las luces del lugar. Quería estar solo, reflexionar sobre el caso y hacer anotaciones importantes. Las tenues luces de las afueras, por la puerta que daba hacia el pasillo, se veían interrumpidas por el pasar de las personas que atendían casos, buscaban documentos o recibían llamadas.

Estaba solo, con la silla de Vincent vacía, con sus pertenencias ahí, intactas, esperándolo luego de meses.

¿Cómo yo, el agente que resolvió el caso del Asesino Astral, no podía resolver unos estúpidos secuestros? ¿En quién me podía refugiar ahora? Años después, un solitario y amargo adulto. Jamás esperé terminar así y, a pesar de crear fortalezas que se habían sellado con mi edad, el dolor seguía más presente que nunca.

De repente, un policía se asomó por la puerta.

—Agente Steiner, necesitaremos su ayuda con algo. —Se veía serio, más de lo usual.

Caminamos hacia la sala de reuniones. Ahí se encontraba Robert, el jefe de la policía, discutiendo con varios otros hombres. Muchas radios sonaban a la vez.

—Steiner. Toma asiento. —Señaló—. Está ocurriendo una batalla entre las pandillas de la ciudad en este momento. Se encuentran en el centro, necesitamos atenderlo con la mayor brevedad.

—Entiendo. ¿Cuál es la otra pandilla? He escuchado rumores, pero quisiera asegurarme —respondí.

—Los desvaríos están empezando a combatir, a tomar fuerza. Este es un gran problema. Estábamos logrando dominar a los oníricos, pero con dos bandos... —Robert veía los reportes—. Tenemos que hacer un operativo para desvanecer esto de una vez.

—Los desvaríos... —repetí. Los recuerdos empezaban moverse en mi cabeza. Desde hacía veinticinco años que ellos existían y se habían estado expandiendo.

—Los desvaríos son fáciles de distinguir, visten de púrpura o de negro. Los oníricos, en cambio, siempre van vestidos de rojo —explicó—. Ambos bandos están intentando dominar el mercado de cocaína.

—¿Tenemos apoyo ubicado en el lugar? —cuestioné al recordar a un viejo amigo, uno que, en aquellos tiempos, decidió unirse a ellos. Jamás entendí sus razones.

—Ya hay varios policías ahí, pero no se enfrentarán hasta que se dé la orden. Ningún bando está atacando civiles, ya fueron evacuados de los alrededores. —Robert se sentó—. Pueden retirarse. El agente Steiner tomará el caso.

—Vamos —ordené.

En parejas tomamos los autos y activamos las sirenas. Teníamos nuestro chaleco antibalas y las armas cargadas ante cualquier eventualidad.

—Todos a sus posiciones respectivas, apaguen las sirenas cuando se encuentren cerca —hablé por la radio.

Empezamos a escuchar balazos a lo lejos.

La formación fue efectiva. Los rodeamos sin que se dieran cuenta. Caminamos lentamente en formación mientras que os gritos que emergían del pleito se hacían escuchar.

—¡Lárguense de aquí de una vez! —exclamó un chico vestido de rojo con una navaja en la mano. El muchacho que estaba frente a él vestía como un desvarío.

—¿Una navaja? ¿En serio? —se mofó el de negro—.

Adáptate.

Sacó un revólver y le disparó al de rojo en el pecho sin pensarlo dos veces.

La balacera empezó. Había cinco oníricos ocultos debajo de unos árboles. Los desvaríos eran más y estaban refugiados detrás de unos contenedores de basura.

—Esperen a que las cosas se calmen. Luego intentaremos algo —avisé.

Observé cómo se desarrollaba la escena: dos muertos más; la adrenalina empezó a activarse.

El fuego paró luego de unos minutos. Se quedaron sin municiones.

—Lancen granadas de humo. A los que intenten escapar, atrápenlos. ¡Ahora! —ordené.

Las granadas fueron lanzadas. No se dieron cuenta de que estaban siendo emboscados. Empezaron a correr hacia todos lados y sin control. Los policías les dispararon con armas eléctricas para detenerlos y capturarlos. Algunos escaparon con éxito, pero retener a tantos era un logro importante. La información que cargarían sería de mucha utilidad.

Gracias a la ley de Ciudad Onírica, los agentes especiales podíamos traspasar ciertas reglas y éramos capaces de interrogar a cualquier sospechoso sin presencia de un abogado. En casos extremos, el uso de la fuerza era permitido, pero luego se abriría un expediente para realizar un análisis del caso.

Empecé con un onírico mientras caminábamos. Él tenía los ojos rojos y tosía mucho por el gas. Un policía lo tenía sujetado. Era joven y débil, no sería capaz de escapar.

—¿Qué conflictos tienen con los desvaríos? —pregunté, directo.

—Qué te importa, cerdo.

Escupió mi cara. Controlé mis impulsos de destruir su rostro y respiré profundo.

—Dime, ahora. —Saqué mi arma, a la cual le había quitado las municiones.

—¡Eso es ilegal! —exclamó con miedo.

—Bienvenido a Ciudad Onírica. Habla o despídete. —Sostuve mi postura seria.

—¡Está bien! —gritó—. Ellos quieren dominar las calles cerca de...

—¿Cerca de...? —insistí.

—De nuestro jefe —admitió—. Ellos se están acercando a ese lugar y no podemos dejar que eso pase.

—¿Jefe? —Sonreí—. Bien. Llévenselo, tenemos más preguntas por hacerle.

Caminé hacia un desvarío que se veía muy tranquilo. Tenía maquillaje negro.

—¿Por qué vinieron a esta ciudad? —cuestioné.

No dijo nada. No quería verme a los ojos. Lo apunté con el revólver para causar el mismo efecto que antes y encendí un cigarrillo.

—¿Hablarás? —cuestioné al apuntarle. Inhalé y exhalé el humo.

El chico se giró y me vio directo a los ojos.

—Los oníricos son una basura. Vi como aquel tipo te soltó eso, te pudo haber dicho mucho más. Pero nosotros sí somos leales. —Señaló su mano y me mostró una enorme cicatriz.

—¿No dirás nada, entonces? —le di otra oportunidad.

—Mátame. No delataré a mis hermanos —concluyó con desinterés.

Me alejé. Era cierto, entonces. Los desvaríos habían sido así de leales a través de los años.

Por otro lado, también era la primera vez que alguien

hacía referencia al líder de los oníricos, aquella figura multimillonaria que controlaba todo desde las sombras, desde su imperio. El pobre chico iría a la cárcel. Sabía que no tendría información importante sobre él. ¿Por qué? Nadie la tenía. Aquel misterioso personaje sabía cómo hacer sus movimientos y por más que investigáramos sobre sus alianzas, ingresos y conexiones, nunca tuvimos éxito.

En las calles, la situación se ponía cada vez peor, pero...

¿se podía comparar con el infierno que estaba a punto de sufrir?

capítulo 44

Los monstruos sí existen



Estaba solo en mi auto. Le escribí a Sonnet, ya era de noche y mi preocupación me molestaba; él no me había informado sobre su estado desde que hablamos a la mañana. Le había pedido estrictamente que lo hiciera.

Pasaron dos horas y siguió sin responderme. Decidí ir a su casa para revisar que todo estuviera en orden. Llamé a la puerta y su madre abrió.

—Buenas noches. Soy el agente especial Steiner, de la policía de Ciudad Onírica —saludé.

—¿Sí? ¿En qué le puedo ayudar? —consultó, atenta. Era una señora que se veía muy elegante y amigable, pero tenía una mirada triste.

—Estoy buscando a Sonnet. ¿Él se encuentra aquí? Es sobre el caso de Lyra Coppens. Él me está ayudando —expliqué.

—¡Sonnet! —gritó al asomarse hacia adentro. No hubo respuesta—. Espere un momento. ¿Sí?

—Claro. —Ella se adentró en la casa, hacia uno de los dormitorios. Regresó en un minuto.

—Él no se encuentra aquí. Debe estar con su novia, Serina —concluyó—. Cuando regrese, le diré que vino a buscarlo.

—¿Me puede dar la dirección de Serina? Necesito hablar con él de manera urgente y no atiende el teléfono —elaboré.

—Claro. —Ella me dio la información y la apunté en el celular—. Sonnet... no está en problemas, ¿verdad?

—No, señora. Como dije, me está ayudando con el caso. Gracias, buenas noches.

Empecé a irme, pero ella se despidió con la misma expresión tenue de dolor:

—Con gusto... —escuché la lejanía—. Espero que mi hijo pueda ayudar.

Conduje hasta la casa de Serina. La luna estaba llena, iluminando las calles de color azulado. El viento soplaba con suavidad y el sonido de los grillos se hizo presente, junto con el de las hojas de los árboles que se mecían de vez en cuando.

Las calles del vecindario de Serina estaban muy calladas. Me estacioné frente a su casa y noté que la puerta estaba abierta. Mis pasos eran lo único que se escuchaba a los alrededores y el ambiente, desde afuera, se podía sentir, de cierta manera, intimidante. No había luces encendidas.

Caminé hacia la puerta. Encendí mi linterna y me mantuve en la entrada, atento.

—Soy el agente especial Steiner —anuncié—. ¿Se encuentra alguien aquí?

Un silencio contundente dominó la escena. Encendí las luces de la sala.

Había algunas huellas de pies en el suelo, en los sillones y huellas ensangrentadas en las paredes. Era una escena sumamente tétrica. La preocupación crecía con cada detalle encontrado.

—Solicito refuerzos —pedí por la radio—. Mi ubicación es...

—¿Steiner? —habló Robert—. Lo siento, todos los policías se encuentran ocupados. Hay otro pleito entre los oníricos y los desvaríos. Yo tengo que ir a una emergencia también. ¿Puedes hacerlo solo esta vez? Gracias, hablamos más tarde...

La llamada se cortó.

Saqué mi arma de inmediato y apunté hacia el frente. Se suponía que la tuviera apuntando hacia arriba, pero en caso de encontrar a un asesino, no pensaría dos veces en disparar.

Recorrí toda la casa. Había muchísimas huellas llenas de tierra y sangre... pero estaban secas... ¿Hacía cuánto había sucedido el altercado?

—¿Serina? —pregunté—. ¿Sonnet?

No hubo respuesta.

Había unas escaleras que llevaban al segundo piso. Estaban llenas de las mismas huellas.

—¡Serina! —llamé. Tenía los nervios de punta. Sentía mi corazón en el pecho y latía con constancia. La incertidumbre quería hacerme flaquear, pero tenía que controlarme.

Otra vez no hubo respuesta. Empecé a caminar, paso a paso. No había luz en el segundo piso. Mi linterna me apoyaba, aunque el espacio tétrico era más de lo que mi mente podía soportar. Tenía que controlar mi respiración. Había rastros de sangre en las paredes, parecía que alguien hubiera estado jugando con ellas y las hubiera llenado de arriba hacia abajo con las manos manchadas del denso líquido.

El olor me golpeó la nariz. La sangre era fresca…

Mis manos empezaron a temblar. El estar en ese lugar, sin refuerzos, enfrentándome a lo desconocido, me traía recuerdos despreciables. Caminé hacia uno de los dormitorios. Había una cama de color turquesa. La ventana estaba abierta y las cortinas se movían suavemente. No había rastro alguno de violencia en esa habitación.

Seguí las huellas hasta llegar al dormitorio principal: el de los padres. Las huellas se intensificaron y las telas de la

oscuridad, junto con los nervios, hacían que mantener el control fuera difícil. Alumbré con mi linterna y me encontré con un enorme charco de sangre.

Se erizaron todos los pelos de mi cuerpo. Abrí los ojos sin mesura al ver la terrorífica escena que estaba ante mí. ¡No lo podía creer!

El cuerpo estaba casi partido por la mitad. Tenía raspones por todas sus extremidades, además de mordidas muy agresivas. La sangre seguía fluyendo. La muerte había sido realmente violenta. Alumbré un poco más de cerca y la vi.

Ella tenía la mirada perdida. Sus pies estaban llenos de tierra, sangre y suciedad, y su vestimenta lucía completamente ensangrentada. No podía ver siquiera el color original de la misma.

Lágrimas salían de sus ojos. Alumbré a su cara sin dejar de apuntarle con mi revólver. Su cabello estaba despeinado, repleto de nudos, y manchado de rojo. Su cara estaba repleta del líquido, principalmente en el área de su boca: no era la suya. Estaba temblando del frío y, a pesar de ver hacia el frente, no podía distinguir dónde me encontraba.

—Serina —hablé.

Ella reaccionó y abrió los ojos. Lloró con más fuerza y volteó a ver hacia abajo, hacia el cadáver. Se lanzó y lo abrazó.

—¡Oh...! ¡Oh, no! ¡Padre! ¡Padre! —gritaba en medio de un terrible llanto.

Yo estaba congelado en el lugar, casi no podía respirar.

—Serina, aléjate de él, de inmediato —ordené, seguro.

—¡Padre! —gritaba con todas sus fuerzas, lo movía mientras las heridas seguían chorreando.

—Serina, ¡muévete, ahora! —exclamé—. ¡Robert! —llamé con insistencia—. Solicito refuerzos ahora mismo. ¡Y una

ambulancia, ya!

—Los estoy llamando, Steiner —respondió él, por la radio.

Serina se levantó y cayó de rodillas, la sangre la rodeaba mientras veía hacia abajo, hacia su padre. Lloraba sin cesar.

—El... el monstruo ha venido... —titubeó.

—¿Qué monstruo? ¿De qué hablas? —cuestioné, agitado. Tenía que ganar tiempo, mis refuerzos venían de camino.

—Un monstruo... lleno de pelo... ¡con garras y dientes! ¡Él mató a mi padre! —afirmó.

Pronto, en las ventanas se vieron los reflejos rojos y azules de las ambulancias y de la policía. El rostro manchado de Serina se iluminaba junto a su mirada perdida en su confusión nocturna, en su delirio a luna llena.

—Ríndete, Serina —ordené—. ¿Puedes decirme en dónde se encuentra Sonnet?

—¿Sonnet? ¿Dónde está Sonnet? Lo llamé miles de veces... ¡No me contesta! ¡Nunca me contestó! ¡Me abandonó! —gritó al levantar sus manos.

—Steiner. ¿Dónde te encuentras? ¿Qué es esta mierda? —preguntó un oficial por la radio.

—Arriba. Estoy con la muchacha, vengan de inmediato —solicité.

—¡Oficial... no me haga esto! —empezó a delirar—. No fui yo, fue el monstruo quien lo hizo.

—No hables más, Serina. Tendrás un abogado y le hablarás de lo sucedido —expliqué—. Ahora, acércate despacio. Te pondré las esposas, no te haré daño.

—¿Quién lo diría? Tal vez, la única manera de escapar era estar encerrada... —susurró. Una lágrima fue limpiando la sangre conforme bajaba por su mejilla.

—Ven. —Me acerqué. Los oficiales habían llegado, pero se quedaron detrás de la puerta. Estaban impactados ante la

densa atmósfera. ¿Acaso una chica como Serina había sido capaz de hacer esto?

—Él vendrá de nuevo, vendrá por ti y por mí —habló mientras caminaba hacia la cama—. Nos matará a todos si no lo detenemos.

—Serina. Los monstruos no existen —afirmé.

Ella se levantó en un segundo con un cuchillo que había tomado de debajo de la cama. Se abalanzó contra mí.

—¡Los monstruos sí existen! ¡Tú eres uno de ellos! —exclamó y trató de apuñalarme. Forcejeamos por segundos, pero pronto la lancé al suelo, le quité el arma y le puse las esposas. Tenía la cara inclinada contra el piso, sobre el charco de sangre.

Los policías se acercaron:

—No toquen nada y llamen al equipo forense —pedí. Sostenía a Serina en el suelo, ella escupía la sangre con la que tenía contacto.

—Nunca se puede escapar de lo que no se está consciente, agente —soltó una risa tosió la sangre—. Tal vez nadie me crea; pero lo que he visto ha sido tan real como tú en este momento: lleno de sentimientos, lleno de odio y de destrucción. Ha sido tan real, tan tangible, como tus expresiones y las mías, como nuestros gestos, como los pensamientos que se transfiguran a la luz de las luciérnagas. ¡Es real!

Serina fue sacada del lugar en una ambulancia. Tenía muchas heridas en el cuerpo, que supusimos le habría hecho su padre al intentar sobrevivir al ataque. Nadie jamás hubiera esperado que una chica especial como ella hubiera estallado de la manera más cruda...

Los monstruos eran reales y no eran como los mostraban en los cuentos de hadas. Los monstruos caminaban entre nosotros: unos eran temibles y otros mostraban sus mejores sonrisas de amistad a las

demás personas.

capítulo 45

Fúnebre



En la calle, observé a la ambulancia que se llevaba a Serina. El vehículo despareció entre la oscuridad de las tinieblas y me quedé observando hacia el vacío. Pensé e intenté comprender qué era lo que había sucedido.

—Steiner. —Alguien me tocó el hombro.

Era Robert, quien acababa de llegar a la escena junto al equipo forense. Ya habían bloqueado la calle y puesto las tiras amarillas para que nadie alterara el lugar. Las radios sonaban a los alrededores y los oficiales trabajaban de forma eficiente mientras, en otra parte de la ciudad, el conflicto del que me habían hablado estaba siendo controlado.

—Buenas noches.

Me sentía sucio en mi interior al haber visto semejante atrocidad.

—¿Qué se sabe hasta ahora? —preguntó y sacó sus notas.

—Serina es la principal sospechosa, hasta el momento —informé—. La madre ya ha sido contactada y vendrá pronto a ser interrogada. Se encontraba en un viaje de trabajo cuando pasaron los eventos. Serina no ha hecho referencia alguna a ella en todo este tiempo.

—¿Ya apareció el novio de la chica? —cuestionó al repasar los datos.

—No —contesté.

—Él también es sospechoso. Todos pudieron haber sido parte de esto. Además, es una posibilidad que Serina haya ayudado en el secuestro de Lyra. —Hizo referencia—.

Mandé a pedir estudios sobre su condición psiquiátrica, tendrán que analizar la situación los investigadores correspondientes.

—No creo que haya una conexión directa entre Serina y Duke —intuí—. Pero gracias por la observación.

—No se sabe qué alianzas se ocultan entre las sombras, Steiner —aseguró—. De todos modos, gracias por tu trabajo. Con la experiencia que tenemos por el al Asesino Astral, este caso no será tan complicado. Puede que por el momento sea difícil y confuso, pero eventualmente y, con las pruebas y estudios respectivos, se podrá avanzar. Llegaremos al fondo de esto y sabremos en dónde están Quinn, Lyra y Vincent.

—Me retiraré, ahora —anuncié y caminé hacia mi auto.

—Nos vemos.

Robert se dirigió a hablar con varios forenses y yo entré en mi auto. Llamé varias veces a Sonnet; no hubo respuesta. Conduje a su casa y me encontré con una patrulla en el lugar.

Su madre estaba hablando con dos compañeros y lloraba, desesperada.

—¡Steiner! —exclamó y corrió hacia mí—. ¿Dónde está Sonnet? ¡¿Dónde está mi hijo?!

—No lo hemos localizado todavía —confesé.

—Me ha llamado un conocido que vive cerca de la casa de Serina. Me dijo que escuchó gritos y un gran altercado. También ha dicho que ella fue la única en salir de la casa, que estaba llena de sangre y que pudo haber sido otro de los pleitos con su padre —dijo con desesperanza—. ¡Ella es incapaz de hacerle algo malo a alguien!

—En efecto. Hubo un asesinato, pero no podemos decir si ella es culpable o no. Se llevará a cabo todo un proceso —expliqué—. Me voy a retirar, tengo que buscar a Sonnet.

—Por favor, encuéntrelo, agente... —suplicó—. Él es mi vida, es lo único que me queda... Es por él que he trabajado tanto y he salido adelante.

—Haré todo lo que esté a mi alcance —aseguré.

En silencio, me metí al auto y coloqué las manos al volante. Me sentía más impotente que nunca. Vincent, Quinn y Lyra habían desaparecido. Sonnet se había esfumado. Y, además, estaba la situación de Serina con su padre.

Ya no tenía más información útil y ya no aparecía la página del Desfile Macabro. Tampoco podía seguir investigando sobre los oníricos o los desvaríos hasta que no lograran procesar a los delincuentes atrapados. ¡Estaba en un callejón sin salida!

Esa noche, me fui a casa. Fue otra noche sin poder dormir más de una hora y media. La soledad me mataba y la presión en el pecho crecía con el pasar de cada segundo. Siempre había enfocado mis fuerzas en los casos del día a día para evitar el hoyo negro, siempre estaba con Vincent y juntos nos cuidábamos las espaldas de los demonios del pasado...

❁ ❁ ❁

Al día siguiente, se hizo el funeral del padre de Serina. Me mandaron un anuncio horas después de haber sido investigado por los forenses. ¿Por qué el proceso había sido tan rápido?

A Serina se le permitiría ir al funeral a petición de su madre, aunque el juicio todavía no hubiera sido ejecutado.

Esa mañana, asistí al velatorio. Estaba vestido con mi traje negro más fino de todos. Me había arreglado el cabello y me veía bien. Éramos aproximadamente cuarenta personas los que estábamos alrededor del ataúd.

Serina estaba esposada con las manos al frente. Sostenía un papel arrugado y vestía el atuendo negro que le ponían a los sospechosos, temporales y en custodia, de la estación de policía.

La madre de Serina se encontraba al otro extremo de su hija y se podía ver el odio con el que la observaba después de lo sucedido.

La ceremonia empezó y fue, por obvias razones, con el ataúd cerrado. Analicé a todos los presentes para intentar encontrar alguna conexión entre lo sucedido y un posible altercado. Tenía que saber lo que pasaba a mis alrededores si quería avanzar en algún caso de los pendientes.

El organizador del funeral dijo unas palabras sobre la vida y la muerte, y luego preguntó si alguien tenía algunas palabras para despedir al difunto.

—Yo... —dijo Serina al levantar su mirada. Estaba peinada con una cola de caballo y su mirada estaba siendo consumida por la profunda tristeza que dejaba notar.

—No sé si sea apropiado... —respondió el señor, a pesar de que el policía que la sostenía no dejaría que nada sucediera y cuidaría que no se saliera de control.

—No. No lo es. —La madre de Serina la señaló con rencor —. Mi hija... mi hija ha muerto junto a mi esposo. Esa a quienes ustedes ven ahí no es nadie para mí.

—¡Madre! —exclamó Serina, con lágrimas en los ojos—. ¡Yo amé a mi padre, y te sigo amando a ti también!

—¡No puedo más! ¡Llévensela, ahora! —ordenó la esposa. Todos los familiares veían la escena, consternados, y los susurros se hicieron presentes. Empezaron a comentar lo que veían.

—Esta es la historia de una chica llamada Serina... —La chica dijo, llorando, y siendo movida por el oficial.

—¡Cállate! —gritó la mujer y corrió hacia la más joven

para golpearla—. ¡Me arrebataste a mi esposo! ¡Nunca te lo perdonaré! La única razón por la que admití que vinieras fue para honrar la memoria de tu padre, ¡pero lo sigues arruinando todo!

Me acerqué para separarlas. Era suficiente. Serina, entre su llanto, me dio la hoja de papel arrugada.

Después de eso, la metieron en el auto de policía para ser llevada a la estación, donde estaría mientras el proceso avanzaba y el juicio se ejecutaba.

El auto se movió. Ella me veía: fue la primera vez que no pude leer las expresiones de alguien o entender sus razones de actuar. ¿Había sido por su estado mental? ¿Por venganza hacia su padre? ¿Cuál era la razón? Serina era la única y principal sospechosa. Cada prueba sería clave para su destino.

La madre de Serina no paró de llorar en todo el resto de la ceremonia. Las demás personas guardaron silencio hasta el final.

Después de que el cuerpo fue enterrado, empezó a llover. Le di mis condolencias a la mujer, la cual no dijo nada.

Regresé hacia mi auto conforme las pesadas gotas de lluvia caían en mi ropa. El frío empezaba a consumir todo de nuevo y los colores grises y azulados tomaban el control de la atmósfera.

Me acomodé en el asiento con la hoja y la leí.

Steiner se encontraba en un terrible juego en el que descubría pistas y avanzaba; pero luego le eran arrebatadas, se retorcían y se transformaban en nuevas desilusiones.

capítulo 46

Una chica llamada Serina

Esta es la historia de una chica llamada Serina.

Infancia turbia, vivencias felices, amigos imaginarios.

Burlas sobre su realidad. Diferencias a la normalidad, inefable y sonriente.

Amigos de falsedad, búsqueda de diferencias indiferentes, golpes sin ser físicos.

Triste juventud, visiones de Júpiter, Saturno, Marte, y la luna brillando en todo su esplendor.

Alma pura y decadente. Hablar de aquello que no existió, de aquello que se palpó; hablar sin sentido de ello.

Serina logró pasar a través de la secundaria.

Vívidas experiencias de azotes psíquicos. Amor nublado, máscaras nacaradas, abrazos de yeso, profesores que no sabían de la vida, secretos inconclusos partidos en piedra de ónix eterno.

Chica tranquila, corazón mallugado y brillante, tibia pasión ferviente. Guardar los abusos en mi corazón, con una llave de silencio, encriptada con amor.

Amor inequívoco: adornos de pastillas, detalles de pastillas, mejora de pastillas, locura no imaginaria... y aquellos siguieron ahí, presentes, con cada día del pasado o del futuro.

Escuchar a mis padres susurrar palabras de arena, con vientos del más recóndito paisaje donde una vez quise escapar de la realidad. Errores estúpidos, no de muerte, pero de vida y continuaciones.

Errores como el disfrute inherente, inconsciente, inocente.

«Amor»: palabra ambigua, roces externos a la burbuja protectora de aquellas figuras colgadas en la pared. Acción imposible, idea retorcida, codependencia

externalizada.

«Lyra»: admiración constipada de tranquilidad excesiva. De quien mantiene el control en las pruebas difíciles, y de quien sonríe ante la adversidad retorcida de las injusticias, de las confusiones y de aquello que se prometió alguna vez.

«Sonnet»: ojos tristes. El estar presente en el corazón fracturado en una noche de verano. Partida en un barco lejano, con vistas al atardecer, al océano, al alma en trizas, y a levantarse y caminar.

Enmendar el corazón con gente de confianza, de deseos, de futuro, del todo mejorará, del esperemos aquí un rato más.

Problemas internos continuados. Cocteles de medicamentos de extraña procedencia, colores como fogatas del inframundo, mareos y...

No aguanto más, quiero irme de aquí, no estoy a salvo.

Sacar lo mejor de la situación, comprender el pasado sin hacerlo. Amigos intocables, extraños, existentes, innombrables, bondadosos. Energías positivas y crecientes.

Sentir el odio a través de aquellos seres mágicos, proyecciones del mundo difuminadas en deseos, confusión sin duda alguna y la presión en el pecho.

Odio que pide algo a cambio. Energía succionadora del bien, oasis de negatividad subjetiva pulverizada en estrellas negras.

Mejor amiga desaparecida, novio en constante incógnita.

¿Qué será de aquella alma solitaria sin soporte bendito, sin cable a tierra, sin «toma mi mano», sin «estoy aquí...»?

Monstruo acechante. Repudio a la vida, rechazo a la luz, rasguño al hermano, danza macabra.

Mente en negro, visión solapada. Corazón con veneno y culpable suelto, culpable sonriente, incontrolable, desquiciado.

Ordeno en seco, palabras muertas, instantes desgarrados. Culpa mía no defender a mi amiga honesta, a mi amor decadente, a mi padre protector.

Culpa mía, lo siento mucho.

Quien sea que lea esto, quiero decir que ya no importa lo que depare el destino. Puede que todos piensen que soy la culpable de asesinar a mi padre, pero aseguro con toda mi alma, en este momento, que en esta realidad no lo he hecho.

El monstruo anda suelto y estará esperando a su próxima víctima. Espera paciente para desgarrar los interiores de quien ose intentar encontrarlo.

He tenido suerte de sobrevivir a lo que ha pasado y, aunque mi mente tenga piezas aún en blanco, espero algún día poder unir el rompecabezas que me azota constantemente.

Mi pasado son ruinas que es mejor no visitar.

Mi presente ha sido quebrantado como un espejo en el que yo era el reflejo.

Mi futuro es incierto, eso lo sé; pero a diferencia de antes, no tengo miedo alguno.

Lyra ha sido secuestrada y en estos momentos está sufriendo, de eso no tengo duda alguna.

Sonnet... él ha ido a buscarla, cegado por su enorme lealtad.

Me he quedado completamente sola. ¿Traición? Jamás. Amistad: amistad verdadera y definitiva, algo que me faltó a mí para ir a buscar a mi amiga.

De lo único que me arrepiento es de la duda que tengo detrás de mi cabeza. No sé si podré ver a mi novio y a mi mejor amiga de nuevo... o si quedaré perdida en el olvido como todos esos locos de los que hablaron mis padres alguna vez.

¿Qué era real y qué era falso en todo lo que estábamos viviendo?

capítulo 47

Fiestas cardíacas



Hace diez meses

Salgo con Dereck hacia el club nocturno. Presiento que lograremos encontrar un modelo esta noche, ¡al fin!

—Bien. Emborracharemos a alguien y el resto será fácil. —Me peino la peluca mientras me veo en el espejo del auto. Dereck está en silencio, ha estado pensativo durante el camino.

—Correcto... —afirma.

—Eh... ¿En qué piensas? —pregunto.

—Debemos tener cuidado. Si fallamos, podríamos morir —advierte.

—¿Desde cuándo tienes esa clase de miedos estúpidos? —Suelto una risa tras pintarme los labios—. Mira, claro que lo lograremos... tranquilo.

—Bien, bien.

Conduce con lentitud hacia el estacionamiento.

—Podemos sacar a quien sea por atrás, por donde se extrae la basura. Tenemos que estacionar por ahí —explico y señalo el lugar.

—Está bien, aquí será.

Se detiene en un sitio y salimos del auto. Compramos las entradas y llegamos al lugar. La música es buena, sin embargo, no estamos aquí para disfrutar.

—Necesito un osito —informo a Dereck en el oído.

—No. No estamos aquí para estar de fiesta.

Él me observa de manera retadora.

—¡Vamos! Solo un osito... ¿sí? —pregunto y lo abrazo.

—No sé de dónde sacar ositos de goma en este lugar —responde y ve a los alrededores.

—Saca el celular y busca a alguien que venda —ruego.

Él toma su celular mientras me pongo a bailar con las personas que hay a mi alrededor. Tengo que evaluar si tenemos a un posible modelo en las cercanías.

Dereck tarda unos minutos para encontrar a alguien. Me toma la mano y nos dirigimos a una esquina del club donde hay un chico con un atuendo poco adecuado para el lugar: viste un suéter de color rojo vino.

—¿Eres Jerry? —pregunta Dereck al tocarle el hombro.

—Así es.

Me fijo en el chico. Tiene ojos color canela, que inspiran algo interesante dentro de mí.

—Dame cinco ositos de gomita —exijo al abrir la mano.

—¡Solo uno, Aryl! —interrumpe Dereck.

—Bueno, solo tres —digo—. Uno para mí, otro para mi novio, y el otro para después... me será útil.

—Bien, tomen. Cuidado, están muy cargados —advierte Jerry tras darnos los ositos de goma llenos de mis ácidos favoritos.

—Gracias, Jerry. —Acaricio su mejilla—. Eres un amor.

Dereck le da el dinero y nuestro nuevo amigo se esfuma entre la multitud.

—¿Listo? —cuestiono con el osito de goma de color rojo en mis dedos.

—Listo. —Dereck sonríe—. A trabajar.

Él mete su gomita en mi boca, y yo meto la mía en la de él con suavidad. Él lame mi dedo al verme directo a los ojos. Empezamos a dejar que la música fluya por nosotros, el ácido empezará a tener efecto a los treinta minutos.

Siento una sonrisa involuntaria asomarse por mi cara. Las luces forman texturas y la felicidad es, incluso, palpable.

Levanto los brazos. Dereck baila conmigo, el contacto de nuestra piel se siente como las nubes.

—Que comience la cacería —suspiro a su oído y sostengo su cabeza.

Nos separamos para bailar con otras personas. Me encuentro con un muchacho con barba. Se ve bien, saludable, borracho... ¡justo puede ser un modelo ideal! Bailo con él, me acerco y lo toco con sensualidad. La música y las luces se sienten fenomenal. Observo detrás de mí. Dereck está bailando con una rubia que me parece anoréxica y fea, está maquillada de manera escueta y es dientona.

Camino hacia Dereck para bailar con él, pero el de la barba me sigue. Mi novio está detrás de mí y el chico se encuentra adelante. Bailamos juntando nuestros cuerpos. Siento el calor de ambos, y noto que el muchacho barbudo está teniendo una erección... Es una buena señal. Me acaricio el cabello y el cuerpo con lentitud, me encanta el sentimiento.

Me alejo un poco del chico y lo acaricio. Saco la tercera gomita y se la acerco a la boca.

—¿Qué es? —pregunta de manera juguetona.

—Lo que me tiene tan feliz —afirmo—. Prueba.

Él abre la boca y traga la gomita. Cierra los ojos y levanta la cabeza. Tengo que hacer tiempo con él hasta que los ácidos hagan efecto.

Vamos y le compro una cerveza para aletargarlo y que el rapto sea más fácil. En eso, veo a Dereck. ¡Está besando a la puta rubia! El enojo me consume, pero no quiero arruinar el plan. El lugar está lleno de gente y hacer una estúpida escena no es una opción.

El muchacho tarda un rato en ponerse más sensible a los estímulos: está listo.

—¿Vamos a un lugar más privado? —insinúo.

—Sí. Espera, iré a decirle a mi amigo que voy contigo. Se desespera rápido. —Él está por caminar, pero lo detengo.

—Shh... —Me pongo un dedo en los labios y sujeto su mano—. Es mejor si nadie sabe.

—Vamos, entonces. —Sonríe.

Vuelvo a ver a Dereck y él me ve a mí. Le hago la señal y llevo al muchacho al baño. Nos besamos; es un espacio pequeño e incómodo. Él intenta quitarme la ropa, pero lo distraigo con caricias y besos. Necesito que Dereck abra la puerta y lo noquee con rapidez.

Se abre la puerta. El chico no la escucha porque está muy concentrado en mí. Sigo besándolo mientras veo a Dereck a los ojos. Sonrío mientras acaricio la espalda de nuestra víctima. Mi novio le golpea la cabeza con la barra de metal y el joven cae al suelo. Está sangrando y mucho.

Dereck lanza la barra junto a la puerta.

—Bueno, eso salió mejor de lo que esperábamos —concluyo. Intento levantar el cuerpo, pero es muy pesado. Noto que el muchacho sigue consciente.

—¿Será que no ha sido suficiente? —pregunta Dereck, inseguro ante la situación.

—Tú cállate. Besaste a esa perra.

El disgusto me tiene mal.

—Eh, era una posible modelo —justifica.

—Como sea. No sé si golpearlo más sea bueno, puede que quede estúpido o algo. —Camino por el baño y pienso cuando, de repente, se abre la puerta.

—¡Está ocupado! —grita Dereck al sostenerla, pero quien intenta abrir es más fuerte y lo empuja.

—¡Amigo! —exclama, enojado al ver el piso—. ¡¿Qué le han hecho?! ¡¿Quiénes son ustedes?!

—No sé qué ha pasado. —Levanto los hombros,

preocupada—. Acabamos de llegar, no sé qué le pasó a tu amigo.

—¡A... ayuda! —pide el del suelo y nos señala. De inmediato, su acompañante saca una navaja. La barra de metal está detrás de él y no la podemos alcanzar.

—Dereck... —llamo. El estrés aumenta con cada segundo.

—Tranquilo. —Dereck se acerca lentamente al del suelo —. Si te mueves, lo desnucaré.

—Ustedes no me pueden amenazar. Los voy a matar a ambos —advierte y se acerca con cautela.

El de la barba logra levantarse y agarra a Dereck de la camisa. No sé qué hacer, ¡estamos atrapados!

—Todos tranquilos. ¿Sí? Todo va a estar bien. Nos iremos, nada de matar a nadie. —Sonrío de manera nerviosa.

—No van a escapar tan fácil, no después de jodernos. —El de la navaja tiene los ojos rojos y muy abiertos.

—Tendré sexo con ambos —prometo—. Aquí mismo. ¿Te parece un cambio justo?

—¿Hablas en serio? —cuestiona.

—Sí. Suelta a Dereck. Esa es la condición —aclaro.

El de la barba suelta a mi novio.

—¡Ayuda! —chillo lo más alto que puedo. Sigo gritando con todas mis fuerzas e intento salir del baño.

—¡Cállate! Si hablan, mataré a ambos. Ahora, dame lo que prometiste. —Él se acerca a mí con agresividad.

Veo a Dereck a los ojos. Él no tiene idea de lo que sucede, pero sabe que tramo algo. Me acerco al de la herida en la cabeza hasta que estoy lo suficientemente cerca de la barra de metal y la pateo hacia mi compañero. Tras hacerlo, me lanzo al suelo, pero el de la navaja me hace una cortada enorme en mi bíceps derecho. Es profunda y la sangre sale a chorros. Dereck le golpea la cabeza y veo que le deforma una parte de la cara. Hay sangre por doquier.

—Lo tenemos. —Dereck sonríe, se acerca hacia el otro.

—¡No! —grito y veo que un policía abre la puerta del baño —. ¡Larguémonos de aquí!

—¿Qué mierda pasa aquí? —pregunta en seco al ver la tétrica escena.

—¡Nos acaban de asaltar! —miento— ¡Ayuda! ¡Mis amigos! ¡Los ladrones se acaban de ir! —exclama Dereck y sostiene mi enorme herida.

El de la barba está gritando incoherencias por su herida en la cabeza y los ácidos.

—Ya vengo. Llamen a la ambulancia de inmediato. —Él corre hacia donde he señalado.

—¡Son un hombre y una mujer! —Termino de inventar. Él se aleja y busca a los sospechosos.

Estoy sangrando mucho y decenas de personas se acercan a ver lo ocurrido.

—Larguémonos ahora —suspiro. Me empieza a doler la cabeza.

—Vamos.

Dereck está preocupado por mi herida. Nos movemos entre la multitud. Los ácidos y la pérdida de sangre me marean.

Salimos al estacionamiento y nos metemos en el auto. Manejamos hacia el hospital privado más cercano y ahí me cierran la herida. No importa dar mis datos, nadie buscará mi expediente. Además, necesito que me curen.

Pido que lo hagan lo más discreto y perfecto posible o mis padres me preguntarán que qué ha pasado. Me cosen la herida con delicadeza. Planeo usar blusas de mangas largas hasta que se me cure por completo.

Basados en la prueba y el error, los representantes estaban arriesgando sus propias vidas para arruinar otras.

Varios sacrificios, un premio...

¿Acaso valía realmente la pena?

capítulo 48

Una dieta extraordinaria



Presente

Desperté al escuchar abrirse la puerta de la sala negra. Era Tricia.

—Buenos días —habló tras abrir las cortinas—. ¿Listo para empezar hoy?

—Sí... —afirmé al levantarme. Miré la hora, eran las cinco de la mañana.

—Vamos a empezar bien. —Sonrió—. Hoy te enseñaré el resto de la casa.

Empezamos a caminar y llegamos al cuarto blanco. Había algo nuevo o tal vez era algo que no había visto antes. Era un termómetro eléctrico que medía los grados Celsius. También había aire acondicionado.

—La temperatura de este dormitorio siempre tiene que estar entre los veinte y veinticuatro grados —explicó—. Para que no se arruine nada. Por eso, procura cerrar las puertas luego de abrirlas.

—¿Qué es lo que me van a hacer? —cuestioné.

—No te puedo decir todavía —aclaró—. ¿Tienes hambre?

—Sí —contesté.

—Bien. Vamos a la cocina, necesito que me ayudes a cargar varias cosas. —Abrió la puerta que me hizo prometer no abrir—. Nunca vengas solo, ¿entendido?

—Está bien. —La intriga empezaba a aumentar, estábamos en un tipo edificio gigantesco—. ¿Qué es este lugar?

—Es la Mansión Desvaría. A veces nos reunimos aquí. Nuestro líder la compró hace unos años, es un lugar en

donde puede venir quien no tenga a dónde ir. Aquí, personalmente, me he refugiado en algunos tiempos difíciles —explicó al caminar por los pasillos.

—¿Quién es él? El líder, digo —cuestioné.

—Por el momento no se encuentra en la ciudad, pero vendrá —habló Tricia—. Es un hombre de bien, dentro de lo que cabe, claro.

La mansión tenía columnas de maderas finísimas y estaba muy ordenada. Caminamos hacia la cocina; era enorme y estaba decorada con piezas distinguidas de mármol.

—Lleva esa mesa a la habitación —pidió. Era una mesa metálica transportable que se doblaba a la mitad—. No intentarás escapar, ¿o sí?

—No —afirmé—. Está bien.

Llevé la mesa a la habitación blanca y regresé. Tricia tenía dos manzanas verdes en sus manos.

—Toma —dijo, dándome una—. A partir de ahora comerás saludable.

—Gracias. —La tomé y empecé a comer. Ella se sentó en una mesa de mármol y yo en la silla.

—Bucker y Jael están distribuyendo, vendrán más tarde —explicó tras mecer sus piernas.

Ella mordió la manzana: un sonido crujiente hizo eco en la mansión, el silencio era intenso. No había absolutamente nadie.

—Está bien —dije y sentí el vacío de mis sentimientos, el silencio de la mañana, el frío.

—Vamos.

Tricia cargaba dos bolsas. Una tenía una licuadora y vegetales, y la otra, más manzanas. Regresamos hacia la habitación blanca y pusimos las cosas en la mesa.

La chica revisó su celular:

—Oh, el doctor ya viene. Tienes que sentarte ahí —habló.

—¿Eh? ¿Qué doctor? —cuestioné, asustado.

—El doctor Ángelo. ¿Qué piensas? Necesitamos a un profesional si queremos que todo salga bien —explicó—. Ven, siéntate.

—¿Qué mierda me van a hacer? —pregunté, serio, mientras la sostenía del brazo. La herida de mi mano se abrió un poco y unas gotas de sangre cayeron al perfecto piso.

—¿Confías o no? Prometo que nada te va a doler. —Ella me vio a los ojos y la solté.

Me senté en la silla y Tricia me ató con unas esposas que venían con el artefacto.

—¿Por qué me atas si no me va a doler? —cuestioné, molesto.

—Porque así es como vamos a trabajar —concluyó.

La puerta se abrió y ella se alejó de mí. Saludó en silencio al hombre al levantar su mano. Él hizo lo mismo. Era un señor de cincuenta años o más, usaba lentes y vestía de blanco. Su mirada era seria, inteligente. Tenía un maletín y una hielera que también decía la temperatura. Se veía muy moderna.

Puso ambos objetos en la mesa y abrió el maletín. Sacó una bata blanca de hospital y se la colocó.

—Buenos días, Tricia —dijo al ver a mi compañera.

—Buenos días, doctor Ángelo —respondió ella y caminó hacia la mesa de los objetos y tomó una hoja. Se quedó quieta y nos veía, atenta.

—Buenos días... —Él leyó la hoja que Tricia le dio—, Sonnet.

—Buenos días —saludé y los nervios incrementaron.

—Antes de empezar, necesito hacerte unas preguntas. ¿Tipo de sangre? —preguntó.

—B negativo.

¿Qué estaba sucediendo?

—¿Alergias? ¿Diabético, hipertensión? ¿Algo así?

El hombre comenzó a anotar mis datos.

—No, nada de eso —respondí.

—Muy bien, entonces. Te voy a explicar en qué consiste todo esto. —Guardó las notas en su maletín y abrió la hielera. Había una bolsa con sangre de las que se usaban en los hospitales.

—¿Qué es eso? —me estremecí.

—Sangre. ¿Tricia te comentó sobre la dieta especial? —preguntó el doctor.

—No me explicó bien —demandé—. ¿Qué es?

—Bueno, pues... —se empezó a acercar con la bolsa de sangre—, tú solo tomarás sangre y algunos alimentos complementarios a partir de hoy.

—¡¿Qué?! —pregunté, loco—. ¡¿Qué es esto?!

—Sonnet, tu transformación es de vampiro —explicó Tricia—. Esa es la razón de la dieta.

—¡¿Qué mierda dices?! ¡Están locos! ¡La sangre es tóxica para los humanos! —Empecé a gritar y a moverme lo más fuerte que podía. Las altas cantidades de hierro que hay en la sangre me harían daño al ser ingeridas.

—Por eso he diseñado una compleja dieta que te explicaré a continuación. Verás, los altos niveles de hierro en la sangre, como sabrás, son tóxicos para nosotros. Sin embargo, los niveles pueden reducirse al consumir quelantes naturales para contrarrestar el efecto en el organismo.

—¿Quelantes naturales? —interrogué, confundido. Jamás sería capaz de consumir sangre humana.

—El calcio, los filatos, los oxalatos y los taninos son quelantes naturales del hierro. Se encuentran en... —se acercó a la bolsa con vegetales— espinacas, pasas,

manzanas verdes, y otros alimentos.

—Tenemos todo planeado para el éxito, Sonnet —comentó Tricia con una sonrisa.

—La habitación se mantendrá entre los veinte y los veinticuatro grados para que la sangre aquí preservada no se eche a perder. Aparte de todo, cada vez que venga con nueva sangre, le pondré un poco de heparina para evitar que coagule. Tricia, Jael, Bucker o quien sea que esté de acompañante, tendrán que mover la sangre cada cierto tiempo, de manera suave, para que las plaquetas no se echen a perder —explicó.

—Necesito más aparte de esos nutrientes, ¡moriré, si no me dan comida! —exclamé.

—No, sobrevivirás —interrumpió el doctor—. El ser humano necesita de proteínas, carbohidratos, grasas, vitaminas y minerales.

Tricia se movió y trajo otra bolsa llena de suplementos.

—Hice las compras bien —concluyó ella.

—Por lo tanto, para tus proteínas, tenemos batidos. Para los carbohidratos, administraremos polvo de dextrosa y carbohidratos complejos a base de granos. Para las grasas, añadiremos aceite de oliva, ya que las grasas vegetales son más saludables para el organismo —detalló.

—La sangre dura veinticuatro horas fresca, por ende, el doctor Ángelo traerá una bolsa por día.

Tricia caminaba a los alrededores. El plan que tenían era perfecto, aunque quería refutar todo lo que dijeran, no tenía justificaciones.

Lo que en realidad sucedía era que no estaba listo para hacer algo tan drástico como eso...

¿Qué tan elaboradas serían las transformaciones presentadas en el Desfile Macabro?

capítulo 49

Sangre



¿Con qué quieres comenzar? —consultó el doctor Ángelo—. El primer alimento será de tu elección.

—No quiero hacer esto.

Movía mi cabeza en un intento de alejarme de ellos.

—Tienes que hacerlo, Sonnet. Tenemos que ganar el Desfile Macabro. Coopera para ver a tu amiga —insistió.

—Decide rápido. —El doctor vio el reloj en su muñeca—. Pronto tengo que ir al hospital.

—Proteína… —respondí.

—Proteína será.

Tricia caminó hacia la mesa. El doctor sacó una carpeta negra muy ordenada de su maletín y la abrió.

—Aquí están todas las cantidades que necesita. No falles, Tricia. —Él la vio directo a los ojos—. Es tu tarea.

—Está bien, doctor —confirmó ella y empezó a preparar mi alimento.

Abrió la hielera y sacó la bolsa de sangre. La cortó con un cuchillo y empezó a verter el líquido en la licuadora. El olor llenó el lugar.

—Mañana vendré a la misma hora. —El doctor se retiró con su maletín.

—Adiós, doctor Ángelo —saludó mientras seguía preparando la sangre.

Luego de haberla vertido, tomó el tarro de proteína y puso la cantidad del polvo necesaria tras medirlo con cucharadas. El sabor era de vainilla, de esas que olían tan fuerte que hacían que me doliera el estómago. Al mezclarse

con sangre, el olor fue tan asqueroso que me provocó ganas de vomitar.

Sirvió la preparación en un vaso plástico grande. El color era medio cremoso y tenía burbujas. Lo acercó hacia mí mientras miraba el interior.

—¿Quieres un sorbete? —preguntó.

—No lo sé...

Me daba asco la idea de ingerir el «alimento».

—A ver, pruébalo.

Tricia me acercó el vaso a la boca:

—Por favor —gemí, disgustado.

—No seas así, Sonnet. —Tricia abrió sus ojos y retiró el vaso—. No me hagas hacer esto por las malas.

—¡Es imposible que tome eso! —exclamé—. ¡Por favor!

—No quiero que me lleves al límite, Sonnet. —Ella caminó en círculos—. ¿Qué puedo hacer para que te sientas más cómodo?

—No hay manera de que lo haga. Lo siento —negué con fuerza—. ¿Por qué quieren que tome esto? Eso no es un cambio físico que podrán ver los del desfile.

—No estás en posición de reclamar alguna cosa —habló con seriedad—. No tienes por qué saber todo, tienes que cooperar y todos saldremos ganando. Si no quieres tomar esto, esperaré a que estés muriendo de hambre y, una vez eso pase, ya no seré la misma.

—Está bien. —Respiré hondo—. Está bien...

Ella sonrió. Se acercó con el vaso y, sin pensarlo, cerré los ojos y le di una probada a la mezcla. Sabía asquerosa.

—Espera... —Las ganas de vomitar incrementaron.

—¿Qué? —cuestionó al levantar una ceja.

—No tan rápido, intenta de nuevo.

Aguanté las ganas. Sentí el líquido entrar en mi boca. El olor a sangre llegaba a mi garganta y a mis fosas nasales.

Se sentía muy extraño ingerir la sangre que una vez estuvo en el cuerpo de otra persona. ¿De dónde la sacaban la sangre? ¿Acaso el doctor la traficaba y la robada del hospital? ¿Acaso mataban personas para esto? No pude más.

Vomité. Vomité el vaso y mi ropa. Salpiqué un poco a Tricia, quien retrocedió con agresividad y botó el vaso. La suciedad en el suelo era enorme.

—Pero ¡¿qué mierda hiciste?! —gritó, furiosa, mientras yo seguía vomitando. Había trozos de la manzana que había comido flotando en el cremoso y pestilente líquido. No podía moverme. No podía escapar de la asquerosa escena.

—No puedo...

Me sentía asqueado por toda la situación.

—Mierda... —Ella se limpió la ropa—. Tienes que ayudarme a limpiar.

Se acercó y me soltó lo que me tenía cautivo.

—Tienes que bañarte primero. —Me jaló del brazo y me condujo hacia una de las puertas del pasillo. Era un baño con ducha.

Me empezó a desvestir. Estaba realmente cansado y débil, la falta de comer y el haber vomitado me pasaron factura con rapidez. Volteé a ver al espejo, me veía ligeramente pálido.

Tricia me quitó la camisa.

—Yo puedo solo —aclaré.

—Está bien. Ahí tienes jabón y lo que necesites, te conseguiré ropa.

Ella salió del baño y yo me metí a la ducha. Todavía tenía el sabor a vómito y sangre en la boca. Me sentía sucio, muy sucio. Me lavé todo el cuerpo.

Ella regresó en unos minutos y metió mi ropa en una bolsa de basura para tirarla.

—Mira. Tengo esta ropa. —Me mostró mi nueva vestimenta. Eran unos **jeans** negros y una camisa a juego con cuello uve.

—Gracias —hablé—. En mi maletín traje más ropa.

—Sí, pero esto es solo por el momento. También tengo esta ropa interior que dejó Jael el otro día. Está limpia, la puedes usar.

Tricia dejó las cosas sobre la tapa del inodoro y salió. Me vestí y caminé hacia la habitación blanca. Ella limpiaba con un trapeador.

—¿Qué esperas? —consultó, molesta—. Ayúdame a limpiar la mierda que hiciste.

—Bien.

Tomé un trapeador y limpié el asqueroso líquido del suelo.

—Para el almuerzo es mejor que te propongas a comer bien. No puedes seguir así, tienes que superarlo.

Se la veía disgustada.

—Muero de hambre, Tricia —avisé—. Necesitaré algo sólido.

—Ya hablamos sobre esto —mencionó más cortante de lo usual—. No empieces a exigir más de lo que tienes.

—Probaré con otro contenido para la sangre, entonces —comenté.

—Puedes ir a la sala. Tengo que hacer unas llamadas. —Tricia salió por la puerta roja—. Luego vendré.

Me dirigí hacia la sala, aún débil y asqueado. ¡No podía creer que me quisieran alimentar con sangre! Me senté en el sillón negro y me dormí.

❁ ❁ ❁

Jael me despertó.

—Es hora de comer. —Me dio una bofetada—. Espero que no hagas un desastre como el que hiciste con Tricia.

Me levanté y caminé a la habitación sólida. El estómago me sonaba del hambre.

—¿Qué quieres ahora? —consultó al ajustarme en la silla.

—Aceite de oliva —hablé y pensé en que podía ser menos malo de esa manera.

—Buena elección.

Jael rio y caminó hacia la mesa metálica para preparar el brebaje. Activó la licuadora y puso música de **rock** en su celular para, según él, darle ambiente al asunto.

—¿Dónde está Tricia? —pregunté en medio del escándalo.

—Quién sabe. —Se encogió de hombros—. Pero hoy estaré a cargo aquí.

—Ya veo... —hablé.

—¿Listo? —preguntó al verter el contenido en el vaso.

—Sí —contesté, nervioso. No sabía cómo iría a ser esta vez, pero tenía tanta hambre que estaba dispuesto a intentarlo.

—Aquí vamos. —Empezó a poner el vaso junto a mi boca y darme del líquido.

Sentí cómo entraba en mi organismo. Era frío y, a pesar de casi vomitar dos veces, logré empezar a tomarlo. Era un sabor metálico que, aunque estuviera mal mezclado con el aceite por sus distintas densidades, era más tolerable. Tomar el líquido del enorme vaso hizo que mi estómago y mi cuerpo se sintieran pesados, era como si estuviera enfermo.

—Bien hecho. —Jael rio un poco más, sorprendido—. No pensé que lo hicieras. Había traído un balde y todo, por si acaso.

—Desátame. —Necesitaba salir de esa habitación.

—Está bien. —Él me liberó y fuimos juntos a la sala.

Él esperó un rato, sentado, con su celular. El silencio fue algo duradero y pasaron minutos en los que ni una palabra

salió de nuestras bocas. De vez en cuando, él me ojeaba. Supuse que era para saber cómo reaccionaba ante la sangre, pero otras, parecía querer hacerme algún comentario que, al final, no me hizo.

Una alarma sonó en su móvil. Se levantó y sacó un frasco de pastillas. De ahí sacó algunas y las tomó con un vaso de agua. Pude reconocer de qué se trataba. Él me volteó a ver y sonrió, pero no mucho.

—Así son las cosas —dijo y guardó el frasco de pastillas.

—Me parece bien que te cuides, no es fácil —comenté, no sabía qué más decir.

—No es fácil, así es. —Él se sentó en el sillón de nuevo—. Pero bueno, aquí tengo una familia y entre todos nos cuidamos. ¿Entiendes? Pero bueno, en resumen, fue una traición. Ha sido todo un proceso, esto de acostumbrarse a algo, el cómo te ve el mundo luego de lo que ha pasado…

—Lo siento mucho, Jael.

¿Qué más podría decirle? No teníamos nivel de confianza alguno.

—No lo sientas. —Él soltó una risa—. Ya que, a vivir se ha dicho. —Se levantó y recogió el maletín—. Me voy a vender algo, nos vemos en la cena.

—Nos vemos —concluí.

Me sentía algo enfermo y me dolía el estómago. Me puse a leer un rato y me quedé dormido luego de haber mirado hacia el techo, pensando en la gran cantidad de problemas con los que estaba lidiando. Tantos problemas que no tenían nada que ver conmigo, de los que estaba aislado, problemas de los que no podría hacer nada al respecto.

«¿Cómo estaría Serina sin mí?», pensé. Esa era la pregunta que más me molestaba…

Los días y las noches pasarían, a veces lento y a veces rápido, todo dependería del modelo y de todo lo que tendría que aguantar.

capítulo 50

Sucia e impura



Él me observa. Sentado, sujeta la muñeca de trapo y la ve con cuidado. Se ríe algo nostálgico.

—Una muñeca de trapo... —Se levanta y camina con lentitud por los alrededores—. El pasado en serio se junta con el futuro, ¿quién lo diría?

—¡¿De qué hablas?! ¡Déjame ir! ¡Nadie más tiene que sufrir o morir! —exclamo.

—Nadie tiene que morir, así es, pero te tocará sufrir un poco más. Mira, no me culpes. No soy quien hace las reglas aquí. —Está de nuevo frente a mí—. Recuerdo cuando te vi por primera vez, cuando logré descifrar que eras la persona que necesitaba para hacer este sueño realidad.

—¿Qué? —inquiero.

La presión en el pecho me baja hasta el estómago. La sola idea de pensar que él me estuvo espiando me revuelve los interiores, me asquea.

—Hace algunos meses fui a hacer una presentación en tu universidad. Tuve que vestirme de mimo y usar esa estúpida máscara blanca pintada con maquillaje. Nos presentamos en la plaza pública. Veía a todas esas personas vacías y sin sentido, que reían o pasaban la vida... o la vida por ellos.

»A decir verdad, me da asco la idea de todos esos jóvenes que no tienen preocupaciones. Con sus vidas normales, ocultando algún trauma profundo, dejando que se disipe entre las conversaciones del día a día, de noche a noche, del hoy...

»No confío en los que aparentan, los de tu especie, esos artistas que fingen que todo está bien cuando sufren por dentro y no saben cómo expresarlo. He estado rodeado de esas escorias toda mi vida.

»Sin embargo y, aunque no quiera aceptarlo, esos problemas no son asunto mío. ¿Quién soy yo para extraer partículas de la verdadera esencia de las personas, sin siquiera conocerlas? No me gusta, ni me gustó jamás el esfuerzo que implica acercarme a alguien. ¿Para qué gastar tiempo? ¿Para desnudar las estúpidas máscaras que llevan? ¿Por qué? Si con un vistazo puedo ver lo que les aflige...

»Y entonces vi tu mirada... Me viste y sonreíste. Le sonreíste a mi maquillaje blanco, a mi linda sonrisa conquistadora, a mi otro yo, a aquel que rompió con la realidad del espejismo fortuito, al muchacho con ilusiones, con deseos, con anhelos y... Y yo pude ver tu sonrisa. Tu sonrisa con un dolor tan profundo, esos ojos cansados de existir, esa soledad solemne.

»Dije «¿qué le habrá pasado para actuar así de bien?». Verás, este mundo no es como lo plantean. Aquí, en la realidad, solo aquellos que fuimos quebrantados logramos quitarnos la venda de los ojos. ¿Me enaltezco? No, para

nada. ¿Es acaso un beneficio el poder ver más allá? ¿Cómo una chiquilla normal pudo verme a los ojos y fue capaz de enfrentar mi máscara con una peor? Alguien que hubiera aguantado algo así, y sí, lo asumo porque lo creo, porque decido creerlo y porque lo asumo.

»Podría haberme comido tu gran mentira, tu fachada, pero supe que alguien así resistiría algo como esto. ¿Qué otra persona sería tan resiliente, tan idónea para ayudarme en una misión tan importante? Luego pasé cerca de tu clase: Enfermería. ¿Acaso podía ser más perfecto? Una modelo que supiera ayudarme en la transformación. Si el destino existiera, sabría que fue obra de lo planeado...

»Y a veces me pregunto si existe, y a veces le reclamo mi propia existencia...

»Tengo un amigo que es **hacker** profesional. Hablé con él, con mi querido Jerry, y logramos interceptar tu celular. ¿Qué **apps** descargaba aquella muchacha? ¿De qué manera podría yo entrar en su círculo virtual? Hasta que llegó la idea perfecta: la aplicación de citas. La descargué apenas vi que lo hiciste.

»El resto es historia. No culpo a tu ingenuidad, no es tan fácil resistir los juegos de la vida. No es nada fácil caer en lo incontrolable. Las variantes son tan espontáneas que la única constante con la que se sobrevive es con la improvisación.

—Estás enfermo... —concluyo llorando—. No soy nada de lo que dices, necesitas tratarte.

—La intuición jamás me ha fallado y no te toca soltar las verdades aquí. Todo eso es nada más que pedazos que se quedarán en la oscuridad del olvido. —Él sonríe.

—¿Matar a sangre fría a tu tío fue parte del plan? —cuestiono, directa, me siento terrible y quiero dejar de escuchar sus estupideces, quiero largarme.

—Mi tío... —Él se voltea—. Si la justicia existiera, ya la habría pagado. No hice más que unificar la balanza de la naturaleza. Todo lo que se hace tiene un precio. Yo, por ejemplo, jamás pagaré uno por lo que le hice.

—Eres un asesino despiadado, estarás manchado hasta que te retuerzas en la tumba —sentencio.

—Creo que es hora de que te calles. ¿Y si te ponemos los hilos? —Se acerca.

—No —pido y me ve directo a los ojos.

—No empezaré hoy. Estoy cansado y apestas. ¿Hacé cuántos días que no te bañas? —pregunta, molesto.

—Déjame bañarme y no molestaré más... —admito. Estoy siendo totalmente honesta, no tengo intención alguna de escapar hasta recuperar fuerzas.

—Espera aquí. —Se empieza a reír por su estúpido chiste —. Ya vengo.



Subo las escaleras y llego al almacén. Camino al baño y reviso que la vieja ducha funcione. No hay ventanas por las que Lyra pueda escapar.

Tomo un cuchillo de la pequeña cocina y regreso al sótano.

—Vamos a ver: te dejo bañarte, pero solo si no intentas algo estúpido —negocio.

—No haré nada... —dice y parece honesta.

—De todos modos, si haces algo, no será inteligente de tu parte. Te clavaría este cuchillo en la pierna para que no sigas escapando —concluyo.

—Déjame, ya... —suplica tras un suspiro.

—Ven. —Desato las cuerdas. Ella apenas puede caminar

debido a sus golpes.

—No me toques —reclama.

Observo que camina muy despacio y con mucho esfuerzo.

—¡No juegues! Tú aquí no tienes el control —exclamo y la empujo; ella cae—. Te he estado tratando bien todo este tiempo. ¡No tienes que ser una perra!

—¡No estoy haciendo nada! —grita, lastimada.

—Levántate y muévete antes de que me arrepienta. ¡Ahora! —grito, furioso.

Se está quejando por el dolor, tiene moretones en las piernas por la caída de las escaleras.

—A ver, a ver... ¿qué parte no entendiste de que te muevas rápido? —pregunto, impaciente—. No me hagas perder el tiempo, ya me has puesto de mal humor.

—Ya voy... —ruega. Sus lágrimas caen y están teñidas de negro.

Logra subir las escaleras y la guío hacia el baño.

—Hay agua caliente. Límpiate, que hueles asqueroso. Me avisas cuando estés lista. Iré por ropa de Julie, ella siempre tiene algo guardado por aquí.

Cierro la puerta del baño y pongo una silla de mi lado para bloquearla.



El baño es un asco. Está sucio y huele a orina. Solo hay un bombillo suspendido en el techo que me recuerda al sótano donde murió Quinn.

Me empiezo a quitar la ropa y volteo. Me fijo en algo que me desgarra el corazón. Hay un espejo: es la primera vez que me veo desde que me han empezado a deformar la cara. Mi ceja está abierta, al igual que la herida de la lágrima. Además, la carne está negra gracias a la tinta, lo que me quita un poco de humanidad.

Lloro de forma incontrolable. Abro el grifo del lavatorio para limpiar mi cara. Creo que la suciedad jamás se irá. Siento que el agua entra en mis heridas, causando que me ardan como nunca. Comienzo a temblar a causa del dolor, pero es necesario limpiarlas para que no se infecten.

Intento quitar la lágrima con suavidad. Siento que jalo varios tejidos de otros lugares que están en mi mejilla. Es casi irreal que Duke me hiciera algo tan dañino. Termino por retirar mis manos de la cara.

Me doy cuenta de lo mal que huelo: estoy llena de sudor, de polvo, de sangre, de orina y de heces. Soy una esfera de impurezas: por fuera y por dentro.

Camino hacia la regadera y abro el tubo. El agua es tibia, casi fría, pero tendrá que ser suficiente. Me termino de desvestir y pongo un pie en el suelo de la ducha. Me resbalo y miro el piso. Está de color verde oscuro, lleno de suciedad y moho. Limpio la superficie con mis medias y logro ver, después de unas cuantas pasadas, el azulejo gris.

El agua en mi cuerpo, desde la cabeza hasta los pies, me limpia y purifica mi sucio cuerpo que ha sufrido tanto. Siento que las capas de inmundicia se van lavando y deseo que todo sea un sueño conforme abro los ojos. Es el primer momento de paz que he tenido en mucho tiempo... y ni siquiera se trata de paz verdadera.

El agua llega a las heridas del forcejeo reciente. Aún tengo varias piedras en las piernas, las cuales saco con cuidado. Siento que las gotas rellenan los nuevos orificios de una manera ácida y dolorosa.

Encuentro un jabón en el lavatorio, es con lo único que me puedo limpiar. Lo tomo sin pensarlo dos veces. Huele a arándanos, el aroma favorito de Sonnet.

Siento veneno en mi corazón, una desesperanza más profunda que nunca. ¿Cómo es posible que un olor me transportara de esa manera?

«Acaso... ¿Sonnet y Serina estarán pensando en mí en estos momentos?», pienso mientras me lavo el cabello con el jabón de manos. Luego sigo con el resto de mi cuerpo. El olor me da nuevas fuerzas y limpia mis heridas mejor de lo que haría solo el agua.

Termino de bañarme y Duke abre la puerta.

—¿Terminaste? —Se ve más calmado—. Aquí está la ropa. Sal de ahí.

—No quiero que me veas desnuda —pido con mucho miedo.

—No te veré. Sal de ahí —ordena, directo.



Observo el moreteado cuerpo de Lyra y hay algo que me llama la atención. Me está dando la espalda y veo que tiene una marca. Es una línea nítida horizontal en la mitad de su tronco trasero. Aparte de esa, tiene otra en el brazo. Es un hecho que mi intuición no ha fallado, esta chica ha afrontado situaciones que no ha querido soltar: su pasado no ha sido muy amigable.

¿Cuál sería la definición de impuro? ¿Y la de sucio?

¿Cuál de todas aplicaría a cada persona? ¿O acaso todas aplicarían a todos?

capítulo 51

Cicatrices



Me termino de vestir y me veo al espejo: no me reconozco. La pintura sigue ahí, la tristeza también. Camino lento mientras Duke me va empujando. Siento que el cuchillo toca mi espalda con suavidad.

No digo nada, no quiero provocar otro de sus ataques de furia. Bajamos las escaleras y recuerdo el momento en el que caímos juntos, él detrás de mí.

Llegamos abajo y me ata de manera agresiva y firme. Hace una llamada con su celular, la cual no es respondida.

—Mierda, ¡Jerry jamás contesta el puto celular!

El dolor de cabeza que tengo es insoportable, aunque me he bañado, me duele terrible.

—¿Quién es ese Jerry del que tanto hablas? —cuestiono. Estoy molesta ahora que sé que él ha interceptado mi celular.

—¿Qué te importa? Un amigo, ya te lo dije —gruñe.

No deja de ver la pantalla. De repente, se escucha que alguien abre la puerta de arriba. Duke apaga la luz, toma el cuchillo y se esconde.

—No hables —susurra.

La persona baja las escaleras, enciende la luz y Duke se acerca para asesinarla.

—¡Soy yo, estúpido! —exclama Julie, agitada—. ¡¿Qué hace esta con mi ropa?!

—¡Mierda, Julie! —grita él—. Carajo, la próxima vez avísame antes de llegar.

—Yo llego cuando me dé la gana, y no le aviso a nadie. Ubícate —declara, molesta.

—Bien, bien... —Duke actúa sumiso ante ella, sabe que lo tiene en la palma de su mano.

—Espera. Te traje algo.

Julie vuelve a subir y, minutos más tarde, regresa con una guitarra acústica.

—¡Mi guitarra! —grita él, sorprendido. Es la primera vez que lo veo así de emocionado por algo.

—La olvidaste en mi casa hace mucho tiempo... —menciona ella con la vista clavada hacia el suelo—. Toma.

—¡Increíble! —expresa él—. ¡Pensé que la había perdido!

La guitarra es de color café y tiene una D pintada en dorado en la parte superior. La pintura se ve algo descascarada, como si lo hubieran hecho hace algunos años.

—Puedes ir a dormir ahora. —Julie camina—. Toma las llaves de la camioneta.

—Gracias. Voy perdiendo la cuenta de cuántas te debo...

Él toma las llaves y desaparece en un instante.

—Te arrepentirás de ayudarle, Julie —digo con rencor—. No sabes qué tan profundo es esto. No sabes en lo que te estás metiendo.

Julie se acerca a mí y ríe.

—Ese idiota sí que te hizo daño. Bueno, al menos ya no hueles a mierda. —Se sienta—. No hables mucho, que ando cansada y tú también. Mejor durmamos.

—No puedo dormir así —aclaro—. No he dormido en mucho tiempo…

—Solo tienes que hacer silencio. —Julie camina hacia el sillón y se tira en él. Está viendo hacia el techo con los brazos abiertos.

—¿De dónde conoces a Duke? —cuestiono.

—Oh, esa es una historia estúpida. —Juega con sus manos, sin quitar la mirada del techo—. Vamos a ver… Yo estudiaba Servicio Social en la universidad. Nos conocíamos de cuando éramos parte de los oníricos. Nos presentó un amigo nuestro, Awstin, también de la banda.

»Los oníricos somos muy leales, sin embargo, casi nunca nos hablamos los unos a los otros. Mucho menos si no somos amigos cercanos. Duke rompió el «estándar» y un día llegó junto a Awstin. Él nos presentó y me pareció buena persona, así que entablamos varias conversaciones. Awstin quería que nos acercáramos más y más, tal vez fue porque Duke le dio dinero a cambio. No me sorprendería…

»Había rumores pestilentes sobre el pasado de Duke; sobre sus tiempos en el Orfanato Seletcof; sobre lo que sucedió con su exnovia, Natalia; sobre las cosas que hizo para sobrevivir en la calle, cuando no tenía en dónde vivir. Sin embargo, no hice caso y quise adentrarme en el mundo de ese chico que tenía tanto por ofrecer.

»Nuestra banda se divide en varias secciones. Están los que venden cocaína en las calles, los que cuidamos el territorio, como Awstin, Duke y yo, y, por último, los administradores. En este último grupo se encuentra nuestro líder, sus guardaespaldas y sus ayudantes. Según

dicen, nuestro jefe tiene una hija. Al parecer es una gran perra, pero jamás la he visto. Cuidan mucho su identidad, pues es su punto débil.

—¿Y quién es Jerry? —pregunto de nuevo, esta vez a Julie.

—¿Jerry? —sonríe—. Un buen amigo; no como la escoria de Duke. De todos modos, ¿por qué te cuento todo esto? La historia termina mal. Duke me traiciona y termino en la cárcel.

—Te traicionará apenas pueda hacerlo, de nuevo —sentencio—. Ayúdame.

Ella toma un respiro y enciende un cigarrillo con marihuana.

—¿Eres tonta? ¿Cuántas veces vas a repetir esta estupidez? ¿No te sabes otra línea? —Se sienta y expulsa el humo en mi cara—. Supéralo. Trágate tus palabras y aguanta esta mierda. Como dije antes, si te tocó ser a ti, te tocó y punto.

—¿Hablas en serio? —cuestiono con desilusión. No comprendo a Julie. Si tanto detesta a Duke, ¿por qué ayudarle?

—Si hay algo que sé, es que el destino existe. No puedes hacer nada para cambiarlo —explica con desinterés—. En fin. ¿Te vas a dormir o te duermo?

—Dormiré, entonces...

No tiene caso intentar discutir con ella, he hecho lo que he podido.



Subo las escaleras con mi guitarra. ¡La había extrañado tanto! La pongo en la esquina del almacén y voy al baño a ducharme con rapidez.

Al salir, me veo al espejo y me arreglo el cabello hacia atrás, como siempre. No tengo toda la noche libre, así que me apuro. Agarro la guitarra, las llaves de la camioneta y salgo.

❁ ❁ ❁

Conduzco lejos del lugar, lejos de todo. Manejo por un rato hacia el suroeste de la ciudad, hasta llegar a un sitio especial, uno que guardo en mi alma desde hace muchos años: el Bosque Aletrejo.

Me estaciono y dejo las luces del auto encendidas. La luz de la luna ilumina todo de una manera mágica. Hay luciérnagas en los alrededores y yo observo el lago, el lago que ha estado ahí en mi pasado y en el que he ahogado tantos de mis pecados.

Reviso las gavetas del auto antes de bajarme: hay una navaja.

—Nunca cambias, Julie... —río y la tomo.

Me bajo con la guitarra. Encuentro un tronco caído y me siento. La neblina se posa encima de la superficie del cuerpo de agua y se mueve de manera tenue. Se ilumina con debilidad a causa de la luz de los astros. Miro la escena en silencio. Los grillos y las ranas suenan por aquí y por allá.

Toco la guitarra para afinarla hasta que, pronto, empieza a sonar como antes.

Sin embargo, sé que yo jamás sonaré como antes, como cuando Laila hizo el esfuerzo de trabajar durante meses para regalarme esta guitarra. De una manera u otra, sé que ella está presente esta noche.

El pasado no es mi amigo, la nostalgia, aunque exista en pocas cantidades, no es una aliada que me beneficia para el futuro. ¿Para qué quiero visitar aquellos recuerdos,

aquellas ruinas?

«Orfanato Seletcof», pienso. Un lugar lleno de misterios, de secretos, de dolor, de traición. Estoy seguro de que mi vida antes de llegar al orfanato no fue la mejor, no había duda alguna, pero el haber llegado a ese nefasto lugar me marcó de por vida.

Siento las texturas de las cuerdas hacer fricción con mis dedos. Percibo un cosquilleo al haber extrañado el sentimiento.

De repente, dentro del bosque, escucho unos pasos. Algo se está moviendo. Me levanto y detengo la música en seco. Tomo la navaja.

—¿Quién anda ahí? —pregunto, firme.

No hay respuesta alguna. No hay nadie, no hay razón para que alguien esté en el bosque a estas horas de la noche, sin embargo, siento que mi santuario ha sido contaminado por el día de hoy.

El ambiente se ha arruinado y ya no me siento seguro. Tomo mis pertenencias y salgo del lugar de inmediato, sin dejar rastro alguno.

Las cicatrices aún seguían activas, sin sanar, aquellas marcas aún causaban odio y dolor.

capítulo 52

Recursos humanos



Llego al almacén luego de mi visita al bosque. Bajo al sótano y me encuentro con Julie, quien está dormida en el sillón. Lyra está sentada. Tomo un viejo colchón y lo tiro al suelo. Me acuesto y duermo.

❁ ❁ ❁

Despierto a la mañana siguiente. Julie ya no está y Lyra sigue dormida. Me levanto y subo las escaleras, restregándome los ojos.

Mi exnovia está comiendo pan con mantequilla mientras pasan las noticias en una vieja televisión.

—Siéntate —ordena. Estamos en una especie de mostrador que tiene dos sillas. Frente a nosotros suena la vieja y pequeña máquina—. Come.

Me da unas rodajas de pan y me pasa la mantequilla:

—Gracias —digo.

Comienzo a ponerle mantequilla sin refrigerar al pan que está sin tostar. Escucho que el hombre de las noticias habla mientras está de espaldas a una casa rodeada por cintas amarillas. Parece que hay cientos de policías a los alrededores.

—Hubo un asesinato en esta casa —explica y señala hacia el oscuro hogar—. Ya se ha capturado al presunto sospechoso. El día de hoy se hará el funeral del difunto.

—Un asesinato... —Julie habla—. ¿Tuviste que ver con eso? ¿Dónde estuviste anoche, Duke?

—No tengo nada que ver con esa mierda —reclamo y apunto el cuchillo hacia la pantalla—. Ayer fui al Bosque Aletrejo. ¿Recuerdas que es uno de mis lugares favoritos?

—Sí... bueno.

Ella le da una mordida al pan. El periodista continúa hablando:

—En otras noticias, se sigue buscando a Duke Cornet. Se presume que también pudo haber secuestrado a una vecina de la víctima. Nueva información ha confirmado que el dueño de la casa es el tío de Duke, Gabriel Cornet. Él también se encuentra desaparecido. Se sospecha que Gabriel ha ayudado a Duke y que ambos se han dado a la fuga.

—Espera. ¿Qué? —Julie está confundida—. Nunca me dijiste que tenías un tío.

—Eso no importa. —Como mi pan—. Nunca importó. ¿Por qué tendría que hablar sobre eso?

—Es el primer miembro de tu familia del que tengo conocimiento. —Ella se acerca—. ¿Sabías que él existía?

—No quiero hablar del tema. —Me alejo y apoyo un brazo en la mesa—. No viene al caso el pasado de nadie. Además, está muerto. Ha secuestrado a Quinn y tuvimos ciertos desacuerdos. Tuve que eliminarlo por el bien de este proyecto.

—¿Cómo pudiste matar a un familiar? —Ella está asqueada.

—¡¿Quién eres tú para preguntar eso?! —exclamo con todas mis fuerzas—. ¡¿Qué te importan los problemas de los otros?! ¡Eres fría, igual que yo! ¡Deja de pretender que algo te importa un carajo!

—Imbécil. —Ella retrocede y deja la comida en la mesa. Tiene los ojos vidriosos—. No te reflejes en mí, jamás. ¿Cómo te atreves?

—Voy a darle de comer a Lyra.

Me retiro con un poco de comida y aviento la puerta con fuerza.

Lyra comienza a despertar debido al portazo que he dado. Mueve el cuello con una expresión de dolor.

—No puedo seguir durmiendo así... —dice—. Me estoy lesionando el cuello.

—Te traje comida. —Omito lo que dice—. ¿Quieres?

—Sí.

Me acerco y me siento junto a ella. Le doy el pan y el agua. Ella come con rapidez. El disgusto que he pasado arriba me ha quitado el hambre.

—Hoy no estaré —anuncio—. Tengo algo que hacer.

Ella guarda silencio y no responde.

Vuelvo a subir y noto que Julie sigue sentada en la misma posición de antes.

—¿Qué vas a hacerle? —pregunta

—No lo haré hoy. Tranquila. —Respiro—. Necesito información.

—¿Información de qué? —interroga ella.

—Necesito un arma —explico—. ¿En dónde puedo conseguir una?

—Jerry tiene una, creo. —Julie habla seca—. ¿Para qué?

—No creo que la siga teniendo —menciono—. No le gusta que haya violencia cerca de sus hermanos. Además, aunque tuviese una, no me la daría.

—¿Para qué es? —insiste.

—Por si algo pasa. Uno nunca sabe —hablo mientras camino en círculos—. ¿Quién más tiene una y me la podría dar?

—Awstin tiene una —revela Julie al pasar por los canales de la televisión.

—¡Awstin! —exclamo—. ¡Pero claro!

—No le hablas desde hace mucho tiempo. ¿Cómo le pedirás un revólver, así como así? —Julie retoma la postura agresiva—. Eres un interesado. Das pena.

—Tú eres una interesada también. Así es como funciona el mundo después de todo. Como sea, gracias por el dato. ¿Usarás la camioneta o la puedo llevar?

Tomo las llaves y ella me señala:

—Si algo le pasa a esa camioneta, voy a llamar a la policía para que te pudras en la cárcel por siempre...

—Gracias. Veré si logro obtener el revólver. ¿Podrás cuidar de Lyra? —pregunto al caminar hacia la salida.

—¿Tengo otra opción? —dice entre dientes—. Ve rápido, que tengo cosas que hacer también.

—Adiós.

Me voy de inmediato y en el vehículo me sirvo una gorda línea de cocaína. La aspiro y siento las fuerzas vuelve a mí. Lo necesitaba. Me relajo al tener nuevas energías.

Me muevo un poco más al norte del almacén de Julie, Awstin siempre se encuentra protegiendo la parte noroeste de la ciudad, pues de ahí es de donde nacimos los oníricos.

Conduzco hasta el lugar donde hablaba con Awstin y pasaba un rato divertido para sobrellevar los días aburridos. Hace varios meses que no lo veo.

Pero ahí está él, con su usual peinado de copete desordenado y con su sonrisa de labios cortos y mandíbula grande. Tiene una camisa roja y zapatos del mismo color. También usa la misma estúpida gorra de siempre, blanca con rojo, la cual cubre todo menos su copete. Me bajo de la camioneta en una calle cercana a una rotonda.

Junto a Awstin se encuentra Amalea, una de las más perras de Ciudad Onírica. Tiene el cabello largo y castaño. Lleva los labios pintados de rojo y una diadema blanca. Muestra un gran escote y está usando una falda diminuta.

Es muy caliente, pero su personalidad es tan asquerosa que me repulsa. Ellos se están besando con intensidad.

Amalea recorre mi cuerpo con sus ojos e interrumpe el beso tras mostrar una sonrisa.

—¿Qué se te ofrece, perro pulgoso? —pregunta.

—Hola. ¿Me extrañaron? —pregunto al levantar la mano —. Espero no interrumpir su casi coito.

—Duke. —Awstin sonríe—. No esperaba que vinieras.

—¿Por qué? —cuestiono al sentarme junto a ellos.

—Te están buscando por todos lados. No deberías de salir. —Él señala a los alrededores.

—No importa. No me van a capturar. —Levanto los hombros—. Relájate.

—¿Qué haces por aquí? —interroga Amalea, quien es una gran metiche.

—Necesito que me prestes tu revólver. —Señalo a Awstin.

—¿Qué? —ríe, incrédulo—. ¿En serio?

—Pues sí —rio junto a él—. La necesito, ya saben, todo se está poniendo peligroso con tantos policías en mi búsqueda.

—Mira, ya me enfriaste. —Amalea toma un bolso que se ve carísimo y está adornado con diamantes—. Me voy. Llámame cuando termines con estas niñerías, Awstin.

—¡Espera, Amalea!

Él intenta evitar que se vaya, pero no lo logra.

—Oh, lo siento. —Me rasco la cabeza—. Pronto volverá.

—Como sea, luego vendrá por mi verga. —Él se sienta—. En fin... cuéntame. ¿Es cierto todo eso? ¿Lo del secuestro?

—Sí. Es todo cierto... —confieso—. ¿Por qué?

—¿Y está buena? ¿Ya se la metiste? —Una sonrisa se arquea en su cara—. Si yo tuviera una así, ya la hubiera estrenado, ¿sabes?

No puedo controlar mi expresión ante un comentario tan

nefasto, pero tengo que mantener la postura. Necesito que me dé el arma.

—No. Y no lo voy a hacer —aclaro—. No es para eso que la necesito.

—¿Para qué, entonces? —pregunta al levantar las cejas y curvar la boca.

—No puedo hablar de ello hasta que termine lo que estoy haciendo —explico—. Luego de eso, se verán los resultados.

—Mira, mi amigo. —Me da una palmada en la espalda. Me rodea con su brazo—. No sé, la cosa con los desvaríos se ha puesto bien compleja. Necesito defender este lugar.

—Awstin. —Lo veo a los ojos, serio—. Eres el único a quien tengo en estos momentos: no me falles ahora.

Él hace silencio. Frunce el ceño, ve hacia el cielo y luego hacia el suelo. Respira profundo y levanta las cejas tras encogerse de hombros y doblar la boca.

—No lo sé... —dice como si pensara mucho la decisión—. ¿Qué planeas hacer con el arma? —consulta al poner la mano en su barbilla. Es obvio que le encanta ser «necesitado».

—Es para defenderme de alguna emergencia. No quiero morir o ser capturado —explico—. Ya te lo he dicho.

Awstin dobla el cuello y levanta los hombros. Voltea a ver hacia la calle mientras tuerce la boca y se rasca la cabeza.

—No me hablas desde hace tiempo y ahora vienes con esto... —habla—. No lo sé.

—¡Vamos! —insisto—. ¿Qué tengo que hacer?

—Está bien. Te doy el arma, pero como es mía, si pasa algo, tendrás que venir de inmediato y pelear contra los desvaríos —negocia.

—¿Eso es todo? —pregunto entre risa—. Los desvaríos son pan comido.

—Sí. —Sonríe—. Eso es todo. Simple, ¿no?

—Trato hecho —concluyo.

Nos damos la mano y él saca la pistola de la parte trasera de su pantalón.

—Cuídala. Ah, por cierto... —dice y veo que anota algo en el celular—. Si no me vienes a ayudar, le daré la placa de tu auto a la policía. Diré que es tuyo.

—Ya veo. Está bien —respondo y empiezo a caminar.

—Nos vemos, ha sido un placer. —Awstin se queda en el lugar, silbando.

La manipulación y usar a las otras personas no era un chiste. La gente se movía al basarse en estas razones.

Después de todo, sí, esa era la manera en la que funcionaba el mundo.

capítulo 53

Clases de costura



Una vez dentro del auto, guardo el arma en la guantera y me veo al espejo. Sonrío, sin embargo, muy en el fondo, algo no está bien.

Me siento algo solo.

Intento no darle importancia al sentimiento, pero a veces, incluso a plena luz del día, decide atacarme. Sé que estoy solo, siempre lo he estado. Nadie nunca me ayudó o estuvo ahí para mí. Sé que puedo sobrevivir a lo que vendrá, así como he sobrevivido a quién soy yo, a dónde estoy y al qué quiero.

Según veo en mi celular, estoy cerca de una tienda de costura. Tengo dinero en efectivo y, también, mi tarjeta; aunque sería estúpido usarla. Sabrían en dónde me encuentro.

Conduzco hacia el sitio, el cual resulta ser un poco más al centro de la ciudad de lo que esperaba. Salgo de la camioneta y camino hacia la tienda. Entre la gente que pasa, puedo ver algo que me molesta. Es aquel chico vestido de negro, el que estaba con el corpulento y la gótica. Está vendiendo drogas o eso parece.

Me acerco a él. Estoy vestido de rojo y me reconoce.

—Hola, amigo —saludo, casual.

—Aléjate. No quiero problemas contigo. —Otro desvarío está con él y es quien le está comprando.

—No vengo a buscar problemas, vengo por curiosidad. ¿Qué tienes por ahí? ¿Cocaína? —consulto al toquetear su

cuerpo.

—Aléjate, repito. —Él me ve de manera desafiante, pero retrocede.

—Nadie tiene que salir herido... —Saco mi navaja—. Aquí mandamos los oníricos. Pueden ir a otra ciudad, si quieren.

—Ya nos vamos —habla él—. Terminaré esta venta y ya.

—¿Cómo te llamas, cariño? —puedo ver que algunos de sus gestos son delicados.

—Jael —responde, seco—. Listo; ya nos vamos.

—Qué fáciles son —concluyo y rio en voz alta—. Son unas gallinas, no quieren ni dar pelea.

—Sé quién eres, Duke. Todos sabemos quién eres y lo que has hecho, no te conviene causar más problemas de los que ya tienes. —Él está plantado en lo que dice, parece seguro, e inseguro al mismo tiempo.

«¿Puedo acaso tambalear sus aguas y probar sus límites?», pienso.

—Tienes razón, Jael. Ya me voy, al igual que ustedes —digo la voltearme.

—No vendré más por aquí. No quiero causar problemas —menciona.

—Bien dicho. —Él se empieza a alejar junto al otro. Siento que mi corazón palpita con adrenalina.

¡¿Cómo se saldrá con la suya?! ¡Es un estúpido desvarío! Me volteo de nuevo y le clavo la navaja en su espalda, cerca de sus costillas.

—¡Ah! —Suelta un gemido de dolor. El otro imbécil se me lanza encima y la navaja cae al suelo. Él me intenta golpear, pero soy más fuerte, por lo que me posiciono encima de él y lo golpeo con más fuerza.

Jael empieza a gritar por ayuda. La gente se aleja en lugar de ayudarlo. Sé que tengo la pelea ganada. ¡Una victoria más para los oníricos! Me aparto del desvarío,

quien corre a ayudar a Jael en el suelo. Hay un charco enorme y él está llorando. Se lo ve desgarrado, casi no puede respirar.

—¿Ya aprendieron? —Lanzo una carcajada—. ¿Ya vieron que aquí no tienen poder? Si regresan, y espero que no lo hagan, morirán.

—Te pudiste haber ido, Duke... —Jael exclama entre llantos—. Y no lo hiciste. Desearás no haber hecho esto...

Ellos se van. Las personas están viendo la escena, pero nadie hace nada. Me siento bien, poderoso. Camino entre la gente y me disipo en segundos.

En unos minutos, todo vuelve a la normalidad y las personas pisan el charco de sangre mientras siguen con sus estúpidas y superficiales vidas.

En el trayecto al comercio, me limpio un pequeño manchón de sangre que tengo en el brazo. Veo la tienda de costura y decido entrar. La única presente es la señora del mostrador.

—Buenas tardes. ¿En qué te puedo ayudar? —consulta; es robusta y tiene las mejillas coloradas.

—Buenas tardes —respondo—. Vengo a ver hilos.

—¿Hilos? ¿De qué tipo buscas? —pregunta.

—No sé, el mejor hilo que tenga —pido. No tengo idea de cuál se necesite para lo que quiero hacer.

—A ver... ¿cómo explicarte? Hay hilos que son mejores para ciertas utilidades. Pueden tener fortaleza a la hora de la costura, es decir, para cuando vayas a meterlo en la máquina. También pueden tener resistencia de abrasión o puedes buscarlos por elasticidad, resistencia química, inflamabilidad y solidez de color.

La mujer continúa hablando y no entiendo nada de lo que explica.

—Eh, sí... ¿estos qué son? —interrogo y toco unos que

están sobre una mesa.

—Son naturales, de algodón. Son los más típicos —explica.

—Hmm... ¿y aquellos? —pregunto, se ven mejores, más resistentes y gruesos.

—Bueno, estos son hilos sintéticos. Son más fuertes que los naturales.

Ella toma uno y me lo da.

—Necesito el mejor hilo, el más resistente que tenga... —veo hacia el suelo, hacia mi zapato, y noto que tiene una abertura—. Es que, mire, tengo que coser mi zapato.

—¡Oh! ¡Lo hubieras dicho desde un principio! Aquí no vendemos mucho este tipo de hilo especial, pero por ser tú, te lo puedo vender —dice, feliz—. Mira. —Saca una caja negra pequeña, muy fina—. Este hilo es de edición especial, es un hilo de nailon grueso, del más fino que puedes encontrar. Es sintético, tiene alta tenacidad, alta resistencia a los químicos, y no se ve afectado por la humedad, podredumbre, moho, insectos o bacterias —explica. Su voz me parece estresante, no para de hablar y ya me duele la cabeza.

El hilo es negro y luce perfecto, no es como esos típicos hilos que se rompen al tocarlos.

—Me lo llevo —confirmo al tomarlo y examinarlo. Puedo imaginar la boca de Lyra cosida con este material, ¡de seguro tendré éxito!

—Tienes que usar esta aguja especial, es un poco más gruesa que las normales. Todo en conjunto sería...

La suma de dinero es cara, pero no tendré otra oportunidad para comprar este material.

—Bien —digo al sacar los billetes. Se los doy y ella me empaca los objetos en una bolsa.

—¡Suerte al coser!

La señora se despide con un movimiento de la mano:

—La necesitaré —rio—. Gracias...

Salgo de la tienda y me paralizo del miedo al ver hacia la calle, algo lejos de mí: hay dos policías entre la gente. Se ve que están buscando algo.

—Mierda... —carraspeo y sostengo la puerta, no sé si volver.

No puedo ir a la camioneta en este momento. Tengo que seguir el flujo de gente hacia el lado contrario a los policías. Camino por media hora por la avenida y entro a una tienda cualquiera que vende peluches. Me pongo a verlos para aparentar, en caso de que algún policía esté cerca. Me escondo detrás de un estante para «observar» algunas cosas en específico.

Pasa media hora hasta que puedo asegurarme de que no hay policías en los alrededores y puedo regresar hasta la camioneta.

Conduzco hasta el almacén, ¡estoy emocionado por empezar mi trabajo con Lyra!

Pero cuando llego, Julie está esperándome en la entrada.

—¿Qué tanto hiciste? Dame las llaves, voy tarde.

Está enfadada.

—Gracias. —Tengo la bolsa en la mano—. Estaba comprando algo que necesito para Lyra.

—Espera. ¿Qué le vas a hacer? —pregunta frente a mí.

—No creo que empiece hoy, pero le coseré la boca —confieso.

—¡¿Qué carajos?! ¡¿Estás loco?! —exclama—. ¡Eres un enfermo!

—Con esto ganaré muchísimo dinero —explico—. Te juro que si gano, te daré una buena parte por lo que hiciste por mí.

—Esto se pone cada vez peor... —Baja la cabeza—. Como

sea, no la mates.

—Nos vemos —saludo y ella se va.

Decido bajar al sótano y me encuentro con que Lyra está dormida de nuevo. Pongo las bolsas en el suelo y ella despierta.

—¿Qué pasa? —pregunta, atontada.

—Ya tengo el hilo —informo al caminar a su alrededor.

—¿Qué hilo? —parpadea con fuerza. Tiene los ojos rojos.

—Con el que te coseré la boca —explico—. Mira...

Ella abre los ojos y grita, aterrorizada.

—¡No! —exclama.

—Sabes que va a suceder de todos modos, Lyra. Deja de resistirte, que lo harás peor. —Me acerco a ella—. Ya tengo el hilo y la aguja. Necesito que me digas cómo hacerlo para que no te infectes.

—¡Por favor! —Está desconsolada—. ¡No me arruines la vida, no más de lo que ya hiciste!

—No hay regreso para mí ni para ti —concluyo—. No sé si eso sea bueno o malo, pero esa opción de volver al pasado, de arrepentirse, ya no existe. Por eso intentemos llevarnos bien. ¿Sí? —Sostengo el hilo frente a su cara y lo extiendo —. Nos queda un buen camino por recorrer. ¿Qué piensas? ¿Qué tan tallado lo hago? ¿Para que puedas hablar o no? Es obvio que tendrás que comer, no lo puedo tallar tanto, la comida te tiene que entrar.

—Me vas a matar... —Suspira—. Mátame de una vez, si ese es el caso.

—Dime qué medicamentos necesitarás.

Me siento frente a ella y espero:

—Necesitarías anestesia, pero eso no lo puede conseguir por cualquier idiota como tú. —Escupe el suelo—. ¡Ya, ríndete!

—Anestesia... —digo y apunto—. ¿Qué más?

—Agua con sal… —Sabe que si no me ayuda, le irá peor—. Eso es para desinfectar.

—Bueno, no será tan complicado después de todo. Eso es todo, supongo. Compraré también vaselina para que la aguja pueda pasar mejor —termino de apuntar—. Tengo que esperar a que Julie venga. Mientras tanto, hablemos de tu alimentación. Para el desfile, necesitaré que te veas bien, y no desnutrida y fea.

—Se podrían desatar los hilos para los intervalos de alimentación —sugiere con seriedad.

—¡Buena idea! Me encanta que cooperes así. —Me siento complacido—. Excelente, iré a comprar todo esto y, cuando regrese, empezaremos.

Duke iría a comprar los útiles. Mi intuición decía que Julie había tomado la camioneta, lo que significaba que él tendría que ir a pie. Este sería mi momento de escapar…

capítulo 54

El gran escape



Subo las escaleras deprisa y salgo. Está atardeciendo y hay una brisa fresca. Camino hacia la plaza comercial, pero está lejos. Tendré que recorrer un camino considerable.



Estoy sola. Tengo que poner mi plan en acción. Esta será la última vez que podré escapar antes de que empiece otra etapa de mi transformación. ¡No la puedo desperdiciar! Abro los ojos e intento recabar toda la información posible. Estoy atada, mis manos están a los lados de la silla y la cuerda me cubre varias veces todo el tronco del cuerpo, inclusive mis piernas.

Observo mi ambiente. Están las bolsas antiguas de Duke,

de donde había sacado la lágrima que tengo en la mejilla. También está el sillón donde ha dormido Julie y el colchón en donde ha descansado Duke.

Además, se encuentran los nuevos objetos. Veo el hilo y el agua. Si me lanzo al suelo, sé que no podré levantarme de nuevo, pero, por otra parte, la silla parece maleable. El metal cederá ante un eventual impacto, como cuando caí por las escaleras junto a Duke ya hace tanto.

De esa manera me había logrado liberar en el pasado. ¿Podría pasar una segunda vez?

¡Tengo que encontrar la manera de doblar la silla!

Un impacto fuerte o varios moderados serán suficientes, pero ¿cómo se puede lograr algo así? No tengo muchas fuerzas debido a lo que le ha pasado a mi cuerpo...

Ojeo una mesa que está un poco lejos de mí y veo que hay más... Las escaleras tienen columnas que soportan la baranda y la sostienen.

Se me ocurre una idea que dolerá mucho, pero es buena y efectiva, aunque algo lenta. No tengo tiempo que perder. Me muevo al dar pequeños saltos hacia la mesa, la cual está a mi nivel.



Mientras camino, me meto a internet con el celular para evaluar qué anestesia es la que me servirá mejor. Todas tienen nombres extraños y complejos. De manera específica en el navegador, busco aquellas que se puedan vender a alguien sin título médico o de dentista, pero no encuentro nada. ¡Esto es más difícil de lo que pensé!

No encuentro alguna que me sirva. Investigo sobre la lidocaína o el clorhidrato. Veo que tiene muchos usos, como

el bloqueo epidural, lo procedimientos quirúrgicos, dentales y obstétricos.

De inmediato llamo a mi dentista de siempre. Voy pateando una roca mientras camino. Por suerte, su consultorio se encuentra en la plaza comercial a la que voy.

—¿Hola? —contesta el teléfono.

—¿Doctor? —pregunto—. ¿Cómo le va? Habla Duke.

—¿Duke? —Está nervioso—. ¿Qué sucede?

—Vamos, no se sienta asustado. Usted sabe que siempre he sido de confianza. Soy un chico bueno. ¿Sí? —digo—. Lo llamaba porque quería saber si tiene lidocaína en su consultorio.

—¿Lidocaína? Sí... —titubea

—¡Perfecto! ¿Habrá problema si me da una dosis? Es para ayudar a una amiga, para que no sienta dolor —explico casualmente.

—¿Es la chica que secuestraste? —cuestiona, asustado—. ¿Qué demonios le estás haciendo?

—Eso no se pregunta, doctor —rio—. Mire, ¿me ayuda? Es solo un poco de anestesia y me iré rápido.

—Voy a llamar a la policía, no vengas.

Escucho que está por colgar.

—¡Eh! Espere un momento. ¿Sigue viviendo en aquella casucha en donde lo visité la otra vez? ¿Cómo están su esposa y su hijo? Apuesto a que felices y vivos. ¿Le parece si lo mantenemos así? —pregunto, convincente.

—Maldito... —Su voz tiembla.

—Me pregunto quién será capaz de llegar primero a su casa —comento—. Digo, en caso de que se vuelva loco e intente algo estúpido. ¿Me ayudará?

—Sí —contesta—. Llámame cuando estés por llegar.

—Nada de eso, señor. Se quedará hablando conmigo hasta que llegue, relájese, llevémoslo suave. ¿Está solo en

el consultorio? —interrogo.

—Sí... —responde—. Estoy solo.

—¿Cómo sé que eso es cierto? Hagamos una videollamada, anímese.

Lo vuelvo a llamar con cámara esta vez. No dejo que me vea y pongo el dedo en la mía. El doctor me enseña lo que está a su alrededor. Efectivamente, está solo. Lo obligo a abrir todas las puertas y, mientras camino, sigo hablándole. El arma está en la parte trasera de mis **jeans** y guardo la navaja con algo de sangre en mi bolsillo.



He llegado a la mesa. Intento alcanzar la cuerda, pero es imposible. Me acerco lo más que puedo y me esfuerzo por morderla, pero no logro alcanzarla. Tendré que tambalearme un poco más.

Hago el movimiento y sale mal. Mi cuello queda atrapado entre la esquina de la mesa y la silla, lo que causa que el aire se corte. ¡Estoy atrapada!

Siento la falta de aire, pero sé que si me estreso se

pondrá peor. Aguanto la respiración mientras siento la terrible presión de todo mi cuerpo en el cuello. Me tambaleo más, hasta que logro que mi cara se acerque a la cuerda a pesar de seguirme asfixiando.

La muerdo y me muevo para lograr estar en la posición inicial. Tengo la soga en mi boca y ahora puedo respirar, pero su textura hace que me den ganas involuntarias de vomitar. ¡No la puedo soltar!

Es mi única esperanza ahora. La muevo con mi boca para que el lado más largo llegue a mi mano izquierda. Después de algunos minutos, lo logro, pero mi mandíbula no aguanta más. Me duele demasiado.

Tomo un pequeño descanso y respiro de manera profunda. Mi corazón no deja de palpitar a causa de la gran adrenalina del momento. El frío sudor baja por mi cara y cosquillea en mi cuello.

A continuación, empiezo a dar saltitos hacia las escaleras donde están las columnas de la baranda. Mientras me muevo, sostengo la cuerda con la boca y acomodo el otro extremo de forma tal para que llegue a mi mano derecha y así tener ambos lados en mis manos.

Lo logro luego de varios minutos de constante lucha. Me posiciono a un costado de una columna para que mi brazo pueda pasar a través de un espacio entre ellas. La idea es poner la cuerda alrededor y sostener cada extremo con los brazos. Quiero generar tensión.

Cumplo mi objetivo al pasar más cuerda en la columna mientras me ayudo con mi otro brazo. Por fin, puedo soltarla de mi boca.

Todo estaba saliendo de acuerdo con el plan, solo debía tener éxito en la parte más complicada.

capítulo 55

Línea de moral y de ética



Ya estoy afuera —anuncio. Su consultorio está en la entrada la plaza comercial.

—Pasa —pronuncia. Veo como abre la puerta y aparece frente a mí. Termino la llamada y guardo el celular.

Saco el arma. Es un hombre canoso, alto y con una sonrisa grande, sin embargo, ahora está sudando mucho y tiene una expresión de terrible angustia.

—Bueno, ya me puede dar lo que busco —concluyo.

—Sí. Déjame prepararlo. Por favor, ¡no me mates! Por favor —suplica.

—Que no, señor. Nadie hará nada de eso. Apúrese —ordeno, agitado.

Él saca el medicamento y me da unas jeringas para poner el líquido. Coloca varias agujas y coloca alcohol para evitar infecciones.

—Toma —dice al darme todo con sus manos, no para de temblar—. Vete ya, por favor, he cumplido mi parte.

—Muchas gracias. —Tomo los objetos—. No era tan complicado. ¿Cierto? No le hice daño ni nada, así que, por favor, no llame a la policía. A su familia no le gustaría eso y, desde la cárcel, si es que me capturan, podría hacer una llamada a mis amigos. Hay varios de ellos a los que les encanta ensuciarse las manos.

—No haré nada, por favor.

Él no me mira a los ojos, está encorvado e indefenso.

—Perfecto —digo y salgo del lugar a paso seguro.



Para el siguiente movimiento necesitaré todas las fuerzas restantes en mis brazos y mis piernas, aparte de las de voluntad y de esperanza.

Es el paso final.

Tengo un extremo de la cuerda en cada mano. Ahora debo empujar con mis pies lo más fuerte que pueda y alejarme de la baranda para caer de espaldas. Luego, tendré que usar la cuerda para levantarme de nuevo, y así repetir el proceso hasta que la silla esté lo suficientemente dañada como para poder escapar.

Empujo con todas mis fuerzas. La silla cae y me lastimo mucho la espalda. Quedo viendo hacia el techo, el cual tiene unas terribles manchas de humedad. Una salvaje jaqueca me mata la cabeza. Mi nuca está en estado pésimo debido a mi mala posición al dormir.

Vuelvo a jalar tan fuerte como puedo, pero la silla choca contra la baranda en lugar de levantarse a como esperaba. Respiro hondo, tengo las manos tensas... ¡no puedo soltar

las cuerdas, no ahora!

Empiezo a jalar otra vez. Esta vez, la silla se levanta y se inclina con el borde de la baranda. De repente, las cuerdas se me resbalan y caigo de nuevo. ¡No le he hecho ni un rasguño a la silla!

Hago lo mismo, pero con más fuerza y logro erguirme. Llego a la posición inicial. Ahora he medido la fuerza que necesito para levantarme, y sé que hará falta más. Tomo un profundo respiro. Mis manos tiemblan, están muy tensas y tengo miedo.

Cierro los ojos y me impulso con más fuerza. La silla cae. Siento una diminuta mejora en las cuerdas, lo que significa que tengo un centímetro más de ventaja para sostenerlas, lo cual me motiva de inmediato.

Jalo de nuevo, mis brazos duelen mucho. No tengo fuerzas, pero debo seguir. ¡Las tengo que encontrar! ¡Es tarde para detenerme!

Estoy arriba de nuevo; ahora puedo empujar con un poco más de fuerza. Es el último impulso que tendré que efectuar para que la cuerda se afloje lo suficiente como para después usar mis pies y mis manos.

Empujo con más fuerza que todas las veces anteriores y caigo. Mi nuca intenta sostener a mi cabeza antes del impacto contra el suelo, pero falla. Un golpe en seco contra el piso de cemento me deja escuchando un pitido.

Todo se empieza a poner negro.

Abro los ojos. No entiendo qué sucede, me encandilo con una enorme luz... Una luz... ¿en el cielo?

Estoy sentada, es una especie de llanura. El día está precioso. Visto un vestido celeste y me acuesto para recibir los rayos del sol en mi cuerpo. Es la sensación más deliciosa que he tenido en mucho tiempo. Respiro hondo: el aire es puro.

Siento una presencia a mi lado derecho. Y ahí la veo. Sus ojos están llenos de esperanza. Viste un vestido como el mío y sus rizos lucen perfectos. Tiene una sonrisa muy tranquila que me invita a hacer el mismo gesto. Ninguna se inmuta ante la presencia de la otra.

—Quinn —pronuncio. Ella ve hacia el cielo también.

—Bonito día, ¿cierto? —pregunta. Siento el cosquilleo del pasto en mis piernas y en mis brazos, la brisa es perfecta.

—Es hermoso —complemento.

—Este lugar es perfecto —habla ella. Me ve a los ojos—. Pero tú no perteneces aquí.

—¿A qué te refieres, Quinn? Siempre hemos estado cerca y tenemos una buena relación de amistad —digo, confundida.

—Sí, Lyra. Además, ambas tenemos el instinto de lucha desarrollado. La supervivencia es algo que nos ayudó en los momentos más difíciles. Pero tú no perteneces aquí. No todavía. —Ella me toca el cabello con suavidad—. Aún tienes muchos pendientes.

Me siento triste al escuchar estas palabras. ¿De qué habla Quinn?

—No lo entiendo... ¿Por qué no me puedo quedar aquí, contigo? —cuestiono. Una lágrima acaricia mi mejilla.

Ella ve hacia el horizonte. Hay unas majestuosas montañas a lo lejos. Su cabello se mueve con el aire y no ha quitado esa expresión pacífica de su rostro.

—Nos veremos en el futuro, Lyra. —Frente a nosotras hay un diente de león perfecto que se mueve vez en cuando con la brisa. Ella me lo da, lo sostengo frente a mí, al nivel de mi pecho.

—Es hermoso y delicado —concluyo con nostalgia.

—Sóplalo —ordena Quinn al levantarse.

Lo soplo. De inmediato, las partículas blancas que lo

adornan se mueven con el viento. Todo a mi alrededor se desintegra. Quinn y su vestido se desaparecen de a poco y ella me ve con una sonrisa de aprobación, de paz, de apoyo.

—¿Quinn? —interrogo, mis lágrimas salen de forma involuntaria—. ¿Qué pasa?

—Nunca dejes de luchar, Lyra... Sé fuerte. —Termina de decir, mientras sus últimas partículas se van con el viento. El resto se desvanece ante mis ojos y lo único que puedo ver y sentir es la infinita oscuridad.

Abro los ojos de nuevo. Respiro, pero me falta el aire. Estoy en **shock**. ¡Sigo en la silla! Siento todas mis heridas. Aún no he salido del asqueroso sótano, sin embargo, ahora tengo más voluntad que nunca.

Me doy cuenta de que la silla ha sido doblada a tal punto que las cuerdas están flojas. Me duele demasiado la cabeza. Me retuerzo entre las cuerdas y logro moverme. La adrenalina se dispara y tengo que pensar rápido.

Respiro hondo. Me toco la cabeza y estoy sangrando, pero no importa. No importa nada ahora. Me intento levantar, a pesar de que mis heridas son graves.

Caigo otra vez y me arrastro hacia las escaleras. Me apoyo en la baranda para levantarme.

No sé cuánto tiempo he perdido al estar inconsciente, así que tengo que apurarme más que nunca. Me estiro, siento mis músculos resentidos por no moverlos en tanto tiempo.

De inmediato, escucho la voz de alguien.

—¡Duke! —grita un muchacho—. ¿Duke? ¿Dónde estás?

No sé qué hacer. Sé que vendrá a investigar eventualmente al sótano. No es la voz de alguien que conozca y no sé si sea de fiar. Apago la luz y corro a esconderme cerca del sillón, en el suelo. Estoy agachada y temblando del miedo.

La puerta del sótano se abre y el chico baja las escaleras.

—¿Duke? Vamos. —Enciende la luz. No tengo nada con qué defenderme, solo me queda esperar a que no me descubra.

No puedo asomarme, sería delatarme, y no quiero fallar de una manera tan fatal.

—¿¡Qué demonios!? —Observando la silla, las cuerdas y las bolsas para mi transformación. Escucho que empieza a marcar en su celular.

—¡No lo llames! —exclamo al salir de mi escondite.

—¡Ah! —grita. Al verlo, su cara me parece algo conocida, pero mi cabeza me duele tanto y estoy tan deshidratada que no puedo analizar bien la situación. Sé que debe ser el amigo del que Duke tanto ha hablado.

—¿Jerry...? —consulto.

—¿Tú quién eres? —pregunta al verme de pies a cabeza. Está asustado, lo puedo ver en sus ojos.

Guarda el celular.

—Mi nombre es Lyra Coppens. Duke me ha secuestrado... y mira todo lo que me ha hecho. ¡Por favor, ayúdame! ¡No tenemos tiempo! —suplico.

—Diablos... —Es evidente que está viviendo un gran dilema—. ¿Cómo te encuentras? ¿Puedes caminar?

—¡Sí! —Estoy desesperada, siento el corazón en la garganta. Es obvio que él sabe quién soy, ¡ha sido el maldito que **hackeó** mi celular para que Duke me encontrara!—. ¡Por favor, vámonos!

Él mira a sus alrededores. Sé que piensa si debe ayudarme o no.

—Puede que Duke sea de mis mejores amigos... —pronuncia—. Pero esto es inhumano. ¡Vamos!

—¡Gracias, gracias!

Él me ayuda a subir las escaleras hasta que...

—¿Jerry? —Se escucha en la parte de arriba del almacén.

Es la voz de Duke.

Ambos quedamos paralizados, siento que la sangre baja por mi cuerpo y como las esperanzas decaen. No puedo pronunciar palabra alguna.

Es el momento de la verdad. ¿Será este muchacho igual que Duke? Ya no confío en nadie, pero no me queda ninguna opción. Dos contra una, no hay manera de que esto salga bien.

—Regresa, rápido —ordena Jerry al voltearse conmigo.

Me escondo tras el sillón de nuevo. Esta vez sí puedo ver a través de un viejo orificio que tiene. Hago silencio, pero respiro muy fuerte por el estrés y adrenalina. No me puedo contener; estoy llorando.

Duke baja las escaleras.

—¿Qué haces aquí? —cuestiona y transfigura su cara al analizar el resto de la habitación—. ¡¿Qué mierda pasó?!

—Acabo de llegar —titubea Jerry con los ojos abiertos—. Ella desapareció.

—Oh, no... ¡Oh, no! —grita y se empieza a descontrolar.

Duke corre y comienza a buscarme por todo el sótano. Cierro los ojos con fuerza y, acto seguido, me jala las piernas de manera agresiva. Me golpeo con el sillón y con otros objetos mientras me arrastra.

—¡Te tengo! —exclama entre risas. Luce aliviado—. ¡Estúpida! ¡¿No entiendes que jamás escaparás?! ¿Cómo te atreves?

Me golpea en la cara dos veces, los alaridos que saco mezclados con mi llanto son suficientes para que Jerry interfiera.

—¡Basta! —Jerry detiene a Duke solo con sus palabras.

Mi secuestrador camina y se coloca entre Jerry y yo. Nos observa a ambos en una especie de triángulo. Sigo en el suelo, sé que me ha dejado peor que antes. Me siento más

agredida que nunca y mi alma se resiente por tener que aguantar todo esto.

«¿Por qué...?», pienso.

No tengo manera alguna de defenderme y él sigue con sus maltratos. A este paso, terminaré muerta.

—Me disculpo, me alteré. —Duke recupera su compostura —. ¿No ves que intentó escapar?

—¡No puedo creer lo que veo! —Jerry lo mira a los ojos—. ¿En qué te convertiste? Accedí a **hackear** su celular porque pensé que era algo simple, que querías saber de su vida, que te gustaba, pero... ¿esto?

—Lyra. —Duke camina con una silla nueva, trae las cuerdas—. Ya sabes qué hacer. Siéntate.

—No. —Me niego—. Libérame y escapa. No diré nada, todavía tienes tiempo.

Me levanto como puedo del suelo.

—A ver, las cosas no son tan fáciles, amigos. —Duke nos señala—. Jerry, eres la única persona que me queda: no interfieras con esto, no rompas lo que hemos formado.

—Tu ética y tu moral están retorcidas. —Jerry se acerca a él—. Tienes que abrir los ojos.

—Prometo que después de esto jamás haré mal alguno, ¿sí? —Luce desesperado—. Nada más necesito terminar.

—Te lo dije desde el inicio: te conozco desde hace años y nunca has tomado mis consejos. ¡Ni siquiera desde que estabas en el Orfanato Seletcof! —Jerry lo señala de vuelta —. Mírate, Duke. Mira en dónde estás ahora. ¿A esto llamas progresar? Tan fácil que es avanzar sin meterse en problemas... y mírate.

—¿Juegas a la moral? ¿Juegas a la ética? ¿Quién me vende las drogas que me tienen así? —Duke lo empuja con un dedo—. ¿Cómo te atreves a juzgar mi proceso? ¿Cómo alguien que justifica sus hechos para «salvar» a su familia

viene con esto? No lo puedo creer.

—Me amenazaste incontables veces para seguir con esto, Duke. —Jerry retrocede, alzando la voz—. Me amenazaste para que te siguiera vendiendo, y lo sabes muy bien. También sabes que siempre estuve ahí para ti y para Natalia, cuando la metiste en esto por tus propios y terribles intereses.

—Natalia no viene al caso. ¿La has ido a visitar últimamente? Todos somos olvidados con el tiempo, con el día a día, con el paso a paso, conforme todos llegan y avanzan en sus vidas perfectas. El orfanato me hizo cosas terribles, pero ahora veo las realidades de quienes me rodean. No hace falta ir tan lejos para ver qué clase de persona soy, sí, pero tampoco hace falta analizar mucho tu situación para ver que no tienes palabra en mi vida ni en lo que haga. —Duke saca el arma—. Y ahora me das miedo, Jerry. Me das mucho miedo. ¿Cómo sé que no harás algo estúpido?

—¿Me matarás entonces? —Jerry baja la voz, está herido por las palabras y por los gestos de su «amigo».

—Jamás —responde sin levantar el revólver—. Y, mírame a los ojos, jamás levantaría un arma contra mi hermano, Jerry. Jamás te haría daño alguno, pero me das un miedo que no puedo controlar, un miedo que mueve las partículas más diminutas de mi ser, y eso no me gusta. Tampoco quiero pensar en la posibilidad de que hagas algo para dañarme.

Veo a Jerry buscar sus ojos, buscar alguna chispa de esperanza, de complicidad; pero él no aleja la mirada de Duke.

—Hagamos un trato, entonces —plantea el chico—. Para que nadie salga herido.

—¿Qué trato? —Duke entrecierra los ojos—. Adelante,

habla.

—No volverás a maltratar a Lyra. Nada de volver, jamás, a levantarle la mano —sentencia—. Ella cooperará, pero jamás pondrás su vida en peligro. Una vez terminado el desfile, la dejarás libre. Negociarás con quien sea que tengas que hacerlo, pero ella será libre y estará en paz. Además de todo esto, te pediré que te largues de esta ciudad, por siempre.

—¿Qué? —Duke está perplejo—. ¿Hablas en serio? ¿Irme de aquí?

—¿Qué te ha dejado de bueno este lugar, Duke? —Su voz se oye sentimental—. Repito una vez más: ¿qué cosas buenas te dejó? ¿Por qué no te has ido de aquí? ¿El lugar que tanto daño te hizo? ¿Planeas seguir nadando en esta mierda? ¿En tu propia mierda? Si no vas a sacar nada productivo de tu existencia aquí, vete. No quiero tener cerca a alguien así, y espero que esta decisión se respete.

—¿Tan terrible me veo ante tus ojos? —Su voz se corta—. ¿Tanto daño te hice? Gracias por ser honesto, al fin. —Suelta una pequeña risilla—. Está bien. Apenas termine todo esto, me largaré de aquí. Tienes mi palabra, Jerry.

—Acepta el trato, entonces, y acéptalo completo —concluye Jerry—. O déjala ir en este momento y todo terminará aquí. Yo te ofrezco posada, tengo un lugar del que nadie sabe, en donde jamás te encontrará la policía. Tienes la última oportunidad de cambiar el destino que has ido pudriendo. Tienes la solución a una decisión de distancia.

—Acepto el trato, Jerry. Iré al desfile y luego me largaré de este lugar —termina de decir Duke—. Después de todo, con cada día que paso aquí, me doy cuenta de que esa es la mejor solución.

—¿Lyra? —Jerry me ve.

—No. No quiero... ¡No quiero! —grito entre llantos—. ¡No pueden negociar mi libertad de esta manera! ¡No soy un objeto! ¡Por favor!

—Es lo mejor que se puede hacer en este momento... —Jerry quita su mirada de mí y siento el frío de la indiferencia comer mis interiores—. Siento mucho que estés en estas condiciones...

—¿Aceptas? —Duke me ve. Está molesto, pero intenta no demostrarlo frente a Jerry. Me ve con intensidad, atento—. Aunque no aceptes, el destino es el mismo, pero podrás cambiar el camino que te lleve a él.

—Yo... acepto... —respondo con todo el dolor de mi alma.

Aceptar, o no aceptar...

¿Cuál decisión hubiera sido la mejor para mí?

capítulo 56

Cacería de modelos



Hace cinco meses

Estoy en mi habitación cuando alguien llama a mi celular: es Alice.

—¿Aryl? —pregunta.

—¿Qué pasa? —contesto.

—Mira... ¡te quería hacer una invitación! —comenta con amabilidad.

—¿Ah? ¿Invitación a qué?

Me causa mucha curiosidad, sin embargo, me siento rara al hablar con Alice sin mi peluca. Cierro la puerta de la habitación con llave y camino hacia el armario y me la pongo.

—Esta noche se hará un evento especial en un club nocturno. Los del desfile han hecho una reservación para que estén todos juntos en el espacio VIP del lugar. Es todo incluido. ¿Te gustaría venir? Claro, con tu novio —invita.

—¡Claro que sí! —digo, emocionada—. Nos hace falta socializar. Nos encantará participar.

—Perfecto. Apartaré los espacios para ambos. Ahí podrán conocer a los otros representantes e, incluso, no sé... ¿algún modelo? —insinúa.

—Es la oportunidad perfecta —comento con malicia—. Asegúrame que esto no es una trampa para asesinarnos, Alice.

—Si hubiera querido asesinarte, estarías muerta hace días, querida —ríe—. Bueno, suerte esta noche.

—¿No irás? —cuestiono.

Ella cuelga antes de escuchar mi pregunta. No tengo que perder el tiempo. ¡Debo llamar a Dereck rápido!

—¿Dereck? —saludo—. Hola.

—Hmm... ¿Aryl? ¿Por qué me llamas a esta hora? Digo, es temprano —comenta, intrigado.

—Alice me llamó. ¡Nos invitó a una fiesta esta noche! —exclamo con emoción—. Tenemos que ir, de seguro ahí conseguiremos un modelo.

—No lo sé, hoy no tengo muchas ganas de salir. ¿Y si nos quedamos en casa y pedimos comida? —sugiere—. Tantas fiestas me tienen un poco mareado, sabes...

—No seas así... —Pongo voz de súplica barata—. ¿Por mí?

—Está bien, pero debes tener paciencia. Hoy iba a seguir investigando sobre la hipnosis —explica.

—¿Hipnosis de nuevo? Estás empezando a tener una obsesión con eso. —Me quejo—. Está bien, no te molestará. Solo dime la hora.

—Tú tienes la obsesión de obtener un modelito y no me quejo —refunfuña—. Pero está bien, a las once pasaré por ti.

—¿Tan tarde? ¡Qué aburrido! Bueno... —acepto—. Nos vemos, entonces.

—Adiós. —Termina la llamada.

Me quito la peluca.

El día transcurre aburrido y normal hasta que llega la noche. Me despido de mis padres y me meto en mi habitación para alistarme. Hago el mismo ritual de siempre: preparo el maquillaje, la ropa y la personalidad.

Cuando termino, me miro al espejo. Me siento radiante y hermosa. Ya estoy vestida y arreglada. Me siento completa, sexi, perfecta.

Queda una hora para que Dereck llegue y estoy aburrida. Camino hacia mi cajita de joyería en donde guardo mis

aretes. Es una caja con una bailarina y, cuando se abre, ella baila en círculos mientras suena una música hermosa, delicada y tierna. La observo casi por un minuto, parece bailar como si nada le importara. Es casi como yo.

Sonrío mientras me pongo los aretes y, con mis dedos, acaricio una bolsa que tiene cartoncitos con ácido. Son los que consumiremos hoy Dereck y yo. Tomo uno y lo pongo en mi lengua.

Veo mis redes sociales en mi teléfono mientras el ácido sin sabor hace efecto. Lo sigo pasando por toda mi boca para hacer que actúe más rápido. Me pongo audífonos y empiezo a escuchar música de fiesta.

Quiero divertirme un rato sola, como a veces lo hago. Me tiro en la cama y abrazo las cobijas y las almohadas. Siento la música y las texturas con más potencia mientras el ritmo me consume más y más. Pasan diez minutos y empiezo a sentir los efectos. Aunque sean pocos debido al tiempo, me siento muy bien. ¡Estoy llena de energía y dispuesta a disfrutar al máximo!

Me acuesto en el suelo y espero conforme los efectos se hacen más y más fuertes. Puedo ver que las paredes se empiezan a derretir y llenan el piso. Nado entre la cremosa pintura con la música a mis alrededores. Sé que este viaje se podría tornar oscuro en segundos, pero al estar consciente puedo guiarlo a uno feliz. He consumido tantos ácidos que tengo cierta capacidad de controlar o, mejor dicho, de meditar para no caer en lugares peligrosos.

Mi momento se ve interrumpido bruscamente por una llamada de Dereck.

—¿Sí? —contesto.

—Ya estoy afuera —anuncia.

—¡Oh! ¿Tan rápido? El tiempo vuela. Está bien, voy. —Me levanto y abro la ventana. Él se asusta desde el auto al

verme vestida y arreglada con la peluca.

—¡¿Qué estás haciendo?! —exclama con temor.

—Tranquilo —rio—. Sé lo que hago.

Salgo cuidadosamente por la ventana y noto que Dereck no sabe qué hacer. Se queda quieto y con los ojos abiertos mientras observa mi maniobra. Logro subir a un tubo que conecta los dos pisos y, pronto, llego al suelo.

—No sabía que tenías esas habilidades. —Dereck se mete en el auto.

—Sí que las tengo, luego las pondremos en práctica. —Le doy un beso y Dereck comienza a conducir hacia la ubicación que Alice nos ha mandado.

❁ ❁ ❁

La música del bar me encanta. Es un lugar hermosísimo y está lleno de luces. Arriba hay un salón con un piso de vidrio impecable en donde hay algunas personas. Caminamos hacia las escaleras y un señor nos pide los nombres.

—Aryl y Dereck —contesto—. Alice ha hecho la reservación.

Él revisa la lista y nos deja pasar. Subimos y entramos al enorme rectángulo de vidrio. Ahí se encuentran las personas que Alice ha mencionado antes. Hay una chica de cabello largo y azul, que es una peluca. Además, hay un señor muy elegante que está junto a una señora, quien supongo es su esposa. Ambos se ven demasiados refinados y visten de forma lujosa. En la esquina, por allá, hay alguien más, pero no le puedo ver bien la cara.

—Hola —saludo—. Somos Aryl y Dereck. Mucho gusto.

El señor de pinta millonaria se acerca a nosotros.

—Soy Theo Morton y ella es Dorothy Ambush. —Toma la mano de la señora y nos la presenta.

—¿Gente nueva? —la de la peluca azul se acerca, tiene la piel morena y perfecta. Sus pestañas son celestes y se ve muy amigable—. Hola, me llamo Daisy.

—Mucho gusto. Me da mucho placer estar en la reunión —dice Dereck.

Observo dos barras para bailar y una sonrisa se me escapa.

—¿Vamos, Daisy? —tomo su mano y me doy cuenta de que es algo tímida. Me volteo antes de ir con ella y susurro al oído de Dereck—: Obtén toda la información posible...

—Así será. —Me da un beso.

Camino con Daisy hacia las barras, quien se ha atrevido a bailar conmigo.

—Así que... —jugueteo—. ¿Ya tienes un modelo listo?

—Es algo complicado, la verdad. A veces creo que sí lo tengo, y otras veces me lo cuestiono mucho. ¿Tú? —interroga. La verdad, con solo estar en su presencia, creo que es alguien de buenos sentimientos. Ni idea cómo es que lo sé, pero me ha dado una buena vibra.

—No, pero planeo conseguirlo hoy —explico—. Y... ¿qué harás con tu modelo?

—Eso es secreto, Aryl —ríe—. Buen intento. Lo que te puedo decir es que, en caso de que fuera quien creo que puede ser, es alguien... incapacitado, por así decirlo. Le podría dar un nuevo sentido a su vida. Sin embargo, todavía no lo sé y estoy abierta a nuevas posibilidades y candidatos.

—¿Un nuevo sentido a su vida? —cuestiono—. Interesante manera de verlo.

Camino hacia donde está Dereck, quien se encuentra conversando con Theo. Me siento junto a ellos dos. Me fijo que Dorothy está viendo la fiesta, sentada y lejos de nosotros. En la otra esquina, está sola la persona a quien

aún no tengo identificada. Apenas una luz ilumina su cara. Me perturba observarla. De inmediato, siento que estoy alucinando o que todo esto es una pesadilla. Sus mejillas están cortadas para que parezca que sonríe y tiene una punta metálica rosada en la nariz.

Me lanzo hacia atrás y Dereck me atrapa.

—¿Qué pasa? —pregunta él.

—Ella… —La señalo.

—Está oscuro, solo puedo ver su vestido colorido —menciona Dereck y sigue hablando con Theo.

—Como te decía —continúa el hombre—, Dorothy y yo estamos planeando hacer nuestra transformación en sinergia. Será una misma temática, pero no demasiado parecido. Los polos opuestos son una atracción de ambos, y Dorothy, la experta en arte, ha tenido varias ideas de cómo podríamos efectuar el acto. Es todo un proceso que se tiene que complementar. Ambos somos cirujanos —explica el señor.

—Muy interesante —comenta Dereck—. Nosotros todavía no tenemos idea de qué hacer.

—Ya encontrarán inspiración —dice Theo y camina hacia una mesa con botellas de distintos colores—. Yo conseguiré a mi modelo hoy. Tiene que ser una chica, pues el modelo de Dorothy será un chico.

—No sé si el género importe en nuestro caso —concluye Dereck.

—Da igual —rio—. Mientras tengamos un modelo, da igual.

Dereck me besa y le doy un cartón en su lengua para que disfrute junto a mí.

—Al parecer, Stephine ya llegó —comenta Theo al sacar su celular—. Esperaré unos minutos para ir por ella.

—Es buena idea para conseguir a un modelo. ¿Tener una

cita? ¿¡Cómo no se nos ocurrió!?

Los pensamientos giran en mi cabeza.

—Yo tuve esa idea, pero dijiste que no existiría alguien tan estúpido como para caer en ella —ríe—. Como sea, vamos con el guardia para que deje pasar a cualquier tonto que quiera subir, y lo conquistaremos.

—Me gusta la idea, lindo. —Le doy otro beso y bajamos las escaleras.

De cierta manera, me incomoda la presencia de la payasita tétrica. Además, Dorothy no ha dicho ni una sola palabra y me parece una mujer extraña.

—Grandulón —hablo al guardia.

—¿Qué quieren? —dice seco.

—Dice Alice que, si alguna persona desea entrar, que la dejes. Es para tener más diversión. ¿Sí? Ah, pero máximo que sean dos personas. No queremos a tantos desconocidos ahí dentro —explico.

—Está bien —contesta él y comenzamos a subir.

—Mira lo que traje —comento y me freno para sacar la barra de metal que me dio hace un tiempo.

—¿Cómo carajos metiste eso? —cuestiona—. Bueno, hagamos el plan ahora.

—Hoy seré sensual. —Me levanto la falda—. Y hermosa, como siempre. Las botellas de por allá están muy fuertes, cualquiera se puede marear en dos instantes.

—Entiendo. ¿Qué más? —Dereck está atento.

—Ahí están los baños y la salida hacia el estacionamiento —señalo—. Espero que no pase algo como la otra vez...

Aún recuerdo el incidente de los chicos que se defendieron.

—Seré amistoso y acercaré a ti a quien sea para que lo conquistes. Solo... no te pases de perra —aclara con celos.

—¿Cómo tú con la rubia de esa vez? Claro —digo—. En

fin. Vamos, que empiece el juego.

—Que empiece la cacería, de nuevo —anima él al entrar al cubículo.

Ambos nos sentimos motivados, ¡puede que hoy sea la noche! Camino hacia Daisy.

—¿Bailas conmigo? Quiero conquistar a algún modelo —explico.

—Claro que sí. —Ella camina—. Adelante.

Juntas empezamos a bailar en las barras. Theo sigue hablando con Stephine por su celular, y Dorothy continúa en silencio observando la fiesta. Dereck, por su lado, se sienta en los sillones cómodamente con una botella, y noto que la payasita sigue allá, en la esquina, sin hacer nada.

A lo lejos, en la entrada, veo a dos hombres. Puedo ver en sus ojos que buscan algo entretenido y yo estoy dispuesta a complacerlos.

En una misma noche sucedían demasiadas cosas desde diferentes perspectivas...

capítulo 57

Incómodo



Hace cinco meses

Despierto en la mañana. Estoy alistándome para ir a la universidad. La situación económica de mis padres ha empeorado, por lo que estoy buscando trabajo. Bajo las escaleras y me doy cuenta de que mi madre todavía se encuentra despierta, no durmió por ordenar las deudas de mi padre.

Él no se encuentra en casa. Se ha quedado toda la noche en el trabajo y también estará ahí durante el día para hacer horas extras.

—Buenos días... —saludo al pasar junto a ella. Está sentada en la mesa de la cocina, frente a la computadora. Tiene unas enormes ojeras y una gran expresión de desilusión. Está despeinada y desganada, pero ¿quién no lo estaría en esa situación?

—Hola, hija.

Le doy un beso en la frente.

—Hoy seguiré buscando trabajo —anuncio—. En alguna de las tiendas de ropa de la plaza comercial deben necesitar ayuda.

—Gracias, Lyra. Muchas gracias, pero no descuides los estudios, por favor —pide.

—No, señora, pero tampoco descuidaré de mi familia —comento.

Abro la alacena y saco unas galletas. Busco la mantequilla en el refrigerador y me sirvo un vaso con agua, no tengo hambre ni ánimos. Me siento y enciendo la televisión, pero han cortado el servicio. Observo la interferencia blanca y escucho su sonido. Reflexiono por unos segundos, algunas veces quisiera rendirme, pero no puedo hacerlo.

Empiezo a comer.

Las mordidas a las galletas, el tecleo de la computadora de mi madre y el tictac del reloj son los únicos sonidos que me acompañan. Suenan junto a la repetitiva interferencia que me recuerda la situación en la que me encuentro. Es una mañana callada, sin embargo, no hay más por hacer para cambiar esa realidad. No hay nada qué decir. Tomo un sorbo de la insípida agua y camino a lavar los platos. Veo hacia las casas de enfrente.

Mi vecino está metiendo una especie de horno en su casa. Se ve demasiado pesado. Por otro lado, Quinn sale de la suya y me saluda. Le devuelvo el gesto tras agitar la mano. Noto que va camino a la secundaria.

Me llega un mensaje de Serina en donde me pide que nos veamos hoy. Le contesto que no tengo muchas ganas, porque esta vez, en serio, no las tengo. Ella sabe mi situación y en los últimos días ha hecho lo mejor de su parte para distraerme, pero cada vez que salgo con ella o

con quien sea en general, siento que pierdo el tiempo. Debería estar haciendo algo productivo para ayudar a mis padres.

Cuando termino de limpiar, salgo de casa y camino hacia la plaza comercial. Una vez ahí, me dirijo hacia una de mis tiendas preferidas. Está abierta. Entro y veo a una chica de cabello largo. Tiene las pestañas pintadas de color celeste, lo cual me parece algo inusual. Se ve llena de energía y es amable.

—¡Bienvenida! ¿Te puedo ayudar en algo? —pregunta con atención.

—Hola, estoy buscando trabajo… —comento.

—¡Oh! Muy bien. Llamaré a mi jefe, ven conmigo.

Me guía por la tienda, la cual es de color rosa pastel.

—¿Espero aquí? —inquiero al ver que ella está por entrar en una habitación.

—Está bien. —Ella empieza a avanzar—. O, si quieres, puedes venir conmigo.

—Esperaré aquí, gracias.

Siento algo raro respecto a la chica. Aguardo por algunos minutos mientras observo al exterior, a la plaza. No tiene techo y las calles son públicas, están llenas de locales de varios pisos. Camino por la tienda que tiene vista a la acera. Enfrente también hay un local de ropa, pero aquí hay un maniquí femenino que es precioso. Está perfectamente maquillado y tiene una mirada lindísima, llena de brillo. Además, noto que está perfumado y huele muy bien.

—Ya vine —dice la muchacha de regreso—. Es linda, ¿cierto? La primera vez que la vi, también me llamó la atención, es mi preferida.

—Sí, es hermosa —concluyo.

—Ven, por acá. Necesitamos a alguien que nos ayude en

ventas. Es un trabajo fácil si sabes ser amigable —sonríe y me tiende unos papeles—. Puedes firmar el contrato mañana, si te parece.

—¡Muchas gracias! —exclamo, llena de emoción—. ¿En serio, tan fácil?

—Bueno, llegas justo en el momento indicado, estábamos buscando a alguien. —Ella levanta la mano—. ¿Cómo te llamas? Mi nombre es Daisy.

—Lyra —respondo—. Mucho gusto.

—Muy bien. ¡Espero que firmes el contrato y trabajes con nosotros! Una nueva compañera me vendría bien —dice, alegre.

—Sí. Solo que hay un inconveniente, no puedo venir a trabajar todos los días —explico—. Tengo que ir a la universidad también.

—No hay problema, mi jefe es muy flexible. Ya podrás hablarle y llegar a un acuerdo —aclara—. No te preocupes.

—Gracias, Daisy —digo con alegría—. Me retiro por ahora.

—¡Muy bien! —termina de decir y yo comienzo a caminar hacia afuera de la tienda—. Lyra...

—¿Sí? —cuestiono al darme vuelta.

—Oh... nada, nada. —Se arrepiente—. Está bien, nos vemos mañana y podrás hablar con mi jefe del tema.

Me despido de la chica y salgo de la tienda. En eso, Sonnet me llama por teléfono.

—¿Hola? —respondo.

—¿Nos vemos hoy? —pregunta él—. ¿Cómo has estado con lo de tu familia?

—La verdad, no muy bien. —Soy honesta—. Acabo de salir de una tienda, creo que ya tengo trabajo, al menos.

—¿Ah? ¿Y la universidad? —interroga.

—También seguiré con la universidad —aclaro al caminar

por las calles.

—Está bien —concluye—. Mira, estoy cerca la plaza comercial. ¿Tienes algo que hacer en estos momentos?

—No, pero no tengo dinero. Debo volver a comer a casa —explico—. Estás invitado, como siempre.

—No, tranquila. Esta vez invitaré yo —insiste—. Ya casi llego, espérame en el puesto de helados.

—Gracias...

Cortamos y yo camino hacia el lugar indicado. Mientras espero a mi amigo, Serina se vuelve a comunicar conmigo.

Atiendo su llamada:

—¡Amiga! También estoy aquí —me dice—. Sonnet ya viene para acá, estoy cerca —explica.

—Estoy detrás de ti —río al verla—. ¡Hola!

Ella voltea. Tiene puesto un vestido verde y se ve muy linda, como siempre. Corre hacia mí y nos damos un gran abrazo.

—¡Ah! Qué felicidad verte... —comento. La energía de mis amigos me llena. En serio, la necesitaba.

—No te preocupes de nada ahorita. —Ella toma el contrato que llevo en mis manos—. ¿Y estos papeles?

—Trabajaré en aquella tienda en donde hemos comprado ropa. ¿Recuerdas? —volteo y señalo el lugar.

—¿Aquella?

Serina la mira y notamos que Daisy nos está observando sin expresión alguna. Mi amiga la saluda, y la otra hace lo mismo tras mostrarse, de pronto, llena de alegría.

—Sí, esa... —comento, extrañada—. Pero mi compañera de trabajo parece algo rara.

—Lyra... ¿qué te dije de juzgar a la gente? No le digas a nadie rara o raro, por favor —advierte Serina con seriedad —. No es justo.

De inmediato, me retracto. Sé por todo lo que ha pasado y

los comentarios que ha tenido que aguantar durante su vida académica.

—Lo siento. No volveré a decir algo así... —me disculpo—. No la conozco, puede ser incluso divertida.

—Exacto —afirma—. No hay que decir esas cosas de nadie, y menos si no los conocemos. ¡Espero que sean buenas amigas!

—Yo también... —admito.

Serina es demasiado pura. No siente celos por Sonnet, no le preocupa que aquella muchacha se pueda volver mi nueva mejor amiga... Eso es lo que la hace tan especial. En su corazón jamás cabría una mancha de oscuridad. Por eso es que muchas personas de su pasado se aprovecharon de ella... Sin embargo, aunque le causaron cicatrices, no dejó que eso penetrara en su alma.

Sonnet llega después de un rato y le da un beso a Serina para saludarla. Los tres almorzamos juntos y disfrutamos de la tarde en las calles de la plaza comercial. Me siento acompañada por ellos y por sus vibras positivas. Su compañía es algo que me hace estar en paz y que reduce mi ansiedad.

Durante ese tiempo me sentía observada... ¿por qué?

capítulo 58

Gaven y Trixie



Hace cinco meses

Entramos en una cafetería. Nos sentamos frente a una gran ventana de vidrio y, cuando vienen a atendernos, pedimos comida.

—Estos exámenes son muy complejos... —comenta Sonnet poniendo un libro en la mesa—. Qué cansado estoy.

—¿Y a ti cómo te va, Serina? —consulto—. Con las clases de Psicología.

—Muy bien —contesta y sonríe—. Estoy aprendiendo mucho, incluso aplico lo aprendido con Gaven, con Trixie y conmigo.

—¿Con ellos... también? —cuestiono. Me confunde el hecho de que mencione de nuevo a sus dos amigos imaginarios; hace tiempo que no lo hacía.

—¿Por qué con ellos? —cuestiona Sonnet con inquietud y

voltea a verme.

—Ellos han evolucionado conmigo —explica Serina—. Y, bueno, hay algunos problemas pendientes que no tuvieron cierre en el pasado. Por eso me he permitido estar con ellos otra vez. No tengo idea de qué pase por su mente al explicarles esto, pero, para mí, ha sido algo terapéutico.

—¿Tu psicólogo sabe sobre ello? ¿Y el psiquiatra? —interrogo con cautela, sé que a ella le cuesta hablar de estos temas.

—Creo que es un tema que, por el momento, quiero que sea privado —explica mientras hace bolitas de papel con una servilleta—. Mi relación con Gaven y Trixie ha sido algo compleja, más por mis padres, los medicamentos y todo el resto de variables que han afectado mi condición. Si soy honesta, hablarles me relaja un poco y aprendo de sus razones de ser. Todo está ligado al pasado, eso es un principio básico.

—Entiendo, está bien. Mientras te sientas cómoda, hazlo. Recuerda exteriorizar cuando necesites algo.

Pronto, llega la comida. El apetito se me abre porque estar con mis amigos hace que todo sepa mejor.



Los comentarios que había hecho Serina sobre Gaven y Trixie me desconcertaron un poco. Ella siempre había estado con sus amigos imaginarios. Incluso, luego de haberla conocido y hablar del tema, ella siguió con ellos. Los ocultaba de sus padres debido a que la regañaban cada vez que los mencionaba.

Trixie y Gaven crecieron con ella, así que eran aproximadamente de su edad. Trixie, según recordaba, era una chica de cabello negro que siempre llevaba un vestido

rosa y zapatillas blancas. Serina siempre la describió como una chica pacífica, llena de amor y comprensión. En cierto modo, era como ella, después de todo, ambos amigos imaginaros eran un reflejo de sus sentimientos y de su personalidad.

Gaven, por otro lado, era un chico de cabello desordenado, que usaba ropa de color naranja y una gorra negra. Según Serina, era algo temperamental y, ocasionalmente, se quejaba para que ella no se dejara molestar por sus compañeros de clase.

Serina a veces se sentía presionada y obligada a hacer cosas que Gaven quería. Sin embargo, y según varias conversaciones que tuve con ella, me explicó que él no quería hacer nada más que protegerla. Cada vez que hablábamos del tema, me sentía incómodo. ¿Cómo yo podría imaginar algo que era imposible de comprender?

Me comentó que Gaven y Trixie peleaban, incluso cuando yo estaba presente. Empezaban a gritar tan fuerte que veía cómo ella tapaba sus oídos y se lanzaba al suelo. Esa etapa fue la que desencadenó que ella tuviera que recurrir a ayuda por sus propios medios.

Luego de mucho tiempo de reflexión, supe que podríamos seguir adelante, pero de nada serviría que yo actuara como un superhéroe: necesitábamos ayuda profesional. Hablé con los padres de Serina, con ella presente, por supuesto, y después de que me lo pidiera. Ellos lograron contactar con un psicólogo y un psiquiatra que la empezarían a atender.

Más adelante, Serina dejó de tener tan presentes a Gaven y Trixie. Ahora nos tenía a Lyra y a mí para hablar sobre su vida, sobre lo que le molestaba, sobre sus alegrías. Eso era algo que siempre le había hecho falta durante la infancia y que, poco a poco, empezó a construir con nosotros. Durante mucho tiempo supuse que había guardado a Trixie

y Gaven en su corazón y que no los necesitaría más.

Terminamos de comer y yo pagué el almuerzo de todos. Luego, me levanté:

—Necesito ir al baño —avisé—. ¿En dónde las veo?

—Ya me tengo que ir a la universidad —anunció Serina—. ¡Gracias por cumplirme el deseo de vernos!

—Sí, yo también me voy. —Lyra se levantó—. Gracias por todo, los quiero mucho.

—Está bien, nos vemos luego. —Me despedí de ellas y caminé a los baños comunitarios de la calle.

Al salir del sanitario, detecté la presencia de una chica con pestañas celestes, demasiado extravagantes, y con los labios pintados de un rojo muy suave.

—¡Hola! —saludó.

Estábamos solos.

—Hola... —respondí algo confundido.

—¿Me podrías ayudar con algo? Trabajo en esta tienda de allí. Tengo que mover unas cajas muy pesadas... ¡El apoyo de alguien me vendría genial! —pidió con amabilidad.

—Disculpa, no tengo tiempo en este momento —expliqué —. Lo siento mucho.

—Está bien...

Su mirada era penetrante y, en cierto modo, tétrica.
Me daba mucha desconfianza. De todas maneras, no le había mentido: tenía un examen y no podía llegar tarde, aunque quisiera.



Sé que Lyra ha ido de la plaza comercial. Ha sido su rutina de todos los días durante la última semana.

Llego algo tarde. Ella ha terminado de comer y se está

levantando de la mesa. Lyra comienza a caminar hacia donde me encuentro. Me pongo a «hablar» con el celular y le doy la espalda.

Ella se encamina hacia algunas tiendas y las ojea. La observo con cuidado para ver si puedo captar nueva información.

—Hola. ¿Qué miras? —pregunta, de pronto, alguien. Con tan solo verla, sé que es una chica demasiado extraña.

—¿Ah? Nada.

—Para mí que buscas a alguien. ¿Te ayudo? —cuestiona.

—Creo que estás algo grande como para meterte en estos juegos extraños —reclamo—. ¿Qué quieres?

—¿Me acompañas a mi tienda? Estoy en un descanso, pero pronto tendré que regresar y mover unas cajas pesadas... —dice al tratar de convencerme.

—¿Cómo te llamas? —consulto, harto.

—Daisy. Mucho gusto, verás... —ella sigue hablando sobre su mierda.

—Bueno, Daisy —interrumpo—, en este momento no tengo tiempo para ayudarte, eso está más que claro. Nos vemos.

—Muy bien... Suerte —me responde.

Me empiezo a alejar y noto que su mirada me sigue hasta que doblo en una esquina. Me quedo pensando en la chica y en lo rara que es. Busco a mi objetivo con la mirada: Lyra ha desaparecido.

Pronto, Jerry me llama y me pide un favor. Quiere que lo vaya a ayudar con la distribución. Acepto. De todos modos, no puedo encontrar a Lyra por ningún lado a causa de la distracción de aquella tonta chica.

Todo el tiempo había secuestradores entre nosotros que, al no saber la identidad de otros representantes, intentarían hacerles lo mismo. Todo era una gran y asquerosa ironía.

capítulo 59

Profundo



Hace cinco meses

Estoy sentada junto a mi escritorio mientras organizo varias reuniones. En la noche, habrá una de representantes y modelos, así que tengo que prepararme e invitar a todos. Me encuentro en mi habitación, dentro una casa antigua, vieja y desolada, en medio del Bosque Aletrejo. La he convertido en mi hogar.

Camino por el primer piso de la casa. Mis tacones suenan, lo que causa eco en el vacío lugar en el que me encuentro. El sitio es moderno por dentro y feo por fuera. Le he estado haciendo ajustes desde hace algunos meses, pues, tuve que llegar aquí por ciertos eventos inesperados.

—¿Hildur? —llamo a mi hermana.

—¿Sí, Alice? —Su voz suena desde el segundo piso.

—¿Quieres bajar? ¿Te sientes bien hoy? —consulto.

—Sí, me encuentro bien —anuncia—. Ya voy.

—Haré el desayuno. —Camino hacia la cocina a leña y hago unos huevos fritos con jamón.

Siento que el frío congela mis dedos y observo por la ventana abierta. La neblina que llena el bosque por la madrugada ingresa de manera fantasmal; decido cerrarla. Hildur baja las escaleras con cuidado. Sonríe un poco, aunque todavía se ve que siente algo de dolor.

—Te ves hermosa hoy, hermana —comento y toco su hombro—. Siéntate.

—Gracias.

Ella es ocho años menor que yo. Tiene diecisiete y yo,

veinticinco.

—Debo cambiar tus vendas. Te dolerá un poco —digo con precaución y acaricio su cabello blanco. El de ella se complementa con el mío, el cual es rubio.

—Tranquila, yo lo puedo hacer, Alice. —Sonríe y ve hacia el vacío. Sé que está pensativa.

Una suave lluvia comienza a caer. No se escucha nada más que las gotas y los árboles que se mueven con el viento. De vez en cuando, algunas de las tablas de madera de la antigua casa crujen. El vacío constante por tanto tiempo ha creado un aura de soledad que muchas veces intenta aflojar nuestro lazo familiar.

—Traeré los medicamentos, entonces —aviso. Me dirijo hacia la sala en busca de la caja de medicinas y las llevo a la cocina.

Empiezo a cambiar las vendas de mi hermana. Sé que es difícil que ella haya aceptado ayudarme de esta manera tan drástica, una manera que cambiaría su vida por siempre.

—Gracias por ayudarme y meterte en esto —digo—. Sé que es complejo lo que ha pasado. Y dejar tu vida atrás...

—No digas más... —Ella me acaricia el cabello—. Yo te apoyaré por siempre, Alice.

—Ganaremos el desfile y nos largaremos de este lugar —afirmo—. Ahora, come.

Traigo los platos y me siento frente a ella. El frío es realmente intenso. La casa es oscura y tenebrosa, pero no importa mucho, lo único que me interesa es que estemos a salvo.

—¿Tienes mucho trabajo hoy? —consulta Hildur.

—Sí. Tengo que planear una fiesta esta noche. Tú irás, ¿cierto? Creo que yo me quedaré aquí. Es necesario que siga organizando las cosas —explico, aunque sé que ella no querrá ir y tampoco planeo arriesgarla a algo así de

intenso.

—No creo, no quiero ir a un lugar lleno de esa clase de personas con las que trabajas... —Ella ve hacia el suelo—. ¿Es necesario?

—Es para mantener las apariencias —explico—. Al menos una de nosotras tendrá que ir, pero... más tarde discutiremos sobre ese tema.

—No todos tienen que ir de todos modos, ¿cierto? —pregunta ella al comer una cucharada—. Tu amigo del casco negro no ha ido a ninguna reunión.

—No es mi amigo, Hildur. Y no, no ha ido a ninguna reunión porque es alguien realmente peligroso. —Como un poco más mientras veo hacia la ventana de nuevo. Suelto un lento suspiro—. Me voy. Tengo que hacer unas llamadas.

—Está bien, hermana. ¿Hoy podré salir? —consulta atenta.

—No lo sé. ¿Qué quieres hacer? —pregunto directa.

—Nada muy extremo... Solo ir a pasear por el bosque.

Está atenta por mi respuesta. Sé que es la única manera que tiene para despejarse.

—De acuerdo, pero no vayas de noche. Sal de día y ten mucho cuidado. Otros representantes están buscando a su competencia —aviso—. No me defraudes, Hildur.

—Está bien, pero... ¿por qué iremos a una fiesta donde ellos quieren asesinarnos? —consulta, temerosa.

—En los eventos oficiales del Desfile Macabro no se puede amenazar ni mucho menos matar a nadie. Esas reuniones son para socializar, para investigar, para indagar... y eso es lo que tú harás —explico—. Digo, si es que vas.

—Bueno... —concluye—. Confío en tus palabras.

Sonrío al ver lo fiel y pura que es Hildur.

—Nos vemos luego. —Me despido—. ¿Tú saldrás ya?

—Sí. Quiero explorar un rato.

Viste un vestido negro que resalta su cabello, su piel blanca lunar y sus ojos café rojizos al máximo. La acompaño hacia la puerta. Ella la abre y sale. Está usando sus zapatillas negras favoritas. La observo dar saltitos entre tronco y tronco caído hasta que desaparece en la niebla.

—Cualquiera que la vea, quedará paralizado —rio tras hablar en voz baja—. Dirán que vieron a un fantasma o algo parecido.

Me dirijo a mi habitación. La cama es pequeña y el colchón está quemado en un borde. Me siento frente al escritorio de roble fino y enciendo la computadora para empezar a trabajar.

Llamo al primero.

—¿Buenos días? —contesta.

—¿Don Theo? —consulto—. Habla Alice.

—¿Qué quieres? —reflexiona tras respirar tranquilo—. Te dije que no llames a estas horas, no cuando estoy trabajando.

Le hago la invitación.

Repito el procedimiento con Dorothy, con Daisy y con la perra de Aryl. También llamo al chico del casco, cuya identidad desconozco. Mi tecnología no ha logrado penetrar tan profundo. Es increíble que haya personas que consigan ocultar su identidad incluso para esta etapa del desfile.

—Hola —contesta él—. ¿Qué pasa?

—Hola, amigo. Soy...

Él me interrumpe:

—Habla, no tengo tiempo para esto —sentencia seco.

—Te quiero invitar a un evento del Desfile Macabro —explico—. Habrá una...

—No, gracias. —Termina la llamada.

—¡Maldito hijo de puta! —grito lanzando el celular—. ¡Te voy a encontrar y te voy a matar!

Me siento en la cama. Estoy furiosa. Nadie se atreve a hablarme así y sobrevive para contarlo, aunque todavía necesito de sus servicios. Pienso un momento, levanto el celular y lo llamo de nuevo.

—¿Qué? —cuestiona, impaciente.

—Te tengo un trabajo —sonrío—. Puede que obtengas un modelo a cambio.

—Habla —pide.

—Aryl y Dereck irán hoy. Tú solo tienes que llegar, asustarlos para que dejen de concursar y robarles su modelo —explico, convincente, tras darle los detalles de la ubicación.

—Trato hecho —responde—. Gracias por la información.

—Adiós —me despido y cuelgo.



Llego a casa luego del día tan cansado. Abro la puerta y veo

a mi madre. Está dormida en la mesa. La ayudo a llegar a su cama y la cobijo con cuidado. Camino hacia mi dormitorio. Me acuesto, pero estoy muy triste. Me siento sin ganas de nada. No encuentro una salida para esta situación...

Abro mi bolso y comienzo a leer el contrato. Me levanto y me pongo a subrayar los puntos que quiero negociar del mismo. Después de un rato, el sueño aparece y me acuesto de nuevo. No puedo seguir tan cansada, tengo examen mañana.

Aunque tenía razones para estar feliz, las situaciones negativas tenían un peso impresionante. Cada vez sentía que me asfixiaban, que me consumían más y más...

capítulo 60

Heridos



Presente

Abrí los ojos. Tricia estaba sentada a mí lado y me observaba.

—¿Por qué no está Jael? —preguntó—. ¿Te dijo hacia dónde iba?

—Dijo que iba a vender algo —respondí.

Puse las manos en mi estómago; me dolía muchísimo y las ganas de vomitar se hicieron presentes.

—No vomites... Aguanta para que tu cuerpo aprenda a digerir la sangre —aconsejó—. Diablos... Jael no contesta el celular.

—Tengo una pregunta en la mente que me ha molestado desde hace un rato... —confesé para distraerme.

—¿Qué quieres saber? —consultó mientras sostenía un libro.

—¿Por qué Bucker usar un gorro y una camisa de color rojo si pertenece a los Desvaríos?

Me sentía despierto, así que puse atención a su respuesta:

—Bucker fue un onírico —explicó—. Pero algo sucedió... y decidió cambiar de bando.

—¿Qué pasó? —interrogué. Ella se tocó el cabello y suspiró.

—Los oníricos le fallaron. Nada que no se haya visto antes... De todos modos, es una historia compleja —aclaró —. Bucker se juntaba con ellos porque no tenía amigos. Entró en el mundo de las drogas y decidió unirse a ellos. Sus «amistades» lo impulsaron a hacer estupideces a

cambio de un voto de confianza...

»Bucker tenía una novia, o algo así, su nombre era Tinna. Él no fue muy expresivo sobre el tema y, si me preguntas, es mejor no hablarle de esto. Él podrá ser muy musculoso e intimidante, pero aquí hemos creado un espacio seguro en donde podemos ser vulnerables. Todos tenemos un pasado que no es relevante en nuestro ahora.

—Entiendo.

Lo que decías era cierto, alrededor de ellos se sentía un aura de comprensión y de respeto.

—¿Sabes algo curioso? —Ella se acomodó—. Una diferencia entre los oníricos y los desvaríos es que nosotros no consumimos drogas.

—¿No? —cuestioné, confundido.

—Sabemos lo dañino que puede llegar a ser y los lazos que se pueden romper por ellas. ¿Qué tan lejos llegaría un adicto a la cocaína, por ejemplo, a cambio de conseguir un poco? Después de varias semanas de no consumir, te sorprenderías los límites que cruza la gente por lo que quiere lograr —sentenció.

—Yo... —empecé y me detuve un segundo. Me di cuenta de lo profundo de la situación: había llegado demasiado lejos por mi amiga.

Estaba alimentándome con sangre, pasaría por una transformación con tal de ver a Lyra de nuevo. Acaso... ¿sería ese mi problema? ¿Mi adicción? ¿Preocuparme así por los demás era un problema tan grande para mí? Fallar de nuevo en proteger a los míos me resultaba imposible, una promesa inquebrantable. Sin embargo, me sentía vacío, triste y desolado. Mi respirar se sentía pesado y la ansiedad no hacía más que empeorar. El remordimiento me consumía conforme recordaba la tenue sonrisa de Serina. La había abandonado en uno de sus momentos más

vulnerables.

¿Qué diablos tenía que haber hecho? ¿Estaba bien poner en orden de prioridad a mis amigos, a mi novia o a mi familia? En momentos así de estresantes y horrendos, en los que los tres lados estaban atravesando situaciones difíciles, ¿había tomado la mejor decisión? ¿Acaso existía el camino más adecuado? Las líneas, los límites, todo se estaba haciendo más y más borroso con el pasar del tiempo.

No tenía ni idea de cuánto pasaría encerrado en la mansión ni qué tanto duraría el Desfile Macabro. ¿Cómo sabía siquiera que Tricia estaba concursando en verdad? ¿Cómo me podrían asegurar que existía el evento?

—Sonnet. —Tricia me miró a los ojos—. ¿Estás bien?

—No... no lo estoy. —La vi—. Mírame, mírame.

—Sé que es difícil. Discúlpame en caso de haber dicho algo que te incomodara. No era mi intención. —Caminó hacia una torre de libros y se puso a acomodarlos—. Todos nosotros hemos pasado por algo terrible en algún momento de nuestras vidas. Puede que estés dudando sobre las decisiones tomadas, pero no es posible que cambies algo, no por ahora. Por mi parte, una vez más te lo digo: intentaré ayudarte en todo lo posible. ¿Sí?

Tricia me mostró la palma de su mano con la cicatriz.

—Gracias... —murmuré a pesar de seguir dudando. No podía confiar en ella por completo.

Nos quedamos en silencio y sentí que la oscuridad comenzó a envolverme. Tricia se movía por la sala mientras su perfume se esparcía en la habitación. De pronto, un estruendo se escuchó: alguien tocaba la puerta con agresividad.

—¿Qué mierda pasa? —Tricia caminó hacia la habitación blanca. La puerta retumbaba con fuerza.

—¡Ayuda! ¡Por favor! —gritó alguien. Era la voz de Jael.

Tricia corrió a abrir la puerta y lo que encontramos me dejó perplejo. Él estaba sufriendo. Se desangraba a causa de una herida que tenía cerca de su costilla. Un muchacho lo ayudaba a estar en pie.

—¡¿Qué pasó?! —exclamó Tricia, asustada—. ¡Rápido! Ponlo en el suelo.

—Sí —contestó el chico. De inmediato, me incorporé y ayudé a poner, con cuidado, a Jael en el piso.

Tricia salió de la habitación y, al regresar, trajo consigo toallas blancas y una aguja para coser.

—¡¿Qué paso?! ¡Dime ya, Jael! —gritó ella mientras cortaba con unas tijeras su camisa. Luego de quitársela, la lanzó a un lado y, con una toalla, hizo presión en la herida. Me pidió que la sostuviera. Jael tenía tatuajes en su cuello, en su pecho y en su cintura.

—Nos atacó un onírico despiadado y muy agresivo... —dijo el acompañante.

—Fue... Duke... —gimió Jael.

En ese instante, en ese diminuto instante, perdí el control.

—¡¿Qué?! —exclamé con todas mis fuerzas—. ¡Lo voy a matar!

—Duke... —Tricia vio hacia el suelo—. Debemos tener mucho cuidado al actuar, es alguien peligroso.

—Se está formando una concentración grande de desvaríos. Todos estamos enfadados por la agresión —habló el muchacho—. Tricia, ¿qué haremos?

—Vamos a confrontarlos, pero de manera inteligente. Si algo es cierto, es que los oníricos se dejan llevar por el calor del momento y nosotros no —aclaró tras analizar la situación.

—¡Ese idiota tiene secuestrada a mi amiga! —grité—.

¡Tenemos que hacer algo, ahora! ¡No permitiré que le siga haciendo daño a más personas! ¡No me quedaré de brazos cruzados!

—Cálmate, Sonnet. Recuerda mantener la...

—¡No! ¡No! —la interrumpí, enervado—. ¡Vamos a ir y lo vamos a matar!

—Primero que todo, no olvides que tú eres el modelo. —Ella me vio a los ojos con una mirada potente e intimidante —. Yo soy la que da las órdenes, yo soy la que decide si vives o mueres. Yo soy tu representante: que no se te olvide eso ni por un segundo, Sonnet.

—¡Tricia! —grité—. Por favor...

—Segundo. Sí, iremos a luchar, pero tú no participarás en esta riña. No puedo arriesgar a mi modelo —aclaró.

—Te prometo, te juro, que no intentaré escapar siquiera. ¡Lo juro! —exclamé—. No me puedes dejar aquí, no después de todo lo que ya he hecho. ¡No después de mi compromiso! —alcé la manos y le mostré la palma.

Tricia hizo silencio. Pensó unos segundos con la mirada hacia abajo.

De pronto, su celular empezó a sonar:

—Hola —contestó—, Bucker. Sí. Entiendo. Sí, Jael está bien. Sí, iremos de inmediato.

—So... Sonnet... —Jael luchaba por intentar hablar.

—¿Qué? —Me acerqué para escucharlo.

—Mata a ese asesino... que se retuerza en su dolor... —pidió.

—¡Suficiente! —Tricia se levantó y le habló al muchacho —. Tú quédate y cuida a Jael. Tengo asuntos pendientes.

—Sí, Tricia —asintió el chico y tomó los instrumentos para seguir con las curaciones.

Tricia caminó a la puerta. La abrió y me miró:

—¿Vienes? —preguntó.

La guerra sucedería. No habría manera de detenerla y tendría enormes consecuencias para ambos bandos.

capítulo 61

Presión



Acepto —repite Lyra.

—Trato hecho, entonces —confirmo—. Ya te puedes ir, Jerry.

Pero su celular empieza a sonar.

—Hola —dice—. ¿Qué? ¿Desvaríos? —Me voltea a ver con los ojos entrecerrados. Luce aún más enojado.

En eso, me entra una llamada a mí: es Awstin. Eso no puede significar nada bueno.

—Awstin —pronuncio.

—Duke, Duke... ¡qué suerte la tuya! Por tu estúpida actuación, entraremos en guerra hoy mismo, en este momento —comenta entre risas—. Ya sabes el trato, mi querido amigo. Ven de inmediato. Así como tuviste las bolas para iniciar esto, termínalo.

—¿Qué? ¿De qué hablas? —Intento hacerme el ignorante —. No entiendo.

—¡Deja de actuar, imbécil! Te espero ya mismo en el centro de la ciudad.

Termina la llamada de golpe y Jerry finaliza la suya.

—¡¿Qué hiciste?! —exclama con todas sus fuerzas—. ¡Quién sabe cuántos morirán hoy por tus acciones!

Lyra nos observa, callada. Está atemorizada.

—Se metieron conmigo. Solo me defendí —me excuso

—Volvemos al mismo tema de siempre, Duke. —Jerry se tapa la cara con las palmas de las manos—. ¡Y esta vez involucraste a muchas más personas!

—Lyra, ven —ordeno tras arrastrar otra silla—. Ven ya.

Ella camina y se sienta. El momento es realmente tenso. La amarro de nuevo, mientras Jerry permanece en silencio y camina en círculos.

—¡Duke! —exclama Julie desde arriba. Está llegando a la bodega.

—Aquí —hablo y ella se asoma por las escaleras.

—¡¿Es cierto?! —exclama mientras sostiene su celular—. ¡¿Habrá una puta guerra?!

—Sí, la habrá —confirma Jerry, obstinado.

—¡Estúpido! —Julie baja las escaleras y me empuja—. ¡Qué te pasa! ¡Todos hablan de tu estupidez!

Me controlo para no pegarle un puñetazo en la cara.

—Pues vamos entonces. —Empiezo a caminar—. Vamos a terminar todo esto de una vez.

—¡No es tan fácil! —advierte Jerry—. No sabemos contra quienes pelearemos ni cómo nos enfrentaremos a ellos.

—Son unos estúpidos desvaríos —rio—. Cuando lucharon contra mí, ni siquiera estaban armados, además...

Jerry me agarra de la camisa y me arrastra contra la pared:

—¡No subestimes al enemigo, Duke! —amenaza con severidad—. No lo hagas con nadie en este mundo. Por esa razón, podrías caer más bajo de lo que ya estás, si siquiera eso es posible.

—Bien, bien. —Me sacudo la camisa y lo aparto—. Vamos a ver qué sucede hoy. Prometo no subestimar a nadie.

—Tengo que llamar a los demás, nos veremos ahí. Julie... Duke, en especial tú... —Me señala.

—No faltaré —prometo—. Me alistaré ya.



Serina se encontraba todavía en la estación de policía. Toda la evidencia seguía siendo colectada, pero el juicio se realizaría al día siguiente. Ya estaba planeado y organizado.

Usé la mañana para investigar la desaparición de Sonnet. No podía preguntarle a Serina por él, ya que estaba catalogada como mentalmente inestable. Por lo tanto, estaba prohibido seguir con interrogatorios que pudieran afectar más su estado psicológico. Su abogado había hecho los movimientos pertinentes para el caso.

Estaba tratando de dar con el paradero del chico e investigué los lugares que solía frecuentar, pero no pude encontrar nada. Robert me llamó y, esta vez, fue para algo nada común.

—Buenos días, Steiner. Te llamo por el reporte de un secuestro —informó—. ¿Podrías ayudarme con esto? Creo que será de ayuda para el rompecabezas.

—¡Otro secuestro! Esto es insoportable e inaceptable —gruñí—. ¿En dónde pasó?

—No ha sucedido aquí —reveló—. Sucedió en Ciudad Evocativa.

—¿Ciudad Evocativa? —cuestioné—. No tengo poder ahí, ninguno de nosotros lo tiene. Intenta hablar con Maxwell.

—No se trata de poder, es solo una investigación. No tienes que arrestar a nadie, solo tendrás que interrogar a quien creas que tengas que hacerlo —aseguró—. Los forenses han dado información relevante sobre el padre de Serina. No se puede hablar del caso todavía, pero es algo... interesante.

—¿Qué dijo Maxwell al respecto? —insistí—. Él es quien

está a cargo de Ciudad Evocativa.

—No estoy en excelentes términos con Maxwell, Steiner —explicó, tosco—. Ya eso lo sabes. Si lo deseas, puedes ir a hablar con él, pero es alguien ocupado. No ha respondido a mis llamadas. Debe de estar entrenando a los policías novatos. A él le encanta hacer eso en lugar de cumplir su trabajo.

—Entiendo —concluí—. Bien. Iré de inmediato a Ciudad Evocativa. Te actualizaré si encuentro algo interesante.

No iría a contactar a Maxwell. Él había sido parte de mi pasado, parte del de Vincent y el de alguien más, alguien que no merecería la pena mencionar.

—Yo también, Steiner. Mucha suerte. Te pasaré la información que me ha enviado la policía de la ciudad. Quieren cooperar con nosotros, al menos quienes se han enterado del secuestro. Repito que, si deseas, puedes entablar conversación con Maxwell, sin embargo, sé que no se han hablado en años. Lo dejo a tu criterio. Adiós.

De inmediato, caminé hacia el auto y me llegó el correo de Robert al celular. Hablaba sobre una chica llamada Chrystel Thundering. Una joven que trabajaba de modelo, muy trabajadora y radiante. Su familia no la veía desde hacía tres días.

Ellos supusieron que Chrystel se había ido de vacaciones con sus amigas, como lo había estado planeando. Incluso había tenido varios eventos de modelaje; el último fue el día de su desaparición. Sus amigas se esperaron a que llegara, pero nunca lo hizo y supusieron que se quedaría en casa, en la ciudad.

No se supo más sobre ella, nada. La última vez que la habían visto había sido en la pista de modelaje y, una vez terminado el evento, se esfumó en el aire. Chrystel no estaba planeando una cita y no estaba por ir a ninguna

fiesta. El caso estaba en blanco.

Manejé dos horas para llegar a Ciudad Evocativa, la cual se encontraba más allá del Bosque Conmutativo, hacia el oeste de la ciudad. Había que atravesar un espacio sin mucha civilización para llegar al lugar, siendo este más rural y hermoso que Ciudad Onírica, la cual se destacaba por su contaminación física y sónica.

Llegué al norte de la ciudad, donde se encontraba la vecindad de Chrystel. Era un lugar ordenado y hermoso. Toqué la puerta de la casa de la muchacha y su hermano pequeño fue el que me recibió.

—Buenos días —saludé—. ¿Se encuentra tu madre?

Era un chico de unos quince años. Chrystel tenía veinticinco, según los reportes.

—Espere aquí —pidió—. Ya la traeré.

La señora salió y, al verme, mostró un alivio ligero. Tenía los ojos rojos y el semblante cansado.

—¿Qué oficial es usted? No lo he visto por estos lugares —sospechó.

—Soy el agente especial Steiner Carsten, de Ciudad Onírica —expliqué—. Allí ha habido varios secuestros y desapariciones. Los policías de Ciudad Evocativa nos han llamado para colaborar en la investigación.

—No hay nada nuevo aquí, oficial... —murmuró. Tenía un pañuelo de tela con el que supuse se secaba las lágrimas de vez en cuando.

—Entiendo. Ha sido algo reciente. Por lo que he visto en el reporte, los oficiales le han dado toda la información —concluí—. Pasaré por la vecindad para recolectar más datos.

—Chrystel no ha sido la única desaparecida —confesó entre suspiros y llantos—. Su amiga, Hady Damb, desapareció hace tiempo. Nadie la pudo encontrar, jamás...

Y eso ocurrió hace cuatro o cinco años.

—Hady Damb... —Tomé apuntes—. ¿No tiene más información sobre ese caso?

—Ella y Chrystel eran muy amigas, oficial. Tenían un amigo en común, un chico que se ha ido a vivir con su novia por allí. —Señaló unos apartamentos—. Los escucho hacer fiestas y llegan autos lujosos, de vez en cuando. Mi hija no se junta con él desde hace un tiempo, pero sé que son amigos.

—Gracias por la información. —Anoté todo—. Me retiraré ahora, gracias por su tiempo.

Me dirigí hacia los apartamentos para continuar con la investigación. Busqué el lugar indicado por la madre de Chrystel y llamé a la puerta.

—¡Ya voy! —dijo un muchacho y, un instante después, abrió.

—Buenos días. Soy el agente especial Steiner —me presenté.

Luego le expliqué de dónde venía y le dije que estaba dispuesto a encontrar nueva información sobre el caso de Chrystel.

—Entiendo... —concluyó, desanimado.

Era un chico que se parecía a Sonnet. Tenía cabello negro y brillante, y una mirada profunda. Se lo veía energético y amigable. No solo me recordó a Sonnet por su físico, sino también por la manera de expresarse.

—Entonces, ¿sabes algo sobre Chrystel? ¿Alguna información que pueda ser de ayuda? —interrogué.

—Estoy muy preocupado por su desaparición. Es de mis mejores amigas, junto a Hady, quien también desapareció hace unos años. Esto me pone muy intranquilo, a decir verdad. —Lucía realmente afectado—. Chrystel me habló sobre un hombre que estaba obsesionado con ella y con su

carrera de modelaje. Él le mandaba cartas de «amor» en donde le decía las cosas terribles que le haría. Yo intenté convencerla de hacer la denuncia, pero ella no quiso.

—Un hombre obsesionado. —Anoté la información—. ¿Algo más?

—He escuchado unos rumores sobre Ciudad Onírica, y espero que no sean ciertos. Me han dicho que Sonnet Bleus ha desaparecido. ¿Esa información es verdadera?

Con su mirada intensa, esperaba por una respuesta negativa.

—Sonnet Bleus se encuentra desaparecido, así es —confirmé—. ¿Por qué?

La desesperanza no pudo ser contenida por sus expresiones.

—Él es de mis mejores amigos... Crecimos juntos aquí, en Ciudad Evocativa. No lo veo hace años, pero esto es horrible —reflexionó.

—¿Cuál es tu nombre, chico? —pregunté.

—Me llamo Oliver —respondió.

Dos ciudades, un desfile macabro en proceso y muchos secuestros.

¿Podría Steiner con tanta presión?

capítulo 62

Guerra



Oliver vestía con un suéter negro con cordones blancos, un **jean** azul oscuro y zapatos negros. Detrás de él, se asomó una chica de cabello negro y largo, y piel muy blanca. Parecía simpática y tenía una mirada directa e intensa.

—¿Qué sucede, Oliver? —preguntó ella al verme. Tenía una bolsa de palomitas en sus manos y estaba descalza.

—Tannia... —Él la volteó a ver—. Un amigo ha desaparecido.

—¿Quién? —consultó, preocupada.

—Sonnet, de seguro te hablé de él alguna vez. —Se giró a verme—. Oficial Steiner, si puedo hacer algo, lo que sea, avísame. Quiero ayudar a Sonnet y a Chrystel.

—Primero, necesito recolectar nueva información. Dame tu celular, te llamaré si necesito ayuda —comenté—. Gracias.

Tomé mi celular y, apenas lo hice, una llamada entró:

—Steiner... ¡Algo realmente malo está por suceder! Los oníricos y los desvaríos se están saliendo de control. Habrá una guerra muy pronto —anunció Robert, se escuchaban las radios y varias voces que discutían en el fondo—. Sé que estás en Evocativa, pero esto es más urgente. Si llega a salirse todo de control, seremos incapaces de apoyar a las otras ciudades cercanas.

—No podré llegar hasta dentro de dos horas. ¿Cuál es el plan? —pregunté mientras me retiraba del apartamento.

—Tenemos que hacer un llamado a todos los civiles de la

zona para que no transiten por el lugar. Hay que esperar a que la pelea pase y se maten entre sí. Luego atacaremos nosotros y meteremos en la cárcel a los que queden vivos. Causan muchísimos problemas tener a estos salvajes en las calles —admitió—. Voy a comenzar la operación de inmediato.

—No veo otra manera de proceder, aunque no esté de acuerdo con dejar que se maten entre ellos...

¿Habría manera de evitarlo? Tenía que llegar rápido, eso era lo único que podía asegurar.



Salimos de la mansión en el momento que llegó Bucker en una camioneta. Nos montamos en ella mientras Tricia seguía haciendo cientos de llamadas. Para la disputa, nos reuniríamos en el centro de la ciudad.

Por obvias razones, me sentía débil. Mi corazón latía muy rápido, parecía que me iba a desmayar, pero nada de eso detenía mi odio hacia Duke y mi asfixiante hambre de justicia.

Llegamos al centro de la ciudad y nos quedamos en la parte sur. Ahí se encontraban varias personas; éramos veinte en total. Estábamos vestidos de negro a excepción de Bucker.

Él fortachón sacó un arma al igual que varios más. Estaban midiendo qué tan peligroso se pondría el asunto en unos minutos.

—Míralos, allá. —Tricia apuntó hacia el norte. Se veían varias personas vestidas de rojo. Distinguí a un muchacho con una gorra roja que parecía muy energético y lideraba el ataque.

—Tenemos que encontrar a Duke y hacerlo sufrir hasta

que diga en dónde se encuentra Lyra —amenacé.

Estábamos cerca de un edificio que nos cubría. Los oníricos se encontraban al otro lado de la plaza. ¡Solo llegaban más y más!

Los desvaríos, por su parte, me observaban con meticulosidad. Era una cara nueva, y una que estaba cerca de Tricia.



Julie y yo llegamos a la reunión de Onírica. Somos muchos y varios me ven de forma despectiva. Ella se va a hablar con algunas personas.

—Estúpido... —dice uno entre ellos—. Irás en la parte delantera.

—Como sea —rio—. Awstin, ¿cuál es el plan?

—Matar a los que se pueda, por supuesto —concluye—. No hay un plan específico, pero sé que necesitarás un poco de esto.

Me da una línea de cocaína en un cartón. La inhalo para prepararme a lo que vendrá y me asomo detrás de la camioneta. Veo hacia donde están los desvaríos... Distingo a la chica gótica, pero lo que veo detrás de ella, me sorprende.

¿Quién lo hubiera esperado?

Sonnet está con ella. Viste de negro: ¡es una escoria desvaría ahora! Tomo mi arma con fuerza y me preparo para darle un fin a quien me ha dado tantos problemas. La plaza está en silencio. Es uno incómodo y lleno de suspenso.



Volteé a ver hacia los oníricos y reconocí su cara. Di un paso al frente y le grité:

—¡Duke! —exclamé, firme—. ¡Pagarás por todo lo que has hecho! ¡Pagarás por todo!

Él volteó a verme y sonrió en silencio. Tomó su arma y disparó hacia el cielo: la guerra comenzó.

Los balazos empezaron a caer en ráfagas furiosas. Podía ver a varios de mis aliados ser heridos. Unos caían y otros los ayudaban a levantarse mientras disparaban hacia el otro bando. Todo era un gran desorden, lleno de sufrimiento.

Estaba a punto de avanzar hasta que Tricia me sostuvo el brazo.

—No. Todavía no es el momento de entrar. Espera a que se despeje un poco —ordenó.

Bucker tomó su revólver y empezó a disparar. Los tres nos cubrimos detrás de la pared de un edificio negro. Observé que varios autos de la policía empezaron a llegar, estaban bloqueando las calles de los alrededores, pero no hacían nada para detener el pleito.

—¿Qué están haciendo? —cuestioné, intrigado.

—Están esperando. Harán lo mismo que la otra vez —informó Bucker—. Querrán arrestar a los que queden luego de la pelea.



Disparo a varios desvaríos directo al corazón. Los alejo lo

más posible y observo como caen. ¡Estamos ganando la pelea! Sin embargo, no veo a Jerry por ningún lado.

—Julie —Me retiro y me cubro con la camioneta—. ¿Dónde mierda está Jerry?

—¡No lo sé! —exclama ella al disparar ciegamente al campo de batalla para cubrir a uno de nuestros aliados.

Las balas se están acabando y empiezan a sonar menos disparos. Eso solo significa que pronto tendremos que sacar sus armas blancas y pelear cuerpo a cuerpo.

Unos minutos después, los disparos cesan. Las municiones se han acabado por completo.

Un desvarío grita con un puñal al correr hacia nosotros: la segunda etapa de la guerra ha comenzado.

Algunos lanzan sus armas de fuego al suelo y corren hacia el centro de la plaza mientras tanto otros recogen a los heridos y a los cadáveres.



—Es nuestro turno de actuar, ¡ahora! —gritó Tricia y me dio una navaja.

Tenía a Duke en la mira. El odio me estaba consumiendo y no me resistiría. Empecé a correr hacia los oníricos con mis aliados. El olor a sangre se hizo presente y me dio unas profundas náuseas.

Mi mayor enemigo ni siquiera me veía. Estaba ocupado acuchillando a quien se le pusiera enfrente. Un par de oníricos se acercaron a nosotros y logré esquivar varios cuchillazos, pero uno me rasgó el brazo.

—¡Ah! —retrocedí de golpe.

—¡Sonnet! —Tricia se acercó a mí—. La policía está acorralando la zona, no creo que sea buena idea seguir.

—¡Ahí está! —exclamé al ver a Duke, pero los dos oníricos

más nos seguían molestando.

—¡Sonnet! —insistió.

Un onírico pasó entre nosotros y se lanzó encima de ella.

—¡Tricia! —Corrí a su lado, pero me pegaron una patada en el estómago. Caí con las manos en mi abdomen.

—La famosa Tricia... —Era el onírico de la gorra roja—. ¿Me darán un premio por tu cabeza?

Se acercó a ella y le acarició el cuello con un cuchillo. A mí me pateaban sin descanso y el sabor de mi propia sangre me llenó la boca. Tricia luchaba con todas sus fuerzas, pero el muchacho era más pesado y atlético.

De repente, Bucker apareció y le dio un enorme golpe al muchacho.

—Awstin... —habló—. Siempre quise hacer esto... —Y le proporcionó dos golpes más en la cara.

Ante la presencia de Bucker, los dos oníricos que me estaban agrediendo corrieron.

—Tricia... ¿estás bien? —me acerqué a ella con lentitud—. ¿Te hirió?

—Estoy bien.

Ella se levantó, y Bucker golpeó varias veces más a Awstin para alejarlo de nosotros. El chico se retiró, con su cara hecha añicos, y corrió con sus aliados.

¡Estábamos más cerca de Duke que nunca! Me reincorporé rápidamente y corrí hacia él. Cuando estaba a punto de abalanzarme encima, un chico de piel morena se lanzó encima de mí. La navaja cayó de mis manos y empezamos a pelear con nuestros puños.

La policía encendió las sirenas de sus autos y comenzó a lanzar granadas de humo. Tricia corrió hacia mí y clavó su cuchillo en el estómago del chico que estaba encima de mí. El moreno lanzó un grito de desesperación y de dolor.

—¡Duke, escapa ahora! —exclamó con lágrimas en los

ojos.

—¡Jerry! —gimoteó.

Una granada de humo cayó entre Duke y nosotros. Él nos observó con duda por unos segundos, pero se esfumó entre el desorden.

Jerry empezó a arrastrarse para huir, pero Bucker lo agarró y lo levantó con furia.

—Tú vendrás con nosotros, maldito. —Tricia lo apuntó con el cuchillo—. Y nosotros seremos tu peor pesadilla...

La policía entró en escena.

Cargamos a Jerry, quien pataleaba con todo su ser, pero Bucker tenía más fuerza y lo movía con facilidad.

Varios oníricos y desvaríos pelearon contra los oficiales mientras los demás escapábamos. Llegamos a la camioneta de Bucker. Metimos a Jerry en ella y nos fuimos. En el camino, pude observar a Duke. Estaba muy lejos.

Había perdido una vez más contra mi peor enemigo. Sin embargo, las cosas no se quedarían así: ahora tenía a uno de sus aliados conmigo.



Estaba por llegar al centro de la ciudad cuando me entró una llamada de Robert. La luz naranja del atardecer entraba por las ventanas del vehículo e iluminaban el celular de forma tenue.

— ¡¿Qué diablos ocurre ahora?! Me mandas a un lugar, y ahora a otro. ¿Qué pasa ahora, Robert?—pregunté de entrada.

Él se mostraba muy nervioso y molesto.

—Sucedió lo inimaginable... —confesó—: Serina... ella ha escapado.

Un problema tras otro, y ninguno parecía estar cerca de ser solucionado.

capítulo 63

Almas puras



La policía entra en acción. ¡No puedo ir por Jerry! Gruño y corro lejos de la escena. Es increíble saber que me ha salvado, incluso después de todo lo que ha sucedido entre nosotros. Julie entra conmigo al auto y empezamos a conducir con velocidad. Choco contra patrullas de policía que hay en el camino. Ellos corren hacia nosotros, pero no nos logran detener. Sigo por las calles para perderlos, pero me cuesta lograrlo.

—¡Ahí! —chilla Julie. Nos metemos por unas callejuelas muy angostas y los logramos dejar atrás, al menos por el momento.

Entramos a un callejón oscuro, la noche empieza a envolver con lentitud Ciudad Onírica. Nos bajamos del vehículo y notamos que ambos tenemos varias heridas superficiales, aunque nada muy grave. Ella se sienta junto a la oscura pared. Huele a orina y hace mucho frío.

—Jerry... —lamenta.

—Lo recuperaremos —chasqueo la lengua—. Solo tenemos que...

—No... Cállate, Duke. Simplemente cállate. Estoy harta de que sigas minimizando todo lo que ocurre a tu alrededor y que digas que lo solucionarás con magia. No puedes arreglar lo que está roto. No pudiste arreglar mi corazón, no tuviste piedad con Natalia, y tampoco puedes tener una relación decente con quienes dicen ser tus amigos. Jamás arreglarás nada.

Julie está realmente herida. Me quedo en silencio; no puedo hacer más. Tenemos que esperar a que la policía se calme y capture a los sobrevivientes, aquellos que no tuvieron la suerte de escapar del lugar.

Entro al auto y respiro hondo. Siento algo en el corazón que me molesta, es algo de culpa. Sé que Jerry ha sido muy fiel y que no le he regresado muchos favores. Muy dentro de mí, siento que no soy merecedor de quienes están a mi lado.

—Me tengo que ir —declaro.

—¿Ah, sí? ¿A dónde irás ahora? Estás muerto en vida. No sé por qué no entiendes eso…

Está bloqueada, no hablará más conmigo a menos que sea para seguir culpándome de lo que ocurre.

—Llegaré al almacén más tarde, no te preocupes. —Ya no soporto estar más en la ciudad—. Tengo que irme.

De la parte trasera del auto, tomo mi guitarra. Avanzo lentamente por las calles mientras escucho el eco de las sirenas de la policía.

—Mira, puedes hacer lo que te dé la gana. Estamos perdidos… no sé qué hago yo aquí todavía. Vete. —Ella se mete al auto—. ¿En qué estaba pensando?



Llegué a la estación de policía. Todavía había muchos autos con las sirenas activas. Las luces rojas y azules iluminaban las tenues calles de los alrededores mientras el sol terminaba de ocultarse. Robert se encontraba afuera mientras hablaba con el resto de los oficiales. Noté que vestía un chaleco largo.

—¿Qué sucedió? —consulté al caminar hacia el lugar. Me

di cuenta de que había ambulancias.

—Es mejor que lo mires por ti mismo —sugirió Robert—. Prepara tu estómago.

Entré al lugar.

Caminé por los pasillos vacíos y por las oficinas hasta llegar al sitio en el que tenían a los presos. La celda de Serina estaba vacía, pero lo que estaba afuera me erizó el cuerpo completo. Los escalofríos no fueron causados por el oficial en el suelo, con un balazo en la cabeza, ni por el charco de sangre que rodeaba el lugar.

No, lo que causó mi conmoción fue ver las barras de metal de la ventana. Habían sido dobladas de manera sobrenatural. El rastro de sangre llegaba desde el charco hasta la misma, la cual estaba quebrada.

De alguna manera inexplicable, Serina había huido por la ventana.



Corro por las oscuras calles hasta detenerme en la entrada del Bosque Aletrejo. El bosque había sido mi refugio durante tantos años, el lugar más misterioso de Ciudad Onírica.

Me muevo sin parar y atravieso la densa arboleda que se ha desarrollado a lo largo de los años en el deshabitado lugar. En mi bolsillo, llevo un encendedor, una navaja, mi revólver. La guitarra cuelga en mi espalda.

He pasado tantas veces por el lugar que me sé todos los posibles caminos o, al menos, los que rodean el centro del bosque. A ese lugar jamás me acerqué por miedo a la leyenda de la casa embrujada, aquella que nos contaban en el Orfanato Seletcof.

Llego al lugar en el que he ahogado tantos llantos, en el que he enterrado tantos errores: el Lago Aletrejo. La luz del sol es inexistente en este sitio, sin embargo, la luna se encuentra llena y alumbra todo de una manera perfecta y ominosa. Un aura de color azul ilumina el lugar junto al baile de las luciérnagas que siempre está ahí. Además, suena una que otra rana, por aquí y por allá.

Recolecto leña de los árboles secos y creo una fogata. La alimento hasta que se hace grande. Me siento en el mismo tronco caído de las veces pasadas y pienso en mi existencia.

Estoy en el fondo, pero en el pasado ya he estado aquí. ¿Qué significa esto entonces? Al parecer, siempre hay un escalón más abajo, siempre hay un error, una acción, un movimiento que puede hacer que todo se torne peor y peor...

Toco la guitarra en un intento de afinarla. Reviso la D que ha sido pintada hace años y recuerdo a la persona que me regaló el instrumento, ese que me ha salvado tantas veces de la oscuridad, de aquellos cantos cristianos que en algún tiempo me dieron esperanza. Recuerdo la sonrisa que ella proyectaba al enseñarme a tocar, la energía de aquellos dos niños que me acompañaban, aquellos que quisieron ser mis primeros amigos en el orfanato.

Pienso en cómo me he alejado de las personas que se han preocupado por mí. ¿Será porque esa es mi manera de ver el mundo? ¿La forma en la que he crecido? ¿El destino existe, acaso? Agarrar a un niño y retorcerlo fuerte para que tenga que tomar medidas extremas, y así defenderse y crecer en este pútrido mundo.

Si el destino existe, es un hijo de puta... Y si el dios ese del que Laila cantaba era uno de amor, ¿por qué a mí me dejó sufrir?

Charlie, mi primer amigo, y Natalia, mi primer amor. ¿Por qué no pude amarlos como quise? ¿El amor se aprende? Si ese fuera el caso, todo tendría sentido. No lo aprendí jamás y me arrebataron a quienes estaban dispuestos a enseñármelo.

Observo que el fuego se mueve con lentitud. Es mi único acompañante del momento, junto a la luna, aquella que siempre ha estado para mí.

Un par de lágrimas de frustración caen hacia la arena. La guitarra está afinada y toco los acordes que me nacen. Los cantos al cielo se alejan cada vez más mientras veo lo solo que me encuentro, aunque... ¿me encuentro solo?

Los vellos de mi nuca se erizan al sentir la presencia de alguien más. Sin embargo, sé que no es la policía, así que no me importa. Sigo tocando la guitarra sin voltearme. La persona se acerca a mí y se queda quieta junto a la fogata.

—Tocas de una manera radiante —dice. Es la voz de una chica.

Volteo. Ella viste con el traje celeste que les ponen a las personas antes de ir a la cárcel. Noto que tiene manchas de sangre en todo el cuerpo.

Ella se suelta el cabello de color café claro y se sienta en el tronco, junto a mí. No pronuncio palabra alguna. Sigo tocando mi instrumento sin darle importancia a mi acompañante.

Ella ve hacia el fuego con una mirada perdida. Algunas lágrimas caen por sus mejillas y se nota que tiene un enorme nudo en la garganta. Intenta hablar, pero la pesadez de su existencia la imposibilita por completo. Solloza durante unos minutos, antes de poder pronunciar algo.

—Yo... sé que ambos hemos hecho algo, sé que no nos conocemos y que posiblemente nuestros caminos no se

vuelvan a cruzar. Sin embargo... —ella limpia las lágrimas de su cara, junto a los rastros de sangre. Sus brazos tienen enormes moretones—, sé que no cualquier persona se atrevería a estar en este lugar... solo. No aquí, no a esta hora, y no con una guitarra.

—No sabes nada de mí —refuto en seco—. ¿Qué fechorías hiciste? ¿Quién eres para venir a decir esas frases tan huecas? Puedo sentir tu enorme vacío, al menos, eso tenemos en común.

—¿Acaso importa lo que hayamos hecho? No en este momento. —Ella se abraza las piernas y se acomoda en el tronco—. Creo que este es el fin de muchas historias, como cada segundo, conforme las páginas de la vida de cualquiera se llenan, continúan, siguen...

—No es el fin de mi historia, y eso lo he decidido hace tiempo —confirmo. Una luciérnaga pasa por su cara y me percato de que es una chica muy hermosa y delicada. ¿De dónde diablos habrá venido?

—Yo solo quiero que, por este momento, seamos lo que en realidad somos: dos almas puras en un mundo de tragedias —concluye con cariño, pero sin dejar de llorar—. Quiero que nuestra existencia se reduzca al momento, al instante, al fuego, a la vida, a la luna, al viento y a la muerte.

Me siento extraño al ver a una persona tan dañada, pero es cierto. Quiero dejar de permitir que el pasado me arrastre, quiero vivir el presente, aunque sea por un pequeño momento.

Ella está descalza. Se levanta y me toma las manos con suavidad. De pronto, me da un abrazo. Puedo sentir su respiración, sus lágrimas, su debilidad.

Me torno muy vulnerable.

—Yo... —No sé qué decir. Me siento extraño, triste, pero estoy acompañado.

Pronto empiezo a escuchar las sirenas de la policía y, a lo lejos, veo destellos rojos y azules entre los árboles, en el horizonte.

—Llegó la hora... —Sonríe—. Gracias por compartir este momento conmigo. Vete.

—Gracias... —Tomo la guitarra y corro hacia el lado contrario de la policía, todavía con una pesadez en mi corazón. Ella me ve, pero no se mueve del tronco. Tiene una pequeña sonrisa en el rostro.

No intenta escapar... ¿por qué?

Las relaciones entre personas desconocidas podrían llegar a ser más transparentes que otras relaciones entre amigos de años.

La fidelidad, la confianza, la lealtad eran elementos puros que, sin duda alguna, estaban presentes en cada ser humano, sin importar su pasado.

capítulo 64

Tortura



Logramos salir de la zona de peligro. Jerry se sacudía con fervor, pero Bucker y yo lo sujetábamos con mucha fuerza. Le pusieron la misma bolsa de tela negra que a mí la primera vez.

Tricia conducía por las calles, conforme se hacía de noche. Llegamos a la mansión: al parecer, ya no les importaba que supiera en dónde quedaba. Sacamos al muchacho del auto y lo arrastramos hacia el interior. Lo llevamos a la habitación blanca y lo sentamos en la silla, donde aprisionamos para que no se pudiera escapar. Bucker se quedó con él.

Tricia me pidió que la acompañara a la habitación negra. Al entrar, Jael estaba tendido en el sillón. El mismo muchacho cuidaba de él y la herida se veía mejor que antes. Al menos, ahora teníamos la certeza de que sobreviviría.

—Es una herida profunda, tomará algún tiempo en sanar —explicó el joven.

—Gracias. —Tricia se sentó junto a Jael.

—¿Qué… sucedió? —consultó él, confundido.

—No pudimos tocar a Duke, pero secuestramos a uno de los más importantes… —anunció Tricia—. Sé quién es, hemos tenido nuestros roces antes.

—¿En serio? —cuestioné.

—Es un **hacker** de alto nivel, se especializa en celulares —explicó—. Hubo un tiempo en el que quiso ser parte de algún segmento especial de la policía; no logré indagar más

sobre él. Pero eso de obtener información es a lo que se dedica, aparte de vender cocaína, claro.

—Entiendo... —concluí.

—Vamos. Hay que sacarle información, por las buenas o por las malas.

Tricia caminó hacia la habitación blanca y la seguí. Allí, me dio nuevos vendajes negros para cubrir las heridas. Se colocó algunos en las suyas.

—Por favor, ¡déjenme ir! —exclamaba Jerry con la voz opacada por la tela negra.

—Lo bueno ni siquiera ha empezado —advirtió Bucker entre risas—. Nada más prepárate para lo que viene.

—No he hecho nada. ¡Jamás he matado a algún desvarío! —replicó con nervios.

Tricia le quitó la bolsa de la cabeza.

—Tricia... —reconoció Jerry, impactado.

—Un gusto volverte a ver, Jerry —saludó y se terminó de ajustar las vendas negras.

—¿Qué quieren de mí? —preguntó entre lamentos.

—Creo que eres suficientemente inteligente para responder esa pregunta, Jerry. —Tricia sonrió—. Es claro que queremos información, y tú eres experto en eso.

—No tengo información de nada. No sé qué quieren lograr con tenerme aquí —dijo, molesto.

—Dame las ubicaciones de ventas de tu banda —pidió Tricia—. Esa es la primera petición.

—No puedo dar esa información... —balbuceó él—. No puedo...

—Es una lástima que tengas que ver mi lado no tan amable, Jerry.

Tricia caminaba alrededor de la silla. Él nos observaba y pedía piedad con la mirada. Aunque me daba algo de lástima, no podía evitar sentir las llamas de odio hacia

Duke que quemaban todavía muy dentro de mí.

Tricia tomó un instrumento de la mesa metálica y se posicionó frente a Jerry.

—Vamos a ver cuántos dedos tuyos tengo que quebrar a cambio de una respuesta... ¿cuántos crees que sean suficientes? —consultó tras jugar con el instrumento.

Me quedé frío al escuchar sus palabras. Bucker estaba en silencio, sin gesto alguno.

—No puedo dar esa respuesta, Tricia... Así como ustedes, nosotros también tenemos un código y somos fieles.

Él lucía desesperado.

—¿Escuchaste eso, Bucker? —preguntó Tricia y soltó una risilla—. ¿Tienes algo que decir al respecto?

—Sí, tengo algo que decir al respecto. Yo digo que empecemos con los dedos de los pies —contestó Bucker y le quitó los zapatos a Jerry.

—¡No! —clamó, desesperado—. Jamás quise que algo como esta guerra sucediera... ¡Nunca deseé que alguien muriera, sea cual fuese el bando!

—Esas palabras me dan asco. Me das pena ajena. —Tricia se acercó—. Es buena idea empezar con los del pie, puede que después necesite sus manos.

Tricia tomó el instrumento y se agachó. Tomó un pie de Jerry y puso el pulgar dentro del aparato, el cual tenía varios puntos de equilibrio y se ajustaba alrededor del dedo. Encima tenía una perilla pequeña que, al hacer presión, ejecutaría la tortura.

Jerry se agitaba muchísimo mientras Tricia lo colocaba en su lugar.

—Espero que hable —concluyó Bucker—. Esto dolerá mucho.

—Última oportunidad para la primera pregunta —anunció Tricia—. ¿En dónde venden los oníricos? Dime tres lugares,

con eso será suficiente.

Jerry hizo silencio. Tricia hizo presión y se escuchó una pequeña quebradura. Él gritó como loco y su cara se puso roja.

—¡Por favor! ¡Por favor! —exclamó lleno de furia.

—Vamos con el segundo entonces —rio Tricia; su tétrica sonrisa no se limpiaba.

Sonó otra vez.

Arrugué la cara al escuchar el sonido y vi que el pulgar de Jerry se tornaba lentamente de color morado. Jerry gritaba lleno de dolor... Cada hueso sonaba de una forma terrible al quebrarse.

—Vamos con el quinto. ¿Un pie entero? ¿En serio? —preguntó ella—. No lo sé, dicen que el más pequeño es el que más duele, ¿sabes? Puede que incluso se te agriete el hueso del pie.

—¡Basta! —tembló Jerry—. ¡Te diré, te diré!

—Dime. —Tricia se puso la mano en el oído—. Quiero escucharlo todo.

—Norte, suroeste y noreste —confesó entre lamentos

—No esperaba que fueras así de fácil. Los oníricos apestan a traición a kilómetros de distancia, y tú, mi amigo, no eres la excepción —concluyó Tricia con tono triunfante.

—Ya te dije lo que quieres saber. Déjame, por favor... —suplicó la víctima entre lágrimas.

—Esa es apenas la primera pregunta, amigo. —Ella enumeró con sus dedos—. Aquí va la segunda. ¿En dónde está Duke?

—No tengo idea de dónde está Duke... —lloró—. Lo juro.

—Vamos a ver si quebrar un par de dedos más te hace recordar...

Ella se agachó de nuevo y empezó a colocar el instrumento en el dedo pequeño.

—¡No lo sé! ¡Lo juro! ¡Lo prometo por lo que sea! —gritaba entre llantos. Podía sentir el dolor punzante en su voz. Tuve que voltear la mirada.

—Tricia... —Bucker se acercó a ella.

—Sé lo que estoy haciendo. —Lo alejó con su palma.

—No lo sé... lo juro... —decía Jerry. El sudor bajaba por su frente y las manchas en su camisa se hacían más grandes con el pasar del tiempo.

—Bien. Sonnet... ¿algo que quieras preguntar? —Tricia se levantó.

—No sabes en dónde está Duke, pero dime en dónde está Lyra. Él te tuvo que haber mencionado algo sobre ella. —Caminé hasta quedar frente a él—. Habla, ahora.

—No sé en dónde está la muchacha... —Jerry soltó unas lágrimas por el dolor—. Duke no me ha mencionado en dónde la tiene, pero sé que sigue viva y que está con él... Nosotros estamos peleados, no me gusta su forma de actuar tan impulsiva. Tricia, tú sabes que yo más que nadie he intentado llevar en paz la relación entre las bandas.

—¿Peleado con Duke? —Tricia llamó su atención—. ¿Y por qué te sacrificaste por él al tomar su lugar, entonces? Él es quien debería estar aquí ahora.

—Porque tengo una pequeña esperanza de que algún día se dé cuenta de que lo que hace está mal, Tricia. —Jerry estaba realmente cansado—. Les digo la verdad...

—¿Es cierto que eres **hacker** de celulares? —interrumpí la conversación.

—Sí —respondió.

—¿Qué tanto puedes hacer? Si te doy mi número, ¿qué lograrías? —consulté.

—Puedo ver tus mensajes, las llamadas, todo.

Él estaba atento a mí, pero nervioso.

—¿Puedes ver mis mensajes? ¿Podrías hacerlo en este

momento? —cuestioné.

—Sí. Tengo mi celular aquí, puedo hacerlo de inmediato.

Jerry cedía muy rápido, al parecer, no quería seguir sufriendo.

—Hazlo, entonces. —Tricia le desató una mano—. Pero ten cuidado, Jerry. Un movimiento en falso, y estarás muerto. Estás avisado, no juegues con nosotros.

—De acuerdo.

El onírico acató y sacó su celular. A continuación, empezó a pedirme información. No podría escapar con su pie herido y tampoco podría pelear contra nosotros tres. Tricia se quedó detrás, observaba cada delicado movimiento en caso de que nos traicionara y pidiera ayuda.

Impresionantemente, logró **hackear** mi celular con el suyo sin siquiera tenerlo de forma física. Era como si en sus manos tuviera una copia del mío, con todos los mensajes nuevos y los viejos. Había mensajes de Steiner y de Serina. También tenía cientos de llamadas sin atender de su parte.

Jerry me cedió el aparato.

Presioné el primer mensaje del buzón de voz.

—Hola, Sonnet. ¿Puedes venir? Sé que te acabas de ir, pero no me siento muy bien. Mi padre está un poco molesto. —Se escuchaban los gritos del hombre desde debajo de las escaleras—. Espero que vengas, adiós.

Escuché el segundo mensaje.

—¡Sonnet! —exclamaba. Se escuchaban golpes horrendos en la puerta de su habitación—. ¡Ayuda! Llamé a la policía, pero nadie me contesta. ¡Ayuda, por favor! —gritaba.

Mis ojos se llenaron de lágrimas y mi alma de impotencia. Reproduje el tercero.

—Sonnet... —ella lloraba con suavidad, su voz parecía ida —. ¿Por qué...? ¿Por qué nunca contestaste? Hay sangre por doquier. Él... él ha venido...

El mensaje terminó. Había un cuarto:

—Me tengo que ir ahora... la policía ha llegado y él se ha ido. Me siento tan sola, Sonnet... Trixie y Gaven se han ido también, no pudieron soportar lo que ha sucedido. Me dejaron completamente sola...

Escuché el quinto, eran cerca de las dos de la madrugada.

—Hola, Sonnet... Ha pasado mucho desde que te fuiste. La policía llegó y fuimos a la comisaría. Luego fue el funeral de mi padre. Me llevarán a juicio, el cual se ha adelantado para esta noche. Me dieron la oportunidad de hacer una llamada antes de que me lleven al lugar predestinado. Yo te he elegido a ti para usar mi última llamada. No sé en dónde estarás, pero creo que te ha sucedido algo. Yo... nada más quería recordarte que, donde sea que estés, cuando sea que escuches esto, te amo con todo mi ser.

»Soy inocente, Sonnet. No sé qué me sucederá o si la última vez que nos vimos fue la última... Sin embargo, puedo confirmarte que estoy en paz conmigo misma. En caso de que haya sido la última en la que nuestras almas se rozaron, puedo aceptarlo...

»Tuve la oportunidad, entre todo este desorden, de pasar unos minutos con una persona especial. Espero que te encuentres bien. Sé que estás vivo todavía, lo puedo sentir en mi corazón. Si escuchas esto algún día, y decides regresar a mi vida, tienes que saber mi ubicación. Me llevarán al Hospital Psiquiátrico Lunezca.

Tras esa última frase, el mensaje terminó.

¿Hospital Psiquiátrico Lunezca...?

capítulo 65

Infancias fluctuantes



Hace quince años

Abro los ojos, con algo de temor, como siempre. Sin embargo, hoy puede que sea una noche tranquila. Al parecer, nadie me despertará. Me restriego los ojos con algo de sueño. Los nervios aún se sacuden entre los recuerdos de lo no tan reciente y lo no tan lejano. Camino entre las camas de los otros niños hasta llegar a la gran ventana del final del salón en el que dormimos.

Tomo la silla de siempre y me subo en ella para poder llegar arriba. Me asomo por la ventana, como cada noche de insomnio y de pesadillas sofocantes, lo que ocurre cuando, al menos, no me despiertan.

Lo que veo me llena de ilusión, algo que no he experimentado desde hacía muchísimo tiempo, desde que pasó el evento que me dejó a estar en este lugar.

¡Está nevando!

En mi corta existencia de diez años, jamás había visto que nevara en Ciudad Onírica. De inmediato, corro por las camas y despierto a mi único amigo, Charlie.

—¡Charlie, mira! —exclamo en voz baja, agitándolo de entre las cobijas. Es un pequeño agraciado, regordete, de grandes mejillas rojas y muy tímido.

—¿Ah? ¿Qué pasa, Duke? —consulta al despertarse asustado.

—¡Tienes que salir conmigo! ¡Está pasando lo que deseamos para Navidad! —confieso.

—¡¿Seremos adoptados?! —grita tras sentarse.

—No... ¡está nevando! —digo entre risas—. Vamos a ver.

Ambos caminamos lentamente por los pasillos, sin siquiera respirar. No queremos que nuestros «cuidadores» se den cuenta de que estamos despiertos. No deseamos que nos lleven a las habitaciones oscuras, en donde nos obligan a dormir en sus camas, o en donde nos visten de maneras extrañas...

Recorremos los pisos de madera procurando no hacer ningún ruido y me doy cuenta de que una niña se despierta. Es aquella chiquilla de cabello despeinado y amontonado. Natalia tiene la piel oscura y una enorme sonrisa inocente. Sé que le gusta Charlie y me ha estado molestando últimamente porque quiere que seamos amigos, pero no me ha dado la gana cooperar.

Ella nos sigue en silencio y se une a nuestra pequeña aventura, una a la que no está invitada, pero no importa.

Los tres bajamos con cuidado las escaleras. En la parte superior hay un gran ventanal de colores azulados, por donde entra la luz de la luna e ilumina nuestro paso con delicadeza. Sin embargo, la vista está empezando a ser opacada por la nieve acumulada del techo.

Llegamos a la puerta principal, la cual es de madera y está llena de símbolos religiosos. Al abrirse, siempre hace un chillido de pesadillas que, cada vez que se escucha, no significa nada nuevo. A menos que sea domingo en la mañana, que es cuando viene una muchacha de unos veinte años, Laila, a enseñarnos a tocar la guitarra y canciones cristianas. Me gusta cantarlas cuando estoy solo.

—No puedo creer que esto sea real. ¡Ya casi llegamos! —dice Charlie, emocionado, cubierto con su cobija amarilla.

—Ven aquí —llamo y señalo a Natalia, quien está temblando de frío aún en la escalera. Ella se nos une en silencio con una sonrisilla nerviosa.

Podemos sentir la corriente gélida que proviene de la rendija que está debajo de la puerta; nos da escalofríos terribles y una cierta incomodidad. Sin embargo, la emoción de conocer algo nuevo le gana a cualquier otro sentimiento.

Es Nochebuena y ya hemos abierto nuestros regalos. Ha sido ropa usada, juguetes usados, todo usado. Fueron cosas viejas y descuidadas. Nada era muy bueno, pero algo dentro de mí sabía que este era el regalo que el universo me hacía a mí. Poder sentir la nieve por primera vez era un obsequio de Dios. Como dice Laila: «Dios es amor y siempre nos cuida, a pesar de lo malo que pase en nuestras vidas».

Empiezo a abrir la puerta con cautela. El chillido suena y causa que Charlie y Natalia cierren sus ojos con fuerza. Tiemblan, ahora, de miedo. Los tres tenemos más terror que nunca, pero yo jamás dejaría ir una oportunidad tan hermosa y única. La termino de abrir con rapidez para que el chillido suene seco, frío y directo. El eco se escucha por todo el orfanato, pero después de unos segundos comprobamos que nadie lo ha escuchado.

Tengo el corazón en la garganta y siento algo en el estómago. Se trata de una ilusión y emoción que jamás he experimentado. Una vez abierta la puerta, experimentamos la magia de la nieve que cae y cae sin parar. De inmediato, tomo a Charlie del brazo y corremos afuera. Veo el cielo, hacia la oscuridad, y me fijo en las partículas blancas que caen. Siento como si estuviera volando o algo por el estilo.

Frente al orfanato hay una rotonda y, en el centro de ella, la estatua de un enorme lobo de piedra. Charlie salta y baila. Nos reímos sin parar. Natalia no sale del edificio, ella se queda viéndonos con mucho temor; no ha pronunciado palabra alguna. Camina un poco hacia afuera y se sienta en

las graditas de la entrada. Junta sus piernas y nos mira con su usual tímida sonrisilla.

Corremos en círculos alrededor de la estatua y empezamos a hacer bolas de nieve para lanzárnoslas. El frío ha penetrado a través de mi ropa, pero nada de eso importa, nada ni nadie me quitará este momento tan especial.

Todo es perfecto, blanco, inocente, limpio. Todo contrasta de maneras demasiado directas con mi realidad, pero no siento enojo. Al contrario, estoy agradecido con la vida por esta oportunidad hermosa y, aunque aún extrañe a mis papás y a mi hermanita menor, es una Navidad preciosa solo por conocer la nieve.



¡Pronto será momento de abrir los regalos! Mi padre y mi madre están conmigo en casa y, a diferencia de muchas familias, nosotros somos poquitos, pero nos queremos mucho. Así ha sido siempre: mi padre, mi madre, Trixie, Gaven y yo.

Estamos cenando una pierna de cerdo enorme con salsa agridulce. Además de unas patatas horneadas y una ensalada. De postre hay pan con frutas caramelizadas, de ese que no me encanta, pero por ser esta noche demasiado linda, probaré un poco.

La gran chimenea está encendida junto al árbol de Navidad, decorado con cientos de colores, pues, les he pedido a mis padres que lo hagamos de todos los colores que existen, en lugar de que sea solo verde y rojo. Estoy muy feliz, lo he decorado junto a Gaven y Trixie.

—¿Ya te tomaste las pastillas de la noche? —consulta mi

padre al ver la hora frente a mí.

Mi madre está a mi derecha mientras Trixie se encuentra a mi izquierda. Gaven está sentado en la alfombra y ve hacia la chimenea. Apenas mi padre ha hecho esa pregunta, él voltea a verme.

—No lo hagas hoy, Serina. Recuerda que queremos pasar Navidad contigo, así será más divertido. No quiero desaparecer esta noche… —suplica él.

Él me ha enseñado cómo fingir que tomo las pastillas de manera eficiente y eficaz, así que solo por esta vez decido hacerlo. Me hace sentir mal mentirles a mis padres, pero es por una buena causa. Abro la boca para mostrar que las he «tragado».

—Buena chica. —Mi padre sonríe—. Bueno. ¿Ya terminaron de comer?

—Sí —digo, apresurada. Estoy loca por abrir mis regalos, los cuales Gaven ha estado ojeando muy de cerca.

Sé que no puedo hablar más de Gaven o Trixie. Desde hace unos meses ellos han «desaparecido» de mi vida, de todas maneras, tengo que seguir tomando las pastillas. Mis padres me explicaron que serían preventivas.

Pero ¿qué es algo preventivo, de todos modos?

Corro al árbol de Navidad. ¡Hay dos regalos para mí! Estoy muerta de la ilusión. ¡Al fin tendré en manos la consola de videojuegos que tanto he pedido! Tomo la caja azul, la más grande.

Aunque parece pesada, no lo es… No le doy importancia. La abro con muchas ganas y, cuando veo lo que hay dentro…

—¡Ja! ¿En serio? ¿Una muñeca de trapo? ¡Carajo, sí que está fea! —Gaven se burla y la señala.

—Gaven. —Trixie le pega un manotazo en la cabeza—. Di gracias, Serina. Ellos han trabajado duro para esto.

—Gracias... —sonrío—. ¡Voy a ver el otro regalo!

Tengo pocas esperanzas de que sea algo más interesante que la muñeca: es ropa. Quería algo más novedoso, pero en fin.

—Algo es algo. —Trixie me sonríe. Quiere que me ponga feliz mientras Gaven ve hacia la chimenea y observa el fuego con mucha concentración.

—Muchas gracias. ¡Ahora, a comer más dulces!

—¡Claro que sí, hija! —Mi madre me abraza—. Puedes comer más.

Tomo la muñeca de trapo de nuevo y la pongo en una silla más cercana a mí. Mientras como, pienso en ella. Le acaricio su lindo cabello. Es suave y de tela. Será mi nueva amiga, alguien silenciosa y bonita, no como todos los niños y niñas de mi escuela, que solo me molestan. Además, a ella si la puedo tocar, no como a Gaven y Trixie.

Cada uno tenía un pasado. Había mucho por descubrir entre lo que había sucedido y el presente. Razones de ser, de existir, de los porqués de todo...

capítulo 66

Niños de aquí y de allá



Hace quince años

Vayamos al bosque, por allá. —Oliver me jaló del abrigo—. Quiero contarte una historia de terror.

—¿Una historia de terror? ¿En Navidad? Vamos, Oliver... —reí al seguirlo. El frío era evidente y el vaho de nuestras respiraciones se veía en el aire.

Oliver era un chico de piel pálida. Sus mejillas enrojecidas por el frío contrastaban con su vestimenta totalmente negra, al igual que su cabello.

—Siempre me han gustado las cosas de terror, las figuras de acción que coleccionamos luchan contra el mal y, bueno, sé que el bien siempre gana, de una u otra forma —comentó él, como siempre, ilusionado.

Sabía que me tenía que ir de Ciudad Evocativa por el nuevo trabajo de mi padre. Mi madre y él tenían una lindísima relación y constantemente intentaban ganar ingresos extra. Mi vida era siempre un subibaja económico, pero ambos lograron encontrar estabilidad con oficios honestos.

Hacía algunos años, mi padre, Adam Bleus, había conseguido un trabajo de contador en una fábrica de zapatos. El dueño, un hombre con mucha influencia, le pidió que maquillara los estados financieros, alegando que siempre lo habían hecho de esa manera y que, para alguien nuevo, no sería problema seguir el protocolo que tenían para los balances.

Mi padre se negó a hacer el trabajo sucio y lo despidieron al instante. El dueño se encargó de esparcir la voz... Al

parecer, muchas de las empresas del área eran manipuladas de la misma manera y, claro, no les servía tener a un soplón en el lugar. Fui escalando de escuela en escuela, desde la más económica hasta la mejor de Ciudad Evocativa, en donde conocí a mi amigo: Oliver, un chico muy solitario, inteligente, callado, tímido, y dueño de unos ojos realmente profundos.

Oliver era menor que yo por dos años. Estábamos en niveles distintos, pero no por eso éramos menos amigos. Nos veíamos todas las tardes luego de salir de la escuela y nos aventurábamos por Ciudad Evocativa, la más segura de toda la zona, claro, excluyendo Ciudad Cursiva, la cual estaba un poco más lejos que Ciudad Desvaría y Ciudad Onírica.

Teníamos una linda amistad. Nos gustaba jugar con nuestras figuras de acción, nos mecíamos en los columpios de los parques y nos metíamos a los muy bien cuidados bosques de los alrededores para crear nuestras propias misiones secretas y encubiertas.

—Aquí estamos —comenté—. Cuenta, antes de que se haga de noche. Tenemos que ir con nuestros padres a cenar y a abrir los regalos.

—Está bien. ¿Listo? —Se cubrió la cara de forma misteriosa con su abrigo. Me senté encima de un viejo tronco que pusimos ahí para hablar de vez en cuando. Era uno de nuestros lugares favoritos desde hacía meses.

—Listo, Oliver, listo como siempre. —Solté una risa. Las ramas secas de los alrededores nos cubrían del gélido viento y el cielo gris resaltaba con los colores negros en esa tarde sin atardecer.

—Dicen... —fingió una voz misteriosa—, y escúchame bien, dicen que entre las cuatro ciudades, Desvaría, Evocativa, Onírica y Superflua, se encuentra un lugar que

no es terreno de nadie.

—¿Cómo que no es terreno de nadie? —consulté con burla —. Todos los terrenos son de alguna ciudad.

—Según me contaron, es un lugar privado, un terreno que ha estado en disputa por años, pero que nadie lo ha querido reclamar. Está en medio de un bosque llamado Bosque Conmutativo —explicó al alzarse de una rama. Ya se había distraído de la historia inicial.

—Bueno, sí, he escuchado del Bosque Conmutativo. Dicen que el frío en ese lugar puede llegar a matar a la gente —concluí—. Que si entras, te mueres.

—¡Exacto! —exclamó, emocionado—. Espera... ¿ya te sabes la historia?

—No, no me la sé, cuéntala —insistí.

—Dicen que por ahí hay un edificio abandonado que usan para hacer experimentos con la gente y se cuentan muchas leyendas de lo que hay por allá. —Volvió a bajar la voz.

—¿Cómo cuáles? —pregunté, atento.

—Un amigo me dijo que a su tía la llevaron ahí, hace muchos años. Una vez la pudo visitar. Ella decía que era una gran chef de alto perfil, de esas que salen en la televisión y son de las mejores en el mundo, pero se empezó a arrancar el pelo de la cabeza y a comérselo. Además de todo eso, él dijo que empezó a imaginar cosas extrañas y las decía. Un día, ella le pegó a mi amigo frente a su familia y, luego de eso, la mandaron a ese lugar. ¡Esa historia da terror, Sonnet! —Oliver relata con fervor.

—¿Qué? ¡Qué vieja tan loca! —exclamé, pensativo—. ¿Qué es ese lugar? ¿Una cárcel? ¿Quién la mandó allá?

—No tengo idea, pero según dijo, fue para «curarla». Ella no volvió a salir en la tele, o bueno, no sé si alguna vez salió, pero supongo que no. ¿Crees que se habrá muerto? —Él se comía las uñas.

—Un lugar así... ¿a quiénes mandarán ahí? No se escucha para nada bien, pero es solo una historia de terror, solo intentas asustarme —chasqueé la lengua—. Ya cálmate y vayamos a casa.

—Quién sabe, entre las leyendas que nos contamos entre todos hay cierto nivel de verdad... —Él sonrió de manera macabra—. Espero que ninguno termine en ese lugar, sería el último al que querría visitar.

Aquella noche la pasamos demasiado bien. Oliver junto a sus padres, y yo con los míos. Amaba tanto a mi padre, estaba orgulloso de su existencia, de sus logros, de sus risas... éramos tan felices.



—Ya casi está lista la cena —anuncio al asomarme al dormitorio de mi hermanita. Ella está encerrada con varios peluches.

Enciendo una pequeña lámpara junto a ella y la veo con cariño. Es muy inocente y delicada.

—Esta noche pasaremos otra Navidad con esas personas —aviso al tomar uno de los peluches y abrazarlo.

Suspiro. Sé que es uno de nuestros contados días libres, en los que no tengo que estudiar y hacer exámenes avanzados para mi edad. Me da algo de pesar saber que en pocos años, Hildur empezará sus estudios y la presión de mis padres la agobiará.

—Son los compañeros de nuestros padres, accionistas, personas importantes para que tengamos todo lo que tenemos —menciono y señalo las muñecas, los adornos lujosos, las lámparas que brillan de forma tenue en su dormitorio—. Sé que hace frío abajo, pero tienes que venir

y estar junto a mí. Dicen nuestros padres que, tal vez, ellos traigan a su hija, Tannia. ¿La recuerdas?

Sé que ella todavía no entiende mucho, pero me gusta hablarle de lo que ocurre, aunque no responda. Tiene un vestidito negro con plateado. Es perfecto y queda a juego con su cabello cortito y blanco.

—Ya que, no importa. —Me siento junto a ella en la cama —. Tenemos que pasar Navidad con nuestros padres y esta gente, porque ellos nos quieren mucho y nos quieren presentar... Sé que es aburrido, créeme, y sé que hay mucha etiqueta y todo eso, pero también habrá cositas ricas para comer.

Ella me ve con sus ojitos inocentes, es el único ser con quien tengo afecto. Me causa mucha ternura. Siempre procuro hablarle cuando estamos solas, es para acostumbrarla para cuando estemos juntas.

—Hildur, no me iré a ningún lado, siempre estaré aquí para protegerte... Siempre.

—¡Niñas! ¡Ya casi llegan las visitas! —exclama mi madre al fondo—. ¡Apúrense! ¡Y más les vale que no vea ni una sola arruga en sus vestidos!

—¡Ya vamos! —grito—. ¿Estás lista?

Sostengo un cuaderno que le he comprado con mis pocos ahorros. Le he estado haciendo adornos a sus alrededores, quiero que ella lo llegue a usar en un futuro. Me gustaría que aprenda a expresar sus emociones en un diario, que aprenda a gestionarlas, a comprenderse y que se sienta acompañada por sí misma.

Siempre estaré para ella, pero quiero que tenga capacidad para tomar decisiones que no son tan agradables, que pueda digerirlas en un futuro, que se acostumbre a lo que viene. No es fácil seguirle el juego a nuestra familia y, por el momento, no podemos salir de

aquí. Es algo complicado que he entendido con el pasar de los años, y sé que necesito aprender más para ser independiente.

Es hora de bajar. Debo estar impecable y mostrarme con una postura perfecta.

Las infancias eran tan distintas unas de otras.

Tanto había cambiado desde entonces...

capítulo 67

Quebrantado



Presente

Las lágrimas no paraban de bajar por mis mejillas. Sentía un puñal en el estómago y en el corazón. La furia se mezclaba con la tristeza y con la desesperación como si fueran químicos, y creaban explosiones dentro de mí.

¿Por qué la había dejado? ¿Por qué tenía que irme justo en ese momento? Me daba cuenta de que el universo me mantenía en constante jaque. Todo se hacía peor y peor. La agonía era intensa y siempre habría otra situación que dificultaría las cosas.

—Sonnet, puedes retirarte si lo deseas —avisó. Tricia estaba sorprendida por lo que acababa de escuchar.

—Estoy bien... —aclaré al limpiar mis lágrimas—. ¿Qué haremos con él?

—Prometo no hacer nada que tenga que ver con los desvaríos, jamás me meteré con ustedes... —Jerry lloraba—. ¡Lo prometo!

—¿Ah, sí? La verdad no creo que nos sirvas de mucho más. Tengo que decidir si matarte o no. —Tricia caminaba a su alrededor—. ¿Qué dices, Bucker?

—Aunque ellos sean escorias, tenemos que demostrar de qué estamos hechos —concluyó—. Desterrémoslo.

—¿Desterrarlo? —Ella levantó las cejas, interesada—. Muy buena idea... Con uno de alto nivel menos en el equipo, será pan comido.

—¿De qué hablan? —titubeó Jerry con muchos nervios.

—Si quieres salir vivo de aquí, te tengo un trato. Es uno

bondadoso, ¿lo quieras escuchar? —Tricia tomó el celular.

—Sí —suplicó, sin dudas.

—Muy bien. Este es el trato: te largarás de aquí, irás a Ciudad Evocativa y te quedarás ahí por siempre. —Hizo algunos movimientos con el celular y lo puso frente a Jerry —. Dejarás a tus tres hermanos aquí. Solos.

—¡No! —clamó entre llantos—. ¡A mis hermanos no, por favor!

—Seguro que estarán bien. De todos modos, si planeaban ser oníricos, tendrían una vida de mierda.

Tricia soltó una risa.

—Ellos ni siquiera saben que esto existe. ¡Los he protegido todo este tiempo! ¡Me he sacrificado para mantenerlos y darles una vida digna! Para darles un futuro... —Estaba desesperado—. ¡Por favor!

—Te creo. —Tricia caminaba en círculos—. Solo podrás enviarles dinero, pero si haces algo mal, ten por seguro que yo misma me ensuciaré las manos.

—Está bien... —Jerry se resignó—. Lo haré, me largaré de este lugar.

—Estaré pasando por tu casa seguido, Jerry. Además... ¿recuerdas que tus hermanos tienen un tutor de matemática? Jamás le vista la palma de la mano, ¿cierto? —Ella sonrió—. Adivina.

—Ustedes ganan... ustedes ganan... —Él lloró—. Déjenme ir ahora.

—Muy bien, entonces. —Tricia lo desató—. Supongo que esto es suficiente. Según entiendo, eres alguien de palabra. ¿No?

—Soy alguien de palabra —confirmó.

—Bucker te dejará en la estación del autobús. Tomarás el primero que vaya a Ciudad Evocativa y jamás regresarás. Les avisaré a todos que, si te ven por aquí, hagan algo que

no deseas —sentenció.

Estaba devastado. No podía pensar en otra cosa más que en Serina. Jamás había escuchado del lugar que ella había mencionado. Con solo oír el nombre, no me sentía seguro al respecto. No pude dirigir otra palabra a Jerry, quien estaba siendo opacado nuevamente por la bolsa de tela. Bucker le puso el cuchillo en el estómago, listo para hacer presión y acabarlo en cualquier segundo.

—Ha sido un placer hacer negocios contigo, Jerry. —Tricia se despidió—. Espero no verte jamás.

Jerry no dijo una palabra más. Lo vi salir de la habitación blanca. Casi no podía caminar e iba muy lento. Además, tenía la ligera, pero constante duda: ¿lo matarían?, ¿qué tan lejos podría llegar Tricia para marcar su territorio?

—Siento lo de tu novia... —Tricia se acercó a la mesa para poner el objeto metálico—. No soy quién para juzgar. No haré comentarios al respecto.

—Gracias, Tricia —hablé—. Disculpa.

Me fui hacia la habitación negra y cerré la puerta. Jael estaba en el sillón. El chico que lo cuidaba ya no se encontraba con él.

—¿Puedes salir? —cuestioné con una enorme pelota de sentimientos en la garganta.

—Lo siento. Casi no me puedo mover —negó y me mostró sus heridas.

Levanté la mesa del centro con los libros y los lancé hacia la pared. Salieron volando.

—¡Que te largues! —exclamé con todas mis fuerzas. Jael se asustó, tomó una postura defensiva y alarmada.

Se levantó como pudo y se fue. Además de estar solo de forma emocional, ahora no tenía a nadie cerca de manera física. Me lancé al sillón y empecé a llorar con todas mis fuerzas. Inhalaba y expulsaba el aire de inmediato. Estaba

desconsolado. No tenía manera de lidiar con mis sentimientos constantes de ahogo, de abandono, de desesperanza.

Todo por lo que había luchado en mi vida estaba derrumbado. No podía salvar a Serina ni a Lyra... y ahora también le estaba empezando a fallar a los desvaríos. No pude ayudar en la guerra, no pude terminar con Duke, no pude hacer nada útil.

De repente, sentí algo muy dentro de mi corazón. Una parte de mí finalmente se quebró: ya no me importaba nada que no pudiera controlar. Había aceptado el hecho de que no tenía influencia sobre los eventos que sucedían en el universo. No podía seguir jugando al héroe cuando sabía que había personas más poderosas, gente corrupta con la potestad para destruir a otros, para hacerlo con una sola palabra. No podría controlar el universo, pero sí podría manipular ciertas partículas diminutas que lo componían.

Tampoco podía hacer nada sobre mi pasado, sobre aquellos momentos de soledad, de depresión, de ansiedad. Pero debía aprender a sacarle lo positivo a la situación, a sacarle ventaja a la oscuridad que la vida me había brindado, para lo que me preparó. No sabía qué iba a suceder con el desfile, eso lo averiguaría después. Por el momento, la mejor opción sería cooperar lo más posible con Tricia y que su plan funcionara a la perfección con los insumos disponibles.

Sentía la cara caliente. Las lágrimas caían y tenía mucha sed. Sabía que la manera de acostumbrarme a la sangre era tomándola lo más que pudiese. Salí de la habitación.

Me dirigí a la sala blanca y me encontré a Tricia, quien hablaba con Jael. Ninguno hizo algún gesto a pesar de verme así de afectado.

—Quiero sangre —afirmé.

Tricia caminó con tranquilidad hacia la mesa y se dispuso a prepararla.

—¿Qué quieres mezclar con ella esta vez? —Me vio directo a los ojos.

—No me importa. —Me limpié la cara con el brazo—. Lo que sea.

Ella tomó la licuadora y puso los ingredientes. Después de batirlo, probó un sorbo. Me dio el vaso y se lamió los labios para limpiar el rastro de sangre. Su mirada era intensa y oscura

—Provecho —dijo.

Los modelos estaban pasando por tres transformaciones en simultáneo: física, emocional y otra a nivel personalidad.

¿Cuál de las tres sería peor?

¿Acaso habría un camino de regreso?

capítulo 68

Diente por diente



Tomé el batido lo más rápido que pude. Dejé que la sangre pasara por mi garganta sin saborearla. Al terminar, quedó un sabor característico, pero no fue tan desagradable como lo esperé. Luego de eso, me tomé un vaso de agua.

—Veo que estás más emocionado ahora. —Tricia limpió los utensilios—. Tenemos que seguir planeando tu transformación.

—¿Qué más se necesita? —consulté de forma directa. Me sentía apurado—. Dime.

—Dientes —aclaró ella—. Tenemos que quitarte los colmillos y ponerte unos nuevos y más grandes.

—Está bien.

Me tragué pensamientos junto a mi objeción.

—Claro que no lo haremos nosotros. Ninguno es experto en ortodoncia. Tendremos que secuestrar a un dentista profesional —aclaró Tricia. Jael ya se había retirado hacia la habitación negra.

—Vamos, entonces.

Tenía un nudo en la garganta. Uno que no se calmaría... No lo había tranquilizado la sangre y no se reduciría con nada que me empezara a dar paz.

—Iremos solos. Tú y yo —me dijo.

—Una vez que el dentista nos ayude, será libre —ordené —. Nada de asesinarlo o torturarlo.

—Me parece un trato justo —concluyó ella—. Vamos.

❁ ❁ ❁

Horas después, salimos de la mansión. Cerré el portón detrás de nosotros y caminamos por la calle hacia la camioneta.

—¿En dónde se encuentra el dentista? —cuestioné al subirme al auto.

—A cinco minutos hay uno en una plaza comercial— respondió.

—¿Cómo lo convenceremos? —pregunté intrigado.

—Hará lo que le pidamos. Es mi dentista personal. Tengo una cita y me acompañarás —explicó Tricia mientras conducía.

En cierto modo era libre, pero estaba atrapado. No por Tricia ni por el desfile. Estaba cautivo en mis interiores, en una cárcel de constante inseguridad, de miedo, de odio.

Recorrimos las calles hasta llegar al sitio. Ya era media mañana. Estaba cansado, no había logrado dormir nada. La gente ni siquiera nos veía, éramos personas normales y, según ellos, nada fuera de lo común estaba sucediendo.

Una vez en la consulta del dentista, él saludó a Tricia.

—¡Buenos días! Llegas justo a tiempo —dijo mientras abría la puerta, la cual estaba cerrada con llave.

—¿Desde cuándo con llave? —consultó Tricia entre risas.

—Desde que el desgraciado de Duke Cornet, el secuestrador de las noticias, me robó... —reveló. Nuestras caras de sorpresa no pudieron ser disimuladas—. Fue una experiencia horrenda.

—¿Qué le robó? —Me metí a la conversación.

—Anestesia. Quién sabe qué tanto estará sufriendo esa pobre chica... —dijo, decepcionado.

—Carajo —reaccionó Tricia—. Duke es un serio peligro para todos.

—En fin… pasen.

El hombre nos invitó a la sala de trabajo. Entramos, no era un lugar muy grande. Había un escritorio, una silla para el paciente y otras dos para los acompañantes.

—Puedes sentarte ya, Tricia. Tu amigo podrá esperar aquí, si quiere —sugirió él.

—La verdad, hemos venido por algo más —explicó ella—. Necesitamos ayuda con algo.

—¿En qué los puedo ayudar? —preguntó él, serio.

—Necesito que le pongas a mi amigo colmillos nuevos. —Ella sacó una bolsa con los enormes objetos—. Estos, para ser específicos.

Él se quedó quieto, callado. Arrugó la cara.

—¿Por qué quiere unos colmillos tan grandes? No estoy seguro de que pueda hacerlo...

—Son los que le gustan a él. ¿Podría ayudarnos con esto? Le pagaremos el triple —insistió Tricia.

—No estoy autorizado para hacer ese tipo de cirugías. Aunque quisiera, tendría una alta probabilidad de fallar. Eso se necesita hacer con tiempo, incluso meses de preparación —aclaró el dentista.

Tricia sacó su revólver sin dudarlo y lo apuntó:

—Necesito que nos ayudes, ahora. Pon tu celular en la mesa y empecemos el trabajo —ordenó.

Él estaba sudando. Se lo veía quieto, sorprendido, incómodo.

—¿Por qué hacen esto? ¿Por qué tú, Tricia? Te he ayudado incontables veces, desde que eras una joven de la calle… —habló con mucho dolor.

—Silencio. —Ella apuntó a su cara—. Por favor, necesitamos su ayuda. No volverá a saber de mí luego de esto, lo prometo. No hay necesidad de violencia. Planeábamos secuestrarlo, pero puede hacer todo aquí,

donde tiene los instrumentos.

Caminé y puse el letrero de «cerrado» en la puerta. Apagué la luz de la entrada.

—Tricia... jamás pensé que fueras este tipo de persona —concluyó.

—Nadie sabe de lo que es capaz de hacer otro hasta que tiene la oportunidad de ver su verdadera naturaleza. En mi caso, no la he mostrado ni creo que lo haga.

Tricia se mostraba seria y en ningún momento bajó el arma. Él puso el celular en la mesa.

—Estoy listo —avisé, sin importar que el dentista siguiera en estado de shock.

—Siéntate en la silla de pacientes, Sonnet —pidió Tricia —. Doctor, vamos a trabajar ahora. ¿Sí?

Él se levantó del escritorio. Tricia se sentó en una de las sillas, sin dejar de apuntar al dentista.

—Si le hace algo, no dudaré en disparar —sentenció ella y revisó su celular.

—Bien —asintió el doctor y se puso los guantes azules y una mascarilla en su cara.

Me recosté en la camilla, la cual se empezó a mover hacia atrás. Él acercó una lámpara encima de mi cabeza y la encendió. Me encandilé por unos segundos. Tricia caminó hacia el doctor y de su bolso sacó unos pañuelos negros.

Ató mis brazos a la camilla; no le di importancia. Supuse que, como siempre, ella sabía lo que hacía.

—Intenta soltarte —comandó. Me moví, y se rio un poco —. No. En serio, como si quisieras escapar.

Me moví lo más agresivo que pude, pero no me logré liberar de las ataduras. Sentí una chispa de miedo que fue apagada, pronto, por mi indiferencia. De cierta manera, estaba cómodo...

Aunque quisiera cambiar la situación, no podía hacerlo.

Las cosas se encontraban bajo el control de Tricia.

—Abre la boca —pidió el dentista.

Era cierto. La oscuridad podía ser muchas veces tu aliada, pero ¿hasta qué punto era saludable? ¿Hasta qué punto era bondadosa? ¿Alguna vez era beneficiosa?

capítulo 69

Nervios de punta



Abrí la boca. Él observó mis dientes unos segundos. Se alejó y la cerré.

—¿Entonces? —consultó Tricia.

—Voy a tener que sacarle los colmillos —explicó él—. No tengo anestesia…

—Adelante. No podemos atrasar esto —insistí, desafiante.

Tricia entrecerró los ojos y pensó. El dentista se acercó. No dijo nada, era obvio que me iba a doler muchísimo lo que fuera que me hiciera. Tomó un bisturí, o algo parecido, y se empezó a acercar a mi boca. Cerré los ojos al perder el contacto visual con el instrumento.

De inmediato, sentí que la punta metálica empezaba a hacer presión en mi encía. Un escalofrío me recorrió el cuerpo con fiereza. Me agarré de los apoyos de la camilla a los que estaba atado.

—¿Cuál es el procedimiento? —preguntó Tricia; nada cambió en su voz, a pesar de ver la acción.

—Tengo que abrir espacio en la encía, alrededor de los colmillos. Luego debo hacer ajustes en el resto de la encía para poder mover los dientes y así quepan los nuevos colmillos —explicó.

Metió y activó un succionador en mi boca para ir sustrayendo la saliva y la sangre. Sentía que hacía varias cortaduras entre mis dientes y la encía. Además, usaba otros instrumentos metálicos para crear espacio e ir moviendo los dientes.

Estaba sintiendo el peor sufrimiento. Al mover un poco

mis dientes hacia los lados, podía sentirlos hasta mi cráneo. Gritaba muy fuerte y, de vez en cuando, de forma involuntaria, cerraba la boca y chocaba con las manos del dentista tras retorcer por el dolor.

Cuando me movía los dientes, él tenía que regresar y arreglarlos, causando el mismo asqueroso dolor. Las lágrimas caían junto con las gotas de sangre y de saliva a los lados de mi boca.

Él tomó mi colmillo derecho, y lo empezó a mover, lento, pero de manera muy fuerte para aflojarlo. No pude aguantar el dolor del diente chocando con las partes de mi encía inflamada. Me intenté levantar, pero no pude soltarme de la silla. El dentista se alejó.

—No te muevas, no hables y no cierres la boca o tendré que reiniciar el proceso —advirtió.

Tenía la boca abierta. No quería cerrarla por el dolor que sentiría a causa de los dientes flojos que tenía en la parte superior. La mandíbula estaba muy sensible y las lágrimas seguían saliendo. Estaba en la peor pesadilla de mi vida, el haber tomado sangre había sido mil veces mejor que esta tortura.

—Solo necesita quitar los colmillos, poner los nuevos y todo terminará —confirmó Tricia—. Aguanta un poco más.

—Recuéstate de nuevo —ordenó el dentista.

No podía hablar. Seguía con la boca abierta y sentía mucho dolor. Tenía jaqueca y un gran malestar en el cuello y en la nuca. Me acosté. Me concentré en ver la luz, esperaba que como me cegaba la vista, mermara el dolor; pero no fue así.

El odontólogo movió el colmillo con fuerza y yo empecé a intentar patearlo. Tricia me agarró las piernas y la golpeé, pero las tomó de nuevo y se sentó en ellas. No me dejaba moverlas de ninguna manera.

—No puedo hacer una endodoncia —explicó el dentista—. Es el hecho de envenenar el nervio, para que muera, y él no sienta dolor.

—No importa, no tenemos tiempo, sáqueselo —ordenó Tricia.

El dentista movió el diente de forma agresiva. Logró sacarme el colmillo y, cuando lo hizo, sentí un jalón, desde la encía hasta las puntas de mis pies, que me hizo soltar el alarido más terrible de mi vida. Abrí los ojos al seguir sintiendo el dolor punzante y, lo que vi, aceleró mi corazón.

Tenía entre sus dedos el colmillo, pero unido a él estaba un hilo de carne rosa. ¡Tenía el nervio pegado! Sentía todo alrededor de él y lo sentía por el cuerpo entero, incluso hasta la más mínima brisa de aire…

Me moví demasiado y el dentista jaló un poco más hasta que lo arrancó. Yo seguía sintiendo mucho dolor, pero ya no apreciaba el nervio.

Él lo puso en una bandeja.

—No cierres la boca —ordenó.

Me quedé con la boca abierta. Había más y más sangre que caía hacia mi garganta. Sangre que empecé a tragar mientras estaba en la agonía del dolor. El dentista, de inmediato, empezó con el segundo colmillo.

—¡Detente! —grité lleno de sufrimiento.

—Sigue —pidió Tricia—. Sonnet, debes sufrir un poco más. Pronto terminará.

Él empezó a aflojar el otro colmillo de la misma manera que había hecho con el primero. Lo sacó y el nervio también salió con él, pero lo jaló rápidamente para que no me doliera por más tiempo. Sentía el dolor en toda mi cara, en mis ojos y en mis oídos.

Gemí y lloré por el dolor. Odiaba al dentista que estaba haciendo el procedimiento. Ya no tenía colmillos y podía

palpar los dos agujeros carnosos y vacíos en la boca.

—Ahora tengo que mover los demás para que quepan los nuevos colmillos —explicó—. Tengo que poner un poco de encía falsa para poder atornillarlos.

Empezó a moverme más mis dientes todavía más. Los moldeaba a la perfección para que hubiera espacio suficiente.

Empecé a quedar inconsciente por el sufrimiento, sin embargo, no quería irme por completo. Me mantuve despierto al sostenerme de la camilla.

El doctor tomó una especie de taladro para hacer un poco más de espacio en el orificio en el que pondría la encía de plástico. La pegó y empezó a chorrear agua, por lo que tuvo que usar un soplete para secar todo.

Tricia le dio uno de los colmillos de vampiro, el cual ya tenía un tornillo para ajustarlo a la encía falsa. El odontólogo se acercó y lo empezó a encajar en su sitio. Lo movió un poco; fue como tener un nuevo diente. Se sentía firme, aunque de inmediato me molestó en la lengua, ya que era enorme.

Hizo lo mismo con el segundo colmillo. Después, procedió a colocar una especie de cable metálico, junto con una goma que parecía arcilla. Era para que los dientes se quedaran estables y se ajustaran a los cambios, pues, por el momento estaban flojos.

—Empuja con la lengua tus dientes —pidió él.

Lo hice y, aunque sintiera muchísimo dolor, no se movían. El ajuste había funcionado.

—Ya puedes cerrar la boca —dijo Tricia con una sonrisa—. Mira.

Tomó un espejo y me lo puso en frente. Estaba casi irreconocible de cuando me había visto la última vez en un reflejo, en mi habitación, en mi casa, antes de que esto

sucediera. Ahora me encontraba despeinado y descuidado. Tenía los ojos hinchados y rojos por llorar. Había sangre seca en mi cara, la cual se veía sucia y asquerosa. Mi boca, aunque la cerrara, mostraba mis colmillos y una parte de ellos quedaba fuera.

De inmediato, vi esa mirada de odio penetrante que me dominaba. El Sonnet de antes se estaba borrando poco a poco. ¿Podía haber cambiado tanto y en tan poco tiempo?

—¿Qué tal? —preguntó Tricia.

El dentista no volteó a vernos. Estaba muy decepcionado de su creación, de la atrocidad que había hecho.

No dije nada; no podía hablar y mi garganta sabía a sangre. Hice un gesto para que Tricia me liberara de la silla. Ella me soltó de las telas negras y yo levanté mi pulgar en referencia a que estaba bien.

—A partir de ahora, tendrá que hacer gárgaras cada seis horas, por tres días. Agua con sal será suficiente para que no se infecte —explicó el hombre.

—Bien —dijo Tricia—. No dirá nada sobre esto, a nadie, porque, aunque lo haga y me metan a la cárcel, los desvaríos somos muchos. Le diré a mis compañeros que tengan los ojos puestos en usted.

—No diré nada —aseguró—. Lo prometo.

—Yo... jamás le di las gracias por la ayuda que me brindó. —Tricia era honesta—. Siento mucho que tuviéramos que recurrir a esto. Mi promesa la cumpliré. No volverá a saber de mí.

El dentista asintió en silencio.

—Gracias —continuó Tricia—. Vamos, Sonnet.

Al igual que Sonnet estaba en el punto más importante de su transformación, la mía también llegaría a su clímax.

capítulo 70

Ojo por ojo



El sonido de la puerta del sótano me despierta. Al parecer, la supuesta guerra ha acabado. Se encienden las luces y Julie baja las escaleras. Tiene algunas heridas y está consternada. Se sienta en el sillón para curar sus lesiones con telas blancas, alcohol y agua oxigenada.

—Julie —la llamo.

—¿Qué pasa? —Esta vez no me habla en un tono tan agresivo.

—Necesito ir al excusado —pido.

—Está bien... —Se acerca a mí y me desata—. Vamos.

Camina junto a mí y me ayuda a subir las escaleras, aunque por tantos golpes casi ni puedo movilizarme. Me lleva al oscuro cuarto donde está la ducha y cierro la puerta. Ella espera afuera mientras hago mis necesidades y, cuando salgo, me ofrece una bolsa de frituras.

Con su ayuda, vuelvo a bajar.

—Siéntate —pide.

Obedezco y me acomodo en la silla, pero por alguna razón no me ata. Como las frituras mientras siento que la sangre fluye por mis órganos, los cuales han sido atrapados por tanto tiempo. Ella se acomoda, está sentada frente a mí.

—No sé qué pensar... —ríe—. La verdad, no lo sé...

—Sé que no quieres seguir haciendo esto —digo—. Sé que eres una buena persona, Julie.

Ella ve hacia el suelo y encuentra la muñeca de trapo. La levanta y la observa con delicadeza. Recorre con sus dedos los ojos de botón y la boca cosida.

—Había olvidado que tenía esto. —Una pequeña sonrisa se arquea en su cara—. Hace muchos años, en primaria, fui compañera de una chica que estaba un poco loca. En realidad, no sabía que ella estaba trastornada.

»Le seguía el juego con sus supuestos amigos imaginarios, con sus alucinaciones. Recuerdo que fui su única amiga en la escuela.

»Un día, ella se acercó. Me dijo que yo era su mejor amiga y que me quería dar un regalo para que siempre la recordara. Dijo que había sido su regalo favorito y que por eso quería que yo lo tuviera por siempre. Meses más tarde, algunos de mis amigos me metieron ideas en la cabeza, la señalaron de loca y me obligaron a alejarme de ella. Yo... por presión social, accedí y empecé a molestarla. Había rumores de que le estaba haciendo cosas malas a sus allegados.

»Ella había sido fiel y buena amiga, pero yo le di la espalda y la juzgué. Me había mostrado los sentimientos más puros y yo la traicioné por querer ser «popular» entre mis otros amigos... Si soy honesta, me da algo de pena recordar esto, ¿sabes? Ella y yo podríamos seguir siendo amigas. Tenía un potencial como jamás lo he visto en

alguien...

»Ese mismo año, me cambié de escuela debido a algunos problemas que no vienen al caso. Jamás la volví a ver.

—Siento escuchar eso —digo, pensativa. Tengo que intentar convencerla de dejarme ir... Esta vez podría ser diferente a las otras porque está vulnerable.

—Deja esas estupideces —comenta—. Sabes que no escaparás. No necesitas tratar de mentirme para que me «ablande».

—Por favor, Julie... —suplico.

La puerta se abre y Duke baja con su guitarra, está sudando.

—Ya vine —anuncia.

Julie se levanta y se va sin pronunciar palabra alguna.

—¿Por qué mierda estás desatada? —cuestiona, agitado.

—Julie me dejó ir al baño —confieso. Él me arrebata la comida de las manos y empieza a comer mis frituras.

—Bueno, sabes... —toma un mordisco—. Iba a coserte la boca hoy, pero tienes razón, es complicado que comas luego de eso.

—No tienes que hacerlo. Con maquillarme, quedará más que perfecto —adulo e intento guiarlo hacia un camino menos doloroso.

—Pero te tengo una sorpresa. ¡Encontré esto! —Saca un enorme botón de color café oscuro.

—¿Qué es eso? —cuestiono con temor.

—Tu nuevo ojo —concluye, orgulloso—. Claro, no te voy a sacar el ojo... eso es muy complicado. Te lo voy a pegar encima

—¡¿Qué?! —El terror me invade.

—Tengo esto. Es el pegamento de mejor calidad del mundo. ¿Ves? Tu lágrima no se ha caído aún —argumenta con hipérboles—. Vamos, ¡no hay tiempo que perder!

—¡No me someteré a esto! —exclamo al levantarme.

Él deja de sonreír y me ve a los ojos. Está callado y serio.

—Está bien. Trata de escapar, a ver si sobrevives. —Me quedo en silencio—. ¿No? Bien. Entonces siéntate. Ya sabes el trato que hicimos con Jerry.

—Ya no vale ese estúpido trato. Acepté para sobrevivir y tu amigo no está aquí cerca, que yo sepa —refuto—. No hay trato.

—¿No hay trato? —cuestiona entre risas—. ¿Entonces te podré hacer lo que quiera?

—No. Haremos un nuevo trato, uno nuestro —ordeno.

—Escucho.

Él se sienta frente a mí, interesado. Yo hago lo mismo.

—Ayudaré con este proceso para el Desfile Macabro, pero obtendré la mitad de las ganancias —aviso.

—Está bien —concluye sin pensarlo—. Trato hecho.

—Además, ya no me harás sufrir —remarco. Necesito tener su confianza lo más pronto posible. Debo someterme a esta pantomima para poder escapar en algún momento.

—Si me ayudas a hacerlo, no te dolerá tanto —insiste—. Voy a poner el pegamento ya.

Me empieza a atar de nuevo y yo respiro muy rápido. Tengo miedo. No quiero perder mi vista, me niego a que me quite un ojo.

—Te dejo elegir cuál ojo será. Dime en dónde quieres el botón —pide al acercarse.

Cierro cada uno para descubrir con cuál veo peor.

—Derecho —respondo.

—Derecho será. —Camina hacia la bolsa plástica y de ahí saca el mismo pegamento tóxico que me ha quemado la mejilla. Es obvio que si ese pegamento me toca el ojo, quedaré ciega por siempre.

—Ten mucho cuidado con lo que haces —aviso con terror.

—Sí. —Él calcula—. Primero, cierra el ojo lo más fuerte que puedas.

Cierro el ojo y él saca un pincel. Lo llena de pegamento y embarra mi párpado, el cual está cerrado con mucha fuerza. Ninguna parte del material ha entrado, pero el párpado de arriba se ha pegado con el de debajo de forma casi instantánea. Intento abrirlo, pero no puedo. Me asusto y me arrepiento al instante.

—Aquí va el botón —dice él—. ¿Lista?

—No... detente —pido.

Él no me hace caso y llena el botón con un montón de pegamento. Lo pone y lo sujeta con fuerza hasta que el pegamento se solidifica.

—¡Que me sueltes! ¡Aléjate! —exclamo con todas mis fuerzas.

—¡Cállate de una vez! —grita él—. Mierda... así no me gusta. Déjame ver si lo puedo arreglar.

Toma el botón y lo empieza a mover. Con él, se mueve mi párpado. Lo jala tan fuerte que me rompe la piel. El pegamento comienza a entrar en mi ojo y me quema.

—¡Para ya! ¡Por favor! —chillo con desesperación.

—Un poco más... —Él jala con toda su fuerza en un jalón directo. La piel del párpado se estira con mucha resistencia.

—¡Por favor! ¡Por favor! —grito entre llantos. Eso ocasiona que se humedezca mi ojo y el botón, por lo que el párpado se mueva todavía más.

Jala aún más fuerte y me desgarra la piel. Quedo estupefacta al verle la mano.

Duke sujeta el botón y, pegado a él, está mi párpado superior. Es un trozo de carne rosada que gotea con sangre. Intento parpadear, pero no puedo. No puedo dejar de ver.

Duke retrocede con el trozo de carne aún en la mano. Está aterrorizado... Sabe que lo que acaba de hacer podría incluso matarme.

Grito con ferocidad. Estoy desgarrada

—¡Alguien ayúdeme!

Julie baja por las escaleras y ve la escena. Abre los ojos muy asustada, no lo puede creer.

—Duke... —dice con la mirada perdida—. No puedo más... simplemente no puedo.

Sube las escaleras y deja la puerta abierta. Escucho que el auto se encienda y se va.

—Mierda... —concluye él. Agarra botón y lo lanza al suelo, el cual suena de manera viscosa al caer.

Después de un momento, lo levanta y lo limpia con su camisa. Vuelve a caminar hacia mí tras poner más pegamento en el botón. Me lo pega sobre el ojo. Siento que me quema de manera total. Es evidente que jamás volveré a ver con el ojo derecho. El sufrimiento es tanto que convulsiono.

Duke toma cloroformo y me desmaya para que deje de gritar.

¿Por qué?

capítulo 71

Oportunidades



Hace cuatro meses

Estoy con Dereck en su habitación.

—¿Estás enojado todavía? —consulto. Nos encontramos en su cama.

—Eh, silencio. Estoy investigando todavía sobre la hipnosis... —revela. Me quita el brazo con el cual lo intenté abrazar.

—Qué malo eres... —Me volteo y me acomodo la peluca—. ¿No quieres hacer algo esta noche?

—Espera un momento. ¿Sí?

Lo noto serio, sigue con su estúpida investigación.

—¿Para qué quieres seguir con ese tema? No sirve para nada —opino. No soy supersticiosa.

—¿Para qué? Pues, es algo poderoso, todo esto... —explica —. No me juzgues, por tu culpa hemos pasado por mucho. El del casco ese nos amenazó de muerte hace solo un mes.

—Sí, pero podemos intentar algo nuevo hoy. —Le toco la pierna y trato de convencerlo.

—Para ya, por favor —exige. Él se levanta y se sienta en el escritorio.

—¿Qué mierda te pasa? ¿Ya no quieres sexo conmigo? — Me paro.

—No tengo con ganas en este momento. ¿Puedes respetar? —responde, enojado.

—¿Me estás engañando? ¿Ahora te gustan los penes? ¿Qué es? —reclamo.

—Te falta tanto por entender de este mundo... —Suspira

—. Lo que digas. Dame media hora y vemos si hoy salimos.

—Como sea. Me voy a dormir. Me despiertas cuando decidas qué hacer.

Me acuesto.

—Adelante.

Él permanece en silencio después de aquello. Me fijo que está viendo imágenes extravagantes mientras investiga técnicas de hipnosis.

❁ ❁ ❁

Después de tomar una pequeña siesta, él me despierta. Siento sus tiernas y cálidas manos en mi brazo.

—Ahora sí... ¿qué quieres hacer? —pregunta, atento. No puedo entender por qué él tiene tanto cariño en su corazón. Me pone muy feliz tenerlo en la palma de mi mano.

—¿Quieres ser mi modelo? —consulto, juguetona.

Él detiene su sonrisa y ve hacia un lado.

—Hemos tenido esta conversación cientos de veces. Si soy honesto, estoy cansado de lo mismo.

Toma un respiro.

—No podemos conseguir a nadie y ya lo intentamos mucho. ¡Quiero tener ese dinero en mis manos! —exclamo.

—Sé que quieres el dinero, pero no seré nuestro modelo —reafirma.

—Alistémonos y vayamos a un bar diferente. ¿Te parece ir al oeste de la ciudad? —pregunto, atenta—. Es un lugar más abierto y solitario.

—Está bien. Vamos —concluye.

Conducimos por las calles de la ciudad, pero esta vez algo se siente diferente, pacífico tranquilo, callado.

—Puede que hoy sí funcione —comento al romper el silencio—. Hoy es nuestra noche.

—Sí —corrobora sin volverme a ver—. Espero que esta

noche tengamos suerte.

Pasamos por un hermoso puente que tiene una de las arquitecturas más finas y elegantes que existen en la ciudad. Me quedo pensando un momento sobre nosotros. Él está molesto, eso es evidente, pero no es tan grave. Luego de un rato, siempre termina accediendo a lo que yo diga.

—¿Plan? —pregunta.

—¿El mismo de siempre está bien? —sugiero. Él suspira.

—No. Ya me cansé. Hay que pegarle a quien sea hasta que se duerma. Luego lo arrastraremos. —Él habla algo apagado y cansado—. No hay mucha complejidad en eso.

—Perfecto. —Sonrío—. Vamos.

Aparcamos y salimos del auto. El bar Simbiosis es de los más hermosos de toda la ciudad, es mi favorito. Tiene luces azules y un enorme martini en el frente, en la esquina del edificio. Está rodeado por parte del Bosque Aletrejo.

El club nocturno está lleno de gente. Es un lugar de alta calidad y la entrada es cara. La pagamos e ingresamos. Nadie dice nada a pesar de que lleve mi barra metálica en las manos.

Camino junto a Dereck para analizar a las personas. Él compra unas bebidas y me ofrece una.

Me acerco a un muchacho para bailar con él. Lo beso, lo toco, hago que se interese en mí. Él tiene una camisa a botones, la cual, poco a poco, voy desabrochando. Tiene un gran tatuaje de un diablo negro, es hermoso y se ve de alta calidad. Lo acaricio mientras seguimos bailando.

Dereck me ve y luego aparta la mirada con una expresión que no sé descifrar. Lo ignoro y llevo al chico algo lejos de la fiesta. Salimos del club y lo beso con intensidad aún con la barra de metal en las manos.

Estamos apoyados contra la pared y le pego en la cabeza con la barra, en la frente.

—¡Maldita perra! —exclama con mucho odio. Intenta batallar, pero lo golpeo otra vez.

—¡Cállate! ¡Harás que nos descubran! —grito frente a él. El olor de su densa colonia se mezcla con el de la sangre.

Él cae al piso mientras lo sigo golpeando.

—¡Piedad! ¡Por favor, no me hagas esto! ¡Te lo imploro! —suplica y desgarra su voz en alaridos.

Veo que su cara se deforma a cada golpe, pero no quiero parar. ¡No puedo detenerme hasta que haga silencio! No me arriesgaré a que nos descubran...

En algunos segundos, deja de hacer ruido. Estoy agitada y algo emocionada. Dereck sale de la fiesta por la misma puerta alejada. Está muy oscuro, y se acerca a ver. Tomo al muchacho del brazo y lo empiezo a arrastrar.

—Mira, al fin. —Sonrío, la sangre corre por mi ropa.

—Dios mío... ¿qué has hecho...? —Dereck se tapa la cara.

—¡Lo tenemos! Ayúdame a moverlo, al fin tenemos un modelo —festejo y sigo arrastrando.

—Suficiente, Aryl... he tenido suficiente —dice.

Lo observo. Una lágrima cae por su mejilla. Él camina frente a mí, a paso rápido. Corro detrás de él, pero debo quitarme los zapatos altos para seguirlo. Siento la fría calle congelar los dedos de mis pies.

—¡Espera! —lamento a gritos.

Llegamos al puente. Hay postes de luz a los alrededores, es un lugar precioso... pero estoy quebrada por dentro al igual que Dereck.

—¿Qué quieres? —pregunta, seco.

—Por favor... quédate conmigo... ¡Por favor! —suplico mientras lloro.

—Hemos hecho esto una y otra vez. No funcionó en el pasado, no funciona ahora, jamás lo hará. Tenemos que superarnos y seguir con nuestras vidas... nuestras vidas

verdaderas —dice. Mi corazón está siendo triturado por sus palabras.

—Todas estas noches... nosotros... ¡no puedes dejar esto! ¡No puedes lanzarme a la basura! —exclamo. Siento las lágrimas más pesadas de lo usual. Me limpio la cara; hay rastros del maquillaje de ojos y de labial en mis manos mezclados con la sangre del muchacho. Mi existencia se ve cada vez más distorsionada.

—¡Esto no tiene futuro! —grita—. ¡Piensa un momento! ¡Vamos a terminar muertos a este paso! ¡Si no es por el del casco negro, será a manos de otra «víctima» o de la policía!

—Yo... ¡Yo seré tu modelo! ¡Lo prometo! —suplico y caigo de rodillas—. Te lo prometo...

Él regresa y camina hacia mí. Se detiene y se pone en cuclillas.

—Jamás digas eso. Yo nunca te usaría como modelo... A diferencia de ti, yo sí me preocupo por quienes amo —mientras habla, su voz se quiebra.

Él se reincorpora. Hay un minuto de silencio. Pronto escucho que sus pasos se alejan. Siento que el frío domina mis piernas. Mi quijada tiembla al igual que mis brazos y mis párpados. No puedo dejar de llorar, sus palabras me lastiman más de lo que cualquier insulto me hubiera podido dañar.

El silencio continúa. Escucho que el viento mueve las hojas de los árboles cercanos y el agua de debajo del puente. La soledad, la estúpida soledad que siempre me ha acechado, empieza a hacer ruido en mi cabeza otra vez.

—Dereck... —Levanto la mirada y lo observo caminar cada vez más lejos de mí. Mi vista se ve nublada por las lágrimas.

No hay respuesta alguna de su parte.

—¡Dereck! ¡Por favor! —chillo con todas mis fuerzas.

—No... ¡No hay manera de que regrese! ¡Y deja de llamarme así! —grita, directo.

Abro la boca ante tales palabras. No puedo creer lo que dice. Está tirando por la borda nuestro esfuerzo, nuestra existencia...

No comprendo lo que ocurre. Mi corazón sangra, está abierto, partido en trozos... Me encuentro completamente sola en el mundo. Estoy perdiendo mi identidad, mi ser, no puedo creer que él me deje aquí, ante el frío y la oscuridad de la noche.

Acaso... ¿es esto todo lo que soy? ¿Es tiempo de dejarlo atrás?

No.

Si la soledad es lo único que me queda, la tomaré, le daré una gran y cálida bienvenida, y seremos las mejores amigas...

Me retuerzo ante mi dolor. Mis sentimientos arden y mi mente está empezando a derretirse por el sufrimiento, por el resentimiento, por la culpabilidad. La falta de perfección me parte en delgados trozos sangrantes, la carencia de algo, la falta de aquello profundo que me pudre por dentro.

Escucho que Dereck enciende el auto y se marcha. Lo veo alejarse, mientras sigo tirada en el suelo, como un perro. Sigo llorando hasta que empiezo a escuchar gritos detrás de mí. La gente ha encontrado al muchacho: el tiempo corre.

Recojo mis cosas, me levanto a duras penas y empiezo a correr por el gélido cemento. Ya no me importa nada. Dejo que las lágrimas salgan, dejo que me limpien el alma. Respiro. El aire congela mi interior y apaga las llamas que se han desarrollado, las que me han quemado por dentro desde hace tiempo...

Me meto en el bosque y escucho las sirenas de los autos

de policía. Al parecer, tendré que atravesarlo para lograr llegar a casa. Estoy indefensa, pero no me importa. El coraje me gana y me encamino a través de la enorme arboleda.

Perder a un ser amado por egoísmo. Perder a grandes amigos por un capricho. Perder a tu familia por un corazón herido...
¿todo eso valdría la pena?

capítulo 72

Frío



Hace cuatro meses

Empieza a llover. Estoy empapada. Las puntas de mis dedos y de mis manos están tan frías que se han tornado de color casi morado. Mis labios están iguales, los siento partirse lentamente. El bosque es demasiado denso y me cuesta ver hacia el lugar al que voy.

Sigo avanzando. Tropiezo y me abro heridas en mis piernas con las filosas ramas que se me incrustan, pero el frío me ha dormido los nervios y no me duelen como debería. Parece que floto, es como si danzara al son de una canción de muerte.

Mi quijada tiembla sin parar y tengo miedo, tengo miedo por primera vez en la vida. Siento taquicardia en el corazón y estoy desesperada por encontrar claridad, por dejar de sentirme así. El vacío que me consume se ha exteriorizado y el peso de la realidad es insoportable. Aunque nada me esté persiguiendo, me siento observada.

Hay algo oculto ahí, en las sombras. De eso estoy segura. Siento los párpados helados y el frío hace que mis ojos duelan.

Sé que ha sido una mala decisión adentrarme al bosque, pero no hay otra opción más que seguir avanzando. Tengo que encontrar la carretera principal, una vez que la tome, podré llegar a mi casa sin problemas. La lluvia se detiene y la luna alumbra un poco entre las ramas de los enormes árboles.

Camino por los charcos de agua para lavarme los pies

llenos de sangre hasta que, lo que veo, me congela el corazón. Es una imagen escalofriante. En una parte, la reflexión del agua tiene una mirada que me atraviesa por completo. Su cara manchada, esa mirada irreconocible a causa de las transformaciones por las que ha pasado: es la payasita. La payasita que vi en el club nocturno en la reunión de los concursantes del Desfile Macabro.

Ella me observa, quieta. Tiene un traje blanco y su maquillaje se está lavando por los restos de las gotas de lluvia que bajan por su desordenado cabello.

El agua acaricia su lúgubre cara. Pasa por su frente, por sus cejas y cosquillea las heridas de sus mejillas. Entra en ellas y sale teñida de rojo a causa de la sangre.

Ella no sonríe, no muestra expresión alguna. Soy capaz de notar que, al igual que yo, está vagando por las profundidades del bosque.

—¿Quién diablos eres? —consulto con miedo.

Ella me observa, pero no responde.

—¿Estás perdida? Podemos encontrar la manera de salir de aquí, juntas —sugiero en un intento por convencerla.

—Estoy bien aquí.

Levanta la mirada, hacia la luna, y noto que sus pupilas son multicolores. Decido no perder el tiempo con ella, es demasiado extraña.

Me alejo; no tengo energía para seguir interactuando con algo que tenga que ver con el estúpido Desfile Macabro. No quiero saber de aquello que no me deja seguir avanzando, de aquello que me prometió tanto y no cumplió nada…

—Como quieras —respondo. Camino despacio, pero los músculos de mis piernas empiezan a fallar.

—Pronto morirás. —Ella se fija en mí—. Y no seré yo quien termine contigo, puede que sea el bosque.

—Adiós, psicópata.

Me voy de la escena. Ella me observa hasta que me pierdo en la densa arboleda. Sigo en busca del camino, en busca de algún indicio que me diga que llegaré hasta la anhelada calle, hasta el punto de salvación, sin embargo, me sigo sintiendo observada...

Y no es por la payasita.

Me siento confundida. El corazón se me acelera, pero se baja mi pulso por el frío. Siento los pies calentísimos; la sensación de la ropa empapada no lo mejora. Los chorros de agua caen y escucho la lluvia o un río, no sé exactamente qué es.

Logro llegar al lago del Bosque Aletrejo. Es hermoso. La arena de los alrededores es suave, aunque helada. Siento que la arena rodea mis pies mientras camino. Si he llegado hasta aquí, significa que he avanzado mucho.

Es un espacio abierto. En una zona se han hecho fogatas junto a un gran tronco. No puedo sentarme a lamentarme, aunque tenga todas las ganas y las razones del universo para hacerlo... No, no puedo hacerlo en un momento tan crítico como este.

Me sigo sintiendo observada a pesar de estar en movimiento. Veo a los alrededores y solo puedo escuchar mi respiración agitada, el latido de mi corazón y, a lo lejos, el agua que fluyendo. El terror intenta tener control sobre mí. ¡No puedo perder mis agallas!

—¡Muéstrate ahora! —exclamo a la nada. No puedo ver quién se esconde en el bosque o si ni siquiera está en la dirección a la que voy.

Levanto una roca del suelo y la lanzo hacia la arboleda tras empezar a correr hacia la dirección contraria. Siento un bajonazo en mi espíritu al escuchar que algo se mueve en algún punto cercano: alguien está ahí, es un hecho. Escucho que las ramas del suelo se quiebran conforme

avanza y se acerca aún más.

Grito con todas mis fuerzas. Le lanzo mis zapatos y la barra metálica. Intento correr lo más rápido posible hacia la carretera, no está tan lejos, ¡sé que podré llegar a tiempo!

Veo que los coches pasan y las intermitencias de las luces entre los troncos de los árboles. Corro y corro mientras siento que el ente se acerca más.

Pero logro salir a la calle y me detengo justo frente a un vehículo, el cual hace un freno en seco para evitar atropellarme. Clamo por ayuda y el conductor acepta que entre en el auto. Le ruego que empiece a manejar de inmediato, que es una situación de emergencia. Modifico la historia a una menos violenta y sospechosa.

—Mi novio me dejó... Estábamos en una fogata, en el lago y me ha botado porque le dio un ataque de celos... —Finjo tristeza—. Ha sido horrible.

—Lo siento mucho. ¿En dónde te puedo dejar? —pregunta de manera considerada.

Le doy la dirección para llegar a mi vecindario. Una vez ahí, me bajo y camino hacia mi hogar.

Entro a casa, sin que nadie se entere de lo sucedido, y tomo una ducha. Me acuesto, estoy abatida. Abrazo mi almohada y lloro mientras pienso en lo que ha sucedido esta noche. Lloro por las enormes heridas en mi corazón, en mi cuerpo, en mi alma.

La mirada penetrante de aquella payasita no se irá de mi cabeza con facilidad.

Corazones rotos, planes arruinados, amistades quebrantadas, familias separadas...

El Desfile Macabro afectaba de todas las maneras posibles a cada involucrado.

capítulo 73

Talento investigativo



Presente

Me encontraba en la oficina. Debía alistar las cosas para salir en busca de sospechosos. La situación había sido un desorden desde que las bandas decidieron hacer alboroto, pero el problema ya estaba bajo control.

Intenté hacer **hackear** unas cuentas bancarias. Tenía que averiguar la manera en la que habían logrado que desapareciera la que se utilizó para el depósito de dinero. Encontrar esa información sería clave. Lograr entender su tecnología y su manera de operar era el reto más grande.

De repente, escuché una conmoción en la entrada de la estación. Me levanté para observar y ver de cerca a que se debía tanto desorden.

—¡Por favor! ¡Necesito hablar con el agente Steiner Carsten! O con Robert Gammel, el jefe de la policía. Es urgente, ¡necesito hacerlo de inmediato! —exclamó una chica de cabello castaño, ojos verdes y pecas en la cara.

Estaba vestida como una agente. Tenía su placa y ropa negra. Pero... ¿quién era ella? Estaba agitada y luchaba por entrar al lugar, pero los oficiales no la dejaban. Ella enseñaba su identificación con detalles amarillos: era de Ciudad Evocativa.

—Deténganse —ordené de inmediato.

—¡Agente Steiner! —llamó al verme.

—Pueden retirarse. —Me acerqué a ella—. ¿Quién eres?

—Mi nombre es Aisha Apathy. Soy una de las agentes especiales de Ciudad Evocativa. Maxwell Hendrick me ha

mandado porque tengo información urgente. Puede que nadie me crea, pero tengo información de vital importancia para los casos de los secuestros —explicó y me mostró su placa.

—Ven de inmediato. —La guie hacia mi oficina—. Habla.

—Después de la desaparición de Chrystel Thundering, supe que tenía que tomar cartas en el asunto. He estado con este caso desde hace varios días. En Ciudad Evocativa. tenemos el Centro de Formación de la Policía, en donde mi asistente, Travis Dall, me ha ayudado a detectar patrones de **hackeo** que nadie ha visto en las llamas telefónicas de esta ciudad. ¡Es un patrón secreto!

Hablaba tan rápido que le faltaba el aire.

—Patrón secreto... ¿me estás diciendo que **hackeaste** la telefonía de una ciudad a la que no tienen acceso? —mofé.

—¡Agente Steiner! ¡Necesito que coopere conmigo y que alguien me crea! Estos momentos son críticos para el caso. —Movía sus manos, agitada—. Sé que una desvaría llamada Tricia Blanks, poseedora de uno de los rangos más altos en la banda, acaba de expulsar a un onírico luego de la guerra. Lo ha mandado a Ciudad Evocativa —resumió—. Esto lo sé porque se hizo un **hackeo** desde esa localización, y no se hizo con cuidado... Es casi como si lo hubieran hecho mal a propósito, y mandaron señales hacia las estaciones de policía.

—Imposible...

Sin embargo, las cosas empezaban a tomar sentido.

—¡Tengo un plan! —exclamó al interrumpir mis pensamientos—. Un dentista declaró que Tricia Blanks, junto a un muchacho reportado como Sonnet Bleus, le exigieron una cirugía extraña.

—¿Sonnet? —pregunté. ¿Cómo era que esta chica tenía

tanta información? ¿Qué más sabía? ¿Era acaso alguien de fiar?

—Eso no es todo. Sé que un desvarío llamado Bucker Bucket se ha quedado en Ciudad Evocativa, pero en este momento viene de camino hacia la localización en la que se encuentran Sonnet y Tricia. Necesitamos entregarle esto para que se lo dé a Sonnet.

Ella tenía un par de lágrimas en los ojos. La notaba trastornada, agitada y desesperada. De sus cosas, sacó un collar que tenía un abalorio en forma de pluma plateada. El inicio de la pluma traía una hermosa pelotita negra

—Esto es una cámara. Necesitamos que Sonnet se ponga esto y que nunca se lo quite. Debe tenerlo puesto para que, a la hora de la captura de Tricia y de sus colaboradores, él sea declarado inocente con pruebas contundentes.

—Tenemos que formular bien este plan. No tengo suficientes pruebas de si lo que me dices es cierto. Necesito llamar a Maxwell para confirmar los datos.

Tomé mi celular con dudas. Tenía que establecer contacto con él, aunque el pasado nos separara: este era el momento.

—Él no sabe que estoy aquí. —Aisha me vio con una expresión irreconocible.

La observé. Estaba involucrada en el caso de una manera muy profunda, tanto como para no avisar a su superior de lo que hacía. Estaba rompiendo las reglas... ¿por qué se interesaba en salvar a los involucrados? ¿Por qué arriesgar su carrera?

—Aisha Apathy... —pronuncié y bajé el celular—. ¿Por qué vienes aquí y ahora con todo esto?

—Pude retener toda esta información hasta tener las pruebas y confirmar mis sospechas. Agente Steiner, sé que usted una vez fue joven, sé de sus hazañas, sé del caso del

Asesino Astral, la manera en la que lo resolvieron, y todo lo que tuvieron que hacer para lograrlo. Sé que dudaron de ustedes, pero esta vez pido confianza. Aunque sea una desconocida, aunque sea joven, esto es todo lo que tengo para salvar a las personas inocentes. ¡Sé que aún hay una oportunidad para la justicia! —insistió—. Necesitamos irnos en este momento. ¡Necesito darle el collar a Bucker!

—¿A Bucker? ¿Cómo sabes que le dará el collar a Sonnet? —cuestioné al salir de la estación con ella.

—¡Alto! —exclamó Robert, atento, desde el edificio—. ¿Quién es ella, Steiner?

—No tenemos tiempo para explicar. Necesitamos irnos ya —aclaré. Tenía que confiar, sería la primera vez que haría algo así, pero la confianza era clave en esto. ¿Cuántas veces no confié en Vincent? ¿Y en Maxwell? ¿Y en...?

Robert siguió detrás de nosotros.

—Me acaban de llamar tus superiores —indicó, directo—. No tienes permiso a tener acceso a este caso. Piden que regreses de inmediato o tendrás serias consecuencias.

—Por favor... —suspiró ella a punto de entrar al auto—. Solo pido esta oportunidad.

—Estoy harto de las malditas reglas —reclamé—. Ella me acompañará. Y, si alguien tiene que pagar los platos rotos, seré yo. Vamos, Aisha.

—¡Se arrepentirán de esto! —exclamó Robert.

Entramos al auto y nos dirigimos de inmediato al lugar que ella señaló. En el vehículo note que Aisha tenía un audífono por el cual una voz le hablaba.

—Travis. ¿En cuál estación se baja el siguiente autobús? Es el único que salía en este horario, ¿cierto? —preguntó tras poner el audífono en altavoz.

—Así es. Te he mandado la ubicación al celular. Ten cuidado, Aisha —le respondió un joven.

Pronto llegamos a la estación. Ella llevaba un maletín en el que estaba su computadora.

—¿Qué le dirás? —cuestioné. Aisha se quitó el chaleco para verse más informal y dejó su placa en el vehículo.

—Tengo un plan... He tenido que improvisar, pero espero que funcione. —Se preparó—. El bus llegará en dos minutos. Vamos.

Salimos del auto y ella me pidió que me quedara detrás de un árbol para ocultarme y escuchar la conversación. Pronto, ella se sentó a esperar que llegara el muchacho mencionado. Efectivamente, luego de unos minutos, descendió un joven cuando llegó el autobús. Sin embargo, vestía con un gorro rojo. ¿Un onírico?

Cuando estaba a punto de avisarle a Aisha que ese no era un desvarío, ella se movió con más rapidez que yo.

Aisha se acercó a Bucker. Ambos eran jóvenes... Pero ¿cómo una chica de esa edad podía tener un puesto tan importante?

—Disculpa... —lo llamó.

—¿Sí? —cuestionó él, volteándose.

—Mira... Sé que no puedo hacer nada contra los desvaríos. Ustedes son muy poderosos, pero necesito pedir un gran favor —comentó, atenta.

—¿Qué favor? —preguntó Bucker, interesado, al levantar las cejas.

—Necesito que le des este collar a Sonnet —pidió y sostuvo el precioso collar con la pluma plateada.

—¿Qué? ¿Quién es Sonnet? ¿De qué hablas? —cuestionó, confundido.

—Sé que Sonnet está con ustedes —afirmó—. Lo vi en la guerra... —Actuó sentimentalismo—. Yo... yo soy una de las mejores amigas de Serina, su novia. Ella me ha pedido que le dé este collar. Sabemos que no podemos hacer mucho, y

no pedimos contacto con él, pero, por favor..., dáselo. Significa mucho para ambas. Dile que se lo manda Aisha, con cariño, de parte de Serina.

—Ya veo. —Él se lo arrebató con desinterés y lo metió en un bolsillo de su pantalón—. Está bien. Le daré el collar.

—No sabes cuánto significa este detalle. Muchas gracias.

La joven lo vio a los ojos.

—No te preocupes. Se lo daré... Adiós.

Él empezó a caminar, lejos de la estación. Aisha caminó hacia el auto. Entró y me esperó. Entré unos minutos después para no levantar sospechas.

—Buen trabajo —concluí.

—Tenemos que seguir con el plan. —Se acomodó la cola de caballo—. Travis todavía está conectado a la línea de la ciudad. Él me avisará, al instante, si hay otra llamada encriptada y la tomaremos desde mi computadora. Podremos unirnos de manera anónima a la llamada.

De todos los bandos divididos, el de los detectives empezaría a tomar más fuerza.

Al parecer, harían lo que fuera para efectuar el «bien»... pero ¿qué era el bien después de todo?

capítulo 74

La recta final



Conducimos hasta un parque cercano. Al llegar, le empecé a hacer preguntas. Necesitaba saber.

—¿Qué estás haciendo aquí? Dime la verdad —demandé.

Ella estaba haciendo algo con su computadora portátil. Por lo que veía, estaba metida en la **deep web**… pero era algo diferente a lo que había visto. Estaba en un fragmento que era exclusivo para los agentes especiales. De alguna manera, ella sabía cómo infiltrarse en las bases de Ciudad Onírica y, de esa manera, junto al tal Travis, podían saber si habría una llamada encriptada.

—Estoy trabajando. Eso es lo que hago aquí, agente. —No separaba los ojos de la pantalla—. Necesito hacer esto rápido y necesito que pida refuerzos pronto, porque en caso de que se haga una llamada, necesitaremos todo el apoyo posible.

—Aisha, está entrando una llamada —habló Travis—. Tienes que interceptarla pronto o se acabará el tiempo de respuesta.

Su expresión cambió a una de terror.

—Es hora. —Casi no podía tragar por los nervios.

—¿Hora de qué…? —cuestioné.

Ella dirigió la llamada hacia la computadora. Estuvo cerca de veinte segundos ingresando claves, números y letras hasta que, por fin, lo logró.

Empezamos a escuchar de lo que hablaban las personas al otro lado.

—Sí, Theo. En este momento ya se sabe la locación, pero

no se les comunicará hasta el día del evento —habló una chica—. ¿Podrás tener a tu modelo viva hasta entonces?

—Claro que sí. Stephine ya está lista. Sí, estará viva un rato más —concluyó un hombre.

Aisha se acercó y cuchicheó a mi oído.

—Necesito que los distraigas... ya casi logro encontrar sus localizaciones. ¡Vamos!

Ella continuó investigando en su computadora mientras seguía las instrucciones de Travis. Tenía la boca seca y el corazón me latía con fuerza.

—Espera, Theo. Algo está mal aquí... —avisó la chica.

—¿Qué pasa, Alice? —cuestionó él.

—¿Hay alguien en tu casa que pueda escuchar por el teléfono? —preguntó, curiosa.

—Solo hay un teléfono en esta casa —respondió.

—Alice. Habla el agente especial Steiner —revelé, directo. Tenía que usar el elemento sorpresa. Nada más tenía que mantenerla en línea. Escuché su respiración, supe que se asustó al escucharme.

Hubo unos segundos de silencio. Aisha se me acercó de nuevo.

—Ya casi... —dijo con energía. La notaba muy concentrada.

—Agente especial Steiner —mofó Alice. Theo colgó—. Al fin podemos hablar. No sé cómo habrás logrado hacer esto ni me importa. El Desfile Macabro sucederá y nadie podrá detenerlo... No me importa qué tanto lo intentes, no podrás salvar a nadie. Aquí nadie necesita ser salvado.

—Veremos eso después, cuando te atrape.

Colgué al ver la señal que me hacía Aisha. Ya teníamos la ubicación lista en el mapa de la ciudad.

—¡La tenemos! —exclamó—. ¡Se encuentra en el Bosque Aletrejo!

De inmediato, tomé la radio para pedir refuerzos.

—Steiner, los refuerzos no están disponibles —dijo Robert tras oír mi petición—. Hay un nuevo conflicto entre los desvaríos y los oníricos en este momento —explicó, agitado —. Lo siento.

—¡No me hagas esto ahora! —grité, desesperado.

—Dime hacia dónde ir. Iré yo mismo, si es necesario el apoyo —concluyó, decidido—. Vamos.

—Bosque Aletrejo. Te mandaré la ubicación en este momento. ¡Nos vemos allí! —ordené.



El estúpido agente termina la llamada. Una luz roja se enciende en mi computadora... Es una luz de alarma, una peligrosa.

¡Saben mi ubicación!

—¡Hildur! —exclamo al levantarme. El eco se escucha en la casa vacía—. ¡Hildur!

—¿Sí, hermana? —Ella corre hacia mí.

—Prepara tus cosas. ¡Nos largamos, pero ya! —grito. Empiezo a sentir un sudor frío en todo el cuerpo.

Agarro mi celular y uso la línea prohibida. La línea secreta que jamás he marcado desde que inicié el proceso de asistir en algo tan complejo. Llamo al presidente del Desfile Macabro. El celular me hace esperar algunos segundos hasta que él contesta.

—Habla el presidente —dice, seco.

—¡Presidente! —grito—. ¡Descubrieron mi ubicación!

—Se iniciará el desfile de inmediato. Mandaré autos por los representantes. Es tu tarea llamarlos a todos. El transporte llegará en unos minutos. —Hace una pausa—.

En cuanto a ti, ve hacia la carretera principal, ahora —ordena y termina la llamada.

Hildur tiene su maleta lista; está descalza.

—¡Pero apúrate, por favor, Hildur! —insto.

—¡Ya voy! —busca lo que se llevará y lo acomoda con rapidez.

Empiezo a hacer las llamadas de inmediato mientras ella me ayuda a alistar mis cosas.

Tenemos que largarnos ya.

SONNET

Llegamos a la mansión. Mi boca sangraba muchísimo y me vi obligado a tener que tragar la sangre en el camino.

Bucker se encontró con nosotros durante nuestro regreso.

—¿Te deshiciste de Jerry? —preguntó Tricia al llegar a la mansión.

—Ya está en Ciudad Evocativa —confirmó él—. Sonnet, toma.

Me dio un hermosísimo collar que tenía una pluma finísima de plata. Se veía muy especial.

—¿Qué es esto? —cuestioné al recibirlo.

—Lo ha mandado Aisha, es de parte de Serina. Ella sabe que estás aquí, quiere que lo uses —explicó Bucker.

—¿Aisha…? —inquirí mientras sostenía el delicado collar.

«¿Una pluma?», pensé.

—¿Le dijiste a alguien que estabas aquí? —gruñó Tricia, pero una llamada entró a su celular y la interrumpió.

La observé, atento.

—Hola, Alice —contestó ella.

Su mirada desafiante y controladora cambió a la primera expresión de miedo que vi en ella. Eso causó un efecto de reflejo en mí y sentí terror.

—¿Qué pasa? —consulté tras ponerme el collar—. ¿Tricia?

—Esto es imposible... —murmuró ella y vio hacia el suelo —. Está bien.

Terminó la llamada y se quedó en silencio por unos segundos.

—Tenemos que alistar todo —avisó—. El desfile empezará pronto. ¡Vamos! —gritó.

—¿Qué? El Desfile Macabro no puede empezar ahora —murmuré.

Ella me empujó y entró corriendo a la mansión.

—¡Jael! —exclamó—. ¡Jael!

—¿Qué mierda pasa, Tricia? —preguntó Bucker al sostenerla por el brazo—. Detente un segundo.

—¡Suéltame! ¡Tienes que irte ya! —explicó con angustia —. ¡Vete de inmediato! ¡Llévate a Jael, ahora!

—Tricia... —Jael caminó hacia nosotros—. Está bien.

—Nos vendrán a recoger en unos minutos. Si no estamos listos, nos matarán. Y si ven que hubo testigos, también los asesinarán. ¡Muévanse!

Entendí que ella quería cuidarlos y por eso actuaba muy agitada.

Bucker y Jael se quedaron quietos y nos observaron. Yo no podía creer que todo esto estuviera sucediendo en serio.

—Supongo que esta es una despedida... —comentó Jael, cojeando por su herida.

—Bucker, Jael... —dijo Tricia de forma sentimental—. Los quiero mucho. Sean fieles por siempre... Espero volver a verlos.

—Te quiero, Tricia. —Bucker le dio un abrazo y luego me dio uno a mí.

—A ganar el desfile se ha dicho, nos vemos pronto. —Jael soltó una media sonrisa, llena de nostalgia.

—¡Corran, ya! —exclamó Tricia. Lanzó su celular al suelo

con todas sus fuerzas y lo quebró por completo.

Alisté mis cosas y, mientras lo hacía, Jael y Bucker se retiraron. El chico herido se apoyaba en su mejor amigo para poder caminar. De inmediato, me sorprendí. Sirenas de policía empezaron a sonar. Un frenazo de un auto retumbó.

—¡Tricia, Sonnet, corran! —gritó Jael desde afuera.

Salí de la mansión y vi que ellos habían puesto la camioneta para bloquear la calle hacia los policías, quienes ya se estaban bajando de las patrullas.

—¡Mierda! —me sorprendí.

—¡Vamos! —Tricia me jaló de la camisa y corrimos por la calle, dejando a Bucker y Jael forcejear contra los oficiales de la policía.

A medio camino, apareció un auto negro. De él se bajó un hombre vestido con un traje del mismo color, con lentes de sol, que empezó a disparar hacia la policía sin siquiera cubrirse.

—Sonnet Bleus, Tricia Blanks. Entren —ordenó sin pronunciar ninguna otra palabra.

Nos metimos de inmediato y él nos siguió. Condujo con velocidad mientras nosotros estábamos quietos, callados por el terror.

Viajábamos en un tipo de limosina pequeña, con una división entre los pasajeros y el conductor. Pronto, él nos lanzó una botella de color blanco, la cual explotó y nos empezó a asfixiar. Intenté abrir la puerta del auto y romper la ventana, pero todo se puso negro.



Lyra está dormida y, con el botón, se ve realmente tétrica.

Es justo lo que busco. Me siento para relajarme un poco y consumo una enorme línea de coca. Pronto, todo el peso que tengo en los hombros se hace más aguantable.

Un chorro de sangre sale instantáneamente de mi nariz y la cara se me pone muy caliente. Me arde, me restriego con el antebrazo. Suelto un suspiro y comienzo a acomodar las cosas cuando, de repente, me entra una llamada desconocida.

Es Alice.

—Hola —contesto. Escucho que su respiración agitada y que hojas secas de árboles son aplastadas. Al parecer, ella está corriendo.

—¡Duke! —grita—. El desfile empezará pronto. Te recogerán en unos minutos. ¡Alista todo, ya!

—¿Qué? —pregunto, estupefacto.

Ella cuelga.

Me quedo helado y me rasco la cabeza mientras veo hacia los alrededores. Es un hecho que si Alice está tan desesperada, se trata de un asunto real. Empiezo a meter lo que necesitaré en una bolsa blanca y miro a Lyra.

¡No está lista para el evento!

Necesito coserle la boca, pero sé que ahora no tendré tiempo. Meto el hilo y la aguja y. apenas hago eso, un auto frena.

¡Ya han llegado por nosotros!

—¡Ya voy! —exclamo.

Desato a Lyra y la levanto. La cargo por las escaleras con dificultad.

Cuando saldo del almacén, veo que hay un hombre calvo en un vehículo negro. Viste un traje formal y no le puedo ver los ojos porque está usando lentes oscuros.

—Duke Cornet. Lyra Coppens. —Nos ve—. Entren, ahora.

Lanzo la bolsa con los materiales y acomodo a Lyra en su

lugar. En cuanto le abrocho el cinturón de seguridad y me siento a su lado, el hombre arranca.

Con rapidez, él avienta un objeto que expulsa un gas y nos droga.



Estoy realmente confundida... no sé en dónde estoy. Intento ver a los alrededores y noto que me encuentro en un auto, no sé cuánto tiempo ha pasado...

Duke está junto a mí, pero veo que duerme. Me siento extraña ante la situación: es la primera vez que lo veo vulnerable. Golpeo la ventana del conductor, pero el vidrio es polarizado. Tampoco hay algo que pueda usar para escapar.

—¡Ayuda! —grito y golpeo las ventanas.

Pronto, el conductor lanza algo que produce gas. Intento despertar a Duke, pero no tengo resultado alguno. Aguanto la respiración por unos segundos, sin embargo, no es suficiente. Empiezo a perder el conocimiento con lentitud y, lo último que puedo hacer, es ver hacia el exterior...

Estamos en una calle muy ancha. Hay una enorme mansión, jamás he visto alguna así. Subo mi vista hacia el cielo mientras siento que el denso gas entra en mis pulmones. Lo último que puedo ver es el atardecer más hermoso de todos los que he presenciado. Es naranja pastel, calmado, pero intenso.

Nadie...

pudo...

escapar...

capítulo 75

Todo listo



Despierto y lleno de oxígeno mis pulmones de un gran jalón. Lo único que puedo ver es el color rojo y a Duke, quien está tocando las paredes del diminuto cuarto en el que nos encontramos. Hay algunos adornos dorados que cuelgan en la pared.

—Al fin despiertas —comenta, pero no se gira a verme, sigue en busca de una salida.

Me encuentro en el mismo lugar que él y esta vez no tengo nada que me detenga. Me lanzo encima de él y lo empiezo a golpear, pero Duke me devuelve el impacto y me lanza al suelo, lastimándome aún más.

—Cálmate. —Luce obstinado—. No sé cómo salir de aquí, ayúdame.

—¡No te voy a ayudar, jamás! —grito, furiosa—. Me hiciste cientos de atrocidades y me las pagarás. ¡Lo juro!

—Jura lo que quieras, pero no lograrás nada si no salimos

de aquí. Desperté hace como una hora y no sé en dónde nos encontramos.

Me fijo que toca los extraños y confusos adornos en un intento de salir de aquí.

—Estamos en una mansión… —aseguro al recordar lo que vi.

—¿En la mansión de quién? —cuestiona.

Pero no respondo porque se abre una puerta que estaba perfectamente camuflada entre las paredes. Un guardia vestido de traje ingresa con en la mano y nos apunta.

—¡Tranquilo! —grita Duke.

—Harán exactamente lo que les diga —ordena—. Vengan.

Caminamos hacia él. Me duele cada centímetro de mi cuerpo y tengo mucho miedo. Nada se siente bien. Es el lugar más tétrico en el que he estado en la vida, incluyendo los sótanos en los que estuve atrapada.

Entramos a un pasillo oscuro que, cada ciertos metros, tiene algunas luces blancas en el techo. El sentimiento más extraño de todos es que Duke está en la misma situación que yo. Él observa cada detalle y analiza lo que ocurre en silencio, un silencio punzante.

—Pasen —habla el guardia.

Ingresamos a otro pasillo más ancho que el anterior, en donde hay algún tipo de habitaciones. Puedo escuchar gritos que provienen de ellas, gritos horribles y sonidos tétricos que me recuerdan a la muerte de Quinn. Es como si estuvieran torturando personas, es imposible conceptualizar la idea de que un lugar como este exista. Sé, muy en el fondo, que si el infierno fuese real, sería algo así. De inmediato siento un veneno en el corazón. Me estoy desmayando, pero tengo que mantener la calma.

—Aquí está su habitación —avisa—. Pasen.

Abre la puerta. También es una sala roja, como la otra,

pero tiene una silla negra e instrumentos sobre una mesa metálica. Noto que se encuentra una bolsa blanca que le he visto a Duke y sus mismos materiales. Él me empuja para que entremos.

Hago fuerzas para evitarlo, intento todo lo que puedo. Mis gritos se unen al coro de clamores, de agonías incesantes que me rodean.

¡No es posible!

El hombre saca una inyección y me la clava en el cuello. Lanzo un último grito ahogado y me duermo a los pocos segundos.



Él la duerme y la pone en la silla.

—El desfile comienza en una hora —anuncia—. Tienes que estar listo. Si le haces daño a algún representante o modelo que no sea tuyo, la penalización es la muerte.

—Sí... —confirmo con nervios. Escucho que los demás lamentos y gritos desgarradores, poco a poco, van cesando.

Él cierra la puerta detrás de mí, y me quedo solo con Lyra y mis instrumentos. Es muy tarde para todo... Tengo que coserle la boca antes de que despierte. No tengo tiempo, por lo que tomo la bolsa. De todos modos, tampoco queda mucho por hacer.

Aunque me sienta inseguro, lo único que posible es continuar.

Saco el hilo y la aguja. Mi corazón late con prisa. Me hace falta una línea de cocaína; trago en seco. Ella está totalmente desmayada, lo que me facilita las cosas. La coloco bien en la silla y la ato.

Acomodo su cabeza y, antes que nada, le pongo

pegamento en los labios. No quiero que se le abran y que me arruine el trabajo. Luego, tomo la aguja y la lleno de vaselina para que pase más fácil.

Empiezo con la parte final de mi trabajo.

Intento perforarla, pero no es tan sencillo como parece. Jalo la piel del labio superior para que se estire, y empiezo a perforar la primera parte. Un escalofrío pasa por mi cuerpo al ver que la sangre comienza a salir. Sospecho que, por dentro, su boca se empezó a llenar de sangre también.

Siempre me ha parecido curiosa la enorme cantidad de sangre que puede salir al abrir una pequeña herida. Me doy cuenta de lo vulnerables que somos los humanos.

Estoy sudando. Perforo de nuevo el labio de abajo. Ya tengo la primera línea; tengo que seguir. Veo hacia mi derecha y me percato de que hay dos cubículos en ambos lados de las paredes. Parecen armarios o compartimentos, casi como confesonarios de una iglesia católica. Dejo a Lyra quieta por un momento y me adentro a investigar.

Está vacío. Hay una especie de cuadrado en la pared, que da hacia otra habitación. La toco, como si fuera una puerta, y escucho pasos de alguien que se acerca. La abre. Es un hombre gordo y descuidado. Un olor a sudor hediondo me patea la nariz. Tiene el cabello largo y sucio.

—¿Quién eres? —cuestiono. No puedo ver lo que hay en el resto de la habitación, pero tampoco pueden ver el mío.

—Me llamo Joel. ¿Tú? —pregunta. Su hedor es desagradable.

—Duke... —respondo.

—¿Qué le hiciste a tu modelo? ¿Cómo se llama? —consulta al rascarse la cara. Tiene cientos de espinillas a medio reventar.

—La hice una muñeca de trapo, se llama Lyra —explico—. ¿Tú?

—Eso es confidencial, estúpido. Así que no sabes las reglas del juego... hay que utilizar el elemento sorpresa. Pero ella se llama Chrystel, de Ciudad Evocativa. Es una modelo exquisita, deliciosa, preciosa... Y ha sido muy fácil, la verdad.

Se ahoga en su propia tos.

—Volveré a lo mío.

Me retiro, asqueado, y me encamino hacia el de la izquierda. Abro la ventanilla y empiezo a escuchar una discusión.

—Por favor... —escucho que una chica comienza a llorar —. Por favor, Zorika, no me hagas esto...

—No eres quién para pedir cosas. —La segunda responde entre burlas—. Ya casi terminamos, solo queda desfilar.

—¿Hola? —saludo.

—¿Quién está ahí? —interroga la mujer y camina hacia donde me encuentro.

—¿Quién eres? —pregunto al observarla.

—Zorika —contesta. Es una joven y me da una vibra... particular. No me ve a los ojos, pero me doy cuenta de que está vestida de negro y que tiene una flor roja en su vestido —. ¿Te gusta la fantasía?

Su pregunta me confunde.

—¿Fantasía? —inquiero.

—Esperaba otra respuesta —chasquea la lengua—. Ya verás lo que tengo.

Ella cierra la ventanilla y yo camino hacia Lyra. La sangre sigue bajando por su cuello y mancha su ropa. Continúo sin parar y coso siete puntos en total. Me alejo para observar mi creación terminada. Sonrío.

Me siento complacido al ver mi obra. Por fin estoy más completo, más íntegro. Una parte de mi identidad se ha sellado, al lograr algo que predije hacía meses, al tener un

logro personal que no le compete a nadie más que a mí, y, concluyo, que de vez en cuando una subida al ego no viene mal...

Respiro hondo, y me siento en el suelo a observarla con cuidado, de pies a cabeza. Su ropa sucia y desgarrada naturalmente le da un efecto hermoso y detallado. Me siento mirado por su ojo de botón, y su maquillaje de payasita no se ha borrado del todo. La lágrima le da un efecto perfecto y hermoso, delicado y atrevido. Las puntadas sangrantes le dan una pasión notoria.

Al fondo de la habitación hay una caja de oro y un cubículo de color rojo. Me acerco a la caja y la abro. Dentro, hay un traje formal para mí y un vestido de muñeca que es para Lyra y de la mejor calidad que hayan tocado mis manos.

El cubículo del fondo es una ducha sin puerta. Estoy deseoso por asear mi cuerpo luego de todo lo que ha pasado, aunque me detengo por un instante.

Odio que otras personas me vean desnudo... odio verme desnudo. Me desvisto detrás de Lyra, aunque ella esté inconsciente. Al quitarme los pantalones, observo las cicatrices que me han acompañado durante años.

Veo las cortadas en mis genitales, en mis piernas, en la parte baja de mi abdomen. Siempre que tomo una ducha paso por el mismo dilema. ¿Quiero ver las marcas físicas? ¿O cerrar los ojos y recordar el por qué me las hice?

Me meto a la ducha. El agua empieza a correr, es totalmente negra, tibia, y contrasta con el suelo y con paredes rojas. Limpio toda mi suciedad y me acomodo el cabello hacia atrás. Me seco con una toalla negra y la lanzo al suelo.

Nadie me ha visto, nadie lo hará.

Desperté de forma repentina en una habitación roja. Tricia estaba junto a mí, dormida. Me dolía mucho la boca, pero poco a poco se hacía más aguantable.

—¡Ayuda! —exclamé, aunque el silencio mortal era constante. No hubo respuesta—. Tricia, despierta —dije al moverla y ella abrió los ojos.

—¿En dónde estamos? —Se tocó la cabeza.

—No lo sé.

La ayudé a levantarse y una clase de compuerta se abrió. De allí, salió un hombre parecido al que nos recogió.

—Vengan —ordenó.

Tricia y yo lo seguimos por un pasillo negro. Tenía los ojos muy abiertos, por si veía algún indicio que me llevara hacia a Lyra. Pronto, entramos a otro pasillo y en ese lugar mis peores pesadillas se hicieron realidad. Los gritos que sonaban eran indescriptibles, me sentía ahogado.

—¡Lyra! —grité al escuchar los gritos de la gente—. ¡Lyra, estoy aquí!

El hombre me apuntó con su revólver.

—Calla. —La acercó a mi cabeza.

Hice silencio. Él abrió una puerta que llevaba a uno de los compartimentos, donde supuse que estarían todas las víctimas y sus respectivos secuestradores. Ambos entramos, era una habitación roja como la anterior, pero en esta había una silla, una caja hermosa con joyas externa y una ducha.

—El desfile comenzará en media hora. Estén listos para entonces. —Él cerró la puerta.

—Media hora... —repitió Tricia—. Bien.

—¿Hay alguien ahí? —preguntaron.

Escuché que hablaron desde uno de los cubículos. Caminé hacia él y, lo que vi, me congeló la sangre.

—¡Eres tú! —grité al verla...

Era la chica que me había hablado en la plaza comercial. ¡Era la de las pestañas celestes! Tenía el cabello teñido de azul: era ella. Sabía que era la que trabajó en la tienda con Lyra.

—Siento que te he visto en algún lugar —concluyó al verme a los ojos.

Me inspiraba una profunda desconfianza. Estaba por cerrar la ventanilla, pero decidí preguntarle:

—¿Has visto a Lyra? ¿Sabes de su paradero? —consulté con el corazón en la garganta.

—¿Lyra? ¿Eres amigo de Lyra? —dijo con una cara despectiva—. No. No la he visto desde que dejó de ir al trabajo en la tienda. Lo siento.

—Entiendo.

Estaba por alejarme, pero ella habló:

—Me llamo Daisy, por cierto, y... linda transformación. Me alegra que el destino nos uniera de nuevo; nos vemos.

Ella cerró la ventanilla.

—¿Quién era? —consultó Tricia.

—Una representante. Su nombre es Daisy... —comenté, pensativo.

Tricia caminó hacia el otro cubículo y abrió la ventanilla. Me acerqué para ver y descubrimos a un hombre vestido con un traje elegante.

—Bienvenidos al desfile. Jamás los vi en las reuniones —notó—. Mi nombre es Theo Morton.

—Theo —habló Tricia —, ¿sabes en dónde nos encontramos?

—No. Me tengo que ir, Stephine necesita sus toques finales... —comentó. En el fondo se escuchaba que una

chica gritaba desesperadamente.

El hombre cerró la ventanilla... la impotencia me carcomía.

En la silla estaba la bolsa negra en la que Tricia había alistado ciertas cosas. La cabeza me dolía y mi estómago empezó a sonar de hambre.

—Necesito comer —avisé débilmente.

—No hay nada de comer aquí. —Tricia se sentó en la silla —. No sé si nos vayan a dar algo; no tengo idea de cuál será la dinámica.

—Necesito comer algo. No me siento bien.

Sentí que estaba por vomitar, mi hambre se había intensificado de forma progresiva.

—Tendremos que esperar —insistió.

La observé. Sus piernas se veían delicadas y hermosas. Estaba densamente maquillada, como de costumbre, pero con más presencia y fuerza que nunca. El ver sus movimientos cuidadosos y premeditados, me abría a ciertos cuestionamientos en el corazón, en la mente, en el alma.

Ella caminó hacia el cofre. De ahí sacó un hermoso vestido púrpura, el cual se veía muy cómodo. Además, se encontraba la capa típica de un vampiro y un traje formal.

Ella observó la ducha, no tenía puerta. Respiró profundo.

—¿Te quieres duchar? —cuestionó con cierta incomodidad.

—¿Tú lo harás?

—La desnudez es algo con lo que he tenido que batallar en el pasado. Me siento asqueada al pensar que otros sienten poder al haberme visto así —confesó—. Pero si estás dispuesto a hacerlo, yo también. ¿Qué más da? Puede que no salgamos vivos de aquí.

Ella se desvistió con lentitud. Aparté mis ojos y observé a los alrededores. Escuché que la ducha se abrió y Tricia

soltó un grito.

—¿Qué pasó? —pregunté al voltearme. Me percate de que el agua era negra, tenía algún tipo de tinte.

Ella no tapó sus partes privadas y simplemente me vio de regreso.

Cuando terminó, salió de la ducha y tomó la toalla.

—Adelante —ordenó, estando aún cerca del lugar—. Te toca.

Sin refutar, me quité la camisa. No era la primera vez que ella me veía semidesnudo. Retiré mis pantalones, ambos teníamos marcas de la pelea contra la otra pandilla.

Me quedé sin ropa, y ella no se alejó de la ducha. Se secaba mientras me miraba. Me sentí incómodo y una erección se pronunció sin aviso alguno. Me volteé y dejé que solo viera la parte trasera de mi cuerpo.

Me bañé con rapidez y ella dejó el paño en su lugar, quedando totalmente expuesta. Logré controlar la erección y terminé de ducharme. Me volteé y la vi.

Una pequeña lágrima rodó por su mejilla. Se acercó y me dio un tranquilo abrazo, sin alguna connotación extra.

—Gracias por este momento, Sonnet. —Ella me seguía abrazando, su respiración era profunda—. Serina es afortunada. Ganemos esta mierda para que la veas de nuevo. Ven. Aquí está tu ropa.

Ella la sacó de la bolsa y me tendió un traje típico de vampiro, pero más oscuro y con mangas ajustables. Me lo puse. Ya casi era hora de que empezara el desfile: estaba decidido a salvar a Lyra.



Despierto. Un dolor me golpea directo en la cara. Veo todo borroso y tengo un sabor muy intenso a sangre en el paladar. Me fijo que Duke está vestido con un traje formal.

Intento hablar.

No sucede nada.

¡Intento gritar! Hago sonidos. Las lágrimas corren por mis mejillas, mientras siento el ácido de las lágrimas en el ojo que tiene el botón. Intento moverme, pero estoy atada a esta nueva silla. Mis ilusiones se van apagando cada vez más. ¡No entiendo! ¿Por qué no puedo hablar?

—Tranquila —dice Duke en tono compasivo—. No intentes nada, que lo arruinarás. Te he cosido la boca.

Sus palabras retumban en mi cabeza, una tras otra.

«Te he cosido la boca. Te he cosido la boca. Te he cosido la boca...».

Todo a mi alrededor da vueltas. No puedo enfocar la mirada, solo soy capaz de intentar luchar para seguir despierta. Noto que llevo puesta una ropa distinta. Duke

me ha desvestido para ponerme este estúpido traje..., pero luego de todas las agresiones que me ha proporcionado, siento que eso es lo de menos.

De pronto, el mismo hombre abre la puerta de nuevo.

—Ya es hora —avisa—. Muévanse.

Nos está apuntando con el arma de nuevo. Duke me desata y casi no puedo caminar. Él me carga y me lleva por los oscuros pasillos. No tengo ni la menor idea de en dónde me encuentro ni a dónde iré ahora.

—Vengan aquí —ordena el hombre y señala una especie de tubo en la que, supongo, nos meterá—. Arriba de aquí está la plataforma en donde se hará el desfile. Una vez que suban, tendrán que modelar ambos, el representante y el modelo. Luego tendrán que ir a la derecha, al final del pasillo. Ahí habrá unas marcas en donde tendrán que pararse y ver al resto de concursantes.

—Está bien —afirma Duke.

El hombre cierra la compuerta y nos quedamos en total oscuridad. Hay un profundo silencio presente en el diminuto espacio. Puedo percibir su respiración. Es lo único que puedo escuchar aparte del latido de mi corazón.

—Pronto todo terminará —dice él—. Gracias, Lyra, por haber soportado.

Escucho que mis lágrimas salpican contra el piso metálico. Estoy temblando del miedo. Empiezo a recordar los buenos momentos y recapacito sobre mi vida.

¿En serio era tan aburrida como pensaba? Tenía una familia unida, una casa, una cama en la cual dormir. Tenía a dos mejores amigos, los mejores que jamás hubiera podido desear... Sonnet y Serina.

Mi vida era hermosa, positiva, llena de luz... y la he desperdiciado. La maltraté, la hice menos de lo que en realidad era, y ahora el destino se encarga de darme una

gran lección. Una que no sé si terminará incluso con mi muerte.

Todo queda en el constante y fúnebre silencio. Respiro hondo y siento dolor en mis pulmones.

Me asusto cuando una voz comienza a hablar. Es el presentador del Desfile Macabro. Duke y yo lo escuchamos a través a unos parlantes que hay en el tubo en el que nos encontramos. Empieza a sonar una música indescriptible, una música moderna, movida y oscura.

—Bienvenidos a los representantes y los modelos. ¡Bienvenidos al Desfile Macabro! —comienza—. Es un honor ser el presentador, un año más, de este admirable concurso.

»Me informan que ya todos los participantes se encuentran en las cápsulas de la tarima. Se irán revelando en orden y tendrán que caminar hasta el final, siguiendo las indicaciones que cada guía les ha dado.

»El presidente del Desfile Macabro se encuentra en una caja de vidrio negro, al fondo del pasillo, para poder disfrutar todo lo que se presentará de primera mano. Él es quien decidirá quién gana el concurso y quién pierde. Recordamos que, cualquier agresión a otro participante, ya sea modelo o representante, será castigada severamente.

»Creo que eso es todo lo que necesitan saber. ¿Están listos? ¡Daremos inicio al Desfile Macabro!

Jamás estaría lista para que empezara el evento que me causó tanto sufrimiento.

Nadie lo estaría nunca...

capítulo 76

El desfile macabro



La música cambia.

—¡Empezamos con Duke Cornet y su modelo, Lyra Coppens! —grita mientras que la plataforma empieza a moverse.

Las luces me encandilan de inmediato. La pasarela está vacía. El enorme rectángulo de la tarima es de color negro y tiene cientos de garabatos rojos. Veo que hay dibujos, letras, de todo. Es muy perturbador y me resulta confuso junto al escándalo de los alrededores. Es un salón enorme y solo está el cubículo en el que el presidente del desfile se encuentra. Caminamos hasta el final y nos posicionamos en el lugar indicado. Mi corazón late al máximo y la música me aturde.

—¡Seguimos con Daisy Deprez y con su modelo, Samuel Hyggen! —exclama.

Un escalofrío me sacude mientras veo a quien pensé era

una amiga. La chica con la que trabajé algunos meses está concursando y es una representante. Ella tiene el cabello teñido de azul y su modelo es...

Un payaso. Un payaso sin ojos; en su lugar hay dos esferas transparentes. Él está ciego y ella lo guía. Las mejillas del muchacho están jaladas con prensas metálicas, simulando una terrible sonrisa tétrica y perpetua. Tiene mucho maquillaje blanco, zapatos coloridos y su cabello luce despeinado.

Daisy se posiciona junto a mí y le sonríe a Duke, quien suspira a mi oído.

—¿Quién lo hubiera esperado? —ironiza.

—¡Vamos con Zorika Cheznut y Amalea Ringo! —anuncia la voz.

Aparecen dos muchachas. La representante tiene aires extraños y es algo tímida, no levanta la vista del suelo. Su modelo, en cambio, parece tener cientos de cirugías plásticas y simula ser una elfa. Tiene las orejas puntiagudas, la nariz alargada, los ojos agrandados y de colores. Además, está vestida con plantas plásticas. La joven está llorando, y Zorika la lleva con una cadena, la cual está amarrada a su cuello.

—¡¿Amalea está aquí?! —Duke no controla su sorpresa—. ¿Cómo?

—¡Siguen Theo Morton y su modelo, Stephine Beirut!

Theo es un señor muy elegante, pero junto a él camina una chica transformada en diablilla. Tiene ojos verdes, rasgados, como si los hubieran modificado solo para la transformación. Todo su cuerpo ha sido tatuado con tinta roja y le han implantado dos cuernos color vino en su cabeza. Está completamente desnuda, solamente hay cruces de látex en sus senos y su vagina. Además, una cola rojiza sale de la parte baja de su espalda.

—¡Siguen Joel Prestigioz y Chrystel Thundering! —exclama el anunciador.

Joel es un hombre gordo, con cabello largo y barbudo; se ve muy descuidado. Camina junto a una chica... pero en cuanto la veo, involuntariamente intento empezar a gritar. Lloro con mucha desilusión y empatizo con el sufrimiento por el que ha tenido que pasar.

—Diablos... —dice Duke y aparta su mirada.

Le ha puesto un cuerno de unicornio en la cabeza, aparte de cortarle ambas manos y ponerle pezuñas en sus muñecas. Ella llora y grita, intenta escapar, pero él la agarra con fuerza y la regaña para que se comporte.

Un grupo de guardias se hace presente desde las sombras, tienen en sus manos una especie de rifle. Son aproximadamente cinco.

Ella los mira y se calma. Está vestida con un traje muy colorido, pero el color rosa es el predominante.

—¡Seguimos con Dorothy Ambush y su modelo, Ledalí Wanderlust! —avisa el presentador por los altoparlantes.

Al escuchar su nombre, se me clava una estaca en el corazón... ¡Es la persona con la que Quinn había estado hablando! Es la persona a la que Quinn me pidió dar su último mensaje...

Dorothy es una señora muy elegante, vestida muy similar a la manera en la que iba Theo. Han hecho sus transformaciones a juego, al parecer.

Ha transformado a Ledalí en un ángel. No tiene camisa y tiene un aro en la cabeza, algo parecido a lo que hubiera tenido Quinn... Es un chico rubio de unos diecisiete años. Tiene la mirada perdida y se ve muy pálido.

Dorothy le ordena darse la vuelta y lo que veo me disgusta de forma extrema. Tiene dos alas pegadas en su espalda. Alas hechas de animales reales... y han sido

implantadas a su espina. Él se ve muerto por dentro; no muestra ni una sola emoción.

—¡Continúan Brandon de Wilde y Vincent Sandstrup! —anuncia la voz.

Salen a escena un muchacho con un casco negro y, junto a él, un hombre que ha sido transformado en una especie de monstruo de Frankenstein. Tiene la piel algo verduzca y se ve que le han implantado en las sienes dos cubos de metal.

Vincent está adormecido, actúa muy extraño. Algo le ha hecho el chico del casco para que se vea así de real.

El muchacho camina junto a Vincent y, en la mitad del pasillo, se quita el casco. Sus facciones son perfectas, su belleza es casi antinatural. Tiene el cabello negro, la piel muy pálida, y sus ojos... un efecto extraño. Se ven casi de color naranja.

—¡Seguimos con Hildur Gilson con su modelo, Alice Gilson! —exclama por el parlante.

—¡¿Qué?! —Duke está perplejo. No puede creer lo que ha escuchado.

Salen a escena dos chicas. Una tiene la piel, el cabello blanco, y está descalza. Junto a ella camina una chica transformada en una especie de payasa tétrica. Con nariz metálica de color rosa, una sonrisa cortada, y ojos de diversos colores.

—Imposible... —Duke aún sigue en **shock**—. Esto es imposible.

Me da una jaqueca terrible ver la cara de Alice... es horripilante y sombría.

—¡Ahora vamos con Tricia Blanks y Sonnet Bleus!

El tiempo hace una pausa. Retumba en mi cabeza el segundo nombre. El mundo se detiene. Los trozos que quedan en mi corazón empiezan a hacerse añicos hasta

pulverizarse por completo. Sonnet está transformado en una especie de vampiro... Junto a él camina una chica gótica.

Él se tapa de la luz con su mano, la cual tiene una enorme herida en la palma. Intenta ver hacia el resto de los concursantes.

¡Quiero correr hacia él! Pero Duke me agarra del brazo.

—Cálmate. Si haces algo estúpido, nos matarán —menciona, nervioso.

Sonnet y Tricia caminan hasta el final.

—¡Y, finalmente, Robert Gammel y Marto! —anuncia.

Entra un hombre de unos sesenta años, pero antes de fijarme en su modelo, escucho un grito que interrumpe el desfile.

—¡Lyra! —vocifera Sonnet al verme a los ojos y empezar a correr hacia mí.

Intento librarme de Duke. Algunos modelos entran en pánico y comienzan a pelear contra sus representantes. Duke se lanza encima de Sonnet y Alice va por la tal Tricia. Veo las lágrimas de Sonnet hacerse presentes ante su impotencia. Duke le está pegando en la cara. Lo pateo con todas mis fuerzas para librarlo y ayudo a mi amigo a levantarse.

—Lyra... —Él se acerca a mí y sostiene mi mejilla de manera delicada— ¡¿Qué te han hecho?!

Veo el dolor que le causa verme así y me da un gran abrazo.

—Estoy aquí... ¡Y te tengo entre mis brazos, amiga! Siento mucho haber tardado tanto... ¡Hubiera deseado que nada de esto sucediera, pero no hay tiempo...!

Soy incapaz de decir algo, pero nuestros llantos se hacen uno solo.

La conmoción en el evento sigue creciendo. Entre todo el

desorden, empiezo a ver que los modelos y los representantes caen hacia el suelo, uno por uno, mientras intentan escapar de las temibles armas de los guardias de seguridad. Corro junto a Sonnet hacia la oscuridad y siento una pequeña molestia en el cuello.

Me toco; tengo un dardo clavado. Veo hacia Sonnet. Él sigue corriendo, pero sostiene mi mano mientras llora. Siento que su fuerza de agarre en mi cuerpo se desvanece. Él cae al suelo...

Todo se torna borroso de nuevo. Caigo junto a él.

—Lyra... —dice al verme. Intenta arrastrase hacia mí. Estamos en el frío suelo y sus ojos van perdiendo brillo de manera paulatina.

Intento levantarme, intento moverme con todas mis fuerzas, pero es imposible. Pierdo energía con cada segundo que pasa. Agarro la mano de Sonnet y la oscuridad del sueño me domina por completo.

...

epílogo

El velo cortado



Hace cuatro meses

Despierto después del día tan agitado que he tenido ayer. Me siento muy mal, tanto física como emocionalmente. Me veo al espejo... Me siento quebrada, incompleta.

Decido tirarme en la cama de nuevo. Veo que el viento mueve suavemente las cortinas blancas...

Recibo una llamada, es Dereck. Mi corazón se agita, pero no quiero contestarle; estoy enojada...

Pero al mismo tiempo, quiero hacerlo.

—Hola —contesto.

—Hola. Necesitamos hablar... Ven a mi casa, por favor —pide.

—¿En serio? —cuestiono—. ¿Me tratas como a un perro y luego me pides esto?

—Quiero... quiero hacer esto bien. No puedo quedarme así. Necesito que vengas para hacer algo juntos. Y trae los ácidos, por favor.

—¿Los ácidos? —Al parecer será algo interesante—. Está bien.

—Ven de inmediato. Ya alisté mi habitación, está todo listo —avisa.

—Ya voy —confirmo—. Estaré ahí en unos minutos.

Cuelgo. Estoy emocionada. Camino hacia mi cajita de ácidos y observo a mi bailarina... a pesar de que todo esté como una tormenta, ella siempre sonríe y baila.

Alisto los ácidos, un cambio de ropa, y salgo de casa. El

sol apenas está saliendo y las calles están teñidas del azul mañanero. El frío me abraza, me acompaña.

Llego a casa de Dereck. Entro en silencio hasta su habitación. Lo encuentro sentado en su cama en donde sostiene la computadora.

—Hola.

Se levanta y me da un beso en la frente.

—Hola... —digo al ver hacia abajo—. Sabes, no importa lo de ayer...

—Quiero hacer algo contigo —aclara al sentarse otra vez —. He perfeccionado mi hipnosis. Es más, mira.

Me enseña un hermoso tatuaje de un espiral negro que tiene en su cuello.

—¿Y eso? —pregunto. Le doy un beso en la zona—. No te lo había visto antes... Bueno, como sea, no creo en esas cosas, pero supongo que puedo intentarlo.

—Toma los ácidos conmigo —pide.

Tomamos los cartones y nos acostamos a esperar a que hagan efecto. Hacemos silencio por unos minutos mientras él me abraza. Me cubre con sus calientes toques de cariño, como siempre lo ha hecho, desde el inicio y hasta hoy. Siento su tenue respirar en mi nuca y me acaricia el cabello con suavidad.

—No sé cuándo será la próxima oportunidad para conseguir un modelo... —rompo el silencio.

—Justo de eso quería hablarte.

Se levanta y toma la computadora.

—¿Qué? —consulto.

—¿Ya te hicieron efecto? —pregunta en referencia al ácido. Sube el volumen de la música y la puedo «sentir».

—Sí —confirmo—. Ya han hecho efecto.

—Bien. —Él se inclina—. Siéntate y ponte cómoda.

Me besa y me pone almohadas en la espalda, además,

coloca otras para que pueda apoyar los brazos.

—¿Y eso? —me río—. ¿Desde cuándo eres tan caballeroso?

Él hace silencio mientras busca algo en la computadora.

—Mira, esto de la hipnosis es algo totalmente voluntario. No es como en las películas que te transformas en una especie de zombi y haces todo lo que te diga. Simplemente harás aquello con lo que estés de acuerdo, ¿sí? —anuncia.

—Sí. Bla, bla, bla. Hagámoslo —desafío.

Él pone su computadora frente a mí. Hay un video con un fondo blanco y negro. Es un espiral como el de su tatuaje, da vueltas sin parar.

—Mira hacia el centro —pide.

Chasquea en mi oído y me besa. Lo sigo besando, pero me sujeta la cabeza de manera gentil y me guía de nuevo para ver el video. Todo junto a los ácidos me causa un ligero mareo, pero me logro concentrar. Es como si viera directo a la pared.

Él chasquea de nuevo sus dedos en mi oído.

—Poco a poco, entras en un estado de relajación profunda... Te sientes más ligera, casi como una pluma —dice con suavidad.

—Sí... —sigo con el juego, pero me siento relajada.

—Te voy a hacer unas preguntas. Me responderás con la verdad absoluta. ¿Estás de acuerdo? —consulta.

—Acepto —afirmo.

—¿Sabes que te amo? —pregunta.

—Sí, claro que sé que me amas, Dereck —respondí al verlo a los ojos. Él toma mi cabeza y, con cariño, me indica que me concentre en la pantalla.

—Tú... ¿me amas? —Se acerca un poco más.

No respondo.

—Vas a responder con la verdad. Tú... ¿me amas? —

repite.

—Sí... Te quiero mucho —respondo.

Puedo escuchar su respiración cortada. Está a punto de llorar. Doblo la mirada y veo que las lágrimas caen por su cara.

—Mira la pantalla, por favor. No dejes de verla —ordena con la voz ahogada.

Por los efectos de los ácidos, veo de reojo como si sus lágrimas flotaran a mis alrededores. Me concentro en el espiral.

—Quiero pedirte perdón por haber sido insuficiente... —él habla conforme más lágrimas caen—. Pero estoy aquí para enmendarlo. Ahora, vas a responderme con la verdad. ¿Cuál es mi nombre?

Empiezo a respirar más rápido.

—Dereck —comento con una risilla; me confunde que me pregunte por su nombre.

—¿Cuál es mi nombre, Aryl? ¿Cuál es mi nombre? —interroga de manera seria—. Vas a recordar mi nombre ahora.

—Tu nombre es Dereck, lo juro —digo. Intento disimular mi incomodidad.

—¡Me vas a decir mi verdadero nombre en este momento! —exclama en llanto—. ¡Deja las mentiras!

Empiezo a llorar sin verle la cara. Sigo viendo hacia la pantalla, hacia los colores blanco y negro.

—Fre... Fredereck... —respondo entre llantos.

—¡Dímelo bien, Aryl! —grita.

—Tu nombre es Frederick... —pronuncio.

—Ahora me vas a decir tu nombre. Me dirás tu nombre y sin dudarlo... —dice al respirar de forma agitada.

—Mi nombre es... Aryl.

Es lo único que se me viene a la cabeza.

—Intenta con más ganas. Dime tu nombre verdadero. ¡Ahora! —exclama—. Por favor...

—Lyra... —contesto. Mi corazón se rompe de a poco.

—Lyra. Una vez terminada esta sesión de hipnotismo, olvidarás todo lo que ha sucedido. Olvidarás todos los secuestros, olvidarás todo lo que hicimos, lo que hemos investigado... Olvidarás que me pediste que fuera tu modelo y me odiarás. Vivirás una vida normal a partir de ahora.

»No me querrás cerca, jamás. No tendrás clara la razón, pero ya no querrás saber más de mí, ni entrarás de nuevo en la **deep web**. Esto es una orden y tienes que estar de acuerdo para que haga efecto. Esto... tiene que ser completamente voluntario, Lyra —pide. Su voz se escucha realmente lastimada.

—No quiero dejar ir todo esto... —admito. Me apego totalmente a mi pasado, a todo el esfuerzo que he hecho para entrar al desfile y así para ayudar a mis padres de forma económica.

—Si en verdad me quisiste alguna vez, si en verdad amas a tu familia, a tus amigos, a la vida... tú aceptarás esta hipnosis, Lyra.

Frederick me ve directo a los ojos.

—Yo... acepto —dejo salir las palabras sin meditación alguna...

Y algo sucede muy dentro de mí. Todas mis memorias chocan en mi mente y empiezo a olvidar. Intento apegarme a lo vivido con Frederick... a esas noches intensas durante las cacerías de modelos. Incluso las cicatrices de mi espalda y de mi brazo se borran psicológicamente.

Empiezo a convulsionar en la cama y todo se pone en blanco.

Mi mente está en blanco. No puedo ver nada... y

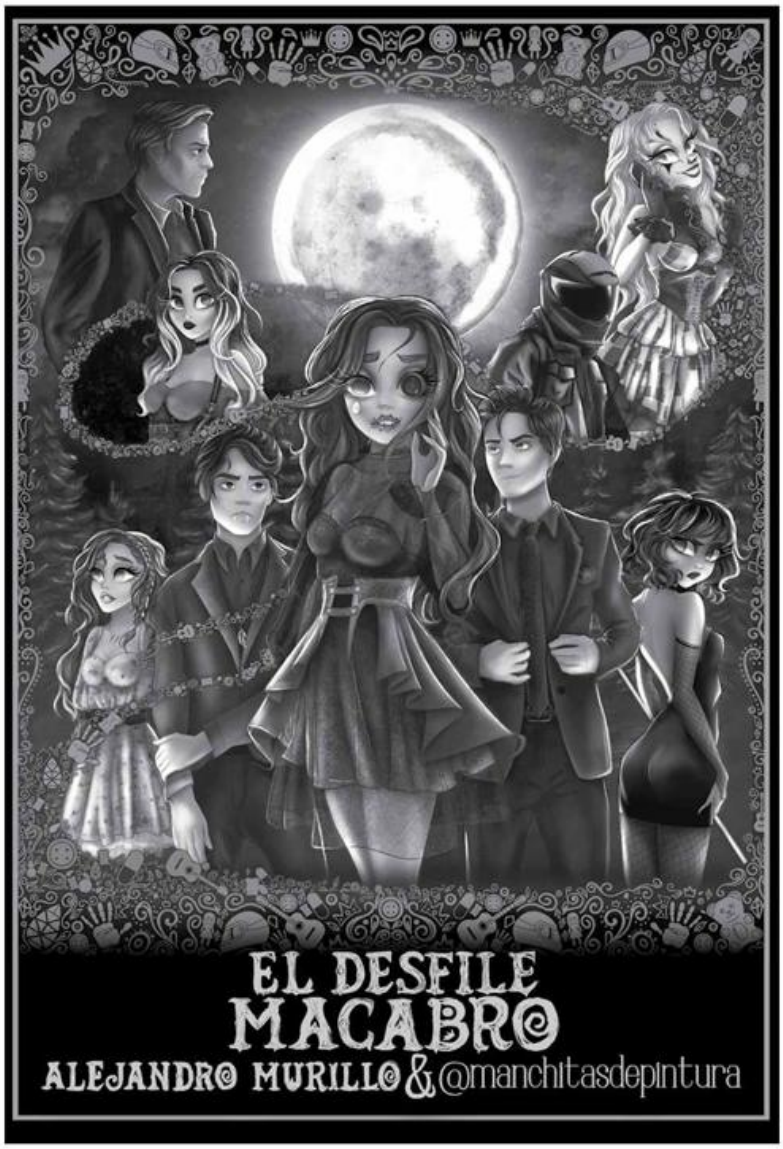
despierto.

❁ ❁ ❁

Estoy junto a Frederick, quien está durmiendo. Siento un enorme disgusto hacia él. Me siento muy enojada por lo que me ha hecho. Me largo de su casa y me voy a la mía... Estoy cansada y quiero dormir. Mañana tengo que ir a la universidad.

Yo... era... Aryl...

Continuará...


EL DESFILE
MACABRO
ALEJANDRO MURILLO & @manchitasdepintura

AGRADECIMIENTOS

Gracias a la vida por aquel viaje a Dinamarca, en el 2017. Gracias por las experiencias vividas, por expandir mi mente, por darme nuevas oportunidades, por dejarme explorar más allá de lo conocido.

Gracias a quienes estuvieron desde el inicio, cuando apenas empecé a escribir. Gracias por el apoyo. Por inspirarme, por hacer sugerencias con amor, y no con críticas que podían haber destruido aquello que apenas estaba naciendo.

Gracias a quienes encontré en el camino, a quienes vivieron mis cambios, mi desarrollo, el avance de mi escritura y mi crecimiento como persona. Gracias a quienes estuvieron, aunque ya no estén en el presente; de ustedes también aprendí y, por eso, soy quien escribe esto el día de hoy.

No existen palabras para dar las gracias a la comunidad que me ha acogido en las mantas de la virtualidad, a aquellas almas preciosas que me han dado tanto amor y por los que hoy se puede leer mi novela en físico.

Gracias a quienes escriben, diseñan, dibujan, corrigen, y hacen que el mundo de nuestras mentes tenga un espacio físico aquí, en el papel.

Gracias a quien, en este instante, sostiene este libro. ¡Gracias por la oportunidad, espero que hayas disfrutado de la lectura! Espero que los personajes hayan entrado en tu corazón; ojalá se queden ahí y latan, como lo hacen en el mío.

biografía

Alejandro Murillo es un escritor costarricense, nacido en 1999. Su amor por la escritura empezó a los 13 años, cuando creó el universo de fantasía llamado **La piedra de la vida**. Inspirado por haber vivido por un año en Dinamarca, se dedicó al misterio y al suspenso. Fue miembro del programa de Historias pagadas de Wattpad, lo que aumentó el apoyo de sus lectores en esta plataforma. Se lo conoce por su amor a la oscuridad y a lo onírico, centrándose no solo en los mundos construidos de manera exterior, sino por el mundo que tiene cada personaje en su interior. En redes sociales pueden encontrarlo bajo el nombre de Alejandro Escritor. En 2017, liberó ante la comunidad de Wattpad su obra más famosa: **El desfile macabro**, alcanzando millones de lecturas, seguida por su secuela, **El juego macabro** (2018). Además, escribió un complemento a estas historias: **Hospital Psiquiátrico Lunezca** (2018). El autor ha confesado tener proyectos que son parte del universo macabro; al que los lectores serán introducidos en esta novela.



Nova Casa Editorial

#novacasaeditorial #leyendoaNova



NovaCasaEditorial
NovaCasa360



novacasaeditorial
NovaCasa360



NovaCasaEditors



Nova Casa Editorial



Nova Casa Editorial